



RENDICIÓN SEDUCTORA
Libro 2

ENTREGA *a la* SEDUCCIÓN

LAUREN SMITH

Entrégate a la tentación

Rendición Seductora

Libro 2

Lauren Smith

Traducido por
L. M. Gutez

Lauren Smith
LAUREN SMITH
BOOKS

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Entrégate al éxtasis](#)

[Acerca del Autor](#)

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos o bien son producto de la imaginación del autor o se emplean de manera figurada, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o escenarios, es mera coincidencia.

Copyright por Lauren Smith

Traducción hecha por L.M. Gutez

Copyright Traducción 2024

Todos los derechos reservados. De acuerdo con la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, el escaneo, la transferencia y el intercambio electrónico de cualquiera de las partes de este libro sin el permiso del editor, representa un acto de piratería ilegal y un robo de la propiedad intelectual del autor. Si desea utilizar material de este libro (que no sea para fines de reseña), debe obtener un permiso previo por escrito poniéndose en contacto con el editor en lauren@laurensmithbooks.com. Gracias por su colaboración en la defensa de los derechos del autor.

El editor no es responsable de los sitios web (o de su contenido) que no sean de su propiedad.

ISBN: 978-1-962760-59-1 (edición libro electrónico)

ISBN: 978-1-962760-60-7 (edición papel)

Capítulo Uno

HAN PASADO CUATRO MESES DESDE QUE LOS GEMELOS FENN LOCKWOOD Y EMERY LOCKWOOD, DE OCHO AÑOS, FUERON SECUESTRADOS EN SU CASA DE WESTON ISLAND DURANTE UNA FIESTA EN EL JARDÍN QUE LOS PADRES MIRANDA Y ELLIOT LOCKWOOD ESTABAN CELEBRANDO EN LA CASA DE LA FAMILIA LOCKWOOD. HACE UN MES, EMERY LOCKWOOD FUE ENCONTRADO Y DEVUELTO A SU CASA. LA POLICÍA Y EL FBI NO HAN PODIDO DETERMINAR EL PARADERO DE FENN LOCKWOOD. NO SE HA DESCUBIERTO NINGÚN CADÁVER NI NINGUNA ESCENA DEL CRIMEN, Y EMERY LOCKWOOD NO RESPONDE EN LOS INTERROGATORIOS DEBIDO A QUE SUFRE SÍNTOMAS DE TRASTORNO DE ESTRÉS POSTRAUMÁTICO. AL PARECER, EL DESTINO DEL AMADO NIÑO FENN LOCKWOOD NUNCA SE CONOCERÁ.

—*New York Times*, octubre de 1990

El toro se precipitó por el corral de barandillas metálicas y entró en la estrecha puerta. Fenn Smith se aferró a la oxidada barandilla y se colocó con más fuerza el sombrero mientras estudiaba a la bestia.

Tabasco. Un toro negro con el temperamento del mismísimo diablo. Justo el tipo de bestia que le permitiría una tremenda monta. El público del estadio gritó y animó mientras maniobraba por encima de la barandilla y se subía a la bestia. Las luces del lugar crearon un resplandor sobre la arena dorada y calentaron el cuerpo de Fenn a pesar del tiempo fresco. Deslizándose sobre el toro, se acomodó con cuidado sobre su lomo. El toro no dejaba de agitarse, pero no tenía espacio suficiente para corcovear.

Fenn se ajustó los guantes a las manos y se secó una nueva línea de sudor de la frente. La bestia entre sus piernas se tensó, con cada músculo crispado y contraído mientras esperaba el momento en que la puerta se abriera para poder derribarlo.

—¡Dale con todo, Smith! —le gritó uno de los varios jinetes de toros que colgaban a un lado de la puerta.

Smith se rio y golpeó con la mano el cuello del toro. Pensaba hacerlo. Si había algo que sabía hacer, era montar toros.

Fenn sujetó la cuerda trenzada que envolvía los flancos de Tabasco. La cuerda impregnada de resina sería más fácil de coger cuanto más se calentara durante el esfuerzo de la monta. Algo bueno, porque Tabasco era un notorio lanzador. Como un torbellino salvaje, era el que más hombres derribaba en cualquier temporada de rodeo en el estado de Colorado. Hombres de todo el país viajaban para montarlo. Algunos toros corcoveaban en línea recta, otros giraban en círculos. La clave estaba en observar al toro unas semanas antes de montarlo y familiarizarse con su estilo. Fenn había pasado los dos últimos meses estudiando a Tabasco. No podía permitirse cometer un error esta noche, no cuando todo dependía de esta monta.

Cambiando su peso, mantuvo su mano dominante en un agarre por debajo de la cuerda del toro y se sentó lo más cerca que pudo de sus manos. Se inclinó hacia adelante de modo que su pecho quedó prácticamente sobre los hombros del toro.

—Ahora montará Fenn Smith, un nativo de Walnut Springs. Está compitiendo por el gran premio, un premio en efectivo de cincuenta mil dólares. El toro es Tabasco, calificado por nuestro personal de rodeo como uno de los más duros aquí esta noche.

Fenn ignoró el discurso de presentación del anunciador y se concentró en la monta. Los olores de cerveza barata, heno y estiércol, aromas con los que había crecido, eran fuertes pero reconfortantes. Esta era su ciudad, su estadio. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo. Visualizó el recorrido e imaginó cómo tendría que leer el lenguaje corporal del toro para resistir ocho segundos. Sólo ocho segundos.

Cincuenta mil dólares. Era suficiente para restablecer el préstamo hipotecario sobre el rancho The Broken Spur de Jim y Callie Taylor. No habría arriesgado su vida con este toro por ninguna otra razón. El viejo Jim

rondaba los cincuenta y su hija Callie, de veinte años, necesitaba que la cuidaran. Ellos eran su familia y arriesgaría su vida si fuera necesario para ayudarlos. Se lamió los labios, moviendo las caderas mientras Tabasco se estremecía y resoplaba.

—La puerta se abre en cinco... —el anunciador inició la cuenta atrás.

Casi al instante, una horrible sensación de escalofríos recorrió su piel, como si unos escarabajos se deslizaran sobre su carne. Con un movimiento de hombros, intentó deshacerse de la inquietante sensación.

—Cuatro, tres...

El toro se estremeció debajo de él.

—Dos, uno...

La puerta se abrió de golpe y el toro salió disparado. Fenn luchó por mantenerse encima del animal mientras éste agachaba la cabeza, preparándose para hacer un giro. La incómoda correa del flanco enfureció a la bestia al punto de que haría cualquier cosa por quitársela de encima. Las patas delanteras de Tabasco se levantaron del suelo y Fenn se inclinó hacia adelante, estrujando las piernas y manteniendo un agarre firme. Si podía mantener las caderas rectas y centradas...

Un grito de mujer penetró en su mente, desgarrándole el cráneo como un cuchillo. Destellos... imágenes fuertes y poderosas parpadeaban como fragmentos rotos en un viejo carrete de película. Columnas agrietadas por la luz de la luna que se filtraba por las ventanas de cristal destrozadas. Había hiedra envuelta a lo largo de una escalera que conducía a la planta de una mansión que llevaba mucho tiempo derrumbada. Una profunda risa de barítono, explosión de las balas, un sonido sacado de sus pesadillas más profundas...

Se le revolvió el estómago y la cena le subió por la garganta. No podía concentrarse, no podía oír nada excepto los gritos dentro de su cabeza mientras el terror que no había sentido en años se apoderaba de él. Era... era... un niño perdido y asustado otra vez.

—¡No! —el grito apenas salió de sus labios antes de que el mundo se fuera al carajo a su alrededor.

Tabasco levantó la cabeza y luego la dejó caer, alzando las patas traseras en un movimiento inesperado. Soltó por completo la cuerda del toro.

—*Él enviará a otro... cuando yo no esté, otro ocupará mi lugar... Él te quiere muerto.*

Las palabras, que no eran suyas, le arañaron la parte posterior de los ojos y se introdujeron en su mente como escorpiones, dejando a su paso sólo el miedo.

Las luces del estadio giraron en perversos patrones mientras él salía despedido hacia el cielo. El viento pasó silbando a su lado, azotándole la cara antes de caer al suelo. Algo en su pierna se torció y no tuvo aire para soltar el grito gutural alojado en la punta de su lengua. El dolor lo recorrió, empezando por la cabeza y llegando hasta los pies. No podía moverse ni un centímetro. La agonía que le recorría el cuerpo anulaba cualquier sonido, cualquier sensación.

El toro embestiría, estuviera donde estuviera, y era cuestión de segundos que Tabasco lo pisoteara y lo corneara. Su cara se inclinó hacia la derecha y pudo ver su sombrero favorito volcado a tres metros de distancia. El sombrero se balanceaba de un lado a otro. Parpadeó, sintiendo granos de arena en las pestañas.

Las imágenes volvieron a cruzar su visión, y extrañas sensaciones invadieron su cuerpo. Las manos que sujetaban inútilmente la arena parecían más bien estar sujetando a una mujer entre sus brazos. Pero eso era una locura; estaba boca abajo en el suelo, no aferrado a una mujer fantasma.

—¡Smith! ¡Mueve el culo! —gritó George Romano, uno de sus amigos y compañeros jinetes. Estaba directamente en el campo visual de Fenn, trepando por la valla del borde de la arena.

¿Moverse? No podía. Eso no sucedería. Un brillante destello rojo capturó su atención. Una bellísima mujer con un ajustado vestido rojo y el pelo rojizo cayéndole por los hombros estaba escalando la valla de la arena con los pies descalzos. George se lanzó a por ella, pero la mujer pasó las piernas por encima de la valla y se dejó caer en la arena.

Hijo de...

—¡Joder! —gruñó Fenn mientras la adrenalina lo recorría por dentro. Metiendo los brazos bajo el cuerpo, levantó el pecho del suelo.

Esto tenía que ser un sueño. Uno malo. Era imposible que una mujer con un vestido rojo y ceñido pasara corriendo a su lado, agitando los brazos hacia... Tabasco. Fenn estiró el cuello para poder ver por encima de su hombro cuando el animal se detuvo y pareció analizar a la mujer. La bestia resopló y golpeó la arena con las patas, con los ojos marrones clavados en ella. Tras unos largos segundos, el animal giró la cabeza hacia Fenn.

Un silbido penetrante rasgó el aire. La multitud había guardado silencio, excepto los vaqueros que llamaban a gritos a los payasos del rodeo. Normalmente eran una distracción oportuna cuando los jinetes caían y los toros querían embestirlos, pero los payasos llegaron demasiado tarde para salvarlo ahora. El silbido resonó de nuevo y esta vez Tabasco debió haber decidido que la chica representaba más un objetivo que él, pues levantó la arena con las patas y empezó un trote firme en dirección a la mujer.

—¡Smith! ¡Muévete! —gritó George. Él y tres de los jinetes habían tirado sus sombreros al suelo y se dirigían a la arena por encima de la barandilla. Unos cuantos jinetes más estaban trabajando en la apertura de una puerta a pocos metros de distancia.

Fenn encontró fuerzas suficientes para rodar y sentarse en una posición encorvada. Sus pulmones seguían trabajando para aspirar el aire que tanto necesitaba. Tenía la vista nublada y su cabeza latía fuertemente. Parpadeó, sintiendo esa simple acción como un papel de lija raspándole los ojos. Apenas podía pensar más allá de su estupefacción ante el espectáculo frente a él. La linda pelirroja volaba por la arena, levantándola en pequeñas nubes mientras huía hacia el otro lado del estadio. El toro estaba acelerando, corriendo tras ella. Cuando la mujer llegó a la puerta abierta, un jinete se inclinó sobre la valla y ella cogió sus brazos. Con un movimiento brusco, la mujer voló por encima de la valla y desapareció de la vista y del peligro. El toro corrió hacia la puerta y ésta se cerró con estrépito, aislándolo de la arena y poniendo a Fenn a salvo.

—¿Qué demonios? —murmuró. Esa mujer pudo haber muerto.

Si alguna vez le pongo las manos encima, su culo será mío. Que fuera salvado por cualquiera, por no hablar de una mujer, no era aceptable, sobre todo cuando ella ponía su propia vida en peligro. Malditas conejitas vaqueras, siempre queriendo llamar la atención...

Dos pares de brazos lo sujetaron por las axilas y lo pusieron de pie.

—Eso estuvo demasiado cerca —jadeó George.

—¡Mierda! —el tobillo de Fenn vibró lleno de dolor y los ojos casi se le pusieron en blanco.

Por favor, que sea un esguince. No podía permitirse un hueso roto.

—Esa loca te ha salvado —anunció George con una mezcla de diversión y alivio.

—Dime que eso no ha sucedido realmente —exigió Fenn mientras aceptaba su sombrero cuando uno de los otros jinetes se lo tendió. Lo golpeó bruscamente con la palma de la mano, creando una nube de arena y tierra a su alrededor.

—Oh, sí que ha sido real —George soltó una risita—. Una mujer acaba de salvar tu patético culo. Y está buena. Probablemente sea una conejita vaquera. Sé astuto y tal vez te la montes esta noche. ¡Espero que resistas más de ocho segundos! —George silbó y le dio una palmada en la espalda mientras caminaban hacia la puerta abierta.

¿Ocho segundos? Él no necesitaría ocho segundos; pondría a esa mujer sobre sus rodillas y la azotaría por arriesgar su lindo cuello. Le molestaba saber que era él quien debería proteger a una mujer, y no al contrario, y definitivamente no necesitaba que unas extrañas lo salvaran. No estaba indefenso. *Nunca* estaría indefenso. Una nube negra se cernió sobre su mente, susurros del pasado... Cerró bruscamente las puertas mentales, impidiendo que todo eso entrara.

Fenn cojeaba, apoyándose en el hombro de George cada pocos pasos. Echó una mirada hacia el otro lado de la arena y vio a la mujer seductora del vestido rojo de pie detrás de la valla, observándolo. Largas ondas de pelo rojo danzaban sobre sus hombros, jugueteando con su clavícula. Tenía los labios entreabiertos como si estuviera sorprendida. Era una verdadera zorra. Dios no hacía muchas mujeres como ella. Curvas voluminosas, rasgos esculpidos, una boca hecha para el pecado... Y ella había sido la que lo había salvado. Eso lo enfureció. *Realmente* lo enfureció.

Le dio la espalda a la mujer y miró al frente.

—¿Cuántos segundos logré antes de...? —se detuvo, incapaz de mirar a George. Sintió escalofríos de vergüenza. No había sido arrojado de esa manera tan terrible desde los dieciséis años.

—Uh... siete segundos y tres milisegundos. Lo siento —George sabía la importancia de esto. Si un jinete no podía mantenerse durante ocho segundos, no calificaba para un puntaje. Sin éste, no había oportunidad de ganar y, por lo tanto, no había oportunidad de salvar el rancho Broken Spur de la ejecución hipotecaria. En una sola noche había pasado de tener el control total de su vida, sabiendo que podía salvar el rancho ganando el dinero del premio, a tener una pila de nada. La falta de control lo volvió cauteloso e inquieto.

El rancho era el lugar al que él había llamado hogar la última mitad de su vida. Si no podía salvarlo, estaría perdiendo el único lugar con el que sentía alguna conexión. Se negaba a fracasar, se negaba a defraudar a Callie y a Jim.

—¿Está Callie aquí? —él no se molestó en mirar a su alrededor. No sería capaz de localizarla si estuviera aquí. Siempre había mucha gente en otoño, cuando el estadio se llenaba con las competiciones de rodeo más importantes. La pequeña ciudad de Walnut Springs, en Colorado, registraba una gran actividad turística varias veces al año, entre las excursiones de verano, los rodeos de otoño y el esquí de invierno y primavera.

—Callie vino. Ha dicho que Jim sigue en el hospital. Debería salir mañana. La vi...

—¡Fenn! —un pequeño destello femenino de color lo abordó justo cuando atravesaba la última puerta y salía del estadio.

—¡Oomf! —gruñó al sentir el impacto del cuerpo de Callie contra el suyo—. Tranquila, niña. Aquí hay un hombre herido —le advirtió, pero sonrió al ver la expresión de preocupación en sus hermosas facciones.

Sólo tenía veinte años, era una chica dulce, más parecida a la hermana pequeña que Fenn siempre había deseado, pero también era fuerte por dentro y por fuera.

—Lo siento —Callie bajó los brazos y se mordió el labio inferior. Sus ojos verdes avellana se llenaron de lágrimas—. Te vi caer y me asusté —sus manos alisaron su camisa rosa de cuadros estilo vaquero y arrastró los zapatos en la tierra.

—Oye, no pasa nada. Sabes que nunca te abandonaré, cariño —su instinto fraternal se activó y la estrechó entre sus brazos, sin importarle el dolor. Su coleta rubia se agitó un poco mientras intentaba girar la cabeza y acurrucarse en él. La soltó suavemente y dio un paso atrás—. ¿Cómo está Jim? Creía que salía hoy. George dijo que será hasta mañana —Fenn dirigió su mirada a George, quien asintió brevemente con la cabeza y los dejó solos.

Callie suspiró.

—Ya sabes cómo es papá. Refunfuña sobre la gelatina y quiere escapar por la ventana cuando la enfermera le da la espalda. Intenté decirle que la mayoría de la gente se toma en serio los infartos leves —ella puso los ojos

en blanco, pero Fenn no pasó por alto el destello de sombras que surgió a continuación.

Él deseaba poder aliviar sus preocupaciones, pero no sabía cómo solucionar algo así. Los ataques al corazón eran una de las pocas cosas que Fenn no podía controlar. Jim podría mejorar o no, y él y Callie tendrían que enfrentarse a lo que ocurriera llegado el momento.

Se dirigieron a la carpa médica. Un médico vestido con jeans y bata blanca les hizo señas para que entraran antes de volverse hacia una jinete en carreras de barriles con un feo corte en la frente. En el interior de la carpa había cuatro mesas médicas portátiles y un enorme botiquín de urgencias. La mayoría de las heridas sufridas aquí eran rasguños, cortes y contusiones ocasionales.

Siempre existía la posibilidad de que se produjeran lesiones graves al montar un toro. El personal del rodeo de Walnut Springs se preocupaba lo suficiente como para colocar una ambulancia junto a la carpa médica por si era necesaria una rápida llegada al hospital más cercano. Fenn nunca había necesitado ningún tratamiento después de una monta, ni una sola vez desde que había empezado en esto siendo adolescente. Era un poco humillante pensar que había acabado aquí a los treinta y tres años. Maldita sea, se estaba haciendo viejo, o tal vez se debía a todo el desgaste de su cuerpo, el duro trabajo en el rancho y la equitación. Definitivamente no era tan joven como Callie.

Se tumbó en la camilla más alejada de la otra jinete y luego se recostó. Todo su cuerpo se tornó flácido, como si por fin se percatara de que podía relajarse. La adrenalina había hecho su efecto y ahora él estaba colapsando. Sentía dolor en todas partes. El impacto de todo su cuerpo contra la arena no había sido agradable. Sentía que algo pesado le oprimía el pecho, le impedía respirar y apenas permitía la entrada de oxígeno. Le dolían todos los huesos de las piernas y los brazos, como si hubiera sido golpeado con un bate de béisbol. Lo que más le dolía era el tobillo; que irradiaba un dolor agudo. Quitarse la bota le iba a doler muchísimo.

—¿Estás bien, Fenn? —el rostro dulce y adorable de Callie apareció en su campo de visión mientras se inclinaba sobre la camilla y lo miraba fijamente.

—Hazme un favor, niña. Quítame la bota antes de que se me inflame el tobillo.

—Claro —Callie desapareció de su vista, y entonces el dolor lo golpeó como un tren de carga cuando ella le quitó la bota.

Fenn siseó, arqueando la espalda y murmurando varias palabrotas antes de que el dolor agonizante disminuyera un poco y su visión dejara de dar vueltas. Cerró los ojos y respiró por la nariz.

—Lo siento mucho. Apuesto a que te ha dolido —la mano de Callie le tocó el antebrazo, acariciándolo ligeramente.

—No pasa nada —*nunca les muestras que sientes dolor*. El antiguo mantra llegó a él desde las tinieblas del pasado, cortando su pecho con un dolor interior. Había hecho ese voto hacía mucho tiempo, pero no recordaba por qué. Le dio una palmadita en la mano a la chica antes de frotarse las sienes con los dedos.

Su mente no dejaba de evocar lo que había visto mientras el toro lo arrojaba. Nada de eso tenía sentido... había visto cosas... había oído cosas. Nada de eso tenía sentido realmente. ¿Se estaba volviendo loco? ¿Estaba teniendo finalmente un ataque psicótico? No sería la primera vez que tenía esa preocupación. A los ocho años, su padre los trasladó a Walnut Springs, y él había tenido terribles dolores de cabeza y alucinaciones.

Sólo después de pasar unos meses bajo medicación para el dolor y en sesiones de terapia, el dolor desapareció. Pero, a los trece años, su falleció y las pesadillas y los dolores de cabeza volvieron. Jim Taylor y su hija Callie lo habían salvado. Fenn se había mudado a Broken Spur y había empezado a trabajar para pagarse los gastos. El hogar que Jim le ofreció había sido un maravilloso escape de las realidades de vivir como huérfano. Broken Spur era su casa ahora, y el banco la embargaría en cuestión de semanas. La idea era deprimente. Fenn había tenido la oportunidad de salvarla esta noche y la había desperdiciado.

—¿Callie? —preguntó, abriendo los ojos de nuevo.

—¿Sí? —ella lo estaba mirando, con ojos llenos de adoración y amor adolescente. Él había intentado ignorarlo, pero sabía que ella lo adoraba. Era una pena que él no sintiera lo mismo.

—Lamento no haber podido conseguir el dinero. Le prometí a Jim que lo haría —se le formó un nudo en la garganta. Sus ojos ardían y parpadeó con fuerza varias veces. ¿Qué era lo que Jim solía decir? Los vaqueros nunca lloraban. Era curioso, Jim estaba más cerca de ser su padre que Lewis, el verdadero padre de Fenn, el hombre misterioso que había hablado

poco y los había mantenido vestidos y alimentados con trabajos ocasionales por la ciudad durante cinco años antes de morir.

Callie intentó sonreírle, pero la sonrisa se marchitó en la comisura de sus labios.

—No era tu trabajo salvar el rancho. No te culpes. Papá y yo encontraremos una solución. Quizá todavía podamos modificar el préstamo. He estado intentando completar el papeleo. Todavía hay esperanza.

Esperanza. A Fenn no le gustaba la esperanza. Era una emoción variable que a menudo no daba resultados. Sí, él no apostaría por la esperanza en un futuro. No sólo eso, sino que cada vez que pensaba en ello, la simple idea de la esperanza llenaba su corazón y su alma de una desesperación que lo consumía todo. Era una reacción instintiva que él no podía explicar, como retroceder ante una serpiente. Reaccionó sin saber por qué. Sólo sabía que nunca le confiaría *nada* a la esperanza. Sólo podía apostar por sí mismo.

El médico ayudó a la otra paciente a salir de la carpa y, cuando la mujer se marchó, se acercó a Fenn. Con un gruñido, consiguió incorporarse y sentarse frente al médico de mediana edad.

—He oído que Tabasco te derribó —el médico sonrió agradablemente mientras hablaba, como si conversar sobre una experiencia cercana a la muerte fuera algo completamente normal.

—Sí. Me duele el tobillo derecho —alzó el pie sin bota. El médico le levantó la pierna por la pantorrilla y luego le giró el tobillo con suavidad. Fenn resopló con dureza cuando el dolor volvió a atravesarlo.

—Se mueve de manera normal. Es un fuerte esguince —el médico cogió su pequeña tabla sujetapapeles y anotó unas cuantas cosas antes de mirar a Fenn. Luego sonrió, presionó la parte superior del bolígrafo para ocultar la punta y se lo metió en el bolsillo de la bata—. Trátalo con hielo durante los próximos días, mantenlo elevado para reducir la inflamación y... —el médico seguía sonriendo, como si le divirtiera alguna broma privada—. Nada de montar. Sé que vosotros sois el peor tipo de pacientes cuando se trata de restricciones, pero lo digo en serio. Nada de montar.

—Bien —refunfuñó Fenn. Su tobillo lesionado fue vendado firmemente con un soporte y Fenn cogió las muletas ofrecidas por el médico.

—Bien. Mañana visítame en la clínica si necesitas algo para el dolor o crees que está empeorando.

—Lo haré —prometió Fenn mientras se deslizaba fuera de la camilla, aterrizando con destreza sobre su pierna sana. Empujó el sombrero hacia la cabeza de Callie, quien se rio e inclinó el ala hacia atrás para poder ver—. Vámonos a casa —la visión de esa belleza pelirroja corriendo por la arena, con sus pequeños pies descalzos volando mientras lo salvaba y arriesgaba su maldito vida... era algo que tenía que olvidar, pero sabía que iba a pasar el resto de la noche pensando en ella y en cómo le gustaría castigarla por hacer algo tan estúpido.

¿Quién era ella? Y lo más importante, ¿por qué había arriesgado su vida para salvarlo?

Capítulo Dos

El corazón de Hayden Thorne seguía latiendo con cierta fuerza, mientras su respiración era un poco superficial y sus manos seguían doliéndole por los arañazos que había recibido al saltar por encima de la barandilla para evitar la muerte. ¿De verdad había saltado a una arena para desafiar a un toro furioso? Se le escapó una risita tanto histérica al tiempo que se desplomaba en la pequeña cama doble de su habitación del motel barato en Walnut Springs, bajándose el vestido rojo por los muslos. Aún le temblaban las manos por la adrenalina.

Sí, lo había conseguido.

Había salvado la vida de Fenn Lockwood. Uno de los gemelos secuestrados a los ocho años, veinticinco años atrás. Emery, el menor de los gemelos, había escapado milagrosamente, pero nunca habló de lo que podría haberle ocurrido a su hermano Fenn. El mundo había asumido que su silencio significaba que Fenn estaba muerto. Qué equivocados habían estado. Él había estado aquí en Colorado todo este tiempo, viviendo como un ganadero. Estaba vivo. Un hecho que aún la escandalizaba y la llenaba de asombro y emoción. Llevar a Fenn a casa podía hacer mucho por él, por su familia, por su hermano. La pérdida de Fenn había devastado a mucha gente, incluido el hermano de Hayden, Wes, quien era amigo de la infancia de Fenn y Emery.

Se inclinó y se quitó los tacones Jimmy Choo. El cuero negro estaba muy desgastado. Pronto tendría que comprar otro par. Era muy probable que la multitud los hubiera estropeado durante el pánico posterior al accidente, cuando el estúpido toro había arrojado a Fenn como un saco de

patatas. ¿Por qué no podía jugar al polo como su gemelo? ¿Por qué tenía que ser jinete de toros?

Dejó caer los zapatos al suelo. Seguía sin poder relajarse. Estaba demasiado nerviosa para pensar en otra cosa. Lo que quería era encontrar a Fenn y contárselo todo. Había intentado encontrarlo después de salir de la arena con la ayuda de un par de jinetes, quienes habían disfrutado mirándole el pecho antes de que ella fuera a buscar sus tacones. Incluso la habían seguido, haciendo todo tipo de comentarios que la habrían sonrojado si no tuviera otras cosas en la cabeza.

Después de encontrar sus zapatos, había vuelto a preguntar por el paradero de Fenn, quien había abandonado la arena, y le habían señalado la carpa médica. En ese momento, había estado vacía, excepto por un educado médico de mediana edad que estaba ocupado recogiendo sus suministros. Un par de risitas, una sonrisa, y ella había conseguido una decente orientación para llegar a un lugar llamado The Broken Spur, donde trabajaba Fenn.

Metió la mano en el pequeño bolsillo casi oculto de su vestido y tocó el trozo de papel en el que había garabateado las indicaciones hacia el rancho de Fenn. La residencia de Fenn en el rancho no era algo que ella hubiera compartido con su hermano mayor, Wes. Él podía intentar intimidarla tanto como quisiera para que volviera a casa, o para que se mantuviera al margen, pero a ella no le importaba. Esta era su misión y no iba a rendirse sin luchar. Quería ganarse el respeto de todos en casa.

Ser hija de una de las familias más ricas de la Costa de Oro de Long Island no era un sueño perfecto como muchos podrían pensar. Ella era un instrumento de negociación, un peón para que sus padres ganaran poder político e influencia. Era un buen partido nupcial, nada más. Quería sacudir a sus padres, hacer que abrieran los ojos y vieran que no era sólo una tonta vestida con volantes, sino una mujer que podía cambiar el mundo. Llevar a casa al chico de oro perdido podría hacerles cambiar de opinión sobre ella, y hacerlo también garantizaría que las personas que le importaban estuvieran por fin a salvo. Eso tampoco sería fácil. Alguien quería matar a Fenn Lockwood y Hayden no sólo lo llevaría a casa, sino que le salvaría la vida. Igual que había hecho esta noche; aunque no había esperado que el posible asesino de Fenn fuera un maldito toro.

Algo crujió en el lector de tarjetas de la puerta de su habitación de motel y ella se sobresaltó cuando su hermano Wes Thorne irrumpió repentinamente en la habitación.

—¿Cómo has entrado aquí? —exigió.

Él le mostró una tarjeta llave en la cara.

—Le dije al gerente que necesitaba ver cómo estabas. No era mentira. ¿Sabes en cuántos problemas te has metido? ¿Volar fuera de la isla sin decirle a nadie que venías aquí? Esto es peligroso, Hayden. Muy peligroso. Fenn es el blanco —su hermano estaba tan tenso que podía sentir las olas de tensión brotando de él. Ella sabía en qué medida lo había afectado la noticia de que su amigo de la infancia estaba vivo, después de haber sido dado por muerto durante veinticinco años. Fue un shock para su sistema, y se notaba en sus nervios alterados—. Será mejor que reserves el primer vuelo que salga de aquí mañana temprano. No te quiero cerca de él.

Hayden ladeó la cabeza y frunció el ceño.

—Me quedaré, Wes. Esto es importante para mí. Tenemos que decirle quién es en realidad —se sentó en el borde de la cama del motel barato y observó a Wes caminar por la alfombra gris.

Aún llevaba puesto su costoso traje Hugo Boss de una reunión de negocios a la que había asistido ese mismo día antes de coger un vuelo desde Long Island. Hayden llevaba su vestido corto rojo Valentino. Ninguno de los dos iba vestido para un viaje inesperado a un pequeño pueblo de Colorado. Pero allí estaban, ataviados impecablemente y discutiendo sobre cómo salvar a Fenn Smith, o mejor dicho, a Fenn Lockwood.

Wes detuvo sus pasos nerviosos y deslizó una mano por su pelo pelirrojo. Eran muy parecidos, pero Hayden era de piel clara y Wes tenía un bronceado ligeramente dorado que ella envidiaba.

—Has jodido esto, Hayden. Ni siquiera deberías estar aquí. Emery me envió aquí para encontrar a su hermano, no a ti. Ni siquiera conoces a Fenn. Diablos, desapareció dos años antes de que nacieras. Si recuerda a alguien, será a mí. Yo debería ir a verlo y explicarle todo lo que ha pasado.

Hayden cruzó los brazos sobre el pecho y fulminó a su hermano con la mirada. A veces era todo un imbécil. Él tenía treinta y tres años y ella veintitrés, y le encantaba utilizar esos diez años que los separaban para ponerla en su lugar. Precisamente por eso había reservado el jet privado de

su familia y había volado hasta aquí antes que Wes. Quería marcar la diferencia, ayudar. No había terminado sus estudios en Princeton un año antes de lo previsto y obtenido un máster en administración de empresas sólo por diversión. No iba a convertirse en una esposa de trofeo glorificada. No. Tenía otros planes, y empezaban con llevar a Fenn Lockwood a casa, a Long Island.

Wes abrió la boca como para seguir reprendiéndola, pero se vio interrumpido por el zumbido de su móvil. Lo sacó del bolsillo del pantalón y contestó.

—¿Royce? ¿Qué pasa? Estoy en medio de algo... —sus ojos se desviaron hacia ella y siguió frunciendo el ceño—. ¿Qué? —su rostro palideció y se recostó contra la pared, escuchando lo que fuera que Royce estuviera diciendo. Royce Devereaux era uno de los mejores amigos de Wes. Wes, Royce, Emery y Fenn habían sido inseparables de niños.

—¿Qué pasa? —susurró Hayden mientras se levantaba de la cama. Su corazón, que apenas había empezado a ralentizarse, comenzó a latir con fuerza contra sus costillas, casi magullándolas.

Su hermano no la miró mientras hablaba.

—¿En el hospital? ¿Cuándo sabremos algo? —permaneció en silencio un segundo, luego asintió para sí mismo y suspiró—. Llámame cuando tengas noticias.

¿Hospital? El cuerpo de Hayden se puso rígido. Algo debió haberle ocurrido a Emery, o a Sophie, la mujer de la que Emery acababa de enamorarse, la mujer que lo había ayudado a descubrir que Fenn no estaba muerto. Sophie era una amiga, una *buena* amiga. Hayden intentó tragarse el nudo en la garganta. *Por favor, que no sea ninguno de los dos.*

Pareció estar a punto de colgar antes de frotarse los ojos.

—Sí. Lo vi. Desde lejos. Casi se mata cuando un toro lo derribó —soltó una risita—. Supongo que algunas cosas nunca cambian. Me reportaré mañana si no tengo noticias tuyas primero —Wes terminó la llamada y la miró. Toda su ira había desaparecido.

Una inquietud aterradora se instaló en el estómago de Hayden. Algo iba realmente mal; podía notarlo por la expresión de su cara.

—Wes... —casi gritó, pero se detuvo. Tal vez era algo que ella no podía soportar.

—El asesino entró en acción esta noche. Secuestró a Sophie en una fiesta e hizo que Emery y su guardaespaldas Hans fueran tras ellos. Emery disparó al bastardo, pero Sophie está... bueno, está en mal estado. Royce dijo que recibió puñaladas y disparos durante la batalla. Acaban de llegar al hospital. Sophie está en cirugía.

El mundo se cerró alrededor de Hayden y extendió una mano para sujetarse contra la pared antes de caer. La situación ya había sido bastante mala unos días antes, cuando el amigo de Emery y hacker, Cody Larsen, había sido secuestrado y golpeado hasta casi perder la vida por Antonio D'Angelo, el asesino empeñado en matar a Emery.

—¡Oh, Dios mío!

Wes la envolvió en sus brazos; el hermano protector en él estaba aparentemente venciendo a la irritación que solía mostrarle.

—Todo va a salir bien. Sophie es fuerte. Se recuperará.

—Todo es culpa mía, Wes. Yo la metí en The Gilded Cuff. Si no lo hubiera hecho, ella nunca habría conocido a Emery, y no estaría... —*muriendo*. La palabra la ahogó. Enterró la cara contra su pecho. La culpa y el miedo por Sophie la golpearon como un tren, sin freno, sólo devastación y dolor cegador.

—Shhh. Sé que las cosas van a salir bien —parecía muy seguro, pero para eso estaban los hermanos mayores. Te convencían de que las cosas irían bien. Sin embargo, por mucho que quisiera creerle, ya no era una niña pequeña y conocía la oscuridad del mundo.

Le dio unas palmaditas en la espalda y la soltó. Hayden volvió a tumbarse en la cama, respirando entrecortadamente mientras luchaba por concentrarse, por calmarse. Una crisis nerviosa en este momento no le haría ningún bien ni a Sophie ni a Emery.

—Necesito hacer unas llamadas. Estaré en mi habitación de al lado. No vayas a ninguna parte —Wes sacó su elegante móvil negro y marcó un número mientras se dirigía a la puerta. Ambos se habían alojado en el único motel con habitaciones disponibles. Al volar hasta aquí, ella no había pensado dónde pasaría la noche. Después de encontrarse con Wes en el estadio, él había llamado al motel y reservado habitaciones para una sola noche. Mañana la ciudad se vaciaría de turistas y los mejores hoteles tendrían habitaciones disponibles. Sin duda, un alojamiento con más clase sería mejor para ella. Tal vez era una mujer independiente y educada, pero

también le gustaban las cosas alegantes de la vida. No era aficionada a las actividades al aire libre. Su hermano salió dando un portazo, aunque a ella no le importó. Podía enfadarse todo lo que quisiera. Ella lo había vencido limpiamente. Sus hombros cayeron y exhaló un suspiro de alivio.

Sophie estaba herida. Su amiga estaba en el hospital por su culpa. Esto tenía que detenerse. No podía permitir que otro ser querido resultara herido solo porque alguien quería matar a los gemelos Lockwood. Iba a averiguar quién estaba detrás de esto y le pondría fin.

Una sonrisa curvó sus labios. Wes estaba ocupado hablando por el móvil en la otra habitación. Ella podía escabullirse hasta su coche de alquiler y conducir al rancho esta noche sin que él supiera que se había marchado. Después de oír la situación de Sophie, era imposible quedarse quieta. Se colocó sus tacones altos y cogió las llaves del coche situadas encima del viejo televisor en forma de caja. De un rápido tirón, se bajó el dobladillo del vestido rojo por los muslos. No era el atuendo ideal para este viaje, pero se había marchado en medio del cóctel al enterarse del posible paradero de Fenn. Apenas había tenido tiempo de meter unas cuantas cosas en una bolsa antes de precipitarse al aeropuerto y alcanzar su vuelo.

El aparcamiento del motel estaba silencioso y oscuro. Sólo un par de rayos de luz escapaban de las cortinas parcialmente cerradas de algunas habitaciones. Sobre la entrada del aparcamiento colgaba un letrero luminoso de neón en el que se leía “Madriguera de Conejo”. Dos orejas de conejo rosas parpadeaban sobre el nombre del motel, las cuales le recordaban vagamente a un dibujo animado de Bugs Bunny. Hayden inclinó la cabeza hacia atrás, contemplando la aterciopelada extensión del cielo. Un millar de estrellas parpadeaban y centelleaban como diamantes arrojados a un abismo. Su brillo desafiante reforzaba su propia determinación.

El nuevo Jeep Wrangler negro que había alquilado para una semana era una belleza, aunque no se pareciera en nada a los coches que había en casa. Allí todos conducían Audis, Jaguars, Aston Martin y Mercedes. Había elegido el Jeep porque era práctico, pero también de aspecto rudo. Subió al coche y arrancó el motor. Mientras seguía las instrucciones dadas por el médico, repasó una y otra vez su discurso, intentando hacerlo lo mejor posible. Supuestamente, Fenn no recordaba nada de su pasado, ni de su verdadera familia. ¿Cómo podía siquiera empezar a decirle a un hombre que durante los últimos veinticinco años había estado viviendo una

mentira? No era un torero nativo del estado de Colorado. Era Fenn Lockwood, uno de los dos herederos de una gran fortuna. Probablemente se convertiría en copropietario de Industrias Lockwood junto con su hermano y su padre en cuanto regresara a su casa en Long Island. Toda su vida estaba a punto de cambiar drásticamente. No había palabras para abarcar todo eso.

La persona que debía estar aquí era Emery. Hayden había oído que los gemelos tenían conexiones profundas. Tenía sentido que Emery debiera haber sido el primero en llegar a Fenn, pero ella sabía que Emery no dejaría a Sophie, no mientras estaba luchando por su vida en el hospital.

Toda la historia de cómo Sophie y Emery se habían conocido era un poco loca, para ser sinceros. Sophie, una reportera de investigación, había aparecido en Long Island preguntando por Emery y queriendo entrevistarle por ser el único superviviente del famoso secuestro de los Lockwood. Hayden se había topado con ella en una librería local donde Sophie había estado intentando encontrar algunos libros sobre la familia Lockwood y el secuestro, y habían empezado a hablar de sus novelas románticas favoritas e inmediatamente se habían hecho amigas. Sophie había confesado su plan de intentar conocer a Emery. Hayden, incapaz de resistir la tentación de irritar al mejor amigo de su hermano mayor, le había dado a Sophie una forma de conocerlo y obtener su historia. Había intuido que Sophie podría ser buena para Emery y podría ayudarlo a dejar atrás sus hábitos de reclusión y conseguir que volviera a vivir. Hayden no se había equivocado.

Por supuesto, nadie, especialmente Hayden, había esperado que Sophie descubriera que Fenn estaba vivo. Sophie y Cody, el genio informático amigo de Emery, habían descubierto que Fenn no había muerto hacía tantos años. Habían hackeado el ordenador de un asesino a sueldo y habían encontrado toda la información sobre la vida de Fenn en Colorado. De alguna manera, él había acabado en Walnut Springs y aparentemente no recordaba nada de su vida pasada.

A excepción del círculo íntimo de Emery, todo el mundo seguía creyendo que Fenn estaba muerto. Sophie había querido una historia única; no por la fama que le traería, sino por la esperanza de que la ayudaría a lidiar con su propio dolor por haber perdido a una amiga a manos de un depredador sexual cuando era niña.

Sophie le había explicado a Hayden por qué quería escribir el artículo y cómo se había propuesto resolver el misterio del secuestro, ya que los

culpables nunca fueron detenidos. Hayden le había entregado a Sophie un pase para The Gilded Cuff, un club privado de BDSM donde Emery pasaba gran parte de su tiempo libre.

Hayden era socia del club y estaba registrada como sumisa; aunque ninguno de los doms del club parecía creerlo. Amaba la emoción de que un hombre la dominara, pero nunca se atrevía a cederles todo el control. Los emparejamientos solían acabar mal. Ella recibía unos azotes muy fuertes, pero no obtenía ningún placer, y el dom no se excitaba con sus intentos descarados de ganarse esos azotes.

Hayden siempre sentía que estaba a punto de conseguir algo increíble, algo que le cambiaría la vida, cuando entraba en el club cada noche, pero salía sintiéndose vacía, sola e insatisfecha. Aria, una de las domis del club, le había dicho una noche que no había encontrado al dom adecuado, que algunas mujeres no podían entregarse a cualquiera. Aun sabiéndolo, Hayden intentaba noche tras noche encontrar esa pasión, esa chispa que la llevara al límite de un placer nunca experimentado. ¿Qué era lo que decía la gente sobre hacer algo una y otra vez de la misma manera, pero esperando un resultado diferente? Cada noche su frustración y su desesperación aumentaban. Una noche, cuando le había sugerido a Sophie ir al club como invitada, ella misma se había permitido la noche libre y se había quedado en casa, viendo repeticiones de películas de Jane Austen y comiendo helado. Sí, no era algo de lo que estuviera orgullosa, pero no era perfecta y nunca había pretendido serlo. Al menos había sabido que Sophie podría encontrarse con Emery esa noche, y las cosas habían salido a la perfección.

The Gilded Cuff era el único lugar donde alguien podía tener acceso a Emery. El hombre había vivido como un verdadero recluso desde el secuestro. Necesitaba que su mundo fuera sacudido. Había pasado veinticinco años escondiéndose, herido y sufriendo solo. Hayden sabía que había llegado el momento de que él siguiera adelante con su vida. Ella había sabido desde el principio el tipo de persona que era Sophie: amable, compasiva, una guerrera de la justicia y la mujer adecuada para derribar los muros de Emery. Hayden consideraba su papel como instigadora de su relación y lo veía como un éxito ganado, ya que ahora los dos estaban tan unidos como un par de tortolitos.

De pronto, el camino de cemento frente a Hayden se desvaneció en un sendero de tierra rocosa bordeado de altos pinos. Era un poco inquietante

conducir en la más absoluta oscuridad. Los dos faros de su Jeep se abrieron paso a través de la penumbra. Según las indicaciones, el rancho debía estar a tres o dos kilómetros. De momento, sólo veía frondosos bosques a su alrededor, con los árboles acercándose a la carretera como oscuros fantasmas. De vez en cuando, una rama se extendía demasiado por el camino y golpeaba el parabrisas del Jeep, y entonces el corazón de Hayden saltaba a su garganta y se sacudía en su asiento.

Tal vez hacer esto en mitad de la noche no es lo más inteligente, la reprendió su voz interior. *Así es como mueren las mujeres en las películas de terror.*

Eso era lo último que necesitaba ser: la chica que se dejaba matar por un espeluznante asesino en serie que salía de entre los arbustos. Pisó el pedal del freno, redujo la velocidad y sorteó la carretera mientras serpenteaba hacia la izquierda. Unos instantes después, el bosque se volvió más denso y el bosque empezó a disminuir y una vasta extensión vacía de campos cercados se extendió ante ella. En la oscuridad, apenas pudo distinguir una señal de hierro forjado colocada en un arco sobre un estrecho camino que separaba dos campos.

THE BROKEN SPUR. Gracias a Dios, lo había encontrado.

Más adelante, a unos cuatrocientos metros, había un hermoso rancho de dos niveles enclavado entre dos extensos campos. Hecho de madera roja oscura y escarpadas piedras grises, la luz brillaba a través de un par de ventanas en el segundo piso a través de cortinas ligeramente abiertas. Lucía cálido y acogedor, muy distinto de la elegancia helada de las mansiones en casa. Era más bien masculino y rudo, como un hombre alto con sombrero de vaquero y jeans; parecía sexy y tentador al mismo tiempo. El porche tenía sillas acolchadas y lugares para apoyar los pies y relajarse.

Formas oscuras se movían en los campos junto al Jeep mientras Hayden se dirigía hacia la casa del rancho. Probablemente ganado. *Esperaba* que fuera ganado; de lo contrario, esto podría acabar siendo una película de terror.

Se maldijo por haber visto ese maratón de películas de zombis el fin de semana anterior y por haber comido un envase entero de helado. Pero, en su defensa, había sido rechazada por otro dom en The Gilded Cuff y eso lo había empeorado todo. Cada vez había menos doms dispuestos a aceptarla ahora que había establecido un historial de sumisa agresiva y bocana. El fin

de semana pasado, había pasado toda la noche postrada ante una de las zonas principales donde se reunían los doms no comprometidos, con la esperanza de que uno de ellos se interesara por ella.

Hora tras hora, había visto a otras sums ser seleccionadas y llevadas con cadenas plateadas a experimentar placer, dejándola sola. Normalmente no se permitía una ronda de autocompasión, pero esa noche se había sentido y lucido como un cachorro maltratado. Eso dolía. No ser elegida una y otra vez. No tenía nada que ver con su aspecto y todo que ver con ella. En el brillante mundo de sus padres, sólo era valorada por su aspecto y su linaje social. Eso debería haber sido diferente en el club. Los doms deberían apreciar su belleza, pero también valorarla a *ella* y a la naturaleza sumisa que llevaba dentro. Sin embargo, nadie la había querido. Incluso había oído a algunos doms hablar de ella.

—No te acerques a esa, siempre intenta dar órdenes —había sido uno de los muchos comentarios que demostraban que era un fracaso en una de las cosas que le importaban. La autosuperación era gélida y parecía ahogarla por dentro con su terrible peso. Tenía que hacer algo bien, tenía que tener éxito o se volvería loca. Devolver a Fenn iba a ser la única cosa que haría bien.

Hayden aparcó delante de la casa, junto a una vieja camioneta roja, y cruzó con cuidado el jardín. Aparte de las luces de la casa y las estrellas en lo alto, estaba lo suficientemente oscuro como para que pudiera caer fácilmente en un agujero si no tenía cuidado. Caminar con tacones de aguja sobre la hierba era un campo de minas para cualquier mujer. La forma en que se hundían en el suelo, se enganchaban en las cosas y la hacían tropezar era una trampa mortal. Sólo llevaba tacones cuando sabía que no iba a caminar mucho. Obviamente, rescatar a Fenn hoy no había formado parte de su plan.

Nota para mí misma: Elegir un calzado más adecuado para las misiones de rescate.

Una luz se encendió a la izquierda de la casa, y ella giró la cabeza en su dirección. Un viejo remolque plateado estaba aparcado a unos veintidós metros de la casa. Las cortinas fueron apartadas unos centímetros, y Hayden vislumbró el rostro de Fenn cuando éste apareció temporalmente antes de volver a desaparecer.

Hayden abandonó el plan de llamar a la puerta de la casa, bajó los escalones y se dirigió hacia la pequeña caravana. Golpeó la puerta con los nudillos. Un ladrido y un gruñido llegaron del otro lado de la puerta.

—Silencio, Coda, cariño —murmuró una voz grave y suave.

Unas pisadas arrastradas la hicieron retroceder unos metros ante la posibilidad de que Fenn decidiera abrir la puerta de par en par.

—¿Callie? ¿Eres tú? Vuelve a la cama. Estoy bien —exclamó Fenn.

¿Callie? Un destello de celos hizo que Hayden se enfadara, más consigo misma que con la misteriosa Callie. No tenía derecho a estar celosa. Fenn no era suyo. Demonios, tenía que tener novia. Un hombre que lucía muy bien en jeans tenía que tener novia. Había bastado una mirada suya después de salvarlo en la arena para saber que ella estaba en problemas. Tenía los mismos rasgos cincelados y divinos que su hermano Emery, con hombros anchos, piernas esbeltas y esa pura gracia masculina en cada movimiento que hacía. Incluso cuando cojeaba, el hombre era atractivo.

Emery y él eran gemelos idénticos; extrañamente idénticos, lo que la sorprendía, considerando que habían crecido separados. Aunque siempre había apreciado la belleza de Emery, nunca le había debilitado las rodillas. Pero Fenn sí. Un ceño fruncido esta noche había sido como un puñetazo en el estómago. Su cuerpo se había ruborizado y humedecido. Con sólo una mirada. Así debía afectar un dom a una sum. Por primera vez en su vida, Hayden comprendió finalmente cómo las otras sums del club se habían sentido tan afectadas cuando sus doms las abordaban con esa mirada. Fenn tenía esa mirada perfeccionada. Era un dom natural, por la forma en que había controlado al toro y la mirada abrasadora que le había dirigido; una mirada que prometía venganza. No pudo evitar preguntarse si en la pequeña y tranquila ciudad de Walnut Springs había algún club de BDSM; y si lo había, ¿él era miembro?

La puerta de la caravana se abrió solo un poco. La luz se abrió paso y la golpeó directamente en la cara.

—Callie... —Fenn la miró, con su largo pelo dorado despeinado y cayéndole sobre los ojos. De nuevo, esa traicionera punzada de decepción y el aguijón del rechazo golpearon a Hayden. Quienquiera que fuera Callie, era una chica afortunada. ¿Alguien querría estar con ella? Sólo con ella; ¿no por el dinero o la influencia de sus padres, sino porque realmente la querían a ella y sólo a ella?

De entre sus piernas, un perro; un husky, gruñó suavemente, enseñando sus blancos dientes. ¿Era Coda? Hayden entrecerró los ojos contra el brillo de las luces interiores de la caravana. Él abrió más la puerta, revelando que sólo llevaba puestos unos jeans. La visión de su musculoso pecho la distrajo. Su mirada siguió el rastro de vello dorado claro que le cubría el estómago, descendiendo desde el ombligo y desapareciendo bajo la cintura.

—Tú no eres Callie —sus palabras eran un poco suaves, no arrastradas, pero casi. El intenso olor a whisky se aferraba a él; el aroma no era abrumador, más bien lo suficiente para atraerla. ¿Estaba borracho? Eso explicaría su forma de hablar. Se inclinó un poco hacia adelante, mirándola con abierta curiosidad. En sus ojos había un destello de interés sexual que la hizo sentirse pequeña y delicada. La repentina sonrisa que se dibujó en su rostro acompañó al destello de reconocimiento en sus ojos—. Vaya, pero si es la señorita Vestido Rojo —la desconfianza salvaje y la tensión de su cuerpo parecieron suavizarse en una pose masculina de relajación mientras apoyaba un hombro en la puerta de la caravana.

¿Señorita Vestido Rojo? ¿Estaba bromeando?

—Soy Hayden. ¿Hayden Thorne?

¿Recordaría su apellido? Wes y él habían sido amigos desde que aprendieron a caminar, antes del secuestro. ¿Los recuerdos de esos primeros años se habrían desvanecido por completo, de modo que ni siquiera su apellido despertaría su memoria?

Fenn sonrió de manera perversa.

—¿Me estás preguntando? ¿O es que no sabes cómo te llamas, cariño?

¿Cariño? Ella frunció el ceño y cerró los puños contra sus costados.

—No soy tu cariño —aunque le gustó cómo lo dijo, hizo que su interior ardiera con interés femenino. En el pasado, había estado rodeada de domms que se comportaban con un poder silencioso; esos eran los domms más experimentados. Los domms más jóvenes tendían a pavonearse y adoptar poses, sin entender realmente que la arrogancia y el engreimiento no eran necesarios para la base de control y poder de un dom. Pero Fenn era diferente. Era atrevido, insolente y dominante de una forma que Hayden no esperaba. Ni en un millón de años habría pensado que la arrogancia la atraería, y este hombre poseía esa característica con creces. Todo su cuerpo respondió a él y a su actitud porque prometía sexo caliente y duro sobre la superficie plana más cercana, del tipo que la mantendría dolorida de una

forma deliciosa durante días. Santo cielo... ¡Concéntrate! Luchó por retomar la tarea que la había traído hasta su puerta.

—Fenn. Tengo que hablar contigo.

Sus ojos se abrieron más. Eran del mismo tono que los de Emery, avellana con motas verdes que bailaban y brillaban y hacían soñar a una chica con dedicar horas a contarlas. Eran hipnotizantes y, por un momento, perdió el hilo de sus pensamientos, algo que rara vez ocurría.

—Desde que pasaste corriendo junto a mí en la arena esta noche, esperaba que encontraras el camino hasta mi casa —deslizó una mano por su frente y se apartó el pelo que le había cubierto brevemente los ojos. Una barba incipiente ligeramente castaña le ensombrecía la mandíbula, y su corazón dio un vuelco al preguntarse cómo se sentiría en contacto con su piel. ¿A ella le gustaría el ardor? El hombre tenía un aspecto tan delicioso, tan peligroso. Venir aquí por la noche mientras estaba borracho podría haber sido una idea terrible...

—Por favor Fenn, realmente necesitamos hablar. ¿Puedo entrar un momento? —dio un paso adelante. Coda gimió suavemente entre sus piernas. Sus ojos azules eran brillantes y pálidos como glaciares. Su aspecto era extrañamente más... lobuno, con orejas de punta oscura y abundante pelaje alrededor del cuello en lugar de la cresta recortada de un husky. Su nariz era completamente blanca, y esa zona blanca se extendía hasta enmarcar sus ojos en forma de corazón. Era una criatura preciosa.

Una sonrisa muy sexy curvó los labios de Fenn.

—Claro, pasa, *cariño*.

—Eh, gracias —la forma en que dijo *cariño* esta vez se sintió mucho más como una advertencia.

Fenn retrocedió y le permitió subir a la caravana. El husky retrocedió también, todavía mirando alrededor de las rodillas de su amo, con las orejas hacia atrás, pero ya no gruñía. Hayden soltó un suspiro que no se había dado cuenta de que había estado conteniendo. Estaba claro que el perro ya no la consideraba una amenaza.

A Hayden le encantaban los animales, pero sus padres nunca le habían permitido tener una mascota. Arruinaban las casas elegantes, al menos según su madre. Por lo tanto, nunca había pasado mucho tiempo rodeada de perros, especialmente ninguno como Coda, que parecía un lobo... uno que podría comérsela.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Fenn mientras cerraba la puerta tras ella.

Una pila de botellas vacías ensuciaba la pequeña encimera junto al fregadero.

—No, gracias. Creo que ya has bebido bastante por los dos —murmuró ella.

—Es probable que tengas razón —suspiró y se alzó los jeans por el lado izquierdo para mostrar un tobillo fuertemente vendado—. Duele mucho —explicó con un brusco asentimiento hacia las cervezas y la botella de whisky parcialmente llena—. Entonces, ¿qué puedo hacer por ti, señorita Vestido Rojo? —le dedicó una mirada lasciva, pero ella capturó el más leve indicio de burla en su mirada.

—Hayden. Por favor, llámame Hayden —intentó pasar junto a él, pero los estrechos espacios de la caravana no le permitieron hacerlo sin estrechar completamente su cuerpo contra el de él. Al hacerlo, ella tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás. Tenía la misma altura que su gemelo, 1,90 m, sin problemas.

—Hayden —murmuró él, posando una de sus manos en la cadera de ella. Su gran palma la estrujó ligeramente mientras ella se retorció, resistiendo el contacto invasivo. Era sensible a las cosquillas. Cuando él la tocó allí, Hayden se estremeció cuando un rayo de excitación se disparó desde la punta de sus pechos hasta la zona entre sus muslos.

El rápido movimiento de sus caderas provocó un cambio repentino en él. Sus ojos se oscurecieron y sus labios se entreabrieron mientras respiraba hondo y su agarre se intensificaba. Fenn presionó su cuerpo contra el de ella, inmovilizándola contra la nevera a sus espaldas.

Atrapada. Estaba atrapada y era lo más erótico que había experimentado en su vida. Nada en The Gilded Cuff la había hecho sentir así... ruborizada y demasiado consciente de sí misma y de la proximidad del hombre. Instintivamente, intentó esquivarlo y escapar. Pero no había escapatoria.

—¿Adónde vas? Creía que eso era lo que querías. Una conejita vaquera en busca de una buena foll...

¡*Crack!* Antes de pensárselo dos veces, Hayden lo abofeteó con fuerza y la cabeza de Fenn se movió bruscamente hacia un lado. No se apartó, sólo volvió la cara hacia la de ella. Tenía una marca en forma de mano en la mejilla. Él se tocó la zona herida, y la intensidad de su mirada la atravesó.

Guau. Hayden no era violenta cuando se enfadaba, pero insinuar que ella... *oh sí*, abofetearlo era la reacción apropiada. Tal vez frecuentaba un club BDSM, tal vez hacía algunas escenas con doms, pero rara vez llegaba hasta el final con esos hombres. No se acostaba con cualquiera. Cuando se acostaba con un hombre, quería una conexión más profunda. Que él la llamara... ¿cómo era? ¿Conejita vaquera? Su visión se tiñó de rojo mientras consideraba seriamente volver a abofetearlo.

—¿Así es como quieres jugar? —sus labios se endurecieron.

Mientras hablaba, extendió la mano y le rodeó la garganta, sin oprimirla, pero el agarre posesivo era totalmente dominante. Pequeños destellos de excitación se agitaron en su vientre y un escalofrío la recorrió. La suave dominación despertó el deseo entre sus muslos. Hayden intentó retroceder, pero no pudo. Él debió haber notado su necesidad de resistirse porque se inclinó sobre ella, recordándole lo alto que era. Todo su cuerpo se calentó y se excitó ante su silenciosa demostración de poder. Era imposible no imaginarlo dominándola por completo: la forma en que podría inmovilizarla sobre la cama, sus musculosos brazos entrelazándose con los de ella mientras la mantenía cautiva debajo de él. Sometida para su placer y el de ella. Era un dominante nato. Era evidente en cada mirada, en la flexión de sus músculos, en la forma en que la miraba, como si no sólo pudiera leer su mente, sino vislumbrar su alma. Otra cosa que él y su gemelo aparentemente compartían. Instintos de macho alfa dominante. Hayden era una sumisa, pero aún no había encontrado un dominante que pudiera conquistarla y hacer que realmente quisiera someterse. La forma en que Fenn la miraba, como si estuviera furioso y a la vez excitado, ¿y el suave agarre en su garganta? ¿Y si él desataba todo ese control sobre ella? Era suficiente para marearla.

—Me has salvado la vida esta noche. ¿No estás interesada en un agradecimiento? —esa sonrisa diabólica le debilitó las rodillas. ¿Cuántas mujeres habían caído presas de esa sonrisa que prometía excesivas e interminables horas de placer? Él deslizó el pulgar por su barbilla mientras la estudiaba. Sus ojos prometían tanta pasión que, por un momento, Hayden sólo pudo contemplar lo que él haría con ella. Luego recuperó el control de sí misma y recordó su misión.

—Tenemos que hablar —le empujó el pecho, pero él no se movió.

—Habla, cariño, si quieres hablar, pero antes me gustaría darte las gracias como es debido.

—No necesitas hacer eso...

Él bajó la cabeza y capturó su boca.

Una explosión de sabor golpeó su cabeza y cada hueso de su cuerpo comenzó a arder. Su boca era caliente y feroz mientras la besaba salvajemente. Nunca había creído a ninguna de sus amigas cuando decían que el beso de un hombre podía hacer eso, pero aquí estaba ella, extasiada en el diminuto espacio de la cocina de una caravana mientras el gemelo Lockwood, que llevaba mucho tiempo perdido, trastornaba todo su mundo con un beso. Hayden suspiró contra sus labios. Un beso no haría daño, ¿verdad? Podrían hablar... después.

La mano alrededor de su garganta se deslizó hasta la base de su cuello y luego se aferró a su pelo, tirando de los mechones. Cuando Fenn presionó el cuerpo contra el suyo, Hayden sintió un ligero dolor que intensificó el placer. El calor la inundó, haciendo que su piel ardiera deliciosamente. Él le mordisqueó la boca y luego le lamió los labios ligeramente entreabiertos antes de penetrar en su interior. Sus lenguas se acariciaron, batiéndose en duelo hasta que ella se aferró a sus hombros, intentando acercarse. Sus caderas se sacudían juntas, y la tela de sus jeans rozaba los muslos desnudos de Hayden con una aspereza deliciosa y erótica. La otra mano de Fenn bajó desde su cintura hasta su trasero y lo estrujó. El brusco agarre le produjo una explosión de calor. Incluso aprisionada contra la nevera, su mano consiguió sujetarla. La pellizcó. Con fuerza.

Por instinto, Hayden le mordió el labio inferior. Ambos se separaron de un salto y la caravana se balanceó ligeramente.

—¡Ay! —espetó, mientras él maldecía.

Durante un segundo, ninguno de los dos pareció saber qué hacer. Hayden casi se echó a reír. Todo esto era absurdo. Ella nunca cedía y besaba a un chico. Cada encuentro romántico o sexual que había tenido hasta este momento de su vida había sido planeado por ella, cada acontecimiento cuidadosamente orquestado por ella y bajo su control.

¿Que Fenn simplemente la estrechara entre sus brazos y la besara? Eso destruyó todas las ideas que creía tener sobre el sexo y lo que la excitaba. Las veces que se había entregado a algunos de los doms de The Gilded Cuff no se habían sentido así. En un beso, Fenn le había dado la opción, la

libertad de entregarse, pero no la había forzado. Y ella había cedido voluntariamente, sin necesidad de intentar controlarlo. Eso la había convertido en un torbellino de sensaciones y deseo.

—¿Podemos hablar ahora, *por favor*? —suplicó en un gemido entrecortado mientras se pasaba las manos trémulas por el pelo.

Los ojos de Fenn seguían brillando con una pasión apenas controlada, pero asintió y señaló la cama desarreglada que había detrás de ella. Coda yacía sobre el edredón azul marino, con la cabeza apoyada en las patas y los ojos azules brillando como diamantes impregnados de luz. Hayden miró a Fenn, con una ceja levantada en señal de desafío.

—¿La cama? ¿En serio?

Él se encogió perezosamente de hombros.

—No hay sillas. Es el único sitio para sentarse.

—Por supuesto —murmuró entre dientes y ocupó el borde de la cama. Coda levantó su peluda cabeza y la observó, con las orejas erguidas y los ojos fijos en ella—. ¿Muerde? Hayden ladeó la cabeza en dirección a la perra. No tenía miedo, pero quería estar preparada por si el perro era agresivo.

Fenn se acercó arrastrando los pies y se sentó, permitiendo que Coda montara guardia entre ellos. La perra le acarició la mano con el hocico, como animándolo a que la acariciara, y él le rascó la parte posterior de las orejas.

—No, a menos que piense que eres una amenaza. Que yo sepa, nunca ha mordido a nadie. ¿No te gustan los perros? —la pregunta estuvo salpicada de desaprobación.

—Me encantan los perros. Sólo que nunca he tenido uno. Mis padres no me lo permitirían.

—¿Aún vives con ellos? —parecía curioso, con un tono menos acusador.

Hayden cruzó las piernas, sacudiendo un pie con inquietud.

—De donde soy, eso es lo que hacen las chicas hasta que se casan. Créeme, preferiría tener mi propia casa, pero mi padre me amenazó con desheredarme si me iba de casa. En realidad no necesito el dinero, pero dejó claro que sus amigos impedirían que alguien me contratara, por muy cualificada que esté para un trabajo.

—¿Y de qué clase de lugar vienes que permite que un hombre le haga eso a su hija? —esta vez el ceño de Fenn no iba dirigido a ella. Era evidente que no aprobaba a su padre, por el tic de su mandíbula. Al menos estaban de acuerdo en algo.

Él deslizó sus largos y elegantes dedos por la cabeza, el cuello y el lomo de Coda. La perra suspiró como si estuviera en el paraíso y Hayden estuvo a punto de hacerlo también, recordando lo que había sentido minutos atrás cuando sus manos la acariciaron de esa manera.

Perro afortunado.

—No depende tanto del lugar, sino del tipo de personas que me criaron. Mis padres son intolerantes respecto a lo que deben hacer las mujeres bien educadas. Soy de Weston, en la costa norte de Long Island —ella esperó alguna reacción reveladora, cualquier cosa que le demostrara que aún existía un atisbo de recuerdo entre él y el lugar donde había nacido. Seguro que ese niño de ocho años seguía dentro de él en alguna parte.

—Ahh... —hizo una mueca y sacudió la cabeza—. Una chica rica de ciudad. Eso explica todo tu atuendo, cariño —hizo un gesto con la mano hacia su cuerpo como si eso lo explicara todo.

—¿Atuendo? ¿Qué quieres decir con eso? —ella se irritó.

Los labios de Fenn se crisparon, pero no sonrió por completo, como si supiera que estaba molestando a un oso dormido para intentar ver hasta dónde podía llegar con sus provocaciones.

—El vestido, esos zapatos de mujerzuela, la forma en que tus pechos suplican ser estrujados y esos pezones ser succionados... Cariño, eres un sueño húmedo y sabes exactamente lo que eso le hace a un hombre. Pocas chicas aquí pueden vestirse así. Eres una chica de ciudad.

¿Chica de ciudad? Extrañamente, eso la molestó más que el hecho de ser llamada conejita vaquera. La idea de no pertenecer aquí, de sobresalir de mala manera, le clavó una pequeña daga en el pecho. Cubriendo esa herida invisible, respondió de la única manera que sabía. Dejó que su temperamento empezara a crecer.

—¡Eh! —espetó y le clavó un dedo en el pecho—. No me conoces, no sabes nada de mi vida. Estoy aquí intentando salvarte y estás siendo un completo imbécil.

—¿Salvarme? ¿Acaso no lo habías hecho ya cuando estuviste a punto de ser pisoteada por ese maldito toro? Tenemos que hablar de eso, por

cierto, no voy a dejar que una mujer muera salvando mi pellejo. Podría haber lidiado con esa bestia yo solo —sus ojos se entrecerraron.

Hayden quería golpear la cabeza contra la pared más cercana.

—Fenn, esto no es por el estúpido toro, ¿vale? Hay alguien ahí fuera intentando encontrarte y matarte —listo. Ella iría al grano y se las arreglaría a partir de ahí.

—¿Qué quieres decir con que alguien intenta matarme? —gruñó.

Coda se enderezó y gimió suavemente.

—Alguien ha contratado a un asesino para matarte.

Él levantó las cejas.

—¿Asesinos? Cariño, creo que esta noche has bebido demasiado.

Hayden gruñó y estampó el tacón en el suelo de la caravana.

—No he bebido nada. Tienes que escucharme. Tu vida está en peligro.

Fenn cruzó los brazos sobre el pecho.

—Bien, te seguiré el juego. ¿Por qué alguien querría matarme?

Por la expresión dubitativa de su cara, ella se percató de que aún no le creía.

—Por tu identidad.

—¿Mi identidad? —pronunció cada sílaba como si pensara que ella estaba loca. Considerando la forma en que se sentía ahora intentando explicar esto, sí parecía un poco loca.

—Eres Fenn Lockwood. El famoso gemelo desaparecido de la familia Lockwood en Long Island. ¿No has oído hablar de la historia?

Fenn negó con la cabeza.

—¿Qué historia?

—A los ocho años fuiste secuestrado de tu casa en Weston, Long Island. Nadie volvió a verte y todo el mundo te dio por muerto. Tienes un hermano gemelo, Emery, quien te busca... —Hayden detuvo su discurso dramático al ver cómo su rostro palidecía.

Fenn se inclinó hacia adelante, deslizó la mano hacia el pelo de ella y la sujetó, manteniéndola en su sitio, con la cara a escasos centímetros de la suya.

—Empieza a hablar, cariño.

Capítulo Tres

Greyson Andrews alineó la mira de su rifle de francotirador y ajustó cuidadosamente el cañón unos milímetros hacia la izquierda. Desde su privilegiada posición oculta en la azotea de un edificio de apartamentos, podía ver claramente a su objetivo mientras el hombre se pavoneaba por su ático en la zona este de Londres. Greyson observó al hombre regordete con ropa costosa mientras extendía la mano por la barra para servirse un vaso de whisky.

La clave del éxito en la profesión de Greyson era la sincronización. Un disparo fallido era una forma de ser capturado o asesinado.

El hombre en su punto de mira se acercó a un lujoso sofá frente al televisor y se dejó caer. Greyson se preparó; el objetivo tenía que estar quieto antes de arriesgarse a disparar. Respiró lenta y mesuradamente y apretó el gatillo. La bala salió disparada del cañón y atravesó la ventana antes de penetrar en el cráneo del objetivo. El hombre se desplomó unos centímetros hacia adelante, y Greyson empezó inmediatamente a recoger su equipo.

Nunca se centraba en matar, nunca perdía el tiempo glorificándose en la muerte que causaba. Para él, esto no era muy distinto de sacrificar a un perro rabioso. Cada trabajo que realizaba estaba justificado, cada vida era un desperdicio en esta tierra.

Una vez que Greyson guardó el rifle en su estuche negro, trotó por la azotea hasta la puerta que lo llevaría de vuelta a la salida del edificio en el que había entrado. Mientras se movía, sacó su teléfono móvil y marcó un número en una línea segura.

—¿Sí? —contestó una voz femenina llena de agitación.

—Soy Andrews. Tu ex marido ya no es un problema.

Hubo una exhalación de alivio, un jadeo ahogado.

—¡Gracias! Me aseguraré de que la segunda mitad de tu pago llegue a tu cuenta inmediatamente —y su cliente colgó.

Un buen dinero; cinco millones por este trabajo, por acabar con un pederasta que había hecho daño a sus propios hijos y amenazado con matar a su mujer si acudía a la policía. No estaba nada mal. Greyson sonrió. Le encantaba el dinero, al igual que disfrutaba eliminando del mundo a hombres como ése.

Bajó trotando los nueve escalones, prácticamente sin aliento. Cuando llegó al primer piso del edificio y salió a la calle, llamó a un taxi, subió y le dio indicaciones para llegar al hotel. Su móvil vibró y volvió a sacarlo. En la pantalla apareció un número que no reconoció. Con una mirada al taxista calvo de mediana edad, quien parecía ajeno a su pasajero, Greyson contestó.

—¿Quién es? —preguntó con voz grave y peligrosa. Las calles de Londres eran un torbellino de colores y sonidos mientras se concentraba en la llamada.

—Un amigo me ha dado tu número por si él no podía cumplir su contrato.

Greyson se recostó en el asiento del taxi.

—No tengo amigos. Dame un nombre.

—Antonio D'Angelo.

El cuerpo de Greyson se enfrió y sus músculos se tensaron. ¿Su padre? ¿Qué sabía este hombre de su padre?

—¿No cumplió su contrato? —preguntó al hombre al otro lado del teléfono.

No completar un trabajo normalmente significaba una cosa: la muerte. Sin duda, Antonio no estaba muerto. El hombre le había enseñado todo sobre el oficio que habían compartido en los últimos diez años. Tal vez no había sido un buen ejemplo de paternidad, pero eso no cambiaba el hecho de que era el padre de Greyson. Aunque Greyson nunca había confiado en las figuras paternas, sobre todo después de que su madre falleciera cuando él tenía dieciséis años, Antonio le había dado cierta orientación, lo había

animado a unirse al MI-6 y, finalmente, lo había entrenado en el área de los servicios privados.

—No. No lo hizo —el hombre al otro lado sonaba aburrido e irritado.

—¿Qué ha sido de él? —sus dedos estrujaron el teléfono con tanta fuerza que la carcasa empezó a crujir.

El otro hombre suspiró.

—Lo contraté para hacer un trabajo. Me dijo que había hecho la mitad. Al parecer, era mentira. Ahora tengo dos problemas entre manos, ambos necesitan ser eliminados. Uno es inalcanzable en este momento, pero el otro está expuesto y es una espina clavada en mi costado. Necesito el trabajo terminado. D'Angelo juró que lo terminaría y, si no lo hacía, que te llamara para que lo hicieras. Máталos, y así matarás a los dos hombres que le quitaron la vida.

—¿Está muerto? ¿Estás seguro? —preguntó Greyson. ¿Los objetivos habían matado a su padre? Casi no podía creerlo. Su padre era despiadado, un asesino por méritos propios y nadie lo habría matado fácilmente.

—Sí. No voy a repetirlo. ¿Aceptas el trabajo o no? —el acento del hombre era americano, pero definitivamente sofisticado. Era rico. La paga tendría que ser buena. Venganza y dinero por ello. Tendría que bastar; aunque eso no iba a devolverle a su padre. No tendría pensamientos ilusorios en esto.

—Si acepto, exigiré la mitad del pago por adelantado. Y tendrás que darme más detalles —normalmente no aceptaba trabajos fuera del Reino Unido, pero este requería una excepción a sus prácticas habituales.

El americano soltó una risita.

—Hay tiempo de sobra para eso. No estoy en la línea más segura. Te llamaré dentro de quince minutos —luego colgó.

Durante unos largos segundos, Greyson miró al frente a través de la ventanilla delantera del taxi. D'Angelo estaba muerto. Ahora que el asunto estaba aclarado, dejó que sus emociones se abrieran paso a través de la estrecha puerta que normalmente mantenía bien cerrada. La rabia se acumuló en su interior como una tormenta inminente y aceptó la oscuridad. El asesino de Antonio pagaría por ello. Acabaría el trabajo que su padre había empezado.



—TÚ NO ERES FENN SMITH. ERES FENN LOCKWOOD.

Fenn se quedó mirando a la belleza pelirroja. Dejó caer la mano que sujetaba posesivamente su pelo mientras un enorme dolor de cabeza crecía detrás de sus ojos.

—¿Lockwood? —repitió. Nunca había oído ese nombre... y sin embargo... los vellos de la nuca se le erizaron.

—Naciste en Long Island y viviste allí hasta los ocho años —continuó Hayden. Él se encontró con su mirada y quedó inmediatamente absorto por el intenso azul cobalto. Nunca había visto a nadie con los ojos de ese tono, excepto...

Más dolor estalló en pequeñas ráfagas a lo largo de su cráneo. Él levantó la mano y se frotó distraídamente la nuca. Sus dedos trazaron la pequeña línea levemente marcada de una cicatriz, una herida de la infancia tras caer de un árbol. No recordaba la caída. Su padre dijo que había sido una fea herida en la cabeza y que había tenido una conmoción cerebral.

—No. Soy Fenn Smith. Mi padre era Lewis Smith. He vivido aquí toda mi vida —sus dedos se enhebraron a través del grueso pelaje de Coda, pues el contacto era su único consuelo en ese momento.

—¿Recuerdas algo antes de los ocho años? —preguntó pacientemente Hayden.

Exprimió su cerebro, intentando recordar. Sólo había oscuridad.

—¿*Tú* recuerdas algo antes de los ocho años? —replicó.

La triste sonrisa de Hayden provocó algo raro en su pecho. Lo frotó para calmar el dolor.

—Recuerdo haber derramado el perfume de mi madre por toda la alfombra junto a su tocador. Tenía cuatro años y medio. Recuerdo ver llorar a mi hermano cuando pensaba que nadie lo estaba mirando. Puedo verlo sosteniendo una vieja fotografía de él y sus tres amigos alrededor de una tienda de campaña, acampando cuando tenían seis años —metió la mano en un bolsillo casi invisible de su vestido y sacó el móvil. Tocó varias veces la pantalla y abrió una galería de fotos. Luego seleccionó una y le tendió el aparato.

Él no quería cogerlo, pero su mano se movió sola. Al ver la pantalla, su cuerpo se puso rígido. Cuatro niños pequeños, de rodillas huesudas y ojos brillantes, posaban delante de una tienda de campaña bruscamente construida. A la izquierda había dos niños de pie, uno moreno y otro pelirrojo. A la derecha de la foto, dos niños de pelo dorado sonreían. Uno tenía el brazo sobre los hombros del otro. Eran idénticos.

Gemelos. El corazón de Fenn se contrajo en su pecho hasta el punto de sentir dolor.

Hayden se inclinó sobre Coda y señaló al gemelo del extremo derecho.

—Ese... eres tú.

—No soy yo. Ese no soy yo —tenía la voz ronca y no podía tragar saliva. No había fotografías suyas hasta después de la muerte de su padre. Al hombre no le habían gustado mucho las cámaras. Pero Fenn recordaba el aspecto que había tenido de niño, una vaga sensación de sí mismo que ahora mismo lo estaba enfermando.

—Y aquí —Hayden movió un dedo por la pantalla, mostrando a un joven en la adolescencia posando en un poni. Con el pelo rubio pegado a la frente por el sudor, el joven sonreía como un tonto.

Fenn apartó la mirada de la pantalla y miró su nevera, donde había unas cuantas fotos pegadas a la superficie de plástico. Una de ellas era de cuando tenía diecisiete años, apoyado en el poste de una valla, con el sombrero inclinado hacia atrás. Una sonrisa idéntica se dibujaba en su rostro.

—No —negó en un susurro sin aliento.

—Sí —Hayden volvió a encender la pantalla y una última imagen apareció. Un hombre de unos treinta años con un traje costoso estaba de pie junto a la entrada de una enorme mansión. Una mirada seria, casi atormentada, ensombrecía la sonrisa despreocupada del hombre.

El hombre era idéntico a él. Si no fuera por la leve cicatriz de su frente, Fenn habría pensado que el hombre de la foto era él y que todo formaba parte de una elaborada broma de sus amigos.

—Este es Emery. Tu hermano menor por dos minutos. Te ha estado buscando.

Unas gélidas garras se arrastraron por su cerebro.

Las luciérnagas bailaban en círculos vertiginosos mientras él intentaba capturarlas en un tarro de cristal. Una cálida brisa de verano lo envolvía al tiempo que corría escaleras arriba hacia una lejana habitación con dos

camas. Un nombre en la punta de la lengua, un nombre tan familiar como el suyo propio, pero sólo tuvo que pensarlo mentalmente. Una sensación de seguridad, una protección total, como un hechizo mágico lanzado sobre un castillo por un mago bondadoso.

¿Cuándo se había sentido así de seguro? No recordaba haber sentido ese tipo de seguridad, pero lo había experimentado, ¿verdad? Las luciérnagas, los resplandecientes faroles japoneses, la mujer del vestido que se desplegaba en sus piernas como pétalos de flores. Las risas como campanas, el dulce aroma del perfume... el hogar. No Colorado.

—¡No! —gritó y saltó de la cama.

No había aire. No podía respirar. Tenía que salir de allí... Se tambaleó hasta la puerta de la caravana y bajó los escalones para luego desplomarse sobre manos y rodillas y sufrir violentas arcadas. Las lágrimas le escocían como cuchillos de sílex mientras todo su cuerpo se agitaba y cada músculo se contraía de ansiedad. La tierra áspera y las piedras le arañaban las palmas de las manos mientras se aferraba a ésta.

Una mano fría le cubrió la frente y un suave susurro llenó sus oídos.

—Oye... tranquilo —Hayden estaba arrodillada junto a su hombro y le frotaba la espalda con una mano—. Lamento que no hubiera una forma más fácil de decírtelo. Pero es importante. Alguien está intentando matar a tu hermano y ahora a ti.

Necesitó unos minutos de palabras reconfortantes y caricias suaves antes de que su cuerpo se relajara y recuperara el control de sí mismo.

Fenn se sentó sobre los talones y se limpió la boca con el dorso de la mano. No se sentía mejor, pero al menos no iba a volver a vomitar. Esta mujer parecía tener el don de verlo en su peor momento.

—No estoy diciendo que te crea —la fulminó con la mirada, aún más furioso por la forma en que la luz de la luna llena se reflejaba en sus ojos y brillaba en los mechones sueltos de su cabello. Hayden era todo lo que un hombre como Fenn quería llevarse a la cama, pero ella no quería sexo. Quería arruinarle la vida. Cambiar todo lo que él sabía de sí mismo. Esta mujer no tenía derecho a hacer eso.

—No tienes que creerme. Estoy segura de que Emery estará encantado de hacer una prueba de ADN. Tus padres todavía están vivos. ¿Sabes lo que esto significará? ¡Que estás vivo! Durante veinticinco años todo el mundo te creyó muerto. Sólo Emery había sobrevivido. Esto lo cambia *todo* —el

eco de sus propias palabras en sus labios hizo que se sintiera repentinamente cansado. Era como si hubiera estado luchando toda su vida para entender quién era y por qué sentía que nunca había pertenecido a Walnut Springs y ahora... ahora no sabía nada.

No era verdad. Se negaba a creerlo. Tal vez era una loca coincidencia y sólo se parecía al hermano de un tipo rico. Eso era posible. Él y su padre habían vivido aquí toda la vida; Fenn nunca había pertenecido a ninguna otra familia, ni a ningún otro lugar.

—¿Por qué alguien intenta matar... —hizo una pausa, pues el nombre en su lengua era una sensación rara—. ¿A Emery? —no quería preocuparse, no debía preocuparse por un hombre que no conocía. Eso no evitó que se le oprimiera el pecho sólo de pensar en el peligro que corría este desconocido.

Hayden se puso en pie y lo ayudó a levantarse. El tobillo le ardía terriblemente y odiaba necesitar ayuda para levantarse. Incluso con dolor, siempre había sido capaz de controlarse. Mostrar debilidad delante de esta mujer le revolvía todo por dentro.

—No sabemos por qué, todavía no. Pero el hombre que os secuestró a ti y a Emery a los ocho años está muerto. Emery le disparó.

Habían estado caminando hacia su caravana, pero Fenn se detuvo de golpe. *Una risa gélida, balas, un grito horrible en su cabeza.*

—¿Muerto?

—Sí —ella lo observaba con una expresión de preocupación en su ceño fruncido, como si esperara que volviera a colapsar.

—¿Cuándo? —Fenn empezó a moverse de nuevo, con cuidado de no lastimar su tobillo malo. Era hora de más cerveza y más hielo.

—Esta noche. Durante la competición de monta de toros.

—¿Ellos estuvieron aquí? —por alguna razón, sintió pavor ante la idea de que esos dos completos desconocidos estuvieran tan cerca de él. No quería conocer a este Emery, no quería enfrentarse a él. Todo era un error. Emery no le importaba, porque Emery no era su hermano. Esta era la verdad. Tenía que convencerse de eso, pues, de lo contrario, todo lo que sabía de sí mismo y de su vida aquí se reduciría a cenizas a su alrededor.

He luchado demasiado para llegar donde estoy. Nadie puede arrebatar me esta vida, ni mis recuerdos. Esto es lo que soy. Fenn Smith de Walnut Springs. Y al diablo con cualquiera que intente convencerme de lo contrario.

—No. El ataque ocurrió en Long Island. Hace una hora Emery estaba de camino al hospital.

—¿Hospital? —el estómago se le revolvió nuevamente y tragó la bilis que iba en aumento. Le dejó un sabor amargo en la boca.

—Sí. Al parecer hubo un tiroteo y Emery y su novia resultaron heridos. Mi hermano recibió una llamada de uno de sus amigos y de Emery. Nos informó de los hechos. El hombre asesinado por Emery dijo que otro ocuparía su lugar. Por eso estoy aquí. Para llevarte de regreso antes de la llegada de su reemplazo —explicó Hayden mientras subían de nuevo a la caravana.

—¿De regreso a dónde? —o él tenía una conmoción cerebral, o no estaba entendiendo.

—A Long Island —volvió a sentarse en la cama. Coda no se había movido de su sitio. No era la primera vez que Fenn salía en este estado después de un exceso de cervezas.

—Oh, no, cariño. No iré a ninguna parte —cogió la botella de whisky, buscó en el congelador una bolsa de hielo y volvió a la cama. Se recostó, levantó el tobillo y colocó la bolsa de hielo sobre éste. Luego se llevó el borde de la botella de whisky a la boca y bebió. El intenso líquido le quemó la garganta, pero sabía que proporcionaría un dulce alivio a su pobre tobillo.

—Tienes que volver —Hayden intentó alcanzar la botella, pero él se inclinó hacia atrás y siguió bebiendo. Sólo cuando su cabeza empezó a dar vueltas, ella se abalanzó de nuevo sobre la botella y logró arrebatársela.

—Diablos —gruñó, pero estaba demasiado agotado para moverse.

Entre el dolor del tobillo y la jaqueca, no iría a ninguna parte. Dejó caer la parte superior de su cuerpo sobre la cama y gimió cuando los músculos de su espalda se contrajeron y protestaron. La caída de esta noche realmente iba a matarlo mañana cuando se despertara. Tendría suerte si sus únicos problemas fueran estar rígido y dolorido.

—Deberías volver a la ciudad esta noche —la miró especulativamente. Si ella se quedaba aquí, estaría tentado de ponerla de espaldas debajo de él en una cama, por mucho que le doliera el tobillo. La mujer era una tentación muy fuerte para ignorarla, y Fenn sabía cómo seducirla para que cayera en sus brazos. Cuando la había besado antes, su sumisión a él, el dulce ronroneo que había emitido al estar inmovilizada contra la pared, maldita sea... una mujer perfecta. Nunca había pensado encontrar una que

le provocara la desesperación de atarla, usar el cinturón para sujetarle las manos al cabecero y poder follarla con todas sus fuerzas. Estaba tan absorto en su fantasía de lo que le gustaría hacerle con el cinturón que se percató de que no había estado escuchándola—. ¿Qué?

Suspiró exasperada.

—No voy a dejarte así sin más. ¿Y si alguien viene a por ti? —su voz sonaba muy dulce, incluso cuando estaba enfadada. Una sonrisa perezosa estiró sus labios ante la idea de que esta pequeña petarda estuviera entusiasmada por protegerlo.

—Entonces me ocuparé de ello. Los problemas tienden a desaparecer cuando un hombre mira por el cañón de un rifle Winchester —Fenn se quedó mirando el techo de la caravana, memorizando los patrones del empapelado descascarado en un esfuerzo por apartar de su mente el deseo de acostarse con la señorita Vestido Rojo.

Jim siempre intentaba que se mudara a la casa principal, pero no le parecía correcto. Fenn no era el dueño y tampoco era realmente el hijo de Jim, así que no se sentía con derecho a seguir viviendo en esa casa. Tras la muerte de su padre, había vivido en la casa hasta los dieciocho años, pero la caravana de la propiedad era más adecuada para un hombre adulto. Las cosas habían ido bien.

O lo habían estado hasta los últimos meses, cuando el prestamista había amenazado con embargar la propiedad porque Jim no podía hacer frente a los pagos de la hipoteca. Fenn le había dicho a Jim que ganaría el premio en efectivo en el rodeo y restablecería el pagaré para que pudiera ser un “inversor” en el rancho. Ése era su verdadero sueño. No quería montar toros para siempre; quería dirigir un rancho.

La voz de Hayden interrumpió los relajantes pensamientos sobre la gestión de The Broken Spur.

—No te perderé de vista. Me quedaré aquí.

Fenn soltó una risita, acomodó la almohada bajo su cabeza y cerró los ojos.

—Como quieras, cariño —se dio unas palmaditas en el estómago y Coda se movió en la cama para colocar la cabeza sobre su pecho. Le acarició la mano con el hocico y la lamió. La presencia serena y fuerte de Coda siempre le permitía dormir mejor. Era mitad lobo en algún lugar de su

linaje de perro esquimal, y él la había criado desde cachorra hacía dos años. Nunca había tenido un perro mejor.

—Bien —replicó Hayden.

La cama se hundió a su derecha, giró ligeramente la cabeza en esa dirección y abrió un ojo. La señorita Princesa Mimada estaba tumbada de lado, de espaldas a él, con ese pequeño vestido rojo que le secaba la boca y le ponía la polla dura. La deliciosa curva desde los hombros hasta el valle de su estrecha cintura, que luego se ensanchaba sobre unas caderas llenas, era todo un espectáculo. Sus manos ansiaban tocarla, pero se resistió. Hayden no era más que una fantasía. A las mujeres como ella nunca les gustaban los hombres como él. Probablemente salía con algún jugador de polo, alguien como su hermano; Emery. Fenn echó la cabeza hacia atrás y volvió a mirar al techo.

Hermano. No tenía un hermano, y mucho menos un gemelo. Él lo sabría, ¿no? Un hombre debía saber si había tenido otra familia en otro lugar. La sola idea de un hermano y dos padres que no conocía le estrujaba y le desgarraba el pecho como si tuviera el corazón incrustado de espinas. Volvió a cerrar los ojos, permitiendo que su mente se relajara y que el whisky ardiera en sus venas.

Los sueños llegaron rápidamente, como ladronzuelos en la noche. *Luciérnagas, siempre luciérnagas. La cálida cocina, llena de luz y vida. Un suave codazo en las costillas y una risita infantil a su lado. El rostro de una mujer mayor, lleno de diversión y una pizca de irritación. La luz centelleaba y parpadeaba en el par de brillantes botellas de Coca-Cola frente a él y... otro chico. El dolor lo atravesó, pero, al parecer, no podía despertarse.*

Había sangre brillando sobre el mármol blanco. El suelo estaba lleno de botellas rotas y la sensación de unas manos alrededor de su garganta, un estrangulamiento violento, lo persiguió hacia la oscuridad.

Capítulo Cuatro

Emery Lockwood estaba sentado junto a la cama del hospital donde dormía el amor de su vida. La noche anterior había sido un infierno en la tierra. Casi había perdido a la mujer que le había cambiado la vida, cambiado a él. Sophie Ryder había recibido un disparo y una puñalada y luego había superado la operación por muy poco. Él había estado de rodillas en la capilla del hospital rezando a un Dios en el que había perdido la fe mucho tiempo atrás. Hans, su fiel guardaespaldas desde hacía veinticinco años, había permanecido a su lado, con la cabeza inclinada, moviendo los labios sin emitir sonido alguno mientras rezaba.

A las cuatro de la mañana, Royce Devereaux había entrado en la capilla y, con una sonrisa agotada, le había dedicado un breve asentimiento y articulado “ella lo ha conseguido”. En ese momento, Emery supo que quería casarse con Sophie. Era imposible pensar en respirar una vez más sin ella. Ahora la tendría a ella y a Fenn.

Fenn estaba vivo. Aún no podía superar la conmoción. Haber arrastrado sobre sus hombros el peso de la muerte de su gemelo durante veinticinco años casi lo había matado. Sin embargo, ahora... se sentía libre, lo suficientemente ligero como para volar. Su hermano, la otra mitad de su corazón palpitante, estaba vivo.

Cody había llamado a Wes, quien había volado a Colorado el día anterior, incluso antes de que Emery supiera que su hermano estaba vivo. Cody le dijo a Wes que se dirigían al hospital y que llamara a Emery en cuanto tuviera noticias. Habían pasado ocho horas desde que Wes supo que estaban en el hospital. Emery deseaba que su amigo llamara, que le diera

alguna novedad. Necesitaba ver a Fenn con sus propios ojos, necesitaba oír la voz de su hermano. Hasta que eso sucediera, le preocuparía que todo fuera un sueño solo para despertar en la pesadilla en la que había estado viviendo los últimos años.

Sophie se removió en la cama y Emery se sentó en la pequeña silla que había a su lado, con cuidado de protegerse el brazo herido. Hizo una mueca de dolor al ajustarse el cabestrillo. Sophie se había despertado al amanecer, pero no del todo. Volvió a dormirse, y él suspiró. No podía ir a Colorado, no cuando ella tenía suerte de estar viva. De momento, tendría que dejar a su hermano allí y confiar en que Wes pudiera traerlo a casa sano y salvo. Con su último aliento, Antonio le había advertido a Emery que otro ocuparía su lugar y terminaría el trabajo; en otras palabras, lo mataría a él y a Fenn.

Pero, ¿por qué? Nada de eso tenía sentido. ¿Quién ganaría algo con sus muertes? Sobre todo porque ya no eran niños. Al escapar, esa fatídica noche, había descubierto que la petición de rescate había sido una treta. El verdadero plan siempre había sido el asesinato.

—¿Emery? —un susurro lo alejó del oscuro rumbo de sus pensamientos. Miró por encima del hombro y vio a su madre, Miranda, y a su padre, Elliot, de pie en la puerta. Se levantó de la silla y caminó hacia ellos.

—Salgamos —una vez en el pasillo, cerró la puerta de la habitación de Sophie.

Su madre, una mujer de pelo dorado y ojos color avellana, un reflejo femenino de Emery y Fenn, le echó los brazos al cuello, enterrando la cara mientras lo abrazaba.

—Ella se está recuperando. Estoy muy contenta... —susurró—. Temíamos... pero siempre hay esperanza —a Miranda se le llenaron los ojos de lágrimas. Elliot la abrazó de forma protectora.

—Tranquila, Mandy. Sophie se pondrá bien. ¿Verdad? —incluso su brusco padre parecía necesitar oírsele decir también.

—Sí. Sus signos vitales son buenos. Ha superado las operaciones. Se recuperará, pero lentamente —dudó. ¿Debería decirles la verdad ahora? ¿Que su otro hijo no estaba muerto? Cuando Sophie le había ocultado la verdad, él la había herido debido a la rabia y la tristeza, y apenas podía perdonarse por ello. Solo le había ocultado la verdad para protegerlo. Si les

hacía lo mismo a sus padres... con una pequeña sacudida de cabeza, supo que no podía hacerlo. Tenían todo el derecho a saber lo que él sabía.

—Madre, padre, tengo algo que deciros. Me enteré anoche. Pero si os lo digo, los dos tenéis que prometerme que os quedaréis aquí en el hospital. No hagáis nada, no se lo digáis a nadie, hasta que yo os diga que es seguro. ¿Lo entendéis?

Emery cogió las manos de su madre entre las suyas y esperó a que aceptara. Ella levantó la cabeza y estudió el rostro de su marido. Elliot le dedicó un breve asentimiento de cabeza.

—Lo prometemos —dijo ella.

Emery respiró lentamente y luego exhaló, odiando la forma en que todo su cuerpo temblaba. Llevaba mucho tiempo queriendo que Fenn estuviera vivo, y había querido decírselo a sus padres, pero nunca había creído que tendría la oportunidad. Aquí estaba, aterrorizado, emocionado y con problemas para respirar.

—Hijo, ¿qué pasa? —preguntó Elliot.

—Fenn está vivo.

Los ojos de su madre se abrieron de par en par.

—¿Qué?

—Sophie lo ha encontrado. Está vivo —aunque siguiera diciéndolo, él mismo seguía teniendo miedo de creerlo

—Pero nos dijiste que estaba muerto...

—Pensé que lo estaba. Oí un disparo, sentí el dolor en mi cabeza... pero sobreviví —Emery se pasó una mano por el pelo, tirando tan fuerte de los mechones que el pellizco de dolor lo mantuvo con los pies en el suelo.

—¿Mi hijo está vivo? —susurró Elliot con voz entrecortada—. Simplemente no puedo... —sacudió la cabeza, incapaz de continuar.

Emery asintió, rezando para que asimilaran la noticia.

Miranda puso los ojos en blanco y se desmayó. Si Elliot no hubiera estado esperando para cogerla, podría haberse desplomado en el suelo. El padre de Emery sostuvo el cuerpo de Miranda y luego levantó lentamente la cara para mirar a Emery.

—Vivo... —el tono áspero que escapó de los labios de Elliot hizo que a Emery se le cerrara la garganta.

Era muy fácil olvidar que él no era la única persona que había sufrido por la pérdida de Fenn. Había perdido a su gemelo, su otra mitad. Elliot y

Miranda habían perdido a su hijo. El dolor era diferente, pero la profundidad era la misma que la suya.

—¿Cómo es posible? —preguntó su padre, con la voz un poco más fuerte.

Colocando una mano en el hombro de su padre, Emery suspiró.

—Os lo contaré todo —era una promesa que nunca pensó que haría o que querría mantener. Ahora la cumpliría.

Capítulo Cinco

No había nada mejor en el mundo que despertarse con una hermosa mujer entre los brazos. Fenn no había tenido una mujer en semanas, así que esto era obviamente un sueño. Era imposible que hubiera conseguido una mujer así anoche...

Miró su vestido rojo con escepticismo. Los recuerdos de la noche anterior lo asaltaron con dolor. Apartó todo eso y se concentró en la mujer que se amoldaba a su cuerpo. Coda dormía en el suelo junto a la puerta de la caravana, donde siempre permanecía vigilante por la noche. Cuando el perro abandonó la cama, la pequeña seductora pelirroja se había arrastrado por las sábanas hasta su lado. Estaban acurrucados. Nunca le había parecido atractivo, pero ahora sí. Era difícil superar la sensación de las curvas de una mujer presionadas contra su cuerpo. Su polla estaba de acuerdo. Estaba tan dura como para estampar clavos en las paredes. A pesar del dolor en el cráneo, se las arregló para sonreír.

Tenía que disfrutarlo al máximo antes de que ella despertara. La forma en que su trasero perfecto y redondo encajaba en su entrepierna le hizo imaginar lo divertido que sería reclamarla así, por detrás. Lo único que tendría que hacer era subirle el vestido por encima de las caderas... Su polla presionaba contra los jeans y la sensación, aunque incómoda, seguía siendo agradable, a pesar de que necesitaba liberarse desesperadamente. La cabeza de Hayden descansaba sobre la almohada formada por su brazo extendido. Con la otra mano, él le cogía firmemente uno de los pechos.

Aunque había una barrera de ropa entre su piel y la de ella, el contacto era íntimo y Fenn sabía perfectamente que se pondría furiosa al despertar.

Él le estrujó suavemente el pecho y reprimió una carcajada al verla suspirar y se retorcerse contra él. Una de las manos de Hayden se movió hacia atrás y le sujetó la cadera, intentando acercarlo más a ella. Ahogó un gemido de necesidad. Esta mujer iba a acabar con él.

Tentado por el delicado lóbulo de su oreja, se inclinó y lo besó. El aroma a fresa de su pelo mezclado con su suave aroma natural era como un cóctel de pecado y perversa perfección. Le lamió la oreja, y Hayden despertó en sus brazos con un suspiro entrecortado y un pequeño asentimiento de ánimo.

—No pares —sus palabras apenas superaban un susurro.

Fenn sonrió. Probablemente estaba soñando. *La diablilla se lo tenía merecido.*

Le amasó el pecho y le mordisqueó el lóbulo de la oreja. Hayden se mordió el labio y arqueó la espalda, lo que empujó su pecho contra su mano y su trasero contra su polla. Maldita sea, la mujer sabía cómo moverse. Era una fantasía. Su fantasía. Fenn deslizó la mano desde el pecho hasta su cadera, y luego alcanzó su muslo desnudo.

Dios, quería meter las manos entre sus piernas, tocar la caliente humedad que debía de estar acumulándose en ella. Estaba sonrojada, esa piel blanca y delicada se había teñido de un suave color rosado debido a su excitación. Fenn deslizó las puntas de los dedos desde la parte exterior del muslo hasta la interior y ella se sacudió, abriendo las piernas para él.

—Despierta, cariño —le murmuró al oído.

Por mucho que quisiera aprovecharse, él no era tan cabrón. Cuando reclamaba a una mujer, la quería despierta y dispuesta... y para ser sincero, quería que le suplicara que se la follara. Cuando sus pestañas castaño claro se agitaron y sus labios se entreabrieron, Fenn se sintió inundado por un millar de deseos. Quería atar una cuerda a las muñecas de Hayden y sujetarla a una cama para poder torturarla con interminables orgasmos llenos de placer. Quería perseguirla, derribarla e inmovilizarla debajo de él, exigiendo su rendición.

Fenn siempre había sido un amante dominante, pero había algo en Hayden; la forma en que lo presionaba, lo desafiaba. Quería dominarla mucho más. No doblegarla, eso nunca, pero el fuego que ella poseía, especialmente hacia él, alimentaba su propia excitación hasta límites desconocidos. La necesidad de marcarla como suya era abrumadora.

Diablos, quería luchar con ella sólo para poder experimentar el sexo de reconciliación. El pensamiento lo calmó. *¿Sexo de reconciliación?* Ni siquiera conocía a esa mujer, y mucho menos quería tener una relación con ella. Aparecer en su puerta con tacones y un vestido impresionante, soltando tonterías sobre una familia que él no tenía; ella era un problema.

Sí, no necesito este tipo de problemas.

—Cariño, tienes que despertar —frotó su muslo, acercándose peligrosamente a la zona donde quería estar, entre esas hermosas y curvilíneas piernas.

—¡Barroooo! —el aullido solitario de Coda y el roce de sus uñas en el suelo de la caravana barata lo hicieron levantarse de golpe.

—¿Qué? —Hayden también se incorporó y estrelló la cabeza contra su barbilla.

—Hijo de... —maldijo, pero la palabra murió en su lengua cuando la puerta de la caravana se abrió de golpe.

Coda bajó los escalones a toda velocidad hasta desaparecer de la vista, ladrando con fuerza.

—¿Qué coño está pasando aquí? —una voz estruendosa resonó por toda la caravana. Un hombre alto y pelirrojo estaba de pie justo dentro, mirándolos fijamente, con ojos azules centelleantes.

—¿Wes? —Hayden salió de la cama, deslizando los dedos por su pelo enmarañado color fresa.

Fenn se distrajo momentáneamente al ver destellos dorados entre el rojo, como si la tenue luz del sol estuviera atrapada en los mechones.

—Sal de aquí ahora mismo, Hayden —el pelirrojo señaló con un dedo hacia la puerta. Hayden obedeció, pero Fenn pudo oír sus susurros frenéticos desde el exterior de la caravana, donde ambos se reunieron.

Fenn no se sentía amenazado en absoluto. Se recostó en la cama, cruzó los brazos detrás de la cabeza y sonrió con suficiencia. Momentos después, el intruso se acercó al borde de su cama, con una mirada amenazadora llena de furia.

—Lo siento, hombre, tienes que tener más controlada a tu novia. Ella acudió a mí.

El hombre, que llevaba un traje costoso, se lanzó hacia él, con los ojos azul cobalto brillando... ojos azules como... los de Hayden...

El puñetazo lo alcanzó justo en la mandíbula. Su cabeza estalló con un dolor abrasador y gruñó cuando el otro hombre cayó sobre él.

—¡Es mi hermana, pedazo de mierda!

Fenn asestó un golpe en la mejilla del hombre y luego, levantando la pierna sana, le dio una patada en el pecho.

—¡Alto! —el grito enfurecido de Hayden apenas atravesó la bruma que rodeaba a Fenn, quien se levantó de la cama y se abalanzó sobre el otro hombre. Entre forcejeos y golpes, rebotaron contra la nevera y los armarios antes de llegar a la puerta abierta.

El estómago se le revolvió cuando cayeron por la puerta y se estrellaron contra el suelo con gemidos de dolor. En lugar de liberarse de la ira alimentada por la adrenalina, Wes y él siguieron golpeándose.

El sonido de un disparo los calmó a ambos. Fenn lo tenía inmovilizado, y Wes sujetaba su puño.

—¿Te dejo solo un par de noches y vuelvo para encontrarte peleando con alguien como un par de gatos callejeros? —la voz de Jim Taylor retumbó como un látigo.

Tanto Fenn como Wes se volvieron para mirar la vieja y destartalada camioneta azul que acababa de detenerse detrás del par de modernos Jeep Wrangler. Jim había abierto la puerta del conductor y estaba de pie en el soporte, con una escopeta colgando de un brazo. Callie salió corriendo de su lado de la camioneta y corrió hacia ellos, pero se detuvo cuando vio a Hayden de pie, un poco apartada, sin más ropa que su diminuto vestido rojo. La expresión de absoluta devastación en los ojos de Callie mató a Fenn, pero tenía que madurar y dejar de suspirar por él como una colegiala enamorada en algún momento.

—Hey, Jim —sonrió Fenn, mostrando todos los dientes como un lobo.

Jim siguió frunciendo el ceño.

—Nada de 'Hey Jim', hijo. Levántate, sacúdete el polvo y ayuda a tu amigo —Jim señaló a Wes, cuya mirada estaba fija en Callie. Había un brillo de fascinación, casi depredador, en sus ojos.

Fenn se levantó del suelo y se sacudió los jeans, esparciendo pequeñas nubes de tierra marrón por el aire, antes de ayudar a Wes a ponerse en pie. Acercó al otro hombre, fingiendo ayudarlo a quitarse el polvo de su elegante traje.

—Toca a Callie y te corto las pelotas —advirtió.

Wes enarcó una ceja.

—Toca a mi hermana y correrás la misma suerte.

Ambos asintieron sombríamente antes de volverse hacia Jim.

Jim Taylor tenía cincuenta y nueve años, el pelo canoso y la piel curtida por años de trabajo al aire libre. Su cuerpo bien tonificado sólo estaba ligeramente deteriorado por la edad. Era un hombre que había vivido y trabajado duro, construyendo The Broken Spur desde los cimientos. Un hombre digno de respeto. Se acercó a ellos, con el ceño fruncido y decepcionado.

—Jim Taylor —le tendió la mano a Wes.

Wes la estrechó de inmediato.

—Wes Thorne. Le pido disculpas por el comportamiento que ha presenciado —se limpió la boca, donde un pequeño hilo de sangre de su labio herido había empezado a recorrerle la barbilla. Fenn sonrió satisfecho, pero luego hizo una mueca de dolor al lamerse los labios, saboreando la sangre. Se tocó la boca con las puntas de los dedos. El contacto le produjo escozor en algunas partes, pero sintió que había valido la pena. Él había estado buscando pelea después de perder anoche en la arena.

—¿Y quién es ella? —Jim se centró en Hayden. Ella se puso de puntillas sobre sus pies descalzos y le tendió la mano.

—Es un placer conocerlo, señor Taylor. Soy Hayden Thorne. Lamento las molestias —lanzó una mirada mordaz a Wes y Fenn. Pero a Fenn no le molestó. Se limitó a encogerse de hombros. Defensa propia y todo eso.

—¿Y el señor Thorne es tu... marido? —adivinó Jim.

—Hermano —respondieron Wes y Hayden al unísono de esa forma tan extraña que solían adoptar los hermanos cuando se presenta la ocasión.

—Ahh, sí. Puedo ver el parecido, ahora que lo mencionáis. ¿Por qué no entráis los dos? Conseguiremos hielo para los hombres y buscaremos una forma civilizada de resolver el problema que os ha tenido peleando como osos. ¿Os parece bien?

Jim no esperó respuesta. Avanzó hacia la casa principal, con la escopeta apoyada en un hombro. Callie se acercó a Hayden, sonriendo tímidamente mientras se presentaba. Luego las dos chicas siguieron a Jim.

Fenn se quedó en su sitio. Le dolía el tobillo, pero la bolsa de hielo de la última noche había sido un tratamiento muy eficaz contra la inflamación.

Seguía descalzo con la pierna vendada. Wes lo estaba estudiando, con sus ojos azul oscuro recorriéndolo de pies a cabeza.

—No imaginaba encontrarte de esta manera después de tantos años —dijo Wes, con una sonrisa triste—. Pero supongo que no debería sorprenderme. Sigues siendo el Fenn que una vez conocí.

Los finos vellos del cuello de Fenn se erizaron al estudiar detenidamente al hombre a su lado.

—Mueve la muñeca, así —el chico de pelo rubio y rojizo como la fresa estaba descalzo entre las sombras del estanque. El sol del mediodía golpeaba a su alrededor mientras Fenn practicaba mover la muñeca como el otro chico. Las piedras en sus palmas saltaban por la superficie del agua, dejando momentáneos puntos de impacto circulares en patrones que se reducían a medida que se hundían y desaparecían de la vista.

—Mejor —sonrió el otro chico, y sus ojos azul cobalto eran brillantes y profundos como el océano Atlántico. Eran ojos que él conocía, ojos que desprendían picardía, confianza y devoción absoluta que sólo existían en las amistades forjadas por niños pequeños.

Fenn parpadeó. El destello de esa imagen; el zumbido de las abejas, el aroma de la hierba recién cortada y el resplandor de la esperanza, se desvaneció lentamente.

Esperanza; esa emoción variable en la que había perdido la fe hacía mucho tiempo.

—Yo... —sacudió la cabeza. Estaba imaginando cosas, cosas fantasiosas. Todo esto se debía a que había bebido demasiado la noche anterior después de que Hayden le mostrara esas fotos en su teléfono: una vida que no era suya, una vida que no podía recordar.

—¿De verdad no lo recuerdas? —el dolor intensificó aún más el azul en los ojos de Wes antes de que apartara la mirada. Algo se estrujó en el pecho de Fenn y no pudo respirar durante un segundo.

—Lo siento —murmuró, sin saber por qué se sintió obligado a decirlo, pero lo hizo.

Wes soltó una risita, pero sin alegría.

—Supongo que una parte de mí esperaba que recordaras todo después de verme... pero supongo que no —deslizó las palmas de las manos por su chaqueta gris, quitándose la suciedad que había cubierto su ropa.

—No soy quien crees que soy —dijo Fenn en voz baja mientras ambos empezaban a caminar hacia la casa. Hizo todo lo posible por no apoyar el tobillo derecho, pero no pudo ocultar su leve cojera.

—No. No eres en absoluto lo que pensaba que serías, pero sigues siendo el hombre que he venido a buscar —Wes dejó que eso quedara flotando en el aire entre ellos mientras subían los escalones. Wes iba al frente y Fenn cojeaba a sus espaldas.

Dentro de la casa, Callie y Hayden se agruparon alrededor de Jim en la cocina abierta, parloteando y moviéndose como gallinas. Jim se sonrojó y apartó las manos femeninas de un golpe.

—Papá, tienes que sentarte y descansar —gruñó Callie como una madre loba protectora.

—De verdad, señor Taylor, los infartos son algo serio —coincidió Hayden, y Fenn vio cómo Callie y ella intercambiaban miradas significativas. Parecía que las chicas habían decidido hacerse amigas. No era que eso lo sorprendiera lo más mínimo. Callie era dulce, vivaz y confiada. Hayden; bueno, parecía tener una personalidad que irradiaba mucha seguridad en sus propias habilidades, y Fenn supuso que, si ella decidía ser tu amiga, era mejor aceptarlo en lugar de luchar contra ello.

—Que alguien venga a salvarme —exigió Jim, pero un ligero tono de súplica en su voz hizo reír tanto a Fenn como a Wes.

Fenn se acercó cojeando a la mesa de la cocina y se sentó junto a Jim. Descansar el tobillo era una sensación placentera. Una refriega y una pelea a puñetazos no habían sido la mejor idea.

Callie sacó un botiquín de primeros auxilios de un armario que había debajo del fregadero y se deslizó junto a Wes para acercarlo a la mesa. Se ruborizó y procuró no mirar a Wes. Fenn entrecerró los ojos cuando el hombre volvió a mirar a Callie. Esa situación sería digna de ver.

—Ahora, hablemos. ¿Qué ha sucedido ahí afuera? —preguntó Jim mientras dejaba la escopeta sobre la mesa. Jim podía expresar claramente sus amenazas sin tener que decir nada.

—Creo que es mejor que empecemos por el principio —Hayden se bajó el vestido por los muslos mientras se dejaba caer en una silla vacía.

Hermano y hermana compartieron una mirada, y luego Wes le dedicó una leve inclinación de cabeza y ella continuó.

—¿Recuerda el secuestro de los Lockwood en Long Island hace unos veinticinco años?

Jim se recostó en su silla.

—¿Recordarlo? ¿Quién podría olvidarlo? Durante al menos un año después del secuestro, todo el mundo estuvo aterrorizado por los hombres que se metían en las guarderías para robar niños. Salió en todos los diarios nacionales durante semanas.

Hayden se aclaró la garganta y evitó mirar a nadie excepto a Jim.

—Así que recuerda que unos gemelos llamados Emery y Fenn fueron secuestrados. Fenn nunca fue encontrado y todo el mundo lo dio por muerto.

Jim deslizó una mano por su mandíbula.

—Vale... —de pronto, sus pupilas se dilataron e inclinó la cabeza hacia Fenn—. Sólo llegué a ver una foto de ese otro chico, pero nunca pensé cuando Fenn apareció por aquí unos meses después que... No creerás que... —no terminó.

—Estamos seguros. Tengo todos los artículos y fotos en mi teléfono. Puedo mostrárselos —Hayden respondió a su pregunta no formulada.

—Ya te he dicho que no soy él. Mi padre y yo hemos vivido aquí desde que tengo memoria —argumentó Fenn.

Hayden le ignoró.

—Señor Taylor, Emery nos ha enviado aquí, el hermano de Fenn. Es crucial que lo llevemos de vuelta a Long Island, donde puede ser protegido.

—¿Protegido? —Callie frunció el ceño mientras levantaba una torunda humedecida en antiséptico y tocaba la boca de Wes. No se inmutó mientras ella lo atendía, pero levantó la mano y le cogió la muñeca, sin detenerla, sólo manteniéndola sujeta.

—Fenn está en peligro. El secuestro original de hace años fue orquestado como una falsa situación de rescate. El verdadero objetivo era matar a los gemelos. Un asesino contrató a otros dos hombres para que lo ayudaran con el secuestro y el asesinato. Hace poco, ese asesino reapareció para terminar el trabajo. Emery escapó, pero por muy poco. Justo antes de morir, el asesino confesó que otro ocuparía su lugar y conocía el paradero de Fenn —Hayden se centró finalmente en Fenn—. Fue así como por fin te encontramos. El amigo de Emery consiguió copiar algunos archivos del ordenador portátil del asesino. Tenían fotos tuyas, información sobre tus

montas de toros e información escolar, aunque creciste aquí bajo el nombre de Fenn Smith. El hombre que te crio nunca cambió tu nombre de pila.

—¿El hombre que me crio? ¿Te refieres a mi *padre*? —Fenn se irritó y golpeó la mesa con el puño.

—Cálmate —le advirtió Jim.

—¡No! No voy a escuchar esto. Jim, tú me conoces. Diles que no soy un niño mimado de la Costa Este. He estado aquí toda mi vida —Fenn se puso en pie, ignorando el dolor en el tobillo.

Jim hizo un gesto con la mano, indicándole que volviera a sentarse.

—Fenn, llegaste a Walnut Springs hasta tus ocho años. Nadie conocía tu origen antes de eso. Tu padre mantuvo su vida en privado. Lo conocí en la cafetería local y oí que necesitaba trabajo, así que fue fácil contratarlo como peón del rancho. Pero para ser honesto... Lewis siempre me pareció raro. No actuaba como un padre. Para ser un hombre cuya esposa supuestamente había muerto, parecía torpe con su propio hijo; no parecía saber realmente qué hacer contigo. La mayoría de los hombres tienen algún tipo de instinto paternal cuando tienen un hijo. Lewis estaba tan perdido contigo como consigo mismo. Era un vagabundo y nunca parecía confiar en nadie. Siempre tuve dudas sobre ti, supuse que debías parecerte a tu madre porque estaba claro que no había semejanza entre vosotros dos.

Hayden sacó su teléfono y acomodó las fotos.

—Señor Taylor, estas son fotos de Emery y Fenn. Dígame, ¿cree sinceramente que no se trata de Fenn Lockwood?

Callie abandonó sus tareas de enfermera y se inclinó sobre el hombro de su padre para poder ver las fotos. Separó los labios y miró a Fenn antes de volver a centrarse en las imágenes.

—Tengo que admitir que es idéntico a este otro hombre.

—¿Puedes hacer una prueba de ADN? —preguntó Callie.

Hayden asintió.

—Sí, si Fenn está dispuesto a hacerlo.

Con el ceño fruncido, Jim lo señaló con el dedo.

—Escúchame, muchacho. Vas a hacer la maldita prueba. Si tienes otra familia en algún sitio, tienes que saberlo. Y lo que es más importante, ellos tienen que saberlo.

Fenn estrujó los bordes de la mesa de madera hasta que los nudillos se le pusieron blancos. ¿Acaso nadie entendía por lo que estaba pasando? Todo

su mundo se estaba desmoronando a su alrededor. Su fe en la persona que era se estaba fracturando como las grietas en la superficie de un espejo. Un millar de caras nuevas parecían mirarlo fijamente, obligándolo a considerar que la vida que había vivido hasta ahora era una absoluta mentira.

—Haré la prueba. Pero eso es todo. No volveré con nadie a Long Island. No quiero lo que sea que haya en ese lugar. Mi vida está *aquí* —se levantó de la mesa y salió furioso de la cocina. Por su parte, cualquier conversación sobre si él era Fenn Lockwood había terminado.

Capítulo Seis

—**E**so ha salido bien —refunfuñó Wes y se tocó el labio herido, ahora ligeramente inflamado.

—Él está teniendo dificultades para aceptar la verdad —contraatacó Hayden—. Es como si lo hubiéramos emboscado. Intenta pensar en su situación. Todo lo que sabe sobre su vida actual es mentira.

—No es mentira —intervino Callie, con la cara enrojecida—. Ha vivido una buena vida aquí. Un apellido diferente no significa nada. Sigue siendo la misma persona.

Una sensación de curiosidad invadió a Hayden. Callie le agradaba mucho, sobre todo porque, a pesar de su juventud, entendía muy bien a la gente.

—Estoy de acuerdo contigo —Hayden deslizó la punta de un dedo a lo largo de la superficie rugosa de la mesa de madera—. Sólo me preocupa que *sienta* que esto es una mentira, y que explorar su pasado y cualquier futuro con su familia le parezca una traición a la gente con la que ha crecido.

Jim exhaló pesadamente.

—Él forma parte de nuestra familia y no puede simplemente deshacerse de nosotros pase lo que pase. Si tiene otra familia, es maravilloso. Nunca nos perderá.

Dentro de su pecho, el corazón de Hayden dio un pequeño vuelco. Estas personas amaban a Fenn, lo amaban tanto como su familia en casa. Era un pequeño consuelo pensar que no había estado realmente solo todos estos años, sufriendo en una vida que no era la suya. La familia Taylor lo había

aceptado, tanto si él quería admitirlo como si no. Formaba parte de sus vidas, y Hayden estaba agradecido por ello. Después de todo lo que había pasado, se merecía ser amado por gente maravillosa.

Callie apoyó las manos en los hombros de su padre.

—¿Por qué no os quedáis los dos aquí en la casa hasta que convenzamos a Fenn de que vuelva con vosotros?

Hayden abrió la boca.

—Oh, no tenemos que...

Wes la interrumpió.

—Gracias, eso nos encantaría.

Bajando las cejas, Hayden no pudo ocultar la mirada de sorpresa que le dirigió a su hermano. ¿Qué estaba planeando? Wes siempre actuaba con movimientos y contraataques, como si la vida fuera una fascinante partida de ajedrez. Si él quería que se quedaran en el rancho, no cabía duda de que había alguna razón; ella sólo deseaba saber cuál era.

—Parece que te vendría bien una ducha, Hayden. Si quieres, puedes usar la mía. También tengo ropa... —las mejillas de Callie se tiñeron de rojo como si pareciera comprender que podría haber sonado grosera.

—Gracias —Hayden le ofreció una sonrisa a su nueva amiga, esperando que eso la tranquilizara—. Sería estupendo —se levantó de la silla y miró a Wes—. ¿Vas a traer nuestro equipaje del motel?

—Sí. Volveré enseguida —estrechó la mano de Jim antes de sacar las llaves del bolsillo del pantalón y salir por la puerta.

—Vamos, Hayden. Te llevaré arriba —Callie la condujo escaleras arriba.

Hayden deslizó la mano por la suave barandilla de nogal.

—Tu casa es preciosa —ahora que Fenn se había ido, por fin podía concentrarse en la casa que la rodeaba. El edificio estaba construido con una combinación de madera y piedra, con intensas y profundas tonalidades tierra y paredes rojas. La cocina tenía encimeras de granito claro, y todo era cálido y acogedor. Muy distinta a su propia casa.

La joven frente a ella sonrió.

—Mi madre diseñó gran parte de ella. Murió cuando yo tenía cuatro años, pero hay mucho de ella en esta casa, como si siguiera aquí conmigo.

Una punzada de envidia recorrió a Hayden, robándole el aliento por un segundo. Ella nunca tendría esa cercanía con su madre. Ni siquiera la

muerte había podido separar a Callie de la suya. Un amor así era poderoso. Un amor así... Hayden cerró los ojos y luego se forzó a abrirlos. Nunca conocería ese tipo de amor.

—Lamento lo de tu madre. Debió haber sido agradable tener una que te amara tanto.

Llegaron a lo alto de las escaleras y Callie se detuvo; sus encantadores ojos verde avellana brillaban con esa extraña comprensión.

—¿No tienes una relación estrecha con tu madre?

Una risa amarga escapó de Hayden.

—¡Ja! Definitivamente no. No tengo una relación estrecha con ninguno de mis padres. Son la viva imagen de lo que la mayoría de la gente se imagina cuando piensa en arrogantes ricos y elitistas. Alardean de su riqueza y desprecian a cualquiera que esté por debajo de ellos. Pero lo peor son sus expectativas. Wes y yo llevamos vidas muy diferentes. Se liberó del dominio de nuestros padres hace tiempo, pero como hombre lo ha tenido más fácil.

—¿Y tú no? —Callie parecía genuinamente interesada mientras avanzaban por el pasillo y se detenían en una habitación a la derecha.

—Mi idea de una vida plena no es casarme con uno de los colegas de golf de mi padre y sentarme en un yate todo el día a beber mimosas y malgastar el dinero de mi marido. No voy a ser una esposa trofeo. Quiero tener mi propio negocio. ¿Te imaginas lo que sería poner en marcha un negocio, construirlo desde los cimientos y hacer algo que resista el paso del tiempo? Yo quiero eso. Un legado que yo cree, algo que demuestre que estuve aquí, que no fui un peón en el juego de nadie, que me forjé una vida. Tengo un MBA por una razón. No estoy loca por querer eso, ¿verdad? — Hayden sabía que no debería desahogar su corazón con una desconocida, pero había algo en Callie que la hacía tan abierta y digna de confianza.

La otra mujer sonrió.

—Sabía que tú y yo nos llevaríamos bien. Al diablo con tus padres, y vive la vida como quieras —Callie le guiñó un ojo con aire cómplice.

—¡Gracias! —Hayden se rio—. Me alegro de que alguien más esté de acuerdo —soltó una risita, sintiendo más motivación de la que había tenido en mucho tiempo. Durante los últimos años, la lucha contra sus padres y su visión asfixiante de lo que debía ser su vida la había estado agobiando. Había intentado hablar de ello con Wes, pero a veces tenía la sensación de

que él estaba consumido por una oscuridad interior. De niño, la pérdida de Fenn había provocado cambios en él, mucho antes de que ella naciera. Esa era una de las razones por las que llevar a Fenn a casa era tan crucial para Hayden: devolverlo a su familia podría restaurar esa parte de Wes que parecía haberse marchitado y muerto hacía mucho tiempo.

—Aquí está mi habitación, tiene su propio baño privado. Puedes ducharte aquí. Te prepararé algo de ropa. Mientras te aseas, arreglaré dos habitaciones —Callie abrió la puerta para revelar una habitación soleada con paredes amarillo mantequilla y una cama con una colcha de cuadros azules. Las paredes estaban decoradas con cuadros de paisajes marinos.

—Son obras preciosas. ¿Has visitado con frecuencia la playa?

—Nunca, la verdad —Callie suspiró—. Nunca he salido de Walnut Springs. Pero sueño con ella, con ver el océano, correr entre las olas y sentir el agua corriendo sobre mis pies. Los pinté porque así es como quiero creer que se ve el océano —se encogió de hombros, como avergonzada.

—¿Los has pintado tú? —Hayden miró de cerca los óleos—. Vaya, Callie, tienes mucho talento.

Callie se sonrojó y sacudió la cabeza.

—Gracias. Sólo estaba jugando con diferentes diluyentes. Tuve una clase en el instituto. El resto lo descubrí investigando algunas técnicas en Internet.

—Bueno, son estupendos —elogió Hayden. Callie tenía un talento increíble a pesar de sus escasos estudios de arte—. No se lo digas a mi hermano o intentará comprarlos.

Callie se quedó paralizada, con las mejillas sonrosadas.

—¿Lo haría?

Hayden se mordió el labio, ocultando una sonrisa.

—Oh, sí. Está obsesionado con el arte. Así se gana la vida, en parte. Los museos y los coleccionistas privados lo contratan para que estudie la procedencia de los cuadros y para que les ayude en las subastas de grandes obras, porque sabe discernir muy bien la calidad y el valor de las piezas. También tiene una impresionante colección privada.

Callie se sentó en el borde de la cama, ensanchando sus hermosos ojos.

—¿Él tiene arte auténtico? —palideció, como avergonzada—. Quiero decir, ¿tiene obras reales de artistas famosos?

—Sí. Tiene una pieza de Monet, otra de Renoir y algunas más que son realmente exquisitas —Hayden las señaló con los dedos mientras anunciaba los artistas.

Sonrió al ver cómo la cara de Callie se iluminaba de alegría. La chica debía de amar verdaderamente el arte. Que Dios la ayudara si Wes lo descubría. Si decidía seducirla, sería una presa fácil. Cuando toda esta locura con los asesinos llegara a su fin, Callie y ella tendrían que sentarse a hablar de hombres como Wes. Debía saber en qué se estaba metiendo si alguna vez decidía ir a Long Island e involucrarse con la otra mitad de la vida de Fenn. La idea provocó ciertos celos en Hayden, pero no era el tipo de mujer que excluiría a Callie por ello. Ella formaba parte de la vida de Fenn y eso significaba algo para Hayden. Y la otra mujer le agradaba demasiado como para no querer ser su amiga.

—Bueno, tú y yo tendremos que ir a la playa, y podrás pintar basándote en la vida real y no en imágenes —dijo Hayden. En cierto modo, Callie era una prisionera igual que ella, y ambas merecían ser libres. Un viaje a la playa sólo de chicas podría ser divertido.

La cara de la otra mujer cambió.

—Gracias, pero dudo que pueda ir. Con la enfermedad cardíaca de mi padre y la pérdida del rancho, nunca podré viajar.

—¿Pérdida del rancho? —el corazón de Hayden se sacudió ligeramente al pensar que Callie y su padre no vivirían en la casa que su madre se había esforzado mucho en diseñar sólo para ellos.

—Con las facturas del hospital de papá y unos años duros de pérdidas en el negocio del ganado, no podemos hacer frente a los pagos de la hipoteca. No hay muchas maneras de ganar dinero, ¿sabes? —parecía indiferente, pero cuando buscó ropa en una cómoda, sus manos temblaron.

Hayden se acercó, enroscó los dedos alrededor de la mano de Callie y la estrujó suavemente.

—No pierdas la esperanza. Quizá podamos ayudarte.

—No hace falta —dijo amablemente la otra mujer mientras se apartaba un momento para mirar por la ventana que daba a la entrada del rancho. Luego se volvió y, con una sonrisa genuina, cambió de tema.

—¿Cómo era Fenn de niño? ¿De verdad tenía una vida diferente allí?

Hayden ayudó a Callie a coger toallas y ropa antes de contestar.

—Desapareció dos años antes de que yo naciera, pero sé que era un niño travieso, como la mayoría de los pequeños, imagino. Se parece un poco a Emery en la forma de andar, de moverse. Claro que no sé hasta qué punto se parece a Emery, ya que solo llevo medio día conociéndolo — sacudió la cabeza, sonriendo.

—Es su gemelo, ¿verdad?

—Sí —Hayden frunció los labios, pensativos—. Los dos son dominantes y egoístas.

Compartieron sonrisas cómplices y se echaron a reír.

—¿Y sus padres?

—Miranda y Elliot Lockwood. Dos de las mejores personas que he conocido. Desafían todos los estereotipos sobre la gente rica que se puedan tener. Fenn es idéntico a su madre, pero su actitud es igual a la de su padre.

Callie fue la que soltó una risita esta vez.

—Así que su padre debe de ser muy duro.

—Lo es, pero también es un osito de peluche con sus seres queridos.

—Me alegro mucho de que él tuviera unos padres así —el tono de Callie era un poco melancólico—. A mi padre también le entristecía pensar en él así de solo. Lewis era agradable, pero como ha dicho mi padre, había algo raro en él, supongo. Eso es lo que he oído. Después de la muerte de Lewis, mamá y papá acogieron a Fenn como a uno de los suyos y los servicios infantiles del estado lo permitieron. No sé cuánto papeleo hubo de por medio. Papá no habla de eso. Pero siempre ha considerado a Fenn como su propio hijo.

Hayden se recostó contra la cama.

—¿Por qué Fenn vive en esa pequeña caravana? Parece que en esta casa hay mucho espacio disponible.

Callie cerró los cajones y se unió a ella en la cama.

—Aquí tenemos cinco dormitorios más, espacio más que suficiente, pero Fenn se mudó de casa a los dieciocho años. Dijo que quería ganarse su lugar en el rancho. Así que ahorró, compró la Airstream y ha estado viviendo allí desde entonces.

—Sin duda, en eso se ve reflejada la terquedad de su padre. Un claro rasgo Lockwood. Elliot Lockwood nunca recibe órdenes, y siempre ha creído en ganarse la vida —Hayden se mordió el labio para no sonreír. Era

fascinante ver lo mucho que Fenn se parecía a su familia, a pesar de no haber sido criado por ellos.

—Parece que realmente es un Lockwood —Callie sonrió—. Ojalá pudiera verlo conocer a su familia, pero sé que no es algo que debería presenciar. Bueno, ya te he molestado bastante. ¿Por qué no te duchas? —señaló el pequeño cuarto de baño en un extremo de la habitación.

—Gracias —Hayden se detuvo junto a la puerta—. Ha sido un placer conocerte, Callie.

—Lo mismo digo —la respuesta de Callie fue un poco triste mientras salía y dejaba a Hayden sola.

Mientras Hayden se despojaba del vestido Valentino y de su ropa interior, reflexionó sobre la extraña sucesión de acontecimientos que la habían conducido hasta aquí y sobre las personas que había conocido. Estaba a kilómetros de distancia de la vida y de la gente con la que había crecido. Aparte de la familia Devereaux y los Lockwood, no se sentía cómoda con los de su “propia clase”, como se autodenominaban sus padres. Jim y Callie eran maravillosos, y saber que Jim había ayudado a criar a Fenn en ausencia de sus padres aliviaba las punzadas de su corazón. Había estado en buenas manos estos largos años y eso haría que sus padres se sintieran mejor, aunque sólo fuera un poco.

Después de ducharse, salió y se envolvió el cuerpo con una toalla. Entró en el dormitorio y se paralizó. Fenn estaba apoyado contra la pared, junto a la cama, sosteniéndolo como si lo examinara. Había algo pecaminoso en verlo junto a la cama. La hizo pensar en todas las cosas que podrían hacer juntos... Tragó duro e intentó ignorar el rubor de su piel.

—No entiendo cómo las mujeres entráis en estas pequeñas cosas. Esta cosa apenas cubre tus cualidades —la miró y sonrió—. Y menudas *cualidades*.

—Ja, ja. Quita las manos de mi Valentino, vaquero.

—¿Vaquero? —su risa áspera recorrió su piel con una sensación como de terciopelo—. Si no quieres mis manos en tu vestido, ¿dónde las pongo? —hizo bailar el vestido en el aire delante de ella.

—¡Eh! —Hayden se abalanzó sobre el vestido y el ligero agarre en su toalla resbaló. Fenn dejó caer el vestido al mismo tiempo, reaccionando al instante para coger su cuerpo desnudo mientras ella se lanzaba hacia él. Chilló cuando la rodeó con los brazos, con la abotonada camisa de algodón

a cuadros rozándole seductoramente los pechos desnudos—. ¡Oh, Dios mío! ¡Suéltame! —jadeó y le golpeó el pecho con los puños, intentando ignorar desesperadamente la reacción de su propio cuerpo.

—De acuerdo. Te soltaré —él seguía sonriendo con suficiencia mientras la miraba fijamente y empezaba a relajar los brazos.

Una horrible comprensión la golpeó justo cuando su propio cuerpo la traicionaba con una ardiente palpitación entre sus muslos. Si la soltaba, quedaría completamente desnuda delante de él, y su cuerpo estaba totalmente a favor de esa idea. *Traidor*, pensó. La piel le hormigueaba ante la expectativa de ser tocada, acariciada...

Maldición, tenía que controlarse rápido.

—¡Espera! —siseó, presa del pánico.

Las grandes manos de Fenn cubrían la parte baja de su espalda, y el calor de sus palmas abrasaba su piel desnuda. Hayden disfrutó del calor, dejando que la quemara como si el viento avivara un incendio, y la tensión de su cuerpo aumentó con una necesidad hacia el hombre que luchó mentalmente por negar. Antes de que pudiera pensar, su cuerpo se arqueó, presionándose contra él, intentando acercarse.

—¿Has cambiado de opinión, cariño? —las puntas de sus dedos golpearon juguetonamente la zona sensible donde la espalda de Hayden descendía hasta su trasero. Las chispas de excitación la encendieron por dentro, como cientos de pequeños fuegos artificiales, y odiaba admitir que lo que él le estaba haciendo estaba destruyendo su racionalidad. Esas simples caricias la quemaron y le dejaron una marca. Se sintió marcada por él. Sus caderas chocaron contra las de él en señal de invitación y reprimió un gemido cuando su clítoris desnudo rozó sus jeans.

Dios, si no se controlaba, saltaría sobre él y le rogaría que la follara. Recuperando un poco de autocontrol, lo miró fijamente.

—Prométeme que cerrarás los ojos antes de soltarme —le ordenó, mostrando su mejor ceño fruncido para demostrarle que hablaba en serio. Sin embargo, era difícil ignorar su propio cuerpo, la forma en que sus pezones se habían endurecido y su útero latía rítmicamente en su interior, listo para ser poseído por él.

—De ninguna manera —se lamió los labios—. Soy un hombre cachondo, y si esta es mi única oportunidad de verte desnuda, no pienso perdérmela, por muy enfadada que puedas estar.

Hayden le pateó la pierna sana, y luego gimió cuando los dedos desnudos de sus pies chocaron con el fuerte cuero de su bota de vaquero.

—¡Imbécil! —maldijo Hayden. Era casi imposible no distraerse por la forma en que sus senos presionaban contra su pecho, mientras sus pezones rozaban la tela con textura de su camisa.

—Vale, tú ganas, cariño. Voy a cerrar los ojos —suspiró de manera dramática y montó todo un espectáculo para cerrar los ojos.

Ella esperó un segundo antes de empujar sus brazos y lanzarse a por la toalla del suelo. Al intentar enrollarla alrededor de su cuerpo, casi se le cayó de nuevo. Su corazón latía con fuerza y todo su cuerpo temblaba mientras intentaba envolverse con la toalla, pero no dejaba de escapársele de las manos.

Cuando lo miró, Fenn tenía un ojo abierto, obviamente espiando. Sujetó con fuerza la toalla que cubría sus pechos y le dio un puñetazo en el pecho. Su pequeño gruñido de dolor fue un pequeño alivio para su orgullo.

—Bueno, por muy divertido que haya sido esto, tengo que ir a la ciudad a hacer un recado para Jim —le dio un golpecito en la nariz respingada con el dedo índice antes de marcharse.

Hayden se quedó allí de pie, temblando, sin más ropa que la toalla. Este hombre la estaba confundiendo. En varias ocasiones había estado casi completamente desnuda con los dominantes en *The Gilded Cuff*, pero nunca se había sentido tan expuesta, tan vulnerable. ¿Y si Callie hubiera entrado y los hubiera visto? Después de todo, estaban en su habitación. ¿Y si Wes hubiera ido a verla y la hubiera encontrado desnuda y unida a Fenn? Wes habría matado a Fenn sólo por eso.

Con las piernas aún trémulas, echó un vistazo a la habitación, sintiéndose repentinamente muy pequeña. Fenn podría haberla destruido con sólo mover un dedo. Había tenido tanto poder sobre su cuerpo que él podría haberle pedido que hiciera cualquier cosa, y la aterradora verdad era que ella podría haber hecho precisamente eso. *Cualquier cosa*. Y además, Fenn también lo sabía. El calor abrasador de sus ojos justo antes de marcharse le advirtió de que era plenamente consciente de que podía tenerla cuando quisiera.

Cuando se tranquilizó y aseguró la puerta del dormitorio, se fijó en los objetos que Callie le había dejado. La ropa que había sobre la cama era de su talla y se la puso, recordándose a sí misma que debía agradecerse y

devolverle el favor. Los jeans eran perfectos y, en cierto modo, la sensación de libertad era mayor que con la mayoría de los vestidos que utilizaba en casa. La camisa era una tela a cuadros e color celeste. Se la abrochó y admiró lo holgada que le quedaba. En el suelo, junto a la cama, había un par de botas desgastadas y calcetines que se puso a toda prisa para luego secarse el pelo con una toalla. Se inspeccionó rápidamente en el espejo del baño, agradecida de no depender del maquillaje tan a menudo y no echar de menos su ausencia ahora.

Sintiéndose renovada, salió del dormitorio y bajó las escaleras. Jim estaba ayudando a Callie a preparar un desayuno rápido. Ambos le sonrieron cuando entró en la cocina.

—Muchas gracias por la ropa. Me alegro de que seamos de la misma talla —deslizó las manos por los jeans.

—¡Yo también! Eso facilita las cosas —Callie metió unas ollas sucias en el fregadero y luego le dio a Hayden un plato con una tortita y unas tostadas—. Pensé que tendrías hambre.

Hayden se sentó en la mesa.

—Gracias. Puede que tenga que comprar algunas cosas nuevas mientras estoy aquí. Dudo haber empacado la ropa adecuada. Simplemente metí cosas en una maleta en cuanto supe que Fenn había sido localizado.

Jim capturó su atención.

—Hablando de Fenn... Hayden, ¿te importaría ir al pueblo con él?

—¡Yo iré! —Callie se ofreció, pero su padre le sujetó la muñeca.

—Alto, cariño. Necesito que me ayudes a preparar dos habitaciones para nuestros invitados.

—Te veré luego, Callie. ¿Te parece bien una noche de chicas? —comentó Hayden.

—Eso me encantaría —la expresión llena de esperanza en los amplios ojos de la otra mujer la hizo sentirse bien. Quería salir con esa chica y divertirse. Llevaba años sin tener una noche de chicas. Su última vez fue cuando Sophie y ella tuvieron... *Sophie*. Su corazón se estrujó al pensar en su amiga en el hospital. Tendría que llamar a Emery hoy y preguntarle cómo estaba. Si hubiera habido malas noticias, ella y Wes ya se habrían enterado. De eso estaba segura.

Afuera, Fenn estaba cerca de la vieja camioneta roja y a Hayden se le cortó la respiración. Había algo increíblemente seductor en un hombre alto

con jeans azules mientras el viento hacía que su camisa abrazara su cintura ceñida y sus anchos hombros. Gran parte de él era un misterio, y eso lo hacía aún más tentador. Una parte de Hayden había disfrutado cuando él la había abrazado, pero no quería que un hombre la controlara. Cualquiera con ese tipo de poder era peligroso para ella, especialmente para su corazón.

Por mucho que deseara secretamente que un hombre dominante la controlara en el dormitorio, nunca había sido capaz de confiar en uno. En su interior había un miedo atroz ante la posibilidad de que, si permitía que alguien tuviera ese poder ilimitado, la pisoteara y matara cualquier cosa dentro de ella que necesitara permanecer libre. No pudo evitar preguntarse cómo sería Fenn. ¿Era el tipo de hombre que necesitaba doblegar a una mujer y poseerla? ¿O podría poseerla con pasión y avivar aún más las llamas que ardían en su interior?

—¿Qué haces aquí afuera, cariño? —bromeó Fenn mientras se apartaba el pelo dorado de los ojos. Abrió la puerta del conductor y la camioneta crujió cuando subió.

—Iré contigo —ella rodeó la parte delantera del vehículo y abrió de golpe la puerta del lado del pasajero.

—Oh, no. Te quedarás aquí. Ya has dado bastantes problemas hoy.

—Iré —se dejó caer en el asiento, pero se levantó de un salto cuando algo se aplastó bajo su trasero. Buscando debajo de sí misma recuperó el objeto sobre el que se había sentado. Un sombrero de vaquero. Uno casi plano.

Los ojos de Fenn se abrieron de par en par y luego se entrecerraron al ver el sombrero aplastado. Hayden intentó arreglar apresuradamente la parte aplastada del sombrero, pero no conseguía que volviera a levantarse como debía.

—¡Maldita sea, mujer! ¡Me has estropeado el sombrero! —se inclinó hacia ella y se lo arrebató.

—Lo siento. ¿Era tu favorito? —el sombrero estaba viejo y desgastado, probablemente por la frecuencia de su uso. Estaba genuinamente arrepentida. Ante la expresión furiosa de su rostro, Hayden se encogió en su asiento.

—¿Favorito? —gruñó él—. No. Era mi *único* sombrero.

¿Su único sombrero? Casi se echó a reír. La idea de que Fenn Lockwood viviera tan... modestamente... era un pensamiento descabellado.

Había montones de dinero a su alcance. Su derecho a una parte del negocio de su padre y su hermano lo convertiría en multimillonario de la noche a la mañana. Por otra parte, conociendo a Fenn como estaba aprendiendo a hacerlo, le parecía probable que despreciara cualquier fortuna a la que pudiera tener derecho.

—Te compraré otro —prometió.

—No quiero otro. Quiero éste —la fulminó con la mirada.

—Pero si está estropeado...

—Comprar algo nuevo no siempre es la solución. Eso es lo que vosotros no entendéis.

—¿Nosotros? Fenn, *eres* de los nuestros. Nacimos en la misma ciudad, en el mismo hospital —señaló ella.

Él ignoró su comentario.

—No puedes comprarlo todo. No soluciona nada —sus manos acariciaron el sombrero, casi con nostalgia. ¿Este sombrero había significado algo? ¿Había sido un obsequio de alguien importante para él? Se le revolvió un poco el estómago al pensarlo. No le gustaba la idea de haberlo lastimado de alguna manera por sentarse sobre un sombrero.

—Lo lamento. Estoy segura de que puedo arreglarlo —Hayden no tenía ni idea de cómo lo haría, pero cuando intentó alcanzarlo, él casi gruñó y retrocedió—. Interpretaré eso como un no... —ella se sentó y cruzó las manos sobre el regazo.

La mirada mordaz que recibió la hizo estallar en una risa nerviosa.

—¿Qué? —exigió.

—Nada. Es que eres gracioso cuando te pones gruñón.

—No soy gruñón —contraatacó.

—Sí que lo eres.

—No, no lo soy; esto es ridículo —golpeó el volante con las manos—. Sal de mi camioneta.

Hayden sacudió la cabeza y se volvió para coger el cinturón de seguridad.

—Jim me ha dicho que vaya contigo, así que lo haré. Soy su invitada. Es un gesto de buena educación —estaba a punto de terminar de abrochárselo cuando Fenn la sujetó por las caderas y la acercó a él por el asiento corrido de la camioneta.

—No me obligues a azotar ese culo tuyo. Ahora obedece y lárgate.

Su ruda advertencia provocó una aguda punzada de excitación en su vientre, y ella presionó los muslos mientras un fuerte cosquilleo comenzaba a vibrar entre sus piernas. ¡Maldito hombre! Sabía exactamente lo que tenía que decir para excitarla, y parecía ignorar que ella se estaba deshaciendo de placer ante la idea. Hayden se lamió los labios, una necesidad pícara de presionarlo, como había hecho con varios doms en *The Gilded Cuff*. ¿Cuáles eran sus límites? ¿Hasta dónde llevaría sus amenazas? Ella tenía que saberlo.

Capítulo Siete

— **N**o me iré —susurró ella, y luego tragó duro ante su mirada penetrante. Era como si él pudiera ver a través de ella, a través de todo lo que siempre había intentado ocultar al mundo, incluso a sí misma. Todo estaba al descubierto para él. Habría sido menos vulnerable en ese momento si hubiera estado desnuda y atada a una cama.

La batalla de voluntades terminó abruptamente cuando Fenn se desplazó al centro del asiento corrido de la camioneta y la colocó boca abajo sobre su regazo, exponiendo su trasero cubierto por los jeans frente a su mano. El primer azote la hizo chillar, y los siguientes fueron tan intensos y bruscos como el primero. No se parecían en nada a las ligeras y sensuales bofetadas que le habían dado algunas veces en el club. Intentó hacer cuentas mentales, pero le fue imposible.

Sólo existía un ligero dolor, suficiente para recordarle que estaba viva, viva y a merced de un hombre lo bastante fuerte como para dominarla. No podía moverse, no podía luchar, sólo aceptar lo que él le diera. Era extrañamente liberador, la forma en que sólo pensaba en Fenn y la forma en que él la mantenía inmovilizada. Ni siquiera el ardor de los golpes la asustó, pues no hubo un daño real.

Cuando él se detuvo, Hayden se percató vagamente de sus propias lágrimas, pero no estaban llenas de dolor. Algo dentro de ella, un nudo de tensión, se había desatado y destruido. Estaba vacía, sin estrés ni ansiedad. Sólo había felicidad. Era casi como si hubiera alcanzado algún nivel en su subconsciente, ese lugar de difícil acceso en la mente de una sumisa donde

una experiencia la libera y le hace perder totalmente el control y el miedo. Dios, qué bien sienta experimentar todo sin pensar. Un pequeño suspiro escapó de sus labios mientras estudiaba el asiento de cuero desgastado de la camioneta a escasos centímetros de la punta de su nariz. Sus dedos, que se habían clavado en los jeans de Fenn, se relajaron y acariciaron el cuero. Respiraba con dificultad y ya no pensaba, sólo sentía el mundo que la rodeaba.

Fenn la ayudó a levantarse y la acomodó para que se posicionara sobre sus muslos. La arropó entre sus brazos y le besó la mejilla. La acarició con la nariz y le murmuró al oído suaves tonterías que la hicieron sentir un extraño calor en su interior. Sentarse en su regazo era doloroso, pero era increíble sentir el viento deslizándose por la ventanilla abierta de la camioneta y por su cara, donde las marcas frescas dejadas por sus lágrimas se enfriaron. Estaba ardiendo por todas partes y su cuerpo temblaba como el de un potro recién nacido al intentar ponerse de pie. No era masoquista y no solía necesitar el dolor para liberar sus emociones, pero hoy lo había necesitado y él se lo había dado.

—Cariño, ¿estás bien? —su voz profunda era un rugido distante, uno que brindó consuelo. El dolor había sido bueno, no malo. No la había golpeado, no la había herido ni había abusado de ella. En lugar de eso, había liberado ese nudo de ansiedad en su interior que no sabía que existía. Había crecido allí como enredaderas que estrangulaban su corazón mientras crecían y se retorcían, sin nada lo bastante fuerte para cortarlas. Ahora que ese nudo había desaparecido, Hayden podía respirar por primera vez en años. Fenn le había dado lo que había anhelado durante tanto tiempo, una forma de liberar sus ansiedades y sentirse libre de nuevo. Había estado segura mientras Fenn tenía el control, llevándola al límite de lo que necesitaba de él. Había *confiado* en él.

Hayden cogió una de sus manos y le besó el dorso de los nudillos.

—Sí. Estoy bien. Quería que lo hicieras —seguía aturdida. Realmente había alcanzado el subconsciente; el hermoso estado mental en el que una sumisa se entregaba verdaderamente y el placer/dolor la invadía. No pensaba en nada más que en la liberación catártica de sus emociones contenidas. Nunca había confiado en otro hombre lo suficiente como para permitirse alcanzar ese estado de euforia.

—¿Te he hecho daño? —le cogió la barbilla y le levantó la cara, obligándola a que lo mirara a los ojos.

—Ha dolido, pero en el buen sentido —debería haberle avergonzado lo fácil que era hablar con él. La intimidad de lo que acababan de hacer había derribado sus barreras mucho más que el sexo con otros hombres.

—No sé qué ha sucedido conmigo. He azotado a unas cuantas chicas a lo largo de mi vida, pero esto ha sido otra cosa —deslizó la punta del pulgar por su labio y Hayden lo mordió, mostrando su sutil descaro—. Cariño, te gusta crear emociones fuertes en los hombres —gimió mientras ella le lamía el dedo. Podía saborear la sal de sus propias lágrimas en la piel de Fenn, quien las había limpiado hacía unos instantes. Un minúsculo escalofrío la recorrió—. Si alguna vez te hago daño de verdad, prométeme que me lo dirás. Lo digo en serio. No soy un hombre abusivo y nunca querría hacerte daño.

Hayden suspiró y apoyó la cabeza en su hombro.

—No eres esa clase de hombre. Si me hubieras lastimado de verdad, te habría castrado.

—Eres un poco explosiva, ¿verdad? —la mano de Fenn en su pelo se cerró en un puño—. No quiero que ese fuego se apague.

—Podríamos usar una palabra de seguridad —sugirió ella.

—¿Palabra de seguridad? —su ceño se arrugó mientras reflexionaba sobre la frase.

—Sí. Si la digo, tú sabes que tienes que parar o ir más despacio.

—Muy bien. ¿Qué palabra? —Fenn deslizó una mano por la espalda, y el toque relajante hizo que se derritiera.

—Piña —respondió ella al instante.

—¿Piña? —su pecho retumbó con una risa—. ¿No te gusta la piña?

Hayden sonrió.

—Me encanta, en realidad, pero es una palabra fácil de recordar en medio de la... eh... pasión.

—Piña será. Supongo que esto significa que debo dejarte ir a la ciudad, ¿no?

—Ah, sí. Me lo debes, vaquero —Hayden acarició con la punta de un dedo el cinturón de cuero de Fenn y se detuvo al tocar la hebilla. Era una pieza brillante con un toro grabado. Probablemente una hebilla que él había ganado por montar a algún diablo como Tabasco.

—Tal vez —la movió entre sus brazos para tener el ángulo perfecto para besarla. Hayden inclinó la cabeza hacia atrás. Cuando él notó su disposición, sonrió juguetonamente, pero el fuego apenas latente en sus ojos hizo que el cuerpo de Hayden respondiera como pólvora encendida por una lluvia de chispas, al tiempo que él inclinaba la cabeza hacia la suya. La besó como un hombre degustando un buen vaso de vino o su plato favorito. Permaneció en sus labios, exploró el interior de su boca con la lengua y deslizó los dedos en su pelo—. Eres adictiva, demasiado —le susurró al oído.

Una necesidad vibrante se apoderó de ella, arrebatándole el control, y sintió un hormigueo de excitación en partes secretas de su cuerpo.

—Tú también —se rio, jadeante—. Realmente no deberíamos...

La silenció con otro beso, éste más desesperado y duro que el anterior, como si tuviera que demostrarle que él tenía el control, que era el dominante, como un lobo mordiendo a su pareja en la garganta durante el apareamiento, recordándole que no debía rechazarlo. Ese pensamiento desató en ella perversas espirales de hambre sexual. Ansiaba ese dominio, esa dulce sensación de estar bajo sus encantadoras garras.

—¿Tienes idea de cuánto te deseo? —murmuró contra sus labios—. Las cosas que... —le succionó el labio inferior entre los dientes y lo mordió por un instante, el pequeño pinchazo de dolor fue directo a su clítoris, provocando que arqueara la espalda.

—¿Qué cosas? —exigió, ansiosa por saber qué quería hacerle.

Otro beso; salvaje duro, casi abrasador.

—Usaría mi cinturón para atarte y pasaría horas explorando cada centímetro de ti, provocándote hasta que me suplicas que te liberara, cariño. Te devoraría, una y otra vez, y nunca tendrías suficiente, no mientras estuviera dentro de ti.

Le acarició el muslo, frotándola y mimándola hasta que se mojó y se retorció mientras intentaba controlarse. No lo consiguió. Cuando Hayden le rodeó el cuello con los brazos, Fenn deshizo repentinamente el contacto de sus bocas. A ella se le escapó un gemido de protesta. ¿Cómo se atrevía a negarle el placer que acababa de prometerle, la una carnalidad salvaje que le cambiaría la vida por completo? Un hombre no podía retractarse de una promesa así.

—Lo siento, cielo. Si continuamos, voy a inmovilizarte aquí mismo en la camioneta. Vamos a la ciudad —la volvió a colocar en su lado del asiento y encendió el motor del vehículo mientras ella se abrochaba el cinturón. Por suerte, Fenn parecía ajeno al temblor de sus manos y a su rubor posterior al beso absorbente.

Una vez en la carretera, Hayden encendió la radio. Un rock clásico retumbó en los altavoces. Parpadeó, sorprendida por la elección musical de Fenn. Cuando lo miró, él golpeaba el volante con los dedos al ritmo de la canción. La canción era “Carry On Wayward Son” de Kansas. Ella no pasó por alto la ironía. Una canción sobre un hombre en busca de una sensación de paz después de terminar una ardua tarea. También era una de las favoritas de Emery. Ella se mordió el labio inferior, y luego decidió arriesgarse. Tal vez hablar de Emery ayudaría a Fenn a decidirse a volver a Long Island.

—Sabes, esta es la canción favorita de tu hermano. Tu padre solía tocarla para ti y Emery cuando erais niños.

La mandíbula de Fenn se tensó, pero no la interrumpió ni la calló.

—¿No quieres saber nada de él?

—No.

—Fenn, por favor —ella le tocó el brazo—. Sólo pregúntame una cosa. Quiero que sepas algo sobre él. *Mereces* conocerlo. Él quiere saberlo todo sobre ti.

Por favor, por favor, pregúntame algo.

Fenn permaneció con la mirada al frente, con una expresión distante, pero finalmente habló.

—¿Siguen... siguen llorando la pérdida de su hijo? —su voz era un poco áspera.

Su pregunta le fracturó el corazón lo suficiente como para jurar que lo oyó romperse, pero se sintió aliviada al oírlo.

—No han dejado de llorar por ti. Te construyeron un lugar especial en el cementerio familiar. Emery lo visita casi una vez a la semana. Es un lugar hermoso. Está rodeado de sauces y es muy tranquilo —¿ella era idiota? ¿Por qué había dicho eso? *Bien hecho, Hayden, asustarlo hablando de la muerte.*

Fenn experimentó un revelador tic en la mandíbula y el estómago de Hayden se revolvió. ¿Había hablado demasiado? ¿Había estropeado las

cosas incluso antes de conseguir conectar con él?

—¿Tienes idea de cómo van a ser las cosas cuando Emery pueda hablarles a tus padres de ti? —se le formó un nudo en la garganta, pero se esforzó por continuar—. Ellos te aman, más de lo que puedas imaginar. ¿Descubrir que su primogénito no está muerto? Los sacaré de la oscuridad en la que han estado sumidos durante veinticinco años. ¿Puedes siquiera imaginarlo?

No esperaba que él respondiera, así que su voz la sorprendió.

—Sería como despertar de una pesadilla.

¿Imaginaba su vida de esa manera? Una pesadilla de la que aún no había despertado, una en la que nunca había conocido el amor de su familia. En lugar de eso, había sido herido, secuestrado en su casa y criado por un extraño, uno que no había sido realmente un padre para él. Había luchado cada día de su nueva vida.

Hayden le tocó nuevamente el antebrazo y los músculos bajo su piel reaccionaron, liberando finalmente la rigidez que flotaba sobre él en ondas casi tangibles.

—Así que a Emery le gusta Kansas, ¿eh? —preguntó, y una pequeña sonrisa curvó sus labios.

—Sí. Tampoco le gusta la corteza en los emparedados. Su cerveza favorita es Boulevard Wheat... Oh, y también le gusta azotar a las mujeres.

La camioneta se sacudió en la carretera, creando una gran nube de polvo detrás de ellos cuando los neumáticos se deslizaron por el suelo.

Hayden le mostró una sonrisa de oreja a oreja.

La miró desafiante.

—Sólo digo que tenéis mucho en común. Me pregunto si será cosa de gemelos.

—No es cosa de gemelos. Me gusta lo que me gusta, y eso resulta ser atar a una mujer a mi cama para darle placer una y otra vez hasta que no pueda caminar. Me gusta hacerlo con rudeza —le guiñó un ojo.

—Deberías unirte a un club BDSM o algo así.

—¿Cómo sabes qué es un club BDSM? —exigió.

—Pertenezco a uno en mi país. Sumisa, por supuesto —añadió. No era algo que normalmente comunicara, pero quiso a Fenn y ver su reacción. Si era un dom natural, podría responder a su declaración de sumisión. Solo podía esperar que así fuera.

Él se echó a reír.

—¿Eres sumisa? Al diablo con eso; esa boca tuya es demasiado descarada.

—¡Eh! —ella le dio un puñetazo en el hombro, pero sin fuerza real.

—Bueno, es verdad. No me extraña que no pudiera resistirme a darte unos azotes.

Hayden se sonrojó. ¿Cómo se sentiría si la azotara durante el sexo, si la azotara de verdad? *Oh, Dios*. Presionó sus muslos cuando un torrente de calor húmedo se acumuló allí. No podía quitarse la imagen de la cabeza; su trasero desnudo levantado, la mano de Fenn golpeando su piel, calentándola hasta que suplicara que se la follara con fuerza... Se apresuró a mirar por la ventana, esperando que él no pudiera ver el rubor en su cara. Él sabría exactamente en qué estaba pensando.

Giraron por una carretera principal y dejaron atrás las tierras de los ranchos y los bosques dispersos. El paisaje bajo las lejanas montañas parecía desplegarse y revelar una franja de civilización. El pueblo de Walnut Springs estaba muy alejado de los caminos trillados para la mayoría de los viajeros, pero era un destino popular para esquiadores y turistas de verano. Aunque los residentes vivían como una pequeña comunidad muy unida, parecían estar bien acostumbrados a los forasteros. Hayden se había quedado más que sorprendida al ver una serie de condominios y casas de lujo en las afueras de la ciudad mientras conducían.

Eran sólo las ocho de la mañana, pero Walnut Springs estaba llena de peatones y tráfico vehicular. Sin duda, algunos de ellos eran los seguidores del rodeo de la noche anterior, quienes habían salido a turistear a última hora.

—Pararemos aquí para desayunar. Conozco un restaurante estupendo. Te encantará.

—Suená bien —su estómago emitió un suave rugido en señal de acuerdo y ella lo frotó por costumbre. Había tenido que abandonar el plato de tortitas y tostadas que Callie le había dado cuando Jim le había dicho que fuera con Fenn.

Fenn detuvo su camioneta en el último espacio vacío que quedaba frente a la cafetería. Tan pronto como Hayden se desabrochó el cinturón, él le abrió la puerta. Se apoyó en el marco abierto y le ofreció una mano, que ella

cogió sin dudar. Un pequeño escalofrío electrizante atravesó su piel al contacto.

—Gracias.

—De nada —su respuesta en voz baja no hizo más que aumentar el interés de Hayden por él.

Cuando entraron en la cafetería y ocuparon una mesa cerrada junto a la ventana, una mujer de mediana edad con curvas pronunciadas y el pelo oscuro con mechones plateados se acercó, le entregó a Hayden un menú plastificado y le dedicó una cálida sonrisa a Fenn.

—Todos nos preguntábamos cuándo llegarías esta mañana. Te fue mal anoche, cariño. Es mejor no darle importancia. El desayuno para ti y tu chica va por cuenta de la casa esta mañana.

Los labios de Hayden se entreabrieron. ¿Todo el mundo sabía lo del accidente de la noche anterior? Ella supuso que no debería sorprenderse. Los lugareños probablemente habían estado en el estadio o se habían enterado por otras personas.

—Gracias, Penny. Quiero una doble ración de beicon, una pila completa de tortitas y café. ¿Y tú, cariño? —los ojos de Fenn centellearon cuando la palabra de cariño salió de sus labios.

Necesitó una gran fuerza de voluntad para apartar la mirada de él y concentrarse en el menú. Tras echar un rápido vistazo a las opciones, empezó a abrir la boca, pero Fenn levantó una mano.

—No, espera. Sé exactamente lo que quieres —estudió el menú y le dirigió una mirada malévola—. Un huevo estrellado, una tostada integral, una guarnición de beicon y té, como un desayuno inglés —luego le guiñó un ojo.

Hayden lo miró fijamente. ¿Cómo demonios sabía qué le gustaba desayunar?

—Has tenido suerte —concedió ella, con un tono un poco irónico, que sólo hizo que él soltara una risita y pusiera los ojos en blanco. Hayden le devolvió el menú a Penny, quien sacudió la cabeza, riendo en silencio. Luego cogió una cafetera y le sirvió una taza a Fenn antes de volver al mostrador.

Hayden se inclinó hacia adelante y susurró.

—No ha anotado nuestro pedido.

Él se echó a reír.

—Penny es lista. No necesita anotar nada. Me alegro de que no seas una de esas chicas que sólo desayunan apio.

Esta vez fue el turno de Hayden de reírse, o más bien burlarse, mientras se recostaba en el asiento.

—La vida es demasiado corta para no tener un desayuno real.

—De acuerdo —Fenn estiró el brazo por la parte trasera de la mesa cerrada y observó el flujo de gente a través de las ventanas del restaurante. Hayden no perdió la oportunidad de estudiarlo. Los dos botones superiores de su camisa estaban desabrochados, dejando al descubierto una piel suave y bronceada. Cuando tragó, su nuez de Adán se movió y eso la fascinó. Fue en ese momento cuando cayó completamente bajo su hechizo.

Los hilos de atracción, deseo y lujuria; que habían estado tejiendo lentamente su fino hechizo a su alrededor, se convirtieron en un manto de seducción casi tangible. La forma en que los labios de Fenn formaban una línea relajada, sus ojos permanecían distantes y desenfocados, como el Dios de la Guerra descansando tras una poderosa batalla en la tranquila soledad, hacían que pareciera absorto en sus propios pensamientos y en su serio estado de ánimo.

No quería compararlo con Emery, pero lo hizo. Hayden había crecido con un gemelo como figura de hermano mayor en su vida; este otro... había sido un sueño conjurado por los susurros de sus seres queridos, los miedos de una familia y la antorcha de luz que ardía en el interior del hermano y los dos amigos que había dejado atrás. Una parte de ella temía que encontrar a este niño perdido, al niño de oro desaparecido, resultara decepcionante o insatisfactorio. Sin embargo, ahora que lo estaba mirando fijamente, supo que ese temor había quedado silenciado para siempre.

Fenn era un hombre perdido en un profundo sentimiento de dolor, un dolor inexplicable porque carecía de recuerdos y, sin embargo, había seguido adelante y forjado un pequeño trozo de mundo como propio. Era fácil ver que no quería abandonarlo. Este lugar, esta vida, era todo lo que había conocido y sentía que estaba destinado a quedarse aquí. Tal vez él podría... pero primero tenía que volver a Long Island. Tenía que enfrentarse al pasado y a su miedo a lo desconocido. Pero, ¿cómo lo convencería?

—¿Fenn? —insistió suavemente.

La claridad agudizó su mirada y se centró en ella.

—Tenemos que hablar sobre tu regreso a Long Island.

—No —su negativa fue pronunciada antes de que ella terminara su frase.

—Por favor, escúchame.

Él arqueó una ceja.

—Llevo todo el día escuchándote.

La irritación la invadió.

—¿De verdad me has escuchado? Entiendo que quieras quedarte aquí. Pero no puedes. Tienes que ir a casa al menos una vez, ver a tu familia, y luego puedes volver aquí y esconderte.

Fenn dejó caer el brazo del respaldo de la mesa cerrada y se inclinó sobre la mesa, con una amenazadora oscuridad acumulándose en sus ojos.

—Yo no me escondo.

Hayden había tocado una de sus fibras sensibles, pero no se compadeció de él. El hombre necesitaba amor duro ahora mismo.

—Demuéstralo. Haz un viaje. Eso es todo.

Fenn se recostó en el asiento, con una expresión sombría en el rostro y nubes de tormenta en los ojos.

—No iré a ninguna parte. El rancho me necesita. Jim me necesita. Tuvo un ataque al corazón hace unos días. Casi muere. No dejé que los médicos le informaran a Callie la gravedad de la situación; esa noticia la destrozaría. Es demasiado joven. No dejaré que pierda al único padre que le queda.

Otra vez Callie. Hayden apretó los dientes, luchando contra la oleada de decepción. No era que quisiera que Fenn lo dejara todo y le prestara atención a ella, pero había tenido la esperanza de que realmente la escuchara y volviera a casa con ella.

—Fenn, esto es serio. El rancho y Jim estarán bien sin ti durante unos días. Tenemos que llevarte a casa para que te reúnas con Emery, y asegurarnos de que estéis protegidos de quienquiera que esté intentando mataros a los dos. Eso es lo más importante.

Él mostró los dientes como un lobo.

—No. No lo es. Emery puede cuidar de sí mismo. Puedo cuidar de mí mismo. ¿Jim y el rancho? Ellos me necesitan. Este es mi hogar. No voy a marcharme y abandonar todo solo porque creas que soy un gemelo famoso de un tipo rico. Mi vida está aquí; la gente y las cosas que amo están aquí. Ya no podemos permitirnos tener peones en el rancho y si Jim intenta trabajar en el establo o dar de comer al ganado... —sus ojos eran oscuros,

ardiendo con furiosa intensidad—. Él podría morir, Hayden. No voy a dejar que eso ocurra. El médico me ha dicho lo peligroso que es esto. Jim necesita descansar al menos un mes, dejar que su cuerpo se recupere antes de que pueda volver a trabajar la tierra. Incluso entonces, él nunca será capaz de realizar el tipo de trabajo que solía hacer. Todo depende de mí.

Sus palabras desconcertaron a Hayden. No había pensado... no había considerado ni por un momento lo precaria que era su vida aquí. Estaba a un paso de perder todo lo que había construido durante los últimos veinticinco años. Su hogar, su familia adoptiva... todo podía desaparecer en un abrir y cerrar de ojos. La culpa la carcomió al instante y se sintió miserable por haberlo presionado a marcharse. Él tenía que quedarse aquí, ella lo entendía ahora, pero también necesitaba ver a Emery; y Emery no podía venir aquí, no mientras Sophie estuviera en el hospital.

—Vale, lo entiendo —exhaló un suspiro—. Nosotros nos quedaremos aquí un tiempo hasta que las cosas se arreglen —no le gustaba la idea, no cuando podían ser atacados por algún loco decidido a matar a Fenn, pero era obvio que tampoco podía convencerlo de una pronta partida.

—¿Nosotros? —esbozó una sonrisa repentina.

—Sí, Wes y yo nos quedaremos en la ciudad hasta que estés listo para volver a casa con nosotros.

Él se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Oh no, cariño, volverás a casa lo antes posible.

Se inclinó hacia Fenn, enfrentándose a él. Renunciar a esto era lo último que pensaba hacer.

—No, no me iré.

—Lo harás —insistió él—. Porque si te quedas, acabaré llevándote a mi cama. Puede que nunca te deje marchar. Eres tan explosiva que no podré resistirme. Te pondré sobre cualquier superficie plana, suplicándome que te folle. Aún no estás lista para eso —esa sonrisa de vaquero engreído debería haberla puesto furiosa, no tan caliente que estaba segura de que sus bragas se estaban humedeciendo bajo sus jeans.

—Creo que estaré bien. Además, nunca dije que me acostaría contigo —estaban nariz con nariz a través de la mesa, y la tensión sexual entre ellos era tan intensa que ella podía saborearla.

—Cariño, cuando termine contigo, me llamarás dios del sexo y adorarás cada una de mis caricias. Nunca más querrás a otro hombre entre tus

muslos.

Capítulo Ocho

Bueno, ese comentario sí que hace suspirar a una chica, se rio dentro de su cabeza. Hayden haría lo que fuera para llevarlo a casa. Si durante el trayecto sentía el cuero de su cinturón atándole las manos y su cuerpo sobre el suyo... bueno, no se quejaría, pero él tendría que esforzarse. Como un verdadero dom. Casi sonrió.

Penny volvió a la mesa con dos grandes platos cargados de comida y los dejó.

—Ahora vuelvo con más jarabe de arce —la mujer volvió a dejarlos solos.

Hayden fue directa a por la tostada y la mordisqueó, observando a la gente a su alrededor. La cafetería se había llenado en los últimos minutos de lugareños y visitantes. Un hombre de unos treinta años, de piel aceitunada, que vestía jeans y camiseta, se dirigió hacia ellos con una sonrisa en el rostro.

—Vaya, vaya, alguien ha sacado tu lamentable culo de la cama, Smith. Estoy impresionado —se detuvo junto a Hayden y apoyó una cadera contra la mesa.

—Hola, soy George. Un amigo de Smith —se volvió completamente hacia Hayden, con una sonrisa abierta y unas bromas evidentes pero dulces. Lo admiró por su franqueza, aunque no supiera mucho más de él.

—Déjala en paz, Romano —la advertencia de Fenn fue parcialmente amistosa.

—Déjame adivinar. ¿Esta es la belleza del vestido rojo? —movió las cejas de forma sugerente y burlona.

Hayden puso los ojos en blanco, pero fue incapaz de ocultar su sonrisa.

—¿Qué tenéis vosotros con mi vestido?

George se aclaró la garganta.

—Las mujeres no suelen llevar vestidos así a los rodeos. Nada tan corto o... —cambió de tema—. ¿Así que has ayudado a mi amigo a superar su devastador fracaso?

—¿Fracaso? —ella no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—Sí, seguro que necesitaba ánimo. No permaneció en Tabasco el tiempo suficiente para clasificarse a la ronda de dinero. Iba a salvar el rancho Taylor...

—Cállate, Romano —gruñó Fenn.

—¿Qué? No es como si fuera un secreto. Intentabas hacer algo bueno. No conozco a ningún otro hombre que hubiera corrido el riesgo que Fenn corrió anoche.

¿Estuvo a punto de morir por salvar la casa de Callie? ¿Este hombre podría ser más misterioso? Acababa de convencerse a sí misma de que el señor Dios del Sexo era más egocéntrico de lo que había pensado, y ahora él estaba invirtiendo su juicio.

—Casi moriste —su apetito desapareció. Con la punta del dedo, apartó el plato con cuidado.

Fenn suspiró con dramatismo y volvió a acercarle el plato.

—No he muerto. Ahora come —el control y la autoridad naturales en su tono anularon sus propias preocupaciones, y Hayden se relajó un poco y cogió otro bocado de su tostada.

—Bueno —Romano miró entre ellos—. Veo que interrumpo. Sólo quería molestarte un poco ya que me diste un susto de muerte anoche —asintió a Hayden y dio una palmada en el hombro de Fenn antes de alejarse.

—Sin duda tienes amigos interesantes —observó. Había un aspecto tan intenso y refrescante en los hombres que se sinceraban y no se andaban con juegos. No como los hombres en casa, que gastaban más dinero en amantes que en esposas y no sabían nada del trabajo duro.

—George es un buen tipo cuando no está coqueteando con mis mujeres.

—¿Tus mujeres? ¿Debo suponer que me incluyes en ese grupo? —Hayden sorbió su té y lo observó, esperando que se retorciera. La mayoría de los hombres lo hacían cuando ella les dirigía una mirada de reproche. Fenn *no* se retorció.

—Cualquier mujer a la que me sienta obligado a proteger entra en esa categoría. Tú, Callie, la señora Taylor antes de que falleciera, e incluso Penny.

Definitivamente, era un dom del tipo protector posesivo. Como Emery.

Por tanto, no consideraba amantes a un conjunto de mujeres, sino a cualquier mujer de su vida que fuera importante para él en algún sentido. Era una noción primitiva, pero extrañamente encantadora a su manera. Como un pistolero del Lejano Oeste, Fenn actuaba como si tuviera derecho a defender a todo el mundo.

—¿Por qué sonríes? —él agitó su café con una cuchara, provocando pequeños remolinos de vapor.

¿Ella estaba sonriendo? Ni siquiera se había dado cuenta.

—Oh, por nada —Hayden se apresuró a borrar la sonrisa tonta de su cara—. Entonces, ¿qué es este recado que tenemos que hacer?

—Hay una tienda de piensos y una de suministros a unos sesenta y cinco kilómetros de distancia, pasado el grupo de montañas detrás de ti. Tenemos que conseguir más heno y alimento para los caballos y el ganado.

—¿Por qué no hay una tienda de piensos en Walnut Springs? —Hayden terminó sus huevos y su tostada con un pequeño suspiro de placer.

—Walnut Springs es más bien un destino turístico, y siempre hemos viajado a Elk's Pass por las montañas para abastecernos. Es difícil en invierno, pero nadie ha intentado abrir una tienda aquí. Los grandes promotores inmobiliarios acaparan los inmuebles para construir complejos turísticos y demás. Tardaremos un par de horas en llegar y un par de horas en volver.

Hayden no se quejaría. Era agradable estar fuera sin compromisos sociales o sus padres dictando su día. Si aún hubiera estado en casa, su madre la habría arrastrado a un viaje de compras sin sentido y luego la habría obligado a asistir a alguna función social con un grupo de mujeres chismosas de mediana edad que sólo sabían cómo gastar las fortunas de sus maridos.

—¿Has terminado? —le preguntó Fenn mientras sacaba una gastada cartera de cuero marrón y extraía un par de billetes de sus profundidades, dejándoselos a Penny.

—Estoy lista —Hayden salió de la mesa cerrada, dio las gracias a Penny cuando ésta pasó junto a ellos de camino a la puerta y siguió a Fenn de

vuelta al vehículo.

A pesar de su rudeza, el hombre tenía un sentido innato de la caballerosidad. Le abrió la puerta y ella se lo permitió. Fenn no lo hacía porque tuviera expectativas de lo que ese comportamiento le proporcionaría. Era simplemente un caballero.

El camino hacia Elk's Pass era una ruta pintoresca a través de las montañas. La carretera se curvaba y serpenteaba a lo largo de acantilados rocosos con pronunciados desniveles. Más de una vez, Hayden cerró los ojos y evitó mirar hacia abajo. Odiaba las alturas. Era una estupidez, pero cada vez que se asomaba a un precipicio o a una altura escarpada, su estómago se hundía y sentía náuseas.

—¿Estás bien? —la voz profunda de Fenn atravesó sus recitaciones internas de poemas de Byron. Recitar versos era la única forma de no pensar en las alturas, o contar hacia atrás desde cien en francés.

Abrió un ojo y lo miró.

—Estoy bien.

Fenn soltó una risita y sacudió lentamente la cabeza.

—Lo dice la chica que es tan fuerte como un roble.

Uno de estos días su perspicacia natural iba a provocar que recibiera un puñetazo. Le inquietaba la facilidad con la que podía leerla.

—No me gustan las alturas. Adelante, ríete —Hayden esperó el previsible estallido, pero no llegó.

En cambio, él la sorprendió con un ceño fruncido.

—¿La gente se burla a menudo de tus miedos?

Ella se encogió de hombros. Sin duda, su padre y su madre lo hacían. Wes no, pero apenas había estado presente en los últimos años para ofrecerle protección frente a sus padres.

—Siempre se burlan de la gente que tiene miedo a las alturas. Es el miedo más tópico; créeme, lo sé. Pero la gente no lo entiende. Cuando me asomo al borde de algo, me imagino cayendo hacia abajo, la cabeza me da vueltas y el estómago se me revuelve.

—Suena horrible.

—Lo es.

—Bueno, te diré una cosa, ¿por qué no te deslizas hasta aquí cerca de mí?

Su sugerencia la hizo reír.

—¿Así que yo te revelo un miedo y tú lo usas como una forma de tocarme?

El rostro de Fenn se ensombreció con nubes de tormenta.

—No quiero un contacto sexual, pero sé que el contacto humano ayuda con los miedos.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Porque yo... —se detuvo y se centró en la carretera—. Simplemente lo sé. Ahora ven aquí —la orden natural en su tono hizo que Hayden se desplazara por el asiento hasta que sus caderas se tocaron. Él apartó la mano derecha del volante y cogió la izquierda de ella, entrelazando los dedos. El inocente contacto la tranquilizó y dejó de pensar en los acantilados.

Maldito hombre, estaba resultando tener razón más de lo que a Hayden le habría gustado. Eso le daba ventaja y ella no se sentía cómoda con ello.

La única cosa que había aprendido desde muy temprano era que, si no tenía el control, siempre salía lastimada. Eso reprimía su naturaleza sumisa casi todo el tiempo. ¿Cómo sería dejarse llevar de verdad, permitir que otra persona tuviera el control en una relación? Tenía que ser liberador. Había oído a otras sumisas hablar de la increíble sensación de libertad de la entrega total, pero Hayden nunca había conocido tal dicha. Considerando sus antecedentes, tal vez nunca conocería esa sensación. Una dolorosa soledad se asentó en su interior como pesadas piedras, llenándola de emociones frías e inútiles.

Fue invadida por la desesperación por saciar esa horrible sensación de soledad y se acercó más, permitiendo que su hombro chocara con el de él. Sus dedos estrujaron los suyos con más fuerza, dejando claro que agradecía que buscara consuelo en él. Era tan fácil apoyar la cabeza en su hombro que, tras unos segundos de contemplación, decidió hacerlo. Enroscó el brazo derecho sobre su vientre y se aferró al antebrazo de Fenn; el agarre le sirvió de apoyo mientras descansaba la mejilla en su musculoso hombro.

—Gracias —murmuró y cerró los ojos. Él no dijo nada, sólo volvió a estrujarle la mano. Eso fue lo último de lo que fue consciente mientras, de algún modo, conseguía quedarse dormida en la vieja y ruidosa camioneta.



EL CONTACTO HUMANO HABÍA SIDO IMPORTANTE CUANDO FENN MÁS LO había necesitado. No le había revelado a Hayden los detalles. Al empezar a explicarle cómo sabía que eso la haría sentirse mejor, su mente había estado a punto de paralizarse con el destello de un recuerdo.

Oscuridad; el revoloteo de los insectos en la tierra y el chirrido de los roedores exploradores. Murmullos reconfortantes entre él y otro; no... el otro. El que perdió hace mucho tiempo. El contacto de sus pequeñas manos fue lo único que alejó el terror y la oscuridad.

Cuanto más cerca estaba de esa mujer, más percances mentales comenzaba a producirse. No era tonto. Todo apuntaba a que él era el Lockwood perdido: las fotos, los artículos de prensa, los fragmentos de recuerdos borrosos, la coincidencia del momento de su llegada a Walnut Springs con Lewis, su padre. Todo apuntaba a una respuesta bastante obvia, una respuesta a la que tenía demasiado miedo de enfrentarse. ¿Cómo se suponía que iba a presionar el botón de reinicio de su vida? Y lo que era más importante, ¿querría hacerlo?

Hayden descansaba contra él, arropada como un niño agotado. Ella representaba un misterio, pero también fascinación. ¿Por qué estaba ella aquí? La llegada de Wes, un amigo de la infancia, tenía sentido, pero ¿su hermana pequeña? Fenn había calculado que era diez años mayor que ella. Si él fuera Fenn Lockwood, su desaparición se habría producido dos años antes de que ella naciera. Entonces, ¿cuál era la motivación de su pequeña dinamita? Hayden estaba llena de bravuconería y valor, pero él intuía que la mayor parte de su comportamiento era una actuación, una defensa cuidadosamente erigida contra un mundo que intentaba aplastarla. Pensó en el dicho sobre las rosas teniendo espinas. Ella era igual de hermosa y, ciertamente, también irritable, pero él intuía que no siempre era así. Su forma de actuar era más un mecanismo de defensa que una parte real de su personalidad.

Él estaba encontrando maneras de sujetar su tallo a través de las espinas. Lidar con Hayden requería un enfoque delicado y cauteloso, y él quería hacerlo con ella. Conocía a algunos hombres que necesitaban controlar a las mujeres, someterlas y convertirlas en seres inferiores. Eso no era lo que él quería. Pero Hayden no estaba satisfecha. Buscaba una forma segura de ser dominada y eso era algo que él podía darle. Cada presión sobre sus límites, cada insolencia, cada vez que ella avanzaba más de lo que él le ofrecía, era

su forma de ponerlo a prueba. Hayden quería ver si mordía el anzuelo, si era digno de lo que ella le ofrecía.

Rendición. Él lo aceptaría, y todo sería dulce, increíblemente dulce para ambos. También sabía que las cosas nunca volverían a ser iguales si ambos se entregaban a esa pasión que seguía creciendo entre ellos. Como una fuerza imparable, una avalancha, se dejarían arrastrar, pero después todo sería diferente y Fenn no estaba seguro de estar preparado para eso. Cualquier hombre que estuviera con Hayden durante más de unos minutos sabría que se trataba de una mujer difícil de ignorar. Era una mujer valiosa.

La carretera se inclinaba mientras él conducía por el sinuoso camino hacia la ciudad de Elk's Pass. Pronto llegarían allí. La camioneta rebotó en el camino, y miró a Hayden. Ella se aferraba con fuerza a su brazo, sin despertarse. Le agradaba la forma en que se acurrucaba, con su suavidad propia de una gatita. Muchas mujeres intentaban acurrucarse, pero sólo presionaban sus cuerpos contra un hombre. Hayden se relajó y se acurrucó contra él, de modo que sus cuerpos parecían dos piezas de rompecabezas encajando en su sitio. Fenn nunca se había considerado parte de nada, pero con ella se sentía parte de un todo más grande.

Cuando pisó el freno mientras la camioneta descendía por la última pendiente de la última montaña, Hayden se despertó bruscamente.

—Estaba dormida —murmuró, soltando su brazo y pasándose las manos por el pelo.

—De nada —dijo él, conteniendo la risa cuando ella frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Por usarme de almohada —le guiñó un ojo.

Cruzó los brazos sobre el pecho y sacudió la cabeza.

—Ahora me estás molestando, ¿verdad?

—Por supuesto, cariño. Ahora es mi turno —no pudo apartar su sonrisa, así que la aceptó.

—Solo conduce, listillo —ordenó ella, levantando la barbilla con altanería.

Diablos, qué linda era. Estaba en una situación peligrosa si su altanería lo estaba excitando.

—Te diré qué, vamos a parar en una tienda de ropa antes de ir a la tienda de alimentos.

—¿Iremos de compras? —sus ojos azules se iluminaron de emoción, y Fenn estuvo a punto de desviarse de la carretera cuando pasaron junto al cartel de madera de bienvenida a Elk's Pass.

—Pensé que te gustaría —redujo la velocidad del vehículo y se dirigió al pequeño pueblo frente a ellos. La calle principal era relativamente parecida a la de Walnut Springs. Un conjunto de edificios con coloridas fachadas comerciales y un par de restaurantes conformaban la pintoresca calle. Aparcó en un espacio vacío frente a Flint & Sons, la mejor tienda de ropa en cien kilómetros a la redonda. Todos los lugareños iban a Flint & Sons y dejaban las demás tiendas para los turistas.

—¿Flint & Sons? —Hayden leyó el letrero en voz alta y luego lanzó una mirada en su dirección.

—Tenemos que conseguirte auténtica ropa de rancho. No puedo permitir que lleves la ropa usada de Callie.

Los labios de Hayden se entreabrieron, pero fue sensata y no discutió. Esto sería divertido. La princesita de la Costa Este iría a comprar jeans y botas. Él sonrió.



A HAYDEN NO LE GUSTÓ LA EXPRESIÓN DE LA CARA DE FENN, ESA SONRISA salvaje que prácticamente desprendía diversión presuntuosa, sin duda a costa de ella. La verdad era que se había emocionado con la idea de ir de compras. Odiaba ir con su madre, pero realmente le gustaba ir sola. Haber sido criada por una mujer egoísta no significaba que no apreciara la buena ropa. Sin embargo, ésta no era exactamente su tipo de tienda.

Siguió a Fenn al interior de la tienda y fue inmediatamente rodeada por estantes de jeans, camisas, largas gabardinas negras y marrones llamadas guardapolvos, y una pared llena de botas vaqueras: botas con flores pintadas, botas con pedrería... Aplaudió y cogió un par de botas teñidas de azul zafiro. Las aferró contra su pecho, giró sobre sí misma y chocó contra un cuerpo alto, duro y musculoso.

—De ninguna manera. Devuélvelas —Fenn le quitó las botas azules de las manos.

—Pero...

Le colocó un dedo en los labios y negó con la cabeza.

—Cariño, tus pies te matarán dentro de una hora después de ponértelas. No son para caminar ni para trabajar —su tono era suave, pero el punto estaba claro. Nada de ropa divertida. Ella no estaba aquí para divertirse.

Sus dedos soltaron las botas, y Hayden permitió que volviera a colocarlas en el estante detrás de ella.

—Ven aquí y mira esto —Fenn cogió su mano, con un toque sorprendentemente sin condescendencia. En el siguiente estante había botas vaqueras cortas de un color tostado polvoriento. Él cogió una y la dobló entre las manos. Cedió un poco ante la presión, pero no demasiado.

—Las botas tienen que ser fuertes, pero no inamovibles. Estas son un buen par, resistentes al agua y diseñadas para trabajar o divertirse —le sonrió—. ¿Por qué no te las pruebas?

Normalmente, si un hombre hubiera decidido su forma de vestir, habría sido debidamente reprendido, pero tuvo que ceder ante Fenn. No actuaba por una necesidad machista de controlarla, sino para ayudarla, y Hayden realmente tenía la intención de cumplir su acuerdo.

—Vale. Soy talla ocho —aceptó y se sentó en un banco de madera a la espera de un dependiente. Fenn cogió una de las botas y se dirigió hacia la puerta del almacén, donde una joven cogió la bota y fue en busca de la talla de Hayden.

Hayden se inclinó hacia adelante, se quitó las botas de Callie y se percató de que eran del mismo estilo. La idea hizo que su interior se retorciera un poco. No quería ser Callie, o al menos no quería parecerse en nada a la mujer que había estado en la vida de Fenn durante tantos años. Callie era maravillosa, pero... esos malditos celos seguían apareciendo. No quería llamar la atención o el interés de Fenn vistiéndose como otra persona. Le gustaban sus vestidos Valentino y sus zapatos Jimmy Choo. Por supuesto, él tenía razón. Ese tipo de atuendo no era adecuado en este sitio.

Fenn volvió a acercarse con una caja grande en la mano. Se arrodilló frente a ella y abrió la caja. Dentro, entre el papel de seda, había un par de botas marrones. Levantó la bota derecha y la sostuvo. Hayden señaló sus calcetines y deslizó el pie dentro. La bota le quedaba perfecta, y la parte que rodeaba su tobillo estaba más suelta.

—¿Y bien? —la estudió con ojos intensos y cálidos. Fenn apoyó la mano en su rodilla y ese simple contacto le produjo un cosquilleo en la piel.

—Se siente bien —su cara se calentó cuando se percató de que no estaba segura de si su respuesta se refería a la bota o a su mano.

—Intentemos la otra —él se la colocó y la hizo caminar por la tienda. Eran cómodas. Eso no se podía negar.

Hayden hizo que la vendedora colocara las botas en el mostrador mientras ella se centraba en los jeans. Después de coger varios pares, entró en el pequeño probador del fondo y cerró la cortina. Acababa de colocarse el primer par cuando la cortina se abrió y Fenn se asomó al interior.

—¿Qué haces? —jadeó ella.

Su sonrisa fue el único aviso de sus intenciones.

Capítulo Nueve

—¿Y a has terminado? —le preguntó, y luego entrecerró los ojos en dirección a sus caderas. Se estaba levantando el faldón de la camisa para ver cómo le quedaban los pantalones en las caderas y el trasero. Lucía bien, y el calor que desprendían sus ojos la llenó de placer al saber que él era consciente de su buen aspecto—. ¿Pasa la prueba del bolsillo?

Ella se dio la vuelta y alzó las cejas.

—¿Prueba de bolsillo?

Entró en el probador y la acorraló. Hayden inclinó la cabeza hacia atrás.

—La prueba del bolsillo —murmuró él—, consiste en asegurarte de que tienes espacio suficiente para meter las manos... —deslizó las manos en los bolsillos traseros de sus jeans. Sintió calor en la parte inferior de su cuerpo y su respiración se aceleró. Las puntas de sus dedos se clavaron en su trasero, atrayéndola contra él, hasta que no hubo espacio entre ellos. Apoyó las manos en el pecho de Fenn, sintiendo la forma de su físico atlético, forjado por el trabajo duro y aficiones peligrosas como montar toros. A Hayden se le cortó la respiración y se lamió los labios. Él siguió el movimiento con ojos depredadores—. Eres una tentación; pura, dulce, pecado —el intenso timbre de su voz derretió sus ansiedades y temores de ser controlada. Ahora mismo, era una mujer pasional, él era un hombre pasional, y lo único que importaba era el gran peso del silencio sensual justo antes de un beso.

Hayden levantó la cabeza y se puso de puntillas mientras él bajaba la suya. Sus bocas se acercaron, lenta y suavemente, con lenguas exploradoras y penetrantes, imitando el acto sexual. El simple hecho de pensarlo le

provocó temblores en las extremidades y un rubor en la piel con corrientes salvajes de llamas internas. Las manos de Fenn en los bolsillos traseros impidieron que se apartara. Le masajeaban el culo, lo estrujaban, lo frotaban, lo poseían de un modo que ella no había creído posible. Se sintió poseída, marcada, pero sólo de la mejor manera.

Su beso distrajo su mente con su deseo salvaje, apenas suavizado por la ternura. Hayden permitió que sus propias manos recorrieran su pecho, sus hombros, su espalda, memorizando su forma y su textura, pintando recuerdos de su cuerpo en su mente. La forma en que reaccionó ante él, rápida e inmediata, fue casi vertiginosa. Su cuerpo estaba a punto de estallar. Su vientre se estrujó y su clítoris palpitó cuando presionó su erección contra ella. Pequeños escalofríos la recorrieron como chispas dispersas de un fuego desatendido. El deseo corría por la sangre de Hayden, una aria vibrante que iba en aumento con notas puras cada vez que él cambiaba el ángulo de su boca o le provocaba los labios con pequeños pellizcos. Esa parte de ella que estaba harta de luchar contra el mundo se consumió, se arrojó al fuego y se forjó en algo nuevo.

La noción del tiempo se desvaneció mientras Hayden se perdía en la intensidad difusa y casi onírica de su beso. Cuando sus labios se separaron finalmente, ella gimió en señal de protesta, sintiéndose más animal que humana en ese momento, y odiando que el dador de semejante placer le hubiera negado repentinamente el éxtasis ansiado.

La sangre le golpeaba las sienes, un latido errático, como los frenéticos golpes de los tambores tribales. Hayden sacudió las pestañas y parpadeó varias veces, intentando orientarse.

—¿Fenn? —pronunció su nombre apenas lo bastante alto como para que ella misma pudiera oírlo.

La respiración del hombre era pesada, abanicando la cara de Hayden en forma de pequeñas nubes mientras él sacaba las manos de los bolsillos de sus jeans y le sujetaba el cuello. Apoyó la frente en la de ella y se limitó a respirar, como si fuera lo único que podía hacer en ese momento. Verlo tan afectado como ella sólo hizo que todo fuera más excitante. Estaba mojada y hambrienta de más, pero algo en el fondo de su mente la arrastró de nuevo a la realidad. Estaban en la parte trasera de una tienda de ropa, besándose como adolescentes en un probador.

—¿Cómo eres tan jodidamente irresistible? —exigió—. Es como si no pudiera saciarme. En cuanto empiezo a besarte, me vuelvo loco —el roce de sus pulgares recorrió toda la longitud de su garganta y Hayden cerró los ojos ante la deliciosa sensación.

—Uno de los dos tiene que controlarse o vamos a tener problemas —¿dónde encontró las fuerzas para apartarse? Nunca lo sabría. Pero puso espacio entre ellos, cogió los otros jeans y salió del probador. Le quedarían bien. Más le valía, porque no iba a arriesgarse a más pruebas de bolsillo. Fenn no la siguió.

Hayden cogió un par de camisas más y una de esas chaquetas largas tan curiosas que la vendedora llamó guardapolvo, y compró un nuevo sombrero Stetson de color marrón claro sin pensarlo, solo para sustituir al que había estropeado esta mañana. Sabía que a Fenn no le haría ninguna gracia que le comprara un sombrero, pero no quería estar en deuda con él, y menos por un problema que ella había causado. Ella no era así. Pagó toda la ropa y, mientras estaba guardando la tarjeta de crédito en la fina cartera que llevaba en los jeans, Fenn salió a zancadas del probador.

¿Qué demonios había estado haciendo allí todo este tiempo? Por la expresión de su cara, supo que preguntar probablemente significaría una nueva ronda de azotes. Aunque a ella no le habría importado. Su culo estaba deliciosamente sensible y suave al tacto desde que él le había puesto la mano encima.

Hayden dejó instrucciones a la vendedora sobre dónde entregar su ropa. Le costó unos dólares más, pero no iba a poner sus cosas nuevas en la caja de la camioneta de Fenn. De ninguna manera. Se puso sus botas nuevas y metió las de Callie en la caja.

—¿Lista para irnos? —Fenn se acercó a ella con el ceño fruncido.

—Sí.

—¿Dónde están tus bolsas? —miró a su alrededor.

—Las entregarán más tarde.

Su mandíbula realmente cayó.

—¿Qué?

—No voy a ponerlas en la parte trasera de tu camioneta. Y menos cuando vamos a regresar por el camino a través de esas montañas. Una fuerte sacudida y mi ropa nueva podría salir volando por un precipicio.

Hayden casi soltó una risita porque se percató de que él quería discutir, pero contuvo sus palabras.

—Está bien, vámonos —le rodeó la cintura con un brazo y, haciendo un gesto con la cabeza a la vendedora, la empujó hacia la puerta.

—¿Cuál es nuestra siguiente parada? —preguntó ella cuando salieron a la acera. Había mucha gente en la pequeña calle principal, comprando o yendo a una comida tardía o a hacer recados. Un grupo de excursionistas pasó a toda prisa y uno chocó con Hayden con tanta fuerza que ella tropezó con Fenn, quien la sujetó para evitar que se cayera—. Un lugar ajetreado —murmuró.

—Muchos excursionistas en esta época del año —la protegió mientras los guiaba al otro lado de la calle en dirección a una tienda de piensos.

Nunca había entrado en una tienda de piensos. Olía a heno, grano y animales, pero de un modo agradable. Los aromas evocaron recuerdos de su niñez y sus lecciones para montar su primer caballo de caza y salto. El establo siempre había olido a verano y el cálido sol se sentía bien en su piel cuando ayudaba a cepillar a los caballos. Había odiado tener que alejarse del estilo de vida de la equitación. Su madre había considerado que no era necesario continuar con la actividad una vez que Hayden tuviera edad suficiente para asistir a actos sociales y seducir a los hijos de los hombres con los que sus padres querían relacionarse mejor.

Dejando a Fenn para dirigirse a la parte trasera de la tienda, donde había un hombre trabajando detrás de un mostrador, Hayden recorrió los pasillos, inspeccionando las diversas bolsas de pienso para perros, gatos y otros animales. Incluso había corrales con gallinas que se pavoneaban y cacareaban. Un gallo destacaba entre el mar de plumas blancas. Ladeó la cabeza, estudiándola con una mirada crítica, tan seria que la hizo reír.

El sonido de voces elevadas desvió su atención del gallinero.

—Maldita sea, Nelson. Sabes que Jim cumple con el dinero. Estamos un poco atrasados, eso es todo —el tono de Fenn era desesperado.

Hayden avanzó sigilosamente por el pasillo más cercano y se asomó entre las estanterías metálicas hasta divisar el mostrador trasero. Fenn tenía los codos apoyados en la superficie del mostrador y las manos hundidas en el pelo, tirando de los mechones. Estaba desesperado.

—La cuenta tiene un atraso de tres mil. No puedo adelantarte nada hasta que la deuda esté saldada —el hombre mayor, de barba canosa y expresión

cansada, intentó palmear el hombro de Fenn, quien se apartó.

—Por favor, Nelson. Te lo ruego. Jim acaba de salir del hospital. Estamos trabajando para recuperar el rancho.

—Lo entiendo, de verdad —Nelson apartó la mirada—. Pero todos tenemos bocas que alimentar y no puedo hacer excepciones.

Fenn gruñó como un animal herido y se dio la vuelta, ensanchando los ojos al verla.

—Vamos, Hayden, es hora de irse —espetó y se alejó.

No lo siguió. Todo en ella le advirtió que no interfiriera. Eso disgustaría a Fenn. Pero tenía que ayudar. Quería hacerlo. Menos mal que su tarjeta de crédito tenía un límite de diez mil dólares. Se acercó al hombre del mostrador.

—Disculpe —se aclaró la garganta.

El hombre levantó la mirada y enarcó las cejas, sorprendido.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Eh... sí, el rancho Broken Spur... me gustaría saldar la deuda y cubrir el próximo pago de lo que Fenn dijo que necesitaba.

Los labios de Nelson se entreabrieron y sacudió lentamente la cabeza antes de acariciarse la barba con los dedos. Luego se inclinó sobre su ordenador y empezó a teclear.

—Parece que serán unos cuatro mil dólares para cubrir lo que deben y lo que necesitan para el pedido de este mes —no parecía muy convencido de que ella fuera a pagarle. Sus ojos se desplazaban continuamente de la pantalla a su cara. Si hubiera tenido más tiempo y energía, se habría sentido insultada al pensar que los hombres de por aquí no creían que ella pudiera cumplir nada.

—¿Aceptan Visa?

—Uh, sí, ¿por qué?

—Genial —ella sacó su tarjeta y la colocó en el mostrador—. Dese prisa.

Nelson cogió la tarjeta y la pasó por la máquina antes de imprimir un recibo.

—Mañana llevaremos el pedido al rancho.

—¡Gracias! —una cálida sensación invadió su corazón y quiso sacudirse por la alegría que la embargaba. Amaba ayudar a la gente y rara

vez tenía la oportunidad de hacerlo. Casi empezó a saltar como una niña mientras se dirigía a la camioneta.

Se detuvo a medio salto cuando vio a Fenn. No se movía. Sentado en el asiento del conductor, tenía la mirada perdida y la mandíbula tensa. Esa profunda sensación de dolor acabó con toda su alegría, como una ráfaga de viento extinguiendo la única llama de la mecha de una vela.

Se acercó al lado del pasajero del vehículo, abrió la puerta y subió.

—Fenn —extendió la mano y le tocó el brazo. Él se estremeció y luego pareció volver en sí.

—Lo siento, debí haber estado pensando —murmuró.

—No te preocupes tanto por las cosas. Todo se arreglará.

Su risa áspera la caló hasta los huesos.

—No todo en esta vida es sol y arco iris. Puede que en tu ciudad todo sea perfecto y todo el mundo sea feliz. Pero aquí no.

Hayden casi pudo sentir las palabras no dichas, como una fina tela de araña; sensible, delicada, apenas allí pero muy crucial.

Aquí todo se está derrumbando.

La vida de Fenn se desmoronaba a su alrededor y Hayden estaba contribuyendo a su distracción. Ella había aparecido como un caballo de Troya, lleno de engaños. Quería que regresara a Long Island por razones egoístas: para ayudar a su hermano, para ayudar a la familia de Fenn y para ganarse esa estrella dorada de aprobación que nunca había conseguido de sus padres. En todos sus planes nunca había tenido en cuenta a Fenn y su vida aquí. El hecho de que hubiera nacido en Long Island no borraba el hecho de que había pasado casi toda su vida aquí, en Walnut Springs, como hijo de otra persona, viviendo una vida que había aceptado y creía suya. ¿Eso no la hacía igual de importante? ¿Una vida por la que valía la pena luchar?

Las palabras del hombre dolieron, pero ella se merecía ese dolor. A excepción de la distancia emocional y la frialdad de sus padres, había sido una mujer privilegiada, con todo lo que siempre había deseado excepto su libertad. La libertad era todo lo que Fenn tenía. Qué dúo tan gracioso formaban.

—Tienes razón —susurró y se abrochó el cinturón. Sus ojos ardían y miró por la ventanilla, viendo pasar un autobús lleno de excursionistas que se dirigía a la montaña, el camino que pronto seguirían. Repentinamente

fría, se frotó los brazos y deseó poder apoyarse de nuevo en Fenn. Pero no era posible. Él había levantado una barrera entre ellos, y estaba demasiado cansada para derribarla.

Durante un largo minuto ninguno de los dos se movió. La camioneta permaneció quieta y sin arrancar, atascada en el espacio de aparcamiento. Finalmente, Fenn metió la mano por detrás del asiento hasta los estrechos confines del diminuto espacio que había detrás de su cojín.

—Usa esto. Te mantendrá caliente —sacó un largo abrigo negro, como el que ella acababa de comprarse en Flint & Sons. Un guardapolvo. Él lo dejó caer sobre su regazo, metiéndolo en torno a sus caderas.

—Gracias —Hayden se envolvió en su calor e inhaló su aroma. Cerró los ojos, deseando tontamente que ese simple acto pudiera protegerla del mundo.

—Lo siento —la voz ronca de Fenn estuvo acompañada por su mano, que le apartó un mechón de pelo de la cara y se lo colocó detrás de la oreja.

Finalmente, Hayden abrió los ojos, odiando la fragilidad que él le provocaba. Ninguna de sus bromas o bravatas habituales funcionaba para mantenerlo alejado de su cabeza y de su corazón.

—No lo sientas. Tenías razón. Vengo de una familia adinerada y suelo olvidar cómo ver el resto del mundo.

Él suspiró.

—Quizá eso sea bueno. En cierto modo, es como una especie de inocencia". Se inclinó hacia ella y le rozó la coronilla con un beso.

¿Cómo podía hacer eso? ¿Convertir un acto tan simple en algo tan poderoso e íntimo? Como si él lo hubiera hecho mil veces.

—Deberíamos irnos. El camino a casa es largo y tengo que pensar cómo decirle a Jim que este mes no recibiremos suministros.

Ella se mordió el labio, debatiendo antes de arriesgarse.

—Eh, sobre eso...

La miró fijamente, aparentemente esperando a que continuara.

—Bueno, hice lo que había que hacer. Los suministros llegarán mañana.

Hayden esperaba que su rostro se tiñera de rojo de irritación ante su confesión. Con el ceño fruncido, Fenn echó la cabeza hacia atrás en el asiento y exhaló.

—Debería sorprenderme que hayas comprado tu salida de una situación difícil, pero no me sorprende. No vuelvas a hacerlo. No por mí. Jamás.

Se sentó un poco más recta.

—Así que no estás enfadado.

Él le sonrió, una expresión salvaje inquietante.

—Oh, estoy furioso, cariño. Si tú y tu hermano pensáis quedaros en la ciudad, tendréis que acatar algunas normas cuando tratéis conmigo. Primera regla: nada de rescates financieros, ¿de acuerdo? No necesito tu dinero. Jim y Callie no necesitan tu dinero. Te lo devolveremos en cuanto tengamos los fondos.

—Estoy de acuerdo con eso. Pero si el rancho necesita dinero para salvarse, vamos a tener que hablar de ello —ella esperaba que él aceptara.

—El rancho es mi negocio. No tuyo ni de tu hermano.

—Si es tu negocio, entonces también es mío —Hayden no se retractaría de ello.

Fenn suspiró.

—Creo que tendré que azotarte para que dejes de ser tan rebelde.

—Puedes intentarlo —replicó.

—Tal vez lo haga —le acarició la mejilla y puso el motor en marcha.

Mientras salían de Elk's Pass, Hayden miró su reloj. ¿Era realmente tan tarde? El largo viaje hasta aquí, las compras y ahora el largo viaje de vuelta; bueno, no llegarían al rancho hasta la caída del sol. Esperaba que Wes no se estuviera metiendo en problemas durante su ausencia. Tenían que concentrarse en regresar a Fenn a un lugar seguro. Seguramente tenían un poco más de tiempo antes de la llegada del asesino sustituto, ¿verdad? Nada podía suceder en sólo un día.

Capítulo Diez

Greyson levantó su mochila de senderismo mientras subía por el empinado camino. El guía de la excursión divagaba sobre la fauna y la flora locales mientras el resto de los excursionistas caminaban pesadamente por la zona entre charlas y risas. El lugar al que habían llegado estaba a mitad de camino en la montaña y muchas familias sentaban a sus hijos en mesas de picnic de madera mientras sacaban las cámaras de las bolsas.

No prestó atención a la actividad a su alrededor mientras se escabullía de los demás y se adentraba en la maleza. En una mano llevaba un pequeño mapa de los senderos que el guía le había dado antes. Un estrecho sendero subía y cruzaba la colina más cercana, situada en un punto intermedio entre Walnut Springs y Elk's Pass. Tras echar un rápido vistazo por encima del hombro para comprobar que no estaba siendo observado, subió trotando por el sendero. El sol ya empezaba a ocultarse. Si podía llegar al mirador que estaba justo por encima de la carretera, podría lograr su objetivo con bastante facilidad. Todo dependía del tiempo.

Había cogido un vuelo en Heathrow quince minutos después de terminar la llamada con su nuevo cliente. Un avión privado lo había llevado a Denver y allí había cogido un pequeño avión de hélice hasta Walnut Springs. Había comprado el equipo de senderismo en la tienda junto a la cafetería después de identificar a su presa. Entonces se topó con la mujer que estaba acompañando a su objetivo, y ahora era capaz de localizarlos. Estaban volviendo por la carretera que atravesaba las montañas hacia Walnut Springs.

Si todo salía según lo planeado, parecería un accidente.

Greyson utilizó los árboles como apoyo para avanzar por el empinado sendero hasta llegar al mirador. Entonces se quitó la mochila de los hombros y la dejó en el suelo. Rebuscó en su interior hasta encontrar las piezas de su rifle. Empezó a construirlo y, en pocos minutos, estaba posicionando algunas rocas grandes para poder apoyar el rifle y disparar de forma estable. Había suficiente viento para hacerlo mucho más difícil. Entrecerró los ojos y una gota de lluvia le golpeó la nariz.

—Joder.

Si se desataba una tormenta, sería difícil tener un tiro claro. Rebuscó en su bolso y se colocó una ligera gabardina, alzando la capucha. Luego sacó su teléfono y activó la aplicación de seguimiento. El camión estaba a unos diez minutos. No tendría que esperar mucho. Luego se dirigiría a Long Island para terminar el trabajo. Era una lástima lo de la mujer; seguramente perecería con el objetivo, pero si había decidido estar cerca del objetivo, entonces había sellado su propio destino. El hombre del teléfono se lo había explicado todo. La muerte del padre de su cliente, la pérdida de su empresa a manos de su tío y los dos primos codiciosos del cliente. Claro que se trataba de una disputa familiar, pero Greyson estaba encantado de prestar sus servicios teniendo en cuenta su propia necesidad personal de venganza. Después de perder a su padre a manos de estos dos objetivos, él mismo quería derramar su sangre. Estos gemelos estaban destinados a morir.

Una pequeña parte de él aún susurraba en el fondo de su mente que debería haber hecho una comprobación de antecedentes, pero no había tenido tiempo. Y el tiempo importaba mucho. Era evidente que el hombre que lo había llamado conocía a Antonio, sabía correctas las frases en clave y otras cosas privadas que demostraban que había sido uno de los clientes de Antonio. Y puesto que la muerte de Antonio había sido confirmada por las fotos de la morgue enviadas a su teléfono, Greyson sabía que tenía que actuar de inmediato, mientras los dos hombres seguían siendo vulnerables.

Comprobó la ubicación del camión en su teléfono y luego se acomodó en su escondite para esperar. Como una araña, escondido del campo de visión, sólo tenía que esperar hasta que ese primer tirón en las delicadas cuerdas le enviara vibraciones y atacaría.



FENN SE SENTÍA COMO UN MALDITO VILLANO. LE HABÍA GRITADO A Hayden, dejando que su ira la golpeara a través de sus palabras. No era esa clase de hombre. Aunque se había disculpado, el peso de la culpa no se había disipado. Tampoco ayudaba el hecho de que su mal humor la hubiera afectado. Estaba callada, seria, no tan enérgica como antes. Echaba de menos sus comentarios mordaces y sus conversaciones ofensivas. Él, un hombre que había amado el silencio durante tanto tiempo, ahora no estaba contento con éste.

La carretera se curvaba hacia el punto más alto, acercándose al punto intermedio entre Elk's Pass y Walnut Springs. Gotas gruesas golpeaban el parabrisas en un patrón cada vez más intenso mientras el cielo se oscurecía. La carretera estaría resbaladiza y sería peligrosa hasta que la lluvia fuera lo bastante fuerte como para arrastrar los restos de aceite del asfalto.

Volvió a mirar a Hayden, deseando pasar los dedos por su pelo e inhalar su dulce aroma, pero ella no lo miraba, porque había sido un gilipollas. Las nubes eran casi negras por la tormenta que se avecinaba. Volvió a centrar su atención en la carretera, que se curvaba justo en el punto medio entre las dos ciudades. Un par de faros de un semirremolque lo alcanzaron y se estremeció, bajando la visera para bloquear la mayor cantidad de luz posible.

Un trueno retumbó en la distancia, haciendo vibrar el camión de Fenn. Hayden se volvió para mirarlo, con los ojos muy abiertos por la preocupación.

¡Crack!

Una explosión de sonido rebotó a través de las colinas que los rodeaban, y el semirremolque se desvió hacia el carril opuesto. Hacia el camión de Fenn.

—¡Fenn! —gritó Hayden.

El sonido hizo que su mente se quedara en blanco, excepto por el miedo paralizante que su grito creó en su interior. Todo lo que quería era protegerla, mantenerla a salvo, pero había fracasado. Nunca podría mantener a salvo a nadie a quien amara.

Dio una sacudida al volante, pero no había adónde ir, así que pisó el freno y rezó. El semirremolque se dirigió hacia ellos, como un dios de metal vengativo dispuesto a aplastarlos.

—¡Sujétate! —gritó, se acercó a Hayden y la sujetó del brazo justo cuando el semirremolque chocó contra ellos. El metal chirrió y los frenos fallaron. Todo pareció transcurrir a gran velocidad después de eso, como una avalancha que se acumulaba, una fuerza imparable de muerte y destrucción que los cubriría hasta que murieran.

Fenn parpadeó y, en ese instante, perdió toda capacidad de salvarlos, aunque no habría importado. El camión se deslizó por el acantilado, chocó contra un pequeño saliente y rodó varias veces. Lo único que oía eran los gritos de Hayden y sus propias respiraciones ásperas al no conseguir aspirar suficiente aire por los pulmones. Todo su cuerpo se apagó y su cráneo se llenó de dolor.

Sangre. Sangre por todas partes. El cuerpo de un hombre yacía al fondo de una escalera parcialmente colapsada y cubierta de telarañas. Otro hombre sostenía a Fenn. Era muy pequeño, pero su dolor era enorme.

—Calla... —el hombre que lo sujetaba volvió a meter su pistola en la funda y lo levantó.

—Emery. ¿Dónde está mi hermano? —graznó con voz pequeña y asustada.

—Tenemos que correr, niño. No hay tiempo. ¿Puedes caminar?

—Pero mi hermano... —dolor, dolor agonizante. Se tocó la nuca y su mano salió empapada de un líquido carmesí. Su sangre. Se le revolvió el estómago e intentó no vomitar.

—¡Tenemos que irnos! —el hombre lo levantó, pero tropezó y todo se volvió negro. Negro para siempre.

El camión se detuvo de golpe, con el lado del conductor inclinado hacia abajo, apoyado parcialmente en un grupo de árboles que sobresalían de la ladera de la montaña. Fenn se asomó por la ventanilla rota, intentando comprender lo que estaba viendo. La sangre le goteaba en los ojos, así que se pasó el dorso de la mano por los ojos para aclarar su vista. Estaba mirando hacia un acantilado escarpado, una caída vertiginosa de treinta metros hasta un afloramiento rocoso.

Una pequeña tos y un gemido se oyeron por encima de él. Giró la cabeza y vio a Hayden colgando del cinturón de seguridad. Unas líneas

rojas de sangre resbalaban por su cara desde una herida en la frente donde el cristal debió haberla cortado. Mientras intentaba recuperar el control de su mente, Fenn observó cómo las gotas oscuras se movían por su pálida piel bajo la tenue luz. La lluvia le salpicaba la cara y el cuerpo al entrar por las ventanillas destrozadas. Cada vez que se movía, el camión crujía y se acercaba más al abismo.

Iban a morir. Si no encontraba la forma de salvar a Hayden... Su garganta se cerró y volvió a tragarse el viejo y familiar nudo del miedo. Ya había hecho esto antes. Había tenido que salvar a alguien. El instinto era salvaje y poderoso. Arrastró su propio miedo a las profundidades de un mar a medianoche, ahogándolo, impidiendo que le hiciera daño.

La claridad regresó, y Fenn se giró con cuidado. La puerta se entreabrió bajo él, pero no podía abrirla por completo sin arriesgarse a que el vehículo cayera. Tenía que atravesar el parabrisas, o lo que quedaba de él, y sujetarse a los árboles inferiores. Había un saliente a un lado; si podían alcanzarlo, estarían fuera del camino del camión si se caía.

—Hayden —gritó en voz baja.

Ella se frotó la cara con los puños cerrados, como una niña cansada, y a Fenn se le estrujó el corazón en el pecho. Parpadeó aturdida y centró sus ojos vidriosos en él.

—Fenn, creo que voy a vomitar... —se cubrió la boca con el dorso de la mano, pero mantuvo el líquido dentro de ella.

—Escúchame, cariño, esto es lo que vamos a hacer. Vas a esperar ahí, ¿vale? Voy a desabrocharme el cinturón de seguridad y a salir por la ventanilla hacia los árboles y luego al saliente de la derecha. Luego quiero que hagas lo mismo.

Rezó a todos los dioses que pudieran existir para que ella resistiera. Necesitaba que ella estuviera bien. Si ella se derrumbaba, él podría derrumbarse.

—De acuerdo —ella dudó y luego extendió la mano hacia la suya—. Por favor, no me dejes. Prométeme que no lo harás —sonaba como una niña asustada, y eso le rompió el corazón y resonó en su alma, sacando a la superficie viejos y horribles recuerdos. Recuerdos que no podía afrontar.

—Todo va a salir bien. Estaré aquí. Confía en mí —levantó la mano rasguñada de Hayden y le besó la palma. Se encontró con su mirada y la

sostuvo, contemplando sus ojos azules, que ahora eran tan oscuros como ónices preciosos.

Soltarla fue lo más difícil que había hecho en su vida. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se detuvo mientras la gravedad intentaba arrastrarlo hacia la muerte. Trepó por el parabrisas, maldiciendo en voz baja cuando el cristal le cortó las manos. Cuando llegó al grupo de árboles inferior, exhaló un suspiro de alivio, pues la gruesa red de ramas sostuvo el peso de su cuerpo.

—Ahora es tu turno —exclamó—. Sujétate al salpicadero y a los cojines de la cabeza del asiento mientras te desabrochas el cinturón.

Fenn Se acuclilló en la rama que se encontraba justo debajo del camión, con el cuerpo tenso por si tenía que alargar la mano y capturarla.

Hayden se apoyó en el salpicadero y se desabrochó el cinturón. Chilló al caer contra la puerta del conductor con más fuerza de la esperada. El camión chirrió a su alrededor y se deslizó unos centímetros más a través de las ramas.

—Estamos muy arriba... —murmuró Hayden, con los ojos casi vidriosos mientras miraba hacia el escarpado acantilado.

—Sí, lo estamos, así que tenemos que salir de esta cosa y llegar a ese saliente. ¿Lo ves? ¿Abajo y a la derecha? —*por favor, concéntrate, cariño.* Siguió rezando para que ella confiara en él y luchara contra sus miedos.

Su mirada se centró en él y luego se deslizó hacia donde él había señalado. Ella asintió con la cabeza y empezó a deslizarse por el parabrisas abierto del mismo modo que él.

—Eso es —le tendió una mano—. Coge mi mano, Hayden.

Ella obedeció, con los ojos muy abiertos pero llenos de total confianza. En este momento, mientras se enfrentaba a la cosa más peligrosa en toda su vida, ella estaba ofreciendo la confianza que él anhelaba. La confianza que ambos necesitaban para sobrevivir. Era consciente de que podían morir, pero se sentía aliviado de tenerla a su lado. Estar solo y enfrentarse a la muerte... podría haberle sucedido antes. Pero ahora no podía permitirse pensar en esas viejas pesadillas.

Sus dedos rozaron los de Fenn cuando se le acercó. De pronto, el camión sobre sus cabezas se sacudió hacia adelante y Hayden intentó cogerlo. Fenn reaccionó, empujó su cuerpo unos centímetros hacia adelante y la sujetó por el antebrazo. Ella cayó más allá de él y se detuvo de golpe,

sufriendo una posible dislocación en su brazo. El pequeño grito que se le escapó hizo que Fenn cerrara los ojos por un instante. La sacudió dos veces, tan fuerte como pudo, y luego le gritó que se dejara llevar mientras su cuerpo se balanceaba lo suficiente como para aterrizar en la cornisa bajo ellos, fuera de peligro si el camión caía.

Hayden se soltó y cayó de lado. Por un segundo temió que estuviera muerta, pero entonces rodó sobre su espalda y lo miró fijamente.

—¡Fenn! ¡El camión! —señaló algo por encima de él.

Se giró justo a tiempo para ver cómo el vehículo se precipitaba por el acantilado hacia él. Saltó de la rama, pero su débil tobillo se desgarró dolorosamente al alcanzar el borde de la cornisa. Hayden saltó y capturó sus hombros. Fenn lanzó patadas y forcejeó hasta que se arrastró hasta la cornisa. El camión se estrelló entre los árboles y pasó volando junto a ellos, una caja metálica de muerte. Chocó contra el suelo rocoso, muy por debajo de ellos, con un estruendo espantoso. Fenn rodeó a Hayden con su cuerpo, protegiéndola de cualquier cosa que pudiera salir volando de la explosión.

—Dios mío... —ella se derrumbó. Su cuerpo se agitó con sollozos ahogados y se enterró contra él. Fenn también quería derrumbarse, pero estaban vivos, así que la dejó llorar y la reconfortó con sus caricias. Abrazarla, estando sanos y salvos, era todo lo que necesitaba para mantener la compostura.

Fenn seguía temblando y apenas podía creer que no hubieran muerto. La tormenta arreciaba a su alrededor. La lluvia empapaba sus ropas y los truenos retumbaban alrededor de las mismas piedras a las que se aferraban, pero ellos mantuvieron sus cuerpos juntos. Acarició el pelo de Hayden y murmuró cosas dulces y suaves para intentar calmarla y reconfortarla. Después de un tiempo, ella se calmó y descansó en sus brazos.

—¿Puedes distraerme? —preguntó, con una pequeña voz—. ¿Por favor?

A Fenn se le formó un nudo en la garganta, pero intentó mantenerlo discreto.

—Se me ocurren muchas formas de distraerte del frío y del acantilado —le besó el lóbulo de la oreja.

—Creo que ni siquiera tú puedes distraerme con tu sensualidad —le dio un codazo, pero él pudo ver que estaba sonriendo—. ¿Cómo empezaste a montar toros?

La pregunta, totalmente inesperada, lo hizo sonreír. Ahí estaba su chica, luchando contra sus miedos.

—Tenía dieciséis años. Encontré un montón de libros del oeste de Louis L'Amour y los leí todos de principio a fin. En ese momento, empecé a dedicarme en serio a la ganadería y a montar toros. La mayoría de mis amigos empezaron a hacerlo, y yo sólo recuerdo mirar a un toro y pensar que podría ser divertido.

—Así que tienes una obsesión con las experiencias cercanas a la muerte. Creo que dos incidentes en dos días es suficiente para mí —le desabrochó dos botones de la camisa y deslizó una mano hacia su pecho, sin duda buscando calor. Sus dedos estaban helados contra su piel, pero a él no le importó; quería calentarla como fuera.

—¿Fenn?

—¿Sí?

—¿Alguien nos encontrará? —ella metió la barbilla bajo la suya.

—Sí.

—¿Y si no lo hacen?

—Lo harán —juró. Si no lo hacían, él mismo escalaría la maldita montaña para conseguir ayuda—. Esta carretera está muy transitada, o lo estará por la mañana. Alguien tiene que ver el semirremolque. No bajó hasta aquí con nosotros, así que debe seguir ahí arriba. Espero que el conductor esté vivo —no había habido ninguna caída de escombros ni ninguna explosión desde arriba. Rezó para que el hombre estuviera bien y, si lo estaba, podría conseguirles ayuda.

Él sabía que los encontrarían, pero no sabía cuánto tardarían. Con este clima, ambos podrían entrar en shock. Le rodeó los hombros con el brazo con más firmeza y le metió la cabeza bajo su barbilla, con la esperanza de que el calor compartido los mantuviera a salvo por el momento.

Fenn cerró los ojos. Un destello de sorpresa, un pinchazo de dolor, traspasaron las capas de su conciencia a medida que el agotamiento lo consumía.

¿*Dónde estás?* Preguntó la voz, tentativa, inquisitiva. Era su voz. ¿Por qué se preguntaba dónde estaba? Ya lo sabía.

A medio camino entre Elk's Pass y Walnut Springs. Se concentró en visualizar la curva cerrada, el semirremolque que chocó contra ellos y la empinada caída de la cornisa.

Me aseguraré de que seáis encontrados, hermano.

La última palabra fue tan débil que se convenció de que estaba entrando en un sueño. La voz en su cabeza era sólo la suya, de nadie más.

—Ya viene la ayuda —le aseguró a Hayden, pero ella ya se había dormido. Le sorprendió su facilidad de conciliar el sueño después del incidente, hasta que él comenzó a bostezar. La adrenalina estaba desapareciendo. La tormenta dio paso a una lluvia interminable y leve a medida que se hacía de noche, y finalmente renunció a la esperanza de ser encontrados antes del amanecer.

Capítulo Once

Emery se sacudió bruscamente de la incómoda silla del hospital con un jadeo. El corazón le latía con fuerza, y parpadeó rápidamente. Al cabo de un momento recordó que estaba a salvo en el hospital, con Sophie durmiendo en su cama cercana.

Sin embargo, había estado soñando con una carretera sinuosa entre montañas. Había visto un choque, una explosión, un saliente aislado con dos cuerpos acurrucados en él.

—¡Oh, Dios! —buscó su móvil en el bolsillo del abrigo y llamó a Wes.

—Emery, ¿todo va bien?

—Yo debería preguntarte eso. ¿Dónde está Fenn? —le ardía el pecho mientras contenía la respiración.

—Eh... bueno, fue al pueblo a por provisiones con Hayden esta mañana.

Un pequeño rayo de esperanza iluminó su pecho.

—Y han vuelto.

Hubo una breve pausa. Luego Wes respondió:

—No. No han vuelto. Pero Hayden dejó accidentalmente su bolso y teléfono celular aquí. Se suponía que volverían esta noche.

—¿En su destino hay montañas?

Wes se rio, pero era un sonido nervioso.

—Es Colorado. Por supuesto que hay montañas.

—Ja, ja, cabrón —Emery se frotó los ojos con el pulgar y el índice.

—¿Por qué?

—Esto va a parecer una locura, pero creo que a Fenn le ha pasado algo. ¿Un accidente de coche, tal vez? En una carretera de montaña, una curva cerrada, a medio camino entre... —se rompió la cabeza en busca de los restos del sueño—. Elk's Pass y Walnut Springs. ¿Te suenan esos nombres?

—Sí —dijo Wes—. Llamaré en cuanto sepa algo.

Emery exhaló.

—Gracias.

Después de que Wes colgó, Emery se recostó nuevamente en la silla e intentó relajarse.

—¿Emery? —Hans Brummer, su guardaespaldas y amigo, se inclinó en la puerta abierta, alerta a pesar de la fatiga en su rostro.

—Es Fenn. Algo ha sucedido. Soñé que tenía un accidente de coche. Wes va a intentar encontrarlo.

Hans terminó con la distancia entre ellos y apoyó una mano en el hombro de Emery durante un breve segundo.

—Si ha sobrevivido tanto tiempo, ten fe en él ahora. Estará bien. Wes lo encontrará y lo traerá a casa.

Era tan fácil perderse en su propio dolor y preocupación que a veces se olvidaba de los otros a su alrededor. Sólo podía imaginar cómo debía sentirse Hans. Contratado para proteger a un gemelo, pero sus instintos le exigían que protegiera a ambos hombres; ¿cómo podía sentirse al respecto? Saber que Fenn estaba vivo y no poder ir a verlo también debía ser doloroso para Hans.

Una vez que Fenn estuviera en casa, todo se curaría con el tiempo. Tenía que ser así. Emery no aceptaría otro resultado.

—Gracias, Hans.

—¿Por qué no descansas un poco? La enfermera dijo que pueden traer una cama portátil para que no tengas que dejar a Sophie.

Eso sonaba bien. Realmente no había dormido bien desde la noche anterior. Las últimas veinticuatro horas sólo le habían permitido algunas siestas terribles.

—Eso sería estupendo —se pasó la mano por la cara y se concentró en respirar hondo mientras su guardaespaldas iba en busca de la enfermera y el catre.

Emery estaba agotado. A primera hora de la mañana les había contado la verdad a sus padres, y eso había desatado una avalancha de emociones

que no había notado que había estado conteniendo. Hacía sólo unos días que había contado por fin a sus padres lo que había sucedido la noche que huyó de sus captores, cómo Fenn se había quedado atrás para darle tiempo de escapar. Y luego cómo; mientras Emery había estado corriendo por el campo alejándose de la mansión en ruinas que había sido la prisión de los gemelos durante tres meses, había oído el disparo y lo había sentido estallar en su nuca, como si él mismo hubiera recibido un disparo. Entonces todo se había vuelto oscuro en esa parte compartida de su alma. Fenn estaba muerto, o eso había supuesto, ya que la conexión entre ellos había desaparecido.

Pero ahora... ahora podía retroceder en el tiempo durante los últimos veinticinco años y recordar momentos extraños y singulares en los que la conexión había estado ahí, débil y contaminada por el dolor y la confusión, pero siempre ahí. Las cosas que había interpretado como delirios eran, en realidad, atisbos de esa frágil conexión.

La puerta de la habitación se abrió y Hans introdujo una pequeña cama que dejó caer al suelo. La desplegó y colocó una pequeña almohada en un extremo del delgado colchón.

—Descansa un poco —ordenó Hans mientras empujaba a Emery hacia el catre.

Emery casi se echó a reír. Tenía treinta y tres años, pero Hans seguía tratándolo como al niño de ocho que había sido contratado para proteger. Incluso ahora, a principios de sus cincuenta años, Hans era un hombre imponente, sólido y musculoso, y no aparentaba más de cuarenta. Había sido contratado para proteger a Emery de joven, y había pasado sus mejores años haciendo precisamente eso.

—¿Hans? —Emery se acomodó en el catre y sonrió con tristeza cuando su amigo ocupó el asiento que él acababa de dejar libre.

—¿Sí? —el otro hombre apoyó las manos en sus muslos, al alcance de la pistola que ocultaba en la chaqueta.

—Cuando esto acabe, no tendrás que protegernos ni a mí ni a Fenn.

Esperaba que Hans entendiera el significado implícito. Había desperdiciado su vida en este trabajo, y podría ser demasiado tarde para casarse y tener una familia.

—Tal vez —gruñó Hans.

—Tu misión habrá terminado. Podrás seguir adelante.

Hans soltó una risita.

—¿Ya estás intentando deshacerte de mí?

—Lo digo en serio. He hecho que perdieras toda tu vida. No quiero que sea así para siempre.

Hans se giró en su silla, apoyó un codo en el reposabrazos y lo miró fijamente.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que desperdicié mi vida cuidándote? Chico, a veces eres un auténtico idiota.

Chico. Incluso después de tantos años, el apodo le calentaba el pecho y le hacía sentirse seguro. La violencia le había arrebatado muchas cosas, lo había hecho dudar de sí mismo, pero Hans le había devuelto la confianza, le había enseñado fuerza, disciplina e inteligencia callejera.

—Esta es la verdad, Emery: necesito protegerte en la medida en que tú lo necesites. Cuando tu padre me contrató, estaba solo en este mundo. Tú y tus padres se convirtieron en mi familia. Nunca he querido nada más. Así que deja de preocuparte y duérmete.

Emery se recostó y suspiró.

—Algunas cosas nunca cambian —murmuró, pero terminó por sonreír y cerrar los ojos.



EL CALOR CUBRÍA A HAYDEN CASI POR COMPLETO. PEQUEÑOS ESCALOFRÍOS de frío le cosquilleaban la nariz, las mejillas y uno de los brazos. Se estremeció y buscó a ciegas su manta para echársela por los hombros. En cambio, sus manos estaban atrapadas contra su cuerpo por un gran brazo masculino. Aturdida y un poco confundida, abrió un ojo y se quedó inmóvil. Delante de ella había un descenso pronunciado y luego un bosque que se extendía a lo largo de kilómetros, iluminado sólo por la luz de la luna. En la distancia se divisaban nubes de tormenta.

¿Dónde demonios...?

Se tensó y todos los músculos se le pusieron rígidos cuando los recuerdos del accidente invadieron su mente. Ella y Fenn estaban en un saliente a casi seis metros por debajo de la carretera. Sentía el cuerpo magullado y maltrecho, y la repentina tensión no ayudaba.

—Oh, Dios —susurró, tragando saliva con dificultad mientras intentaba que el terror no la estrangulara. Estaba sentada erguida, pero apoyada en el cuerpo de Fenn. Aunque podía ver que estaba dormido, su agarre era sólido y fuerte. Este hombre no dejaba de sorprenderla; incluso cuando estaba más vulnerable, seguía siendo lo bastante fuerte como para protegerla.

El viento silbaba a través de la pared del acantilado con tal fuerza que rugía en sus oídos. De algún modo, ella había conseguido dormirse. Tal vez podría hacerlo de nuevo.

—¡Hayden! —el grito era lejano y parecía entrecortado en algunos puntos, como la vieja radio de transistores de su abuelo cuando ella movía los botones.

—¡Fenn! ¿Dónde estás? —otro grito, esta vez más audible. ¿Había oído bien?

Forcejeando un poco, despertó a Fenn, quien volvió en sí en silencio, pero con rapidez.

—¿Qué pasa?

—Escucha —ella colocó las manos alrededor de su oreja, esperando oír mejor.

—¿Hay alguien ahí abajo? —el destello de luz de una linterna atravesó como una daga de plata la negra noche que los cubría.

—¡Aquí! —ella intentó gritar, pero salió un susurro ronco. Incluso después de toser, no pudo emitir un sonido lo suficientemente alto como para que la oyeran. Una repentina oleada de impotencia la envolvió. Si no los encontraban porque ella no podía gritar...

—¡Aquí abajo! —gritó Fenn. El sonido trepó por la pared rocosa, deslizándose entre las franjas de viento invisible.

Más rayos de luz descendieron por el aire y luego los golpearon a ella y a Fenn en la cara.

—¡Los he encontrado! —gritó alguien arriba—. ¡Traedme un arnés de rescate!

Los minutos que siguieron parecieron eternos. Contuvo la respiración hasta sentirse casi mareada y con los pulmones irritados. Finalmente, algo negro sujeto a una cuerda descendió por la ladera de la montaña y aterrizó en su regazo. Era un gran arnés.

—Vamos a ponértelo —Fenn retrocedió y sacó el arnés más lejos para poder ver las correas a la luz de la luna.

—Tú v-ve primero —Hayden tartamudeó un poco y cubrió sus manos con las suyas cuando él intentó colocarle el arnés alrededor de la cintura. Gruñó como un lobo, advirtiéndole que estaba pisando terreno peligroso.

—Voy a fingir que no he oído eso.

—Pero...

—Hayden, si intentas insistir, te azotaré el culo, aunque tenga que hacerlo en esta maldita montaña.

Estaba demasiado cansada y nerviosa para discutir. Él le colocó las correas alrededor de los muslos, el estómago y los hombros antes de tirar de la cuerda, comprobándola.

—Está lista para ser subida —gritó a sus rescatadores. El estruendo de su voz fue tan fuerte que hizo vibrar todo su cuerpo. La cuerda dio un fuerte tirón y ella voló unos metros hacia arriba, suspendida en el aire como un gato asustado, arañando salvajemente y girando. Las rocas inferiores parecían subir disparadas hacia ella.

—Hayden, cálmate —el profundo y autoritario tono la hizo volver a concentrarse. Cuando volvió a girar hacia el acantilado, se sujetó a la roca y se quedó quieta. Las linternas cayeron de nuevo sobre ella y permanecieron allí mientras la cuerda empezaba a arrastrarla hacia arriba en lentos movimientos.

Se negó a mirar hacia abajo y mantuvo los ojos fijos en los contornos oscuros de las rocas frente a ella, cogiendo cuidadosamente los asideros. Al cabo de tres minutos, cuando había terminado de pronunciar el alfabeto francés y los cien primeros números para mantener la calma, unos brazos fuertes la alcanzaron y la ayudaron a superar el acantilado y volver a la carretera.

—¡Hayden, gracias a Dios! —Wes la abrazó con demasiada fuerza, pero ella no luchó. Estaba tan aliviada de estar viva que lo único que pudo hacer fue quedarse allí de pie, con las piernas temblándole lo suficiente como para que sus rodillas chocaran entre sí. En cuanto su hermano la soltó, ella cayó al suelo.

—Fenn, salva a Fenn —jadeó. Luchó por quitarse el arnés y maldijo cuando se atascaron.

—Tranquila, cariño —Jim Taylor se arrodilló junto a ella y ayudó a Wes a quitarle el arnés—. Callie está junto a la ambulancia. Vamos a llevarte allí para que pueda atenderte, ¿vale? —la preocupación paternal de Jim era tan

reconfortante que hizo que su pánico se convirtiera en una emoción pequeña e inútil en el fondo de su mente. La levantó y, con un brazo alrededor de la cintura, la ayudó a caminar hacia la ambulancia, donde había luces rojas y azules parpadeando.

—¡Hayden! —Callie corrió hacia ella y la abrazó con fiereza—. Me alegro mucho de que estés bien. Cuando llegamos aquí... temimos lo peor. El conductor del camión colisionó contra la parte interior de la montaña. Está en estado crítico. Está siendo llevado al hospital. Sólo supimos dónde buscaros porque él dijo algo sobre el acantilado justo antes de desmayarse.

Hayden intentó escuchar, pero todo en su interior se entumeció repentinamente. Los sonidos se desvanecieron y su visión giró ligeramente, lo suficiente como para marearla. Cayó contra un lado de la ambulancia.

—¿Estás bien? —Callie la cogió, sujetándola para que no se cayera. Dos paramédicos se acercaron corriendo.

La pincharon, le examinaron los ojos y la presión arterial. Pero Hayden no escuchaba. Su mirada estaba clavada en el borde del acantilado. Sólo se relajó cuando vio las manos de Fenn arañando la tierra y luego su cabeza apareciendo por el borde. Su hermano levantó a Fenn y lo alejó del acantilado. Hablaron en voz baja y ella deseó poder oírlos, pero estaban demasiado lejos. Se quedó boquiabierta cuando Wes abrazó a Fenn y le dio una fuerte palmada en la espalda antes de soltarlo. Mientras caminaban hacia ella y Callie, los rostros de ambos lucían serios. Sólo cuando Callie pareció convencida de que Hayden no se desmayaría, se abalanzó sobre Fenn y lo abrazó.

Wes observó la interacción, con los ojos fríos y oscuros como un mar invernal. Luego parpadeó y se centró en Hayden.

—¿Qué ha pasado? —él le apartó un mechón de pelo de la cara con manos suaves.

—Creo que la rueda del semirremolque explotó. Ha sido muy rápido. No estaba prestando atención —admitió. Antes del accidente, había estado compadeciéndose de sí misma y mirando por la ventanilla del copiloto. Todo porque Fenn la había reprendido; justamente, por supuesto, y ella había actuado de forma infantil. ¿Y si hubieran muerto? Habría desperdiciado sus últimos minutos en este mundo.

—Estábamos llegando a la curva cuando el neumático del remolque explotó. Maniobré lejos de él. Mi camioneta aterrizó en un árbol y pudimos

llegar a esa cornisa antes de que el vehículo se estrellara en el barranco — mientras Fenn resumía con eficacia el suceso más traumático de su vida, lo único que Hayden pudo hacer fue mirarlo fijamente. Los paramédicos revisaron a Fenn y volvieron a vendarle el tobillo. Jim, Wes y Callie permanecieron en silencio mientras Fenn y Hayden se recuperaban de la terrible experiencia y la policía los interrogaba.

Cuando todo pareció terminar y los ayudantes del sheriff les aseguraron que podían marcharse, Wes sacó su teléfono móvil.

—Soy yo. Los hemos encontrado. Están bien —Wes le dijo a alguien y luego hizo una pausa, escuchando a quien estuviera al otro lado de la línea. Hayden habría apostado su vida a que estaba hablando con Emery.

La mirada de Wes se desvió hacia Fenn.

—Se lo pediré, pero no puedo garantizar que acceda —dijo al teléfono, y luego se lo tendió a Fenn—. Tu hermano quiere hablar contigo.



—TU HERMANO QUIERE HABLAR CONTIGO.

Fenn se quedó mirando el teléfono durante un largo momento, dividido entre dos opciones. Si no cogía el teléfono, podía seguir enterrando esta supuesta nueva verdad. Si cogía el teléfono, se enfrentaría a lo que más le asustaba, el pasado... y el futuro.

Cogió el teléfono, maldiciendo en silencio cuando sus dedos temblaron al cerrarse en torno al fino dispositivo. Lo acercó a su oreja y dejó que su mirada se posara en Hayden. Su presencia lo animó, le permitió hacer esto. Tenía los labios entreabiertos y parecía respirar entrecortadamente. Ella articuló:

—Puedes hacerlo —y le dedicó un sutil asentimiento de cabeza. Él tragó duro y abrió la boca.

—Soy Fenn.

Se oyó un fuerte suspiro de alivio.

—Fenn... soy Emery —la voz era casi idéntica a la suya, quizá un poco más suave, pero casi exactamente igual. ¿Qué le diría a su gemelo que llevaba mucho tiempo perdido? Todo era confuso y cada pensamiento asociado con Emery estaba plagado de dolor.

—Siento que no hayamos hablado en el último par de días. Yo estaba...
—comenzó Emery.

Fenn lo interrumpió suavemente.

—Estabas ocupándote de tu novia en el hospital. Me enteré de lo de Sophie por Hayden. Espero que ella esté bien.

Emery se rio suavemente y la calidez de ese sonido, dolorosamente familiar, derretió el hielo protector que envolvía el corazón de Fenn.

—Sophie es increíblemente fuerte. Es a ella a quien tengo que agradecerle todo lo ocurrido estos últimos días. Ella fue quien te encontró. Me dio *esperanza* cuando creía que no la había —su hermano hizo una pausa, como recuperando el aliento—. Estoy deseando que la conozcas.

A Fenn se le cerró la garganta e intentó respirar. Ese dolor dentro de su cabeza parecía permanente.

—Fenn... hay tantas cosas que quiero decirte, pero nada de eso debería hacerse por teléfono. Tenía que hablar contigo porque... bueno... joder, esto parece una locura —volvió a reírse—. Juro que soñé contigo en una cornisa, después de tu accidente. Llamé a Wes y le dije que os encontrara a ti y a Hayden.

Fenn miró fijamente a Hayden, pensando en cómo había rezado y buscado en su mente y en su corazón, suplicando al universo que permitiera encontrarlos.

—A veces, la locura tiene mucho sentido —respondió, riéndose un poco.

—¿Tú y Hayden estáis bien? ¿Sin heridas?

Frotándose la mandíbula con una mano, los hombros de Fenn se hundieron aliviados. Era como si la pregunta de Emery le hubiera hecho comprender que él y Hayden estaban bien. Hasta ese momento, había sentido que todavía estaban en la cornisa.

—Estamos bien. Un poco rasguñados y magullados, pero bien.

Jim apoyó una mano en el hombro de Fenn, una silenciosa muestra de apoyo.

—Bien. Estoy seguro de que necesitas descansar, pero... —Emery vaciló—. Espero que vuelvas a casa, aunque sólo sea por unos días. Hay tanto... —su voz se convirtió en un susurro áspero—. Por favor. Necesito verte. Mamá y papá necesitan verte.

El pecho de Fenn fue aplastado por rocas invisibles.

—Necesito unos días aquí para ocuparme de las cosas antes de poder marcharme.

—Lo comprendo. Pero ten cuidado. Seguro que Wes te ha hablado del peligro. Cuanto antes estés aquí, mejor. Puedo protegerte —la voz de Emery estaba cargada de advertencia, instando a Fenn a que lo escuchara.

Fenn respondió instintivamente.

—Soy mayor. Ese es mi trabajo —tan pronto como las palabras salieron de su boca, se percató de lo que había dicho.

En lugar de molestarse, Emery bromeó.

—Puede que no me recuerdes, pero con el tiempo recordarás cómo solíamos discutir por eso. Es mi turno de protegerte, hermano. Así que permíteme hacerlo.

Una inesperada sonrisa curvó los labios de Fenn, y sacudió un poco la cabeza.

—Te veré pronto —hizo la promesa a Emery, sabiendo que su *hermano* comprendería lo mucho que eso significaba.

Tengo un hermano. Un gemelo. Por fin permitió que la verdad creciera dentro de él. Todavía había muchas preguntas, muchas cosas inexplicables que necesitaba saber, pero por ahora necesitaba sentirse cómodo con esto. Colgó el teléfono y se lo devolvió a Wes.

—¿Reservo el jet para Long Island? —Wes volvió a guardar el teléfono en sus jeans y se cruzó de brazos, observando a Fenn.

—Todavía no. Necesito unos días. Te avisaré cuando esté listo —necesitaba un poco de tiempo para asimilarlo todo, y luego volaría a Long Island.

—Me parece justo —dijo Wes.

Las cosas habían cambiado entre ellos, también para mejor. Después de que Wes lo ayudara a salir de la cornisa, le dio las gracias a Fenn por salvar a Hayden y lo abrazó. Ese contacto, ese único abrazo, por inesperado e incómodo que fuera en cierto modo, lo había llenado de recuerdos borrosos y vagos de su infancia. A veces un hombre cambiaba demasiado y sus amigos de la infancia ya no se adaptaban a él, pero ahora Fenn sabía que él y Wes se llevarían bien. Esa vieja amistad podría reavivarse.

—¿Por qué no vamos a casa? Seguro que todos están agotados —sugirió Jim.

—Me parece bien —aceptó Fenn—. Aunque otra persona debería conducir. No deseo ponerme al volante esta noche.

—Jim, puedes llevar a Hayden y a Fenn en mi Jeep. Yo conduciré tu camioneta y llevaré a Callie —dijo Wes y le tendió las llaves a Jim, quien le entregó las suyas. El grupo se separó. Wes esperó a que Callie lo siguiera hasta la vieja camioneta azul. Ella no dejaba de mirar por encima del hombro, como si se resistiera a dejarlos.

Capítulo Doce

Hayden se miró en el espejo del pequeño cuarto de baño del rancho. Su bolsa de ropa estaba sobre la cama, abierta y esperando, pero sólo había cogido el pijama. Tenía el pelo lacio y parcialmente seco, pues se había duchado hacía un rato. Pequeños cortes en la cara y las mejillas estropeaban su piel, normalmente limpia.

Tenía manchas rojas en las mejillas, donde se había frotado con una toallita para quitarse la suciedad. Se estremeció al recordar la forma casi frenética en que se había duchado. Manos trémulas, dientes castañeantes y ojos empañados por las lágrimas. Casi se había desmoronado, y agradecía que nadie hubiera oído sus sollozos silenciosos. Pero ahora se sentía mejor. Después de todo lo que había pasado... estaba viva.

Hayden cogió el cepillo y se lo pasó por el pelo unas cuantas veces más, deshaciendo los últimos nudos. Sin secador ni plancha, su pelo se secó con ondas suaves y un poco salvajes. Normalmente, se habría preocupado de lucir bien, pero ahora no le importaba. Había ingerido un par de ibuprofenos, pero no había parte de ella que no se sintiera magullada o maltrecha.

Después de abrocharse el último botón del pijama de lunares azul y ponerse los pantalones cortos a juego, apagó la luz del cuarto de baño y se dirigió al dormitorio. Descalza y con un poco de frío, se quedó allí de pie escuchando los sonidos de la casa y de sus habitantes mientras se acomodaban para pasar la noche. Un sonido sobresalía de los demás: se oían unos acordes musicales a través de la pared contra la que estaba apoyada su cama. Curiosa, se subió a la cama y pegó la oreja a la pared.

Se oyó el *clic clic* de las uñas de un perro: Coda. Fenn y ella debían de estar en la habitación de al lado. ¿Qué podría estar haciendo él? Apenas había amanecido. Ese hombre necesitaba descansar, sobre todo después de los sucesos de la noche, y su tobillo aún no estaba curado. Jim había mencionado que Fenn debería dormir en la casa tras su regreso. Hayden estaba tan cansada que no le había prestado mucha atención. Había dejado que Fenn la dirigiera a la habitación que Callie había preparado y se había duchado inmediatamente con agua caliente. Él debió haber accedido a quedarse dentro de la casa, dejado la caravana vacía durante la noche.

Debería ir a ver cómo está. Eso sería lo más educado. Después de todo, él le había salvado la vida esta noche.

Salió de su habitación y caminó por el pasillo. La música se intensificó cuando se detuvo frente a su puerta. Indecisa, levantó la mano pero no llamó de inmediato. Cuando lo hizo, nadie abrió. Llamó un poco más fuerte, pero no obtuvo respuesta. Una sensación de inquietud la recorrió, así que cogió el pomo. Estaba abierto. Empujó la puerta y miró a su alrededor.

La ventana de la pared opuesta estaba abierta, y el amanecer era un tenue tono azul difuminado en el horizonte. Fenn estaba de pie frente a la ventana, vestido sólo con jeans. Tenía las manos apoyadas en el alféizar y estaba inmóvil, de espaldas a la puerta. Los musculosos relieves de su espalda eran hermosos, y Hayden no podía apartar la vista de él.

Coda estaba sentada a sus pies con la mirada hacia la puerta, como si protegiera la espalda de su amo. Hayden entró en la habitación, esperando que Coda gruñera para defenderse, pero la husky la sorprendió deslizándose hasta descansar sobre sus cuatro patas. Su ocupada empezó a golpear el suelo de madera. El sonido suave y rítmico llamó la atención de Fenn.

—¿Qué quieres, Callie?

El nombre atravesó el corazón de Hayden. Era la segunda vez que él esperaba que ella fuera Callie. ¿Lo había malinterpretado? ¿Sentía algo por la chica? Si así era... bueno, no era el tipo de mujer que lucharía por un hombre si estaba enamorado de otra persona.

—Lo siento, yo sólo...

—¿Hayden? —se giró para mirarla, y la expresión de placer en su rostro era tan obvia que suspiró aliviada. Tal vez él sí la deseaba, pero estaba demasiado asustada para esperar que alguien la deseara para variar. Se mordió el labio inferior, indecisa.

Él dio un paso lento hacia ella, como si esperara que saliera corriendo.

—Quédate. Pensé que...

—Lo sé —ella dio otro paso hacia la habitación—. ¿Hay... algo entre Callie y tú? —se dio una palmadita en la espalda por ser tan valiente como para preguntar. Mientras esperaba su respuesta, enderezó la columna vertebral.

—No. No hay nada entre Callie y yo. Es como una hermana pequeña para mí, pero sé que quiere que haya algo más. Yo no siento eso. Es una chica dulce, una grandiosa —la rotundidad en su rostro era clara. Callie y él no eran nada, nada que fuera más allá de un afecto de hermanos.

—Creo que está enamorada de ti —Hayden cerró la puerta tras ella y se adentró en la habitación.

Él se apoyó contra la ventana abierta, y su pecho perfectamente esculpido la distrajo hasta que se encogió ligeramente de hombros y habló.

—Sé que ella cree que lo está. Aunque eso no cambia lo que siento. Ella conocerá a alguien más algún día. Nunca ha salido de esta ciudad, pero algún día lo hará y encontrará a un hombre digno de ella.

La suavidad y firmeza con que lo dijo, con tanta seguridad y convicción, hizo que Hayden se relajara. A pesar de todas las acciones defensivas de Fenn desde que lo había conocido, esto era un atisbo de su alma. Él creía que había gente buena; tenía fe. Eso era algo que ella había perdido hacía mucho tiempo.

—¿A qué debo el placer de esta visita por la mañana?

—Quería saber cómo estabas. ¿Cómo estás? —señaló su tobillo.

Él sonrió y movió el pie descalzo.

—Me duele un poco, pero he ingerido algo para el dolor.

—¿Whisky? —Hayden enarcó una ceja y mostró su desaprobación.

Se apartó de la ventana y caminó hacia ella. Su mirada se desvió hacia abajo y su rostro se calentó. Llevaba los jeans desabrochados, lo que dejaba al descubierto un ligero rastro de vello dorado oscuro bajo el ombligo que desaparecía dentro de la tela. Los músculos en forma de V de su pelvis se flexionaron y a ella se le secó la boca. ¿Era malo que quisiera lamer esa V? ¿Trazarla con los labios y la lengua y seguirla hacia abajo, hasta todos los secretos que escondía bajo los pantalones?

Dios, necesito sexo. Seis meses es demasiado tiempo.

—Nada de whisky —murmuró al llegar hasta ella.

Hayden parpadeó y recordó de qué habían estado hablando.

—¿En serio?

—Tylenol —aclaró él con una sonrisa de suficiencia—. ¿De verdad has venido a preguntarme por mi tobillo?

—Sí —respondió, y desvió la mirada. En un pequeño escritorio de madera situado en un rincón y cubierto de viejos libros de bolsillo, un disco de vinilo negro giraba en un viejo tocadiscos.

La canción del disco cambió y la voz de Smoky Robinson llenó la habitación. Fenn tarareó las notas de *Tracks of My Tears* mientras alzaba la mano y le rozaba la mejilla con el dorso antes de acariciarle el cuello del pijama con los dedos. Luego le desabrochó el botón superior de la camisa. Hayden subió las manos para sujetar sus muñecas, pero no lo detuvo. Un pequeño escalofrío le recorrió el cuerpo mientras luchaba contra la ardiente expectación. Iban a hacerlo... y ella lo deseaba tanto que le dolía.

Hayden se esforzó por pensar racionalmente mientras todo su cuerpo zumbaba ante su cercanía y la lentitud con la que le desabrochó el resto de la camisa.

—A tu padre le gustan los discos viejos —dijo, con la esperanza de distraerlo no sólo a él, sino a sí misma. Lo deseaba tanto que el vientre le dolía; su propio deseo era aterrador. El color canela claro de sus ojos con esos destellos verdes la arrastró, y se perdió.

—Otra cosa en común, entonces —Fenn inclinó la cabeza hacia la suya, acariciándola con la nariz, pero sin llegar a besarla. De algún modo, este preludio de beso fue el momento más excitante que jamás había experimentado. Su clítoris cobró vida al pensar en la dulce recompensa que su beso supondría.

Las manos de Fenn bajaron por su camisa hasta desabrochársela por completo. Hayden no podía apartar los ojos de su rostro mientras él sujetaba los bordes de la camisa y la abría lentamente. La mirada de Fenn recorrió lentamente su pecho desnudo, y se mordió el labio como si quisiera ocultar una sonrisa de satisfacción.

Hayden siempre había estado relativamente bien con su cuerpo, pero la aprobación y el deseo que se reflejaban en sus ojos la hicieron retorcerse de placer. Los dedos de Fenn estrujaron un poco más la tela de la camisa mientras la deslizaba lentamente fuera de sus hombros. Cuando ella empezó

a quitarse las mangas, él se inclinó hacia adelante, rodeándole el cuerpo con los brazos para detener sus manos.

Sin decir palabra, Fenn tiró de la camisa lo suficiente como para que las manos de Hayden quedaran atrapadas en medio de las mangas. Luego le cruzó las muñecas por la espalda y utilizó las mangas de la camisa para atarle las manos. Sus pechos sobresalían, totalmente expuestos a él y al aire de la mañana. Ella se sonrojó y bajó la mirada al suelo mientras su cuerpo respondía. Los pezones se le pusieron erectos y sintió pequeños escalofríos. Fenn arrastró la punta de un dedo desde la clavícula hasta la zona entre sus pechos.

—Me gusta verte inmovilizada. ¿Quieres saber por qué? —Fenn le inclinó la cabeza hacia atrás para obligarla a mirarlo.

—¿Por qué? —preguntó, con un pequeño susurro. ¿Le gustaba dejarla indefensa? ¿Le gustaba debilitarla? Nunca quería estar indefensa ni débil.

Fenn le cogió los pechos, moldeándolos suavemente entre sus manos. Unas llamas invisibles lamieron su piel, provocando un cálido rubor que la recorrió por completo.

—Porque confías en mí. Me das el poder de garantizar que ambos encontremos placer. Eso me demuestra lo valiente que eres. Eres valiente, Hayden. Y sexy, tan jodidamente sexy que he estado fantaseando con esto desde el momento en que te vi corriendo en la arena con ese corto vestido rojo.

Sus palabras, las cosas que dijo sobre ella, debilitaron sus rodillas. Él entendía, realmente la entendía, el motivo por el que era sumisa. Hayden no quería ser débil, sino confiar en alguien lo suficiente como para renunciar temporalmente a su poder.

—¿Quieres esto? ¿Quieres entregarte a mí? Porque no aceptaré lo que no quieras darme. Necesito que confíes en mí.

Hayden se tomó unos segundos para evaluar sus palabras, pero en el fondo sabía que esta decisión había sido aceptada desde el momento en que lo había visto en la arena tras el accidente. Parecía que habían estado predestinados a encontrarse en ese momento decisivo.

—Quiero esto. Te quiero a ti, Fenn. Confío en ti —*me rindo*. Ella intentó volver a bajar los ojos al suelo, recordando todo su entrenamiento sumiso en The Gilded Cuff, pero él le dio un golpecito bajo la barbilla.

—Me gusta que me mires. Nunca apartes la mirada. Prefiero el contacto visual.

—¿En serio? La mayoría de los doms piensan que es un signo de rebelión o resistencia —explicó.

—No sé mucho sobre los gustos de los doms en tu club, pero quiero ver cómo la pasión oscurece tus ojos. ¿Te he dicho cuánto me gustan tus ojos? Tan azules, puros y profundos. Cada vez que los miro, siento que vuelvo a nacer —se lamió los labios y luego se inclinó para besarla.

Una simple caricia de labios que pronto se tornó más ardiente, más intensa. Sus manos bajaron desde los hombros de Hayden hasta la espalda, moldeando suavemente sus omóplatos y recorriendo su columna vertebral con suaves golpecitos. La sedujo lentamente, con seguridad, y eso la cambió de dentro hacia fuera. Fenn no necesitaba azotarla ni amordazarla, no como los otros doms. Hayden nunca había juzgado a esos doms por lo que necesitaban hacer; cada uno tenía sus propios deseos secretos, pero ¿Fenn? Él parecía conocer los suyos. Restricción y confianza.

Cuando deslizó las manos por las caderas de Hayden y e introdujo una palma bajo la cintura de los pantalones cortos, le acarició el sexo y sus dedos aplicaron la presión exacta donde ella más lo necesitaba. Hayden se balanceó sobre las puntas de los pies, intentando crear la fricción que necesitaba. Fenn soltó una risita y metió la mano en su ropa interior. Ella se sobresaltó cuando la punta de su dedo formó círculos sobre sus sensibles fibras nerviosas.

La dulce música antigua flotaba a su alrededor, y Hayden se entregó plenamente al momento. La penetró con un dedo y luego añadió otro. Ella gimió de placer. Cuando enroscó los dedos en su interior, sus rodillas se doblaron ante la repentina oleada de placer. Fenn le rodeó la cintura con un brazo y la mantuvo erguida para que no se desplomara. Se fundió con él, arrastrada por el deseo, tanto del cuerpo como del corazón. Ahora podía hacerle cualquier cosa y ella se lo permitiría, siempre que siguiera torturándola con su lenta seducción.

—Hora de acostarse —sacó la mano de sus pantalones cortos y, mientras ella lo miraba, lamió los dos dedos que habían estado dentro de ella hacía sólo unos segundos. La sonrisa perversa en su rostro mientras chupaba sus dedos la derrumbó por completo. Se tambaleó y se dejó caer inestablemente contra la cama a sus espaldas. Fenn liberó sus manos de la

improvisada atadura de su camisa y le quitó los pantalones cortos y la ropa interior, dejándola desnuda—. Joder, cariño —gruñó, recorriéndola con la mirada. Sus ojos eran tan ardientes que le quemaron la piel.

—¿Y tú? —ella señaló los jeans con la cabeza.

—Tengo tiempo de sobra para eso. Te quiero flácida y saciada —la instó a tumbarse en la cama y luego recogió el cinturón del suelo, en un rincón junto a la camisa y las botas—. Muñecas —le tendió una mano y ella obedeció. Envolvió y envolvió sus muñecas con el cinturón de cuero antes de meter el extremo de la correa bajo el resto de éste—. Ahora sujeta los barrotes del cabecero. No quiero que te sueltes, no importa lo que haga.

Hayden se aferró a los barrotes de madera y respiró entrecortadamente.

—¿Y si los suelto?

—Enrojeceré ese delicioso culo tuyo con esto —tocó otro cinturón de cuero, el que ella había admirado el día anterior. Colgaba de la silla del escritorio con una promesa silenciosa de placer/dolor.

La sola idea la hizo tragar duro y luchar contra una oleada de deseo. Fenn no pasó por alto su reacción.

—Si quieres unos azotes, sólo tienes que pedirlo —él se rio y le apartó un mechón de pelo de la cara.

¿Pedirlo? Aún no era lo bastante valiente para eso.

Fenn se subió a la cama y presionó el interior de sus rodillas, forzándolas a abrirse. Luego se sentó sobre los talones y la miró fijamente durante un largo rato. Hayden contuvo la respiración, intentando leer su expresión.

—No hay vuelta atrás —le advirtió.

Ella sacudió la cabeza, con los pechos subiendo y bajando mientras intentaba relajarse. Había estado con otros hombres; esto no debería inquietarla, pero lo hacía. No era un hombre cualquiera. Era Fenn Lockwood, prácticamente una leyenda por su trágico pasado y un auténtico héroe para ella por haberle salvado la vida.

Ante su silencioso consentimiento, los labios de Fenn se separaron y respiró profundamente, acariciando el interior de sus muslos con las palmas de las manos. La guio para que doblara las rodillas y las separara aún más. Hayden agradeció que la cama fuera enorme porque él tuvo espacio suficiente para inclinarse y trazar un camino de besos desde el ombligo hasta su sexo. Su mirada se posó en la de ella mientras separaba sus

pliegues con los dedos y luego la lamía. La carne, ya inflamada y sensible, ardía de intenso placer.

—¡Oh, Dios! —siseó Hayden en un susurro ahogado.

Fenn movió la lengua en círculos y luego la introdujo con movimientos rápidos, cada vez haciendo algo diferente en su interior, de modo que ella no podía adaptarse ni saber qué esperar. Las continuas sorpresas de semejantes caricias la empujaron a una sobreexcitación sensual. Cuando le introdujo dos dedos y succionó su clítoris, Hayden gritó y luego gimió. Las intensas sensaciones en aumento de su sangre corriendo a través de ella eran demasiado, demasiado buenas.

—Por favor, Fenn —suplicó, con los ojos llenos de lágrimas mientras luchaba por mantener el control. Él no le había prohibido correrse, pero ella necesitaba que se lo dijera: algún instinto interior deseaba que él también controlara eso, al menos en este instante.

—Córrete para mí, cariño, pero reprime ese chillido, si puedes —su risa grave y áspera retumbó contra su clítoris, y Hayden explotó, con las piernas temblando en espasmos incontrolables y la respiración agitada en profundas ráfagas. Sin fuerzas, se desplomó en la cama, consciente de lo tensos que estaban todos los músculos de su cuerpo. Se concentró en respirar y miró a Fenn.

Parecía satisfecho. Sus pulgares recorrían la piel del interior de sus muslos con pequeñas caricias mientras se lamía los labios y le devolvía la mirada.

—Ver cómo te corres es lo más excitante que he visto en mi vida —admitió. El rubor como respuesta descendió desde su cara hasta la punta de los dedos de los pies.

—Menos mal que acabamos de empezar —volvió a inclinar la cabeza y, unos minutos más tarde, Hayden estaba completamente agotada y dolorida. El sexo oral nunca había sido tan intenso para ella, hasta el punto de que le preocupaba que las piernas no le funcionaran mañana. ¡Qué sensación! Y recién habían comenzado.

Capítulo Trece

—¿Alguna vez has matado alguien por un orgasmo? —preguntó, con una risita. Él la había hecho reír. Eso era tan... impropio de ella, lo cual sólo la hizo reír aún más.

—No creo que hayas tenido suficiente todavía. Quiero que estés tan agotada que ni siquiera puedas pensar, y mucho menos reír —se llevó la mano a la bragueta y la aflojó. Se bajó los jeans por las caderas y luego se los quitó. Sus calzoncillos negros le mostraron justo lo que había esperado. Él era enorme. No había existido ninguna exageración en lo que había sentido antes. Era grande, un poco intimidante desde este punto. Llevaba seis meses sin tener sexo, un periodo que la mantenía un poco nerviosa—. ¿Sigues conmigo? —su voz era grave pero suave. Cuando Hayden asintió, él se quitó los calzoncillos y se subió encima de su cuerpo. Ella rodeó sus caderas con las rodillas, esperando que la penetrara, pero no lo hizo. La besó, permitiendo que el peso de su cuerpo la inmovilizara suavemente contra la cama, una restricción poderosa pero no hiriente—. Relájate, cariño —la instó entre besos tranquilizadores.

—¿Necesitamos protección? —no sabía cómo ese pensamiento racional había podido atravesar su creciente pasión.

—Estoy limpio, ¿y tú? Puedo encontrar un preservativo... —chocaron sus narices mientras él esperaba su respuesta.

—Yo también. Tengo el DIU... podríamos... —ella se lamió los labios. Todos los hombres habían usado condón con ella antes—. Podríamos hacerlo sin nada.

—Sólo si tú quieres —él no se lo exigió, pero le permitió elegir.

—Sin nada —dijo, agradeciendo que hasta ahora siempre hubiera sido cuidadosa y limpia. La idea de una capa de látex entre ellos parecía un error después de todo lo que había pasado.

—Sólo si estás segura —él balanceó las caderas, una lenta y sensual promesa de lo que estaba por venir.

La música flotó a su alrededor y ambos sonrieron. Hayden nunca se había sentido tan relajada con un hombre. Estaba más excitada que nerviosa. Por mucho que amara The Gilded Cuff, siempre se había sentido un poco tensa y sola, incluso cuando tenía un dominante para montar una escena. ¿Cómo sería estar en el club con un hombre en el que confiara plenamente, uno que la protegiera a toda costa? Eso lo cambiaría todo.

Fenn levantó las caderas y su mano se movió entre sus cuerpos mientras se colocaba en su entrada. Hayden gimió cuando se introdujo unos centímetros. Lo estrujó, y él exhaló un suspiro entrecortado.

—Joder, qué bien se siente —gimió Fenn.

Entonces, cuando ella se relajó, él embistió profundo y rápido. Hayden arqueó la espalda y tensó los brazos por encima de la cabeza sin dejar de aferrarse a los barrotes.

—No te sueltes —le recordó él. Deslizó una mano hacia arriba para mantener sus muñecas en su sitio, mientras apoyaba el otro brazo en la cama, junto a su hombro.

Con ese control sobre sus manos, Hayden sólo fue capaz de resistir las penetrantes embestidas; la presión y la velocidad estaban fuera de su control. Antes, siempre se las había arreglado para contenerse y controlar al hombre a su lado, aunque él la hubiera inmovilizado. Pero no podía hacerlo con Fenn. Confiar en él era demasiado fácil. Su deseo por él era demasiado fuerte.

Ella era un instrumento que emitía melodías con el roce de sus manos y la caricia de sus labios. Ahora la besaba con más fuerza, y su necesidad casi desesperada de poseerla le resultaba insaciable y salvaje. La energía y el deseo que emanaban de él en oleadas hicieron que todo su cuerpo temblara y se estremeciera mientras ella se precipitaba hacia otro orgasmo. Fenn cambió el ángulo de sus caderas y su miembro golpeó un punto sensible que le provocó un grito ahogado. Luego, ella lo sofocó.

—¿Ahí? —gruñó, golpeando ese glorioso, perfecto y oculto punto dentro de ella.

—Hmmm —sólo pudo gemir en respuesta.

De pronto, se apartó de ella y se aferró a la parte superior del cabecero de la cama, inclinando de nuevo las caderas.

—Por favor, Dios, por favor —jadeó Hayden.

Listo. Sus súplicas lo enloquecieron mientras él golpeaba con fuerza sus caderas contra los muslos de ambos, con tanta fuerza que estaba segura de que mañana tendría más moratones. El peso de sus pelotas le azotó el culo y le produjo un delicioso escozor mientras la penetraba con furia y rapidez. La lujuria desenfrenada en sus ojos la quemó más que cualquier fuego, y explotó.

Las luces se apagaron, su mente se quedó en blanco y sus pulmones ardieron cuando su cuerpo no pudo aspirar suficiente aire. Cuando el mundo volvió a ella en pedazos, como pequeñas plumas blancas cayendo el suelo, se percató de que él aún se cernía sobre ella, respirando con dificultad por la boca.

¿Fenn había hecho algún ruido? No... Hayden no lo recordaba. ¿Se había corrido? Había estado tan perdida en su propio placer que no estaba segura de lo que había pasado. La vergüenza la hizo volver la cara hacia la almohada, rezando para que él no lo notara. Sus dedos seguían aferrados a los barrotes y no los soltaría hasta que él se lo ordenara.

Sin decirle nada, se inclinó hacia ella y separó sus dedos de la madera. Los músculos de sus manos se crisparon, doloridos por el esfuerzo de permanecer demasiado tiempo aferrados a los postes. Fenn le desató el cinturón de las muñecas y le frotó la piel, que estaba un poco enrojecida por el vigoroso encuentro sexual.

Entonces, Hayden sintió —a pesar del maltratado y sensible tejido entre sus muslos—, su erección semidura cuando se separó de ella y abandonó la cama. Desapareció en el baño y volvió con un paño húmedo. Los limpió a ambos antes de apartar las mantas de la cama y arroparla. Se sentó a su lado y la abrazó.

Hayden deseó que dijera algo para demostrarle que ella lo había hecho bien, que no lo había estropeado todo de alguna manera.

—¿Fenn? —susurró.

Su cálido aliento le acarició la mejilla mientras se movía detrás de ella. La sensación de su cuerpo largo y musculoso rodeándola, envolviéndola, la hizo sentirse protegida, querida, incluso sin que él dijera una palabra.

—¿Qué pasa, cariño? —la simple pregunta y su tono de preocupación eran extrañamente íntimos. Como si hubieran compartido la cama durante años, susurrando en las primeras horas de la mañana después de un acto sexual trascendental. ¿Era realmente posible sentir algo así por alguien en tan poco tiempo? Ella no había pensado que lo fuera...

—Tú... eh... —las palabras la abandonaron, cuando en condiciones normales, no habría tenido problema en ser más expresiva.

Él soltó una risita.

—¿No me digas que no encuentras palabras? Si atarte a la cama sirve de algo, lo haré mucho más a menudo —le acarició el cuello con la nariz y le mordió ligeramente la piel. Hayden se estremeció. Podía hacer esto. Podía decirlo, ¿no?

—¿Te has corrido? No estaba segura y me temo que no...

—Ahh, ¿eso es lo que te preocupa? —Fenn estrujó suavemente sus brazos alrededor de su cuerpo mientras la colocaba boca arriba. Se inclinó sobre ella, apoyándose en un brazo—. Hayden, me corrí tan fuerte que apenas puedo pensar ahora. Si hubiera sido un ordenador, me habrías quemado todos los circuitos —sonrió.

—Ordenador, ¿eh? No te imaginaba como un tipo experto en tecnología —no mencionó que el negocio de su familia se basaba en la tecnología ni que a su hermano también le gustaba.

—Me encanta, pero no puedo permitírmelo —él le apartó un mechón de pelo de la cara y giró el mechón con un dedo. La luz rojiza y dorada del amanecer se deslizaba por el lado de la cama más cercano a la ventana. Cuando capturó su pelo, cada mechón pareció absorber la luz y brillar con ella—. Amo tu pelo —frotó la longitud del rizo con la punta de un dedo, con los ojos brillantes de admiración. Su cumplido le encendió las mejillas. No era de las que prestaban atención a los cumplidos de los hombres. Cualquier hombre podía decir que era hermosa si quería manipularla u obtener algo de ella. Pero Fenn ya la tenía en la cama, así que, ¿qué ganaba al confesarle sus sentimientos? Con él no había juegos. Si le decía algo, él tenía que verlo como algo verdadero en su mente. Y eso significaba algo para ella.

—Gracias por salvarme hoy —volvió a bajar la cabeza y se acurrucó contra él.

Cuando ambos despertaran de este sueño efímero, todo podría cambiar. Él podía volver a discutir con ella sobre ir a Long Island y ver a su familia. Ella podía volver a no fiarse de ningún hombre que se le acercara demasiado. Pero ahora mismo, necesitaba que la abrazara, no porque se sintiera débil, sino porque necesitaba compartir esa parte de sí misma que ansiaba recibir cuidados, aunque sólo fuera temporalmente.

—De nada —Fenn le besó la frente y le acarició el costado desde el hombro hasta el muslo con su mano fuerte y hábil.

Bostezó y se entregó al sueño y a él, deseando en secreto que este sueño no terminara demasiado rápido. Era difícil pensar en desprenderse de algo tan adictivo, pero quizá tendría que hacerlo pronto.



FENN ESTABA PLAGADO DE SUEÑOS Y PREOCUPACIONES. TRAS PASAR UNAS horas en la cama, se escabulló silenciosamente y dejó que Hayden durmiera. Necesitaba tiempo para pensar. Ahora no sólo estaba preocupado por su nueva familia, sino también por Hayden. ¿Por qué había acudido a él? ¿Había sido por una necesidad errónea de agradecerle que la salvara? Él no quería gratitud; no quería compasión, ni siquiera curiosidad. No podía descifrarla, y le inquietaba no poder conocer sus motivos. ¿Qué veía una mujer como ella en un hombre como él? Hasta que no supiera la respuesta, actuaría con cautela, lo cual, después de lo que acababan de hacer, sería muy difícil.

Ella había sido más que una dinamita en la cama. Era como una llamarada. Fenn se había corrido tan fuerte que había olvidado cómo respirar durante unos segundos, y no había sido capaz de decir nada, y mucho menos de gritar su liberación. En cambio, había observado sus ojos mientras se deshacía, la forma en que brillaban, luego resplandecían y finalmente centelleaban. Fenn deseó poder sacrificar cada momento que había tenido con otras mujeres en el pasado, sólo por tener un momento más con Hayden.

Tras un rápido cambio de ropa, Fenn se deslizó silenciosamente por las escaleras hasta la cocina. Jim ya estaba en la mesa, con el diario local extendido frente a él. Una taza de café estaba a un lado, con el vapor

creando formas pálidas. Fenn se sentó a la mesa y se colocó las botas. Le dolía el tobillo herido, pero no estaba inflamado. Ya podía volver al trabajo.

—¿Has dormido lo suficiente? —Jim apartó la silla de la mesa y lo observó.

—Lo suficiente.

—La mayoría de los hombres duermen después de haber estado a punto de morir. Nadie pensaría mal de ti si hicieras lo mismo.

Bajándose los jeans por encima de las botas, Fenn no respondió de inmediato.

—Jim, necesito algo de tiempo, ¿sabes? Hay muchas cosas por resolver —se levantó y se dirigió al armario para coger una taza con tapa y servirse un poco de café.

—Lo comprendo. Créeme. De vez en cuando pasan cosas en la vida de un hombre que lo hacen querer huir. Cuando Maggie murió... bueno, recuerdas que yo era un desastre.

Fenn asintió, recordando demasiado bien que, tras la muerte de la esposa de Jim, las cosas habían empezado a derrumbarse. En esa época había tenido dieciocho años, y todo impulso de ser un niño imprudente había perecido con Maggie. Ver a Jim y a su hija de cuatro años tan perdidos y solos casi le había roto el corazón. Fue entonces cuando juró no dejar que le ocurriera nada malo a la familia que lo había acogido.

—Estábamos hechos un desastre —Fenn dio un sorbo a su café. Le gustaba amargo y caliente. Así se despertaba mejor.

—Míranos ahora. Callie es una mujer adulta y tú eres un buen hombre. Un hombre con una familia. Entiendo que estés confundido, pero no dejes que esa confusión nuble tu alegría —el tono de Jim era de advertencia, pero sorprendentemente suave.

—Hablando de Callie, será mejor que la vigiles. Wes Thorne la ha estado mirando demasiado para mi gusto.

Jim soltó una risita.

—Lo sé. Pero ya es mayorcita.

—Tiene veinte años —espetó Fenn—. Es una niña.

El hombre mayor se rio.

—Me casé con Maggie cuando ambos teníamos dieciocho años. Callie es dos años mayor y tiene mucho más sentido común. No es de las que se casan jóvenes. Tiene grandes sueños.

—¿No te preocupa que llegue alguien con dinero y le ofrezca la oportunidad de vivir esos sueños? —Fenn no podía comprender cómo el hombre mayor no estaba muerto de miedo ante la idea.

—¿Preocuparme? —Jim se rio tanto que se secó las lágrimas de los ojos—. No estoy preocupado. Estoy rezando por eso. Se llama vivir. Además, el mayor regalo que un padre puede hacerle a su hija no es su protección, sino su confianza. Confío en que Callie tome sus propias decisiones y viva su propia vida, no una versión suavizada que yo le he proporcionado. Ahora, si me llama llorando por algún hombre, tienes toda la razón, cargaré mi escopeta y conduciré directamente allí, pero dudo que eso ocurra.

—Eres un hombre sabio, Jim —Fenn intentó cubrir su comentario con sarcasmo, pero por el brillo en los ojos de Jim, supo que el hombre mayor también había oído su respeto por él.

—Bueno, si estás planeando evitar tu propia vida esta mañana, hay que arreglar la valla del prado oeste. Mi camioneta ya está cargado con la madera y las herramientas.

Arreglar la cerca. Ése era exactamente el tipo de trabajo que lo distraería por unas horas.

—Suenan bien —Fenn se llevó dos dedos a la boca y emitió un silbido agudo para llamar a Coda, quien bajó las escaleras y entró en la cocina. Con los ojos brillantes y la cola tupida. Fenn se agachó a su lado y le acarició las orejas y el cuello con rudeza. Coda sacó la lengua y entrecerró los ojos.

—Si algún día le das todo ese afecto a una mujer, puede que consigas una esposa decente —bromeó Jim.

La broma fue ignorada.

—Eres la única chica que necesito —murmuró, y Coda gimoteó con expectación. Se levantó y robó un trozo de galleta del plato de Jim y se lo dio de comer al perro.

—Fingiré no haber visto eso.

—Buena idea —Fenn se dio una palmada en el muslo, indicando a Coda que lo acompañara mientras salían de la cocina y se dirigían a la vieja camioneta azul.

Un pequeño estremecimiento en el pecho lo hizo dudar. Su propia camioneta estaba destruida al fondo de la montaña. Tener que compartir un vehículo con Jim les iba a complicar demasiado las cosas. No tenían dinero para pagar la hipoteca del rancho, y mucho menos para otra camioneta.

Coda chocó contra su espinilla con el hombro, golpeando el suelo con la cola. Le rascó la zona detrás de las orejas y se dirigió a la camioneta. Las llaves estaban guardadas bajo el asiento del conductor, donde Jim siempre las dejaba. Aunque Walnut Springs atraía a turistas y vacacionistas, había poca delincuencia; y era casi totalmente seguro dejar las llaves en un coche. Fenn giró la llave del encendido y la camioneta cobró la vida, estremeciéndose un poco, como un perro viejo levantándose y sacudiendo su capa de polvo.

Coda saltó a su regazo, y él gimió cuando su pesado cuerpo le pasó por encima, permitiéndole ocupar su puesto de copiloto. La ventanilla ya estaba abierta y ella sacó la cara, con la lengua y la cola agitándose alegremente. A veces, Fenn envidiaba la vida sencilla de Coda. Desayuno a base de galletas, siestas por la tarde, paseos con la ventanilla abierta. No era una mala vida en absoluto.

Fenn empezó a conducir por el campo oeste a lo largo de la valla. El ganado pastaba bajo el sol del mediodía, con sus pelajes negros y marrones brillantes mientras mordisqueaban la hierba. Algunos levantaron la cabeza, sólo un poco curiosos, mientras él conducía junto a ellos.

El trayecto hasta la zona de la valla que tenía que arreglar le llevó unos cinco minutos, pero estaba lo suficientemente lejos de la casa del rancho como para satisfacer sus propósitos. La distancia que lo separaba de la casa le sentó bien, pero también le produjo una sensación de melancolía. No solía huir de las cosas. Solía levantar los puños y prepararse para una pelea aunque supiera que iba a recibir una paliza. Pero todo esto... su nueva familia, su infancia... la adictiva y atractiva pelirroja en su cama. Demasiadas cosas a la vez. Un hombre necesitaba aclarar sus ideas antes de enfrentarse a todo ese caos.

Pisó el freno y aparcó la camioneta cerca de un trozo de valla de madera que empezaba a inclinarse. La madera de la base, cerca del suelo, estaba podrida y carcomida, dejando unos bordes dentados más parecidos a los dientes podridos de alguna gran bestia que a un tramo de valla vieja. Coda lo siguió mientras bajaba del asiento del vehículo y se dirigía a la parte trasera para coger algo de madera y herramientas. Rebuscó en el interior de la oxidada caja roja de herramientas hasta que encontró sus guantes de trabajo de cuero. Mirando la valla, suspiró casi con felicidad. Un trabajo

que le adormecería la mente... Se olvidaría de todo lo que lo agobiaba, al igual que las montañas que se cernían tras The Broken Spur.

Una brisa fresca le golpeó la cara mientras levantaba el primer poste de la valla de madera de la caja de la camioneta y lo llevaba por el campo de hierba dorada hasta la valla dañada. El día era perfecto para trabajar. Sol radiante, un poco de viento y olor a lluvia a lo lejos. Esta noche habría tormenta. Amaba las tormentas. El violento espectáculo sonoro y visual de los relámpagos con el viento y la lluvia. Se sentía casi purificador una vez que el daño era limpiado.

Las tormentas eran un poco como confesar los pecados a un dios enfadado. Los vientos crecientes eran como plegarias pronunciadas, y las explosiones resultantes parecían rayos de luz procedentes de la cima nublada de un dios. Luego estaba la lluvia torrencial, suave y fresca, que se llevaba los escombros, la oscuridad y el mal en todas sus formas. Fenn no era religioso, al menos no en el sentido de “ir a la iglesia todos los domingos”, pero percibía poder en el mundo que lo rodeaba, experimentaba el contacto de cosas más grandes e importantes que él y se sentía abrumado por ellas.

Después de su experiencia en la montaña con Hayden y la llamada a su hermano que llevaba mucho tiempo perdido, era imposible negar que se había producido algún tipo de milagro, porque su hermano había sabido exactamente dónde encontrarlos. Si eso no obligaba a un hombre a considerar cosas en el mundo que desafiaban toda explicación, entonces no sabía qué lo hacía.

Empezó a silbar suavemente mientras se ponía manos a la obra. “Carry On My Wayward Son”. La canción favorita de Emery.

Capítulo Catorce

La cama estaba vacía. Hayden se estremeció un poco al despertar y percatarse de la desagradable realidad.

Fenn se había ido. Se había escabullido mientras ella dormía. ¿Por qué? ¿No había sido completamente sincero con ella sobre lo de esta mañana cuando habían hecho el amor? Quizá no debería haberle preguntado tan directamente por su... eh... performance. No quería preguntarse: ¿ella realmente lo había complacido? Él sería como todos los otros domms con los que había estado, los que se habían alejado, culpándola cuando no podía excitarlos porque no podía relajarse o confiar en ellos. Pero ella había hecho eso con él, se había abierto completamente. Si a él no le gustaba lo suficiente después de eso... Sacudió la cabeza, intentando no pensar en ello.

—Mierda —se frotó los ojos y rodó sobre su espalda con un gemido frustrado.

¿No se suponía que los hombres querían mujeres que dijeran lo que pensaban y no se anduvieran con juegos? Aquí estaba ella hablando abiertamente con Fenn, y él estaba huyendo. Era un teoría tonta. Se incorporó y se pasó los dedos por el pelo. Estaba dolorida entre las piernas, pero se sentía bien. Fenn la había azotado con fuerza hacía unas horas. La idea la hizo sonrojarse y cubrirse la cara con las manos. No solía ser tan recatada, pero algo en él la hacía mucho más consciente de sí misma y de su deseo. No era que se sintiera avergonzada ni nada por el estilo, pero no podía negar que estaba experimentando un poco de timidez, pues nunca se

había entregado tanto emocional como físicamente. No había forma de volver atrás después de aquello.

Hayden ahogó un bostezo y salió de la cama. La habitación en la que estaba ahora debía de ser la antigua habitación de Fenn, en la que debió haberse quedado a los dieciocho años antes de mudarse a la caravana. Su tocadiscos estaba sobre el pequeño escritorio de aspecto desvencijado, donde había una pila de vinilos junto a una colección de libros del oeste de Louis L'Amour. Se acercó al escritorio y deslizó un dedo sobre los lomos desgastados. A ella también le gustaba leer. Sus placeres prohibidos eran esos viejos romances históricos con mujeres en vestidos rasgados en las portadas, abrazadas por hombres fornidos en poses sensuales.

Todo el mundo tenía sus placeres ocultos, incluso Fenn. Sonrió, cogió el libro superior y hojeó la primera página. Leyó las palabras e imaginó a Fenn como un niño sentado en la cama, con las piernas cruzadas al estilo indio mientras devoraba la historia. Su corazón se estremeció al pensar en ese niño; en la soledad que debió haber sentido durante muchos años, sin saber que era el hijo pródigo de una familia famosa y querida. Pronto ella lo llevaría a casa, y él podría empezar a sanar. Todos podrían empezar a sanar.

Hayden dejó el libro a un lado, recogió su pijama y se vistió. Luego corrió a su habitación y se duchó. La ropa encargada le había llegado mientras dormía, y estaba sobre la cama. Se vistió con unos jeans y una camiseta azul de manga corta, y se recogió el pelo en una coleta con una cinta azul. Sus botas nuevas le quedaban perfectas. El nuevo sombrero Stetson de Fenn estaba junto a su ropa. Lo cogió y lo llevó consigo mientras bajaba a la cocina.

Wes estaba en la mesa, leyendo un diario y bebiendo una taza de café. Los ojos de Hayden se ensancharon. Su hermano llevaba jeans y una camiseta negra. ¿Cuándo había sido la última vez que había vestido tan... informal? ¿Lo había hecho alguna vez?

—¿Qué? —preguntó, mirando a su alrededor como esperando ver algo más allí que provocara en ella tal reacción de sorpresa.

—Tú... Tú estás... —sin saber qué decir, Hayden se limitó a hacer un gesto con la mano hacia su cuerpo.

Los ojos de su hermano brillaron con una creciente comprensión.

—Algunos sabemos vestirnos para la ocasión. De hecho, fui previsor y empaqué algo adecuado para un rancho.

Ella puso los ojos en blanco y arrojó el Stetson sobre la mesa mientras se unía a él.

—¿Dónde está Fenn?

Wes se encogió de hombros.

—¿Construyendo vallas? Eso dijo el señor Taylor.

Construcción de vallas. Se lo imaginó lleno de sudor, sin camiseta, con el sol cayendo detrás de su hermosa silueta fornida mientras él cargaba los postes sobre un hombro, sin ayuda. Sí, ella *realmente* quería ver eso.

—Escucha, sobre lo de anoche —Wes se aclaró la garganta, con ojos intensos.

—¿Sí? —ella alcanzó la sección del periódico que él había desechado y la hojeó. La sección de negocios. Su favorita.

—¿Estás... bien? Quiero decir... los dos casi morís. Supongo que eso provocaría un shock.

Hayden tragó duro. La *había* dejado conmocionada —para ser sincera, más que conmocionada—. Sin embargo, había acudido a Fenn esta mañana y él la había tranquilizado. El sexo alucinante la había calmado de algún modo; la había distraído, la había consumido, la había hecho sentirse viva y protegida. Esa impotencia en el acantilado no había durado mucho tras la pasión desbordante de Fenn.

Hayden se aclaró la garganta y volvió a doblar el papel. De repente, la perspectiva de leer el diario había perdido su atractivo.

—Fue aterrador, pero...

—¿Pero? —su hermano se inclinó hacia adelante en la silla y apoyó los brazos en la mesa, observándola.

—Fenn me mantuvo a salvo.

¿Cómo podía expresar con palabras las sensaciones vividas?

El estruendo del metal, el chirrido de los neumáticos. Recordó que había intentado alcanzarlo, gritando su nombre. Luego la camioneta al borde del acantilado, la forma en que Fenn había extendido la mano y la había capturado. Nunca había sospechado que él no lo haría, que no la salvaría. Esa confianza, completa y total... había sido fácil, instintiva. Ella había saltado con fe y se había entregado a él. El estómago se le revolvió a medida que su comprensión aumentó.

Acostarse con él esa mañana no había tenido tanta importancia como la noche en la montaña. Fenn había demostrado qué clase de hombre era; el

que protegía a los que amaba sin pensar en sí mismo. Era como decía Emery. Era el hermano mayor, el niño que le había dicho a su gemelo que escapara mientras él se quedaba atrás para ganar tiempo. Fenn seguía siendo esa persona. Veinticinco años no habían cambiado eso.

—Le debo todo por haberte mantenido con vida —la suave respuesta de Wes le quemó el pecho.

La diferencia de edad entre ella y Wes a menudo los había hecho sentirse como extraños el uno para el otro, pero él seguía protegiéndola cuando podía, y ella seguía confiándole sus secretos. Los verdaderos hermanos podían hacer eso, sin importar cuántos años los separaran.

Hayden se recostó contra la isla de mármol del centro de la cocina.

—Podemos llevarlo a casa. Esa será la única forma de pagárselo. Dijo que no irá. Le preocupa la salud de Jim y el rancho. Jim, no puedo ayudar con eso, pero creo que puedo encontrar una manera de salvar The Broken Spur. El lugar está siendo embargado. ¿Puedes ayudarme con eso?

Su hermano consideró esto.

—¿Has pensado en pedirle a Emery que compre el lugar? Él podría hacerlo fácilmente.

Hayden negó con la cabeza.

—Sé que podría, pero Fenn no quiere ayuda financiera. El rancho tiene problemas. Incluso si cubrimos la deuda, no será suficiente para mantener el lugar a flote. Tenemos que arreglar la situación de alguna manera, o encontrar una fuente de ingresos adicional. Estaba pensando que a los ejecutivos de alto poder les encantaría venir aquí y relajarse. Podríamos construir cabañas adicionales en el terreno vacío detrás de la casa del rancho. Convertirlas en casitas de lujo, pero al mismo tiempo sencillas en cuanto a diseño y alojamiento. Creo que el entorno rústico podría atraer a hombres y mujeres muy estresados que sólo quieren un lugar tranquilo para pasar la noche sin preocuparse de nada —estaban pensando en su hermano y en Emery y en muchos más como ellos. Venir aquí, donde el aire era fresco y puro, ya estaba haciendo efecto en Wes, quien se sentía más tranquilo. Ganarían una fortuna si conseguía que Fenn y Jim aceptaran.

Su hermano se recostó en la silla y se cruzó de brazos.

—No es mala idea. Tal vez pueda conseguir algo de financiación. Trabajaré con Callie. Ella podría tener algunas ideas sobre el diseño, pero éste es tu proyecto, así que tú estarás al mando.

—Bien. Es lista y tiene el lado creativo de su madre. Puede que también sepa cómo decírselo a su padre —Hayden se levantó de la mesa y cogió el Stetson.

—Es un poco grande para ti, ¿no? —los labios de Wes se crisparon.

—Es para Fenn. He destrozado su único sombrero.

Salió por la puerta mosquitera hacia el porche, ignorando las risitas de su hermano. Una vez en el borde del porche, observó el terreno circundante. Había dos grandes campos salpicados de ganado y un gran establo de caballos detrás de la caravana de Fenn y la casa del rancho. Pudo ver vallas con alambre de púas a lo lejos, detrás de la casa, frente a los campos de ganado. Más allá de los caballos se alzaban las montañas. La vista era espectacular.

El cielo, de un azul intenso, estaba cubierto por nubes blancas y caídas, teñidas de gris en su parte inferior. La lluvia desprendía un tenue aroma que le produjo un cosquilleo en la nariz. Siempre le habían gustado las tormentas; aún le gustaban después de lo de anoche; había algo en la forma en los movimientos de las nubes, el vaivén de una célula de tormenta a medida que avanzaba por el cielo. No había forma de escapar de ella ni de evitarla. La tormenta llegaría y la lluvia limpiaría la tierra. Siempre le había gustado sentir las gotas de lluvia sobre su piel.

Estudió las nubes durante unos minutos más antes de dejar caer la mirada. La camioneta en la distancia marcaba el lugar donde Fenn debía estar reparando la valla.

Hayden bajó trotando los escalones hasta su Jeep y entró. Podía ofrecerse a ayudar a Fenn. Seguramente él se negaría, era un hombre testarudo, pero lo ayudaría aunque él no quisiera.

Condujo hasta donde él estaba y aparcó el jeep junto a la camioneta. Un torbellino blanco y gris fue su único aviso antes de que Coda estuviera sobre ella, ladrando y saltando con entusiasmo. Hayden cayó contra el lateral del Jeep cuando Coda la derribó.

—¡Oye! ¡Siéntate! —le ordenó.

Coda se dejó caer sobre sus ancas, con los ojos alerta y concentrada, las orejas erguidas hacia adelante y la cola agitándose en la hierba.

—Me alegro de ver que os lleváis bien —una intensa voz masculina se oyó a sus espaldas.

Se giró y vio a Fenn a escasos centímetros, con jeans y una camisa roja que se amoldaba a su pecho y hombros musculosos. Tenía marcas de sudor alrededor del cuello y en algunos lugares de las mangas, donde probablemente se había secado la frente durante el trabajo. En los antebrazos sobresalían unos músculos tonificados que le robaron el aliento. ¿Qué tenían un hombre y sus músculos que podían detener los pensamientos lógicos en el cerebro de una chica?

—Eh, hola —por fin encontró las palabras. No era que fueran muchas. Era consciente de que, en presencia de Fenn, su articulación verbal natural parecía desvanecerse por completo. Buscó el sombrero en el Jeep—. ¡Ten! —le lanzó el nuevo Stetson. Desconcertado, lo cogió y lo golpeó en el pecho.

—¿Qué es esto?

—Un sombrero.

Los labios de Fenn se fruncieron.

—Ya lo veo. ¿Por qué me lo das?

—Arruiné el otro. Y luego cayó por un acantilado. Pensé que te vendría bien uno nuevo.

Estudió el Stetson, dejó que sus dedos exploraran su forma y textura. Luego lo hizo girar con delicadeza antes de colocárselo en la cabeza con una mano e inclinarlo hacia abajo sobre su frente.

—Servirá —se lo quitó y lo colocó en el poste de madera de la valla más cercana—. Sabes que no quería que me compraras nada —la advertencia en su tono la hizo estremecerse. Sus ojos eran oscuros, peligrosos y completamente fascinantes. No pudo apartar la mirada mientras él la empujaba contra el Jeep—. Creo que sigues buscando excusas para que te azote. ¿Es verdad? —él deslizó el dedo índice por su garganta, recorriéndole la clavícula, y Hayden contuvo la respiración.

A veces, Fenn la asustaba; en el buen sentido, con sus sugerencias parcialmente susurradas; y la otra mitad de las veces lo deseaba tanto a él y a sus manos sobre ella que ese deseo la lastimaba.

—Sin embargo, no creo que deba darte lo que quieres. Te daré lo que necesitas —acercó sus labios a los de ella y provocación, casi un beso, hizo que su corazón se acelerara. Quiso abrazarlo, pero él dio un paso atrás antes de que ella pudiera sujetarlo—. Lo que necesitas son estos —le colocó un par de guantes de cuero en la mano—. Póntelos y sígueme.

—¿No me darás un beso? —preguntó, aturdida.

Él ya se estaba alejando.

—Cariño, tienes que trabajar duro antes de ganarte más besos.

Hayden lo siguió hasta la caja de su camioneta, tirando de los guantes. Había varios palos de madera apilados.

—Coge un extremo —señaló el poste que estaba en lo alto de la pila y ella obedeció. Fenn se le unió y, con sus largos brazos, cogió el extremo opuesto del poste. Juntos lo llevaron hasta la parte de la valla que necesitaba arreglos. Ya había varios agujeros para postes y Hayden ayudó a colocarlo en el lugar adecuado.

Tres horas después, estaba empapada en sudor y el cuerpo le dolía. Se apoyó en un lado de la camioneta con Coda a sus pies. El husky jadeaba, pues había pasado la mayor parte de la tarde persiguiendo ardillas. Fenn aseguró los últimos clavos en el último poste que habían colocado. Llevaba el sombrero nuevo, con un círculo de sudor. El hombre trabajaba todo el día. Más de una vez, Hayden se había permitido un descanso de cinco minutos con la excusa de coger agua de la gran jarra que había en la caja de la camioneta. Le dolían las palmas de las manos y, al quitarse los guantes, hizo una mueca de dolor. Se le habían formado pequeñas ampollas en la parte superior de las palmas, donde los dedos se juntaban con la mano.

—¿Estás bien, cariño? —exclamó Fenn. Terminó de colocar el poste de alambre de la valla y recogió sus herramientas antes de caminar hacia ella y Coda.

—Bien —ella escondió las manos detrás de la espalda. La vergüenza la recorrió, temiendo que él se percatara de lo débil que era. Una niña rica mimada.

—Estás mintiendo —Fenn la desafió y guardó sus herramientas en la camioneta, luego se centró en ella.

—No —replicó e intentó esquivarlo.

Fenn se movió y bloqueó su avance, apartando una mano de su espalda. Hayden luchó por zafarse de él, pero no pudo escapar de su férreo agarre. Con dedos suaves pero firmes, le abrió la mano. Las ampollas eran imposibles de ocultar. Tuvo cuidado de no tocarlas.

La repentina necesidad de justificarse la hizo responder:

—No soy débil.

Sus rasgos se suavizaron cuando levantó los ojos hacia los de ella.

—Nunca he dicho que lo fueras. Son la evidencia de un duro día de trabajo. Muéstralas con orgullo —le levantó la mano lastimada y le besó la herida: un roce tenue, ligero pero tan dulce que le robó el aliento. Era como si quisiera aliviarla y cuidarla.

Sus elogios y su ternura la calentaron por dentro, y no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios.

—¿Eso significa que me he ganado un beso? —se arrepintió de las palabras en cuanto las dijo. Estaba sudorosa y con la cara roja, el pelo enmarañado y cubierto de tierra. En otras palabras, no estaba precisamente en su mejor momento ni en el más atractivo. Él no querría...

Fenn la inmovilizó contra la camioneta, su boca devoró la suya, sus caderas chocaron lenta y placenteramente contra las de ella mientras asaltaba sus sentidos. Su mano recorrió su cuerpo, trazando sus curvas, estrujándolas con suavidad. Sufrió ligeros temblores, como si su cuerpo estuviera en el epicentro de un pequeño terremoto. El hambre que sentía por él rivalizaba contra los dolores y molestias de su cuerpo, pero Hayden luchó contra ellos, ignorando el escozor de sus manos al tocarlo o que sus pies no la sostendrían mucho más tiempo.

Fenn apartó la boca. La reticencia a separar sus cuerpos hizo que sus ojos brillaran con una necesidad que reflejaba la de ella. Él le cogió la cara y sus pulgares recorrieron las curvas de sus pómulos mientras parecía recuperar el aliento.

—Deberíamos volver a casa —la guio hacia el jeep y le azotó el culo lo bastante fuerte como para hacerla saltar.

Cuando Hayden llegó al lado del conductor, abrió la puerta y se sobresaltó. Coda estaba sentada en el asiento del copiloto con la mirada fija al frente, creyendo, al parecer, que había solicitado ese sitio.

—¿No quiere viajar contigo? —Hayden miró a la perra con preocupación. Quería que fueran amigas, pero no estaba segura de las intenciones de Coda.

El imbécil simplemente se rio.

—Es una perra, cariño. Creo que puedes manejarla.

Hayden puso los ojos en blanco y subió al asiento del conductor. La husky la miró, luego se lamió los labios y se acomodó en el asiento del copiloto.

En el viaje de regreso, parecía que ella y Coda habían llegado a un cierto nivel de entendimiento. Cuando Hayden aparcó junto a la camioneta de Fenn, delante de la casa, Coda se inclinó y le lamió la mano derecha antes de golpear con las patas la puerta del pasajero para salir.

Callie salió del granero y los saludó. Fenn levantó una mano del volante antes de bajarse y dirigirse al jeep para dejar salir a su perro.

Coda saltó por la puerta entreabierta y se acercó a Callie, ladrando y saltando de emoción. Hayden sintió una punzada de envidia. Hasta al perro prefería a Callie. Hayden cerró los ojos. Callie le agradaba, le agradaba verdaderamente como amiga, quizá incluso como hermana.

Fue en ese momento cuando la realidad la abofeteó. Quería encajar aquí, encajar en la vida de Fenn. Después de un par de días aquí, había sido seducida por la libertad, el aire fresco, una vida que recompensaba el trabajo duro. No ayudaba el hecho de que el hombre apuesto y alto con un sombrero Stetson, quien acababa de abrirle la puerta como un perfecto caballero, fuera perfecto, el hombre perfecto, el amante perfecto, posiblemente el dom perfecto.

Me estoy enamorando de él. Por lógica, sabía que debería haber temido eso, pero no era así. Eran tan diferentes que cualquier cosa entre ellos probablemente no duraría. Así que Hayden se quedaría con el buen sexo y la diversión, y dejaría que eso moldeara su corazón. Nunca se había atrevido a enamorarse; tal vez sería divertido. No dejaría que Fenn le rompiera el corazón. Eso sería fácil. Ella lo protegería, evitando acercarse demasiado. Una chica podía hacer eso, ¿no?

Fenn abrió la puerta de Hayden, la cogió por la cintura y la bajó, reteniéndola unos segundos más respecto al tiempo de otro hombre, y ella lo agradeció. Sus piernas estaban muy inestables. La gran palma de su mano en la parte baja de su espalda se mantuvo, calentando su piel a través del material de su camisa.

—¿Puedes caminar? —su tono era menos desafiante y más suave.

Su asentimiento no fue más que una sacudida trémula.

—Sip. Dame un minuto. ¿Quizá puedas distraer a Callie para que no me vea caer de culo? —suplicó.

Fenn puso los ojos en blanco, se agachó, la sujetó por los muslos y se la echó por encima del hombro.

—Pero, ¿qué...?

¡Zas! Su mano le golpeó el trasero y Hayden se aferró con fuerza a la parte trasera de su camisa mientras él entraba en el rancho. La sangre se precipitó hacia sus oídos y reprimió la vergüenza, pero también se sintió muy aliviada de no tener que caminar.

—¿Todo bien? —la voz de Callie se oyó desde las cercanías.

—Sí. Ella está bien. ¿Cómo están los caballos? —Fenn continuó su conversación con facilidad.

Callie vaciló y Hayden pudo imaginársela intentando descifrar por qué Fenn la cargaba como un saco de patatas.

—Están bien. El nuevo pienso llegó mientras estabas fuera arreglando la valla. Lo guardé y limpié los establos.

Hayden se estremeció cuando Fenn subió los escalones del porche y su hombro se clavó en su estómago. La puerta mosquitera crujió y entraron en la casa. Fenn se dirigió al salón y la arrojó al sofá de cuero. A pesar de lo mullido que era, ella resopló cuando el aire se le escapó de los pulmones.

—Muchas gracias, príncipe azul —murmuró mientras él salía de la habitación. Callie se dejó caer en la silla junto al sofá.

—¿Qué ha sido eso?

Hayden se encogió de hombros.

—Fenn y yo tenemos definiciones muy distintas de lo que consideramos útil —se esforzó por incorporarse y se le escapó un gemido cuando todo su cuerpo protestó por el movimiento. Se dio por vencida y volvió a dejarse caer en el sofá.

—¿Estás bien?

—Si me dieran un centavo por cada vez que alguien me ha preguntado eso en los últimos días... —su respuesta fue más dura de lo que pretendía —. Lo siento. Estoy agotada. ¿Cómo hacéis esto todo el día?

Callie resopló.

—Mucha práctica. Durante años.

—Pero no lo entiendo. Voy al gimnasio y esas cosas. ¿Por qué construir una valla me agota?

—Es un trabajo de cuerpo entero, distribuido en un día. Agotaría hasta al mejor de los atletas, créeme —Callie apoyó los pies en una pequeña otomana de cuero y suspiró—. ¿Quieres hacer una pizza y ver películas? Esa es la mejor cura para el trabajo del rancho.

—Eso definitivamente funcionaría —Hayden sacudió sus zapatos, sintiéndose casi mareada por el cansancio de todo el cuerpo.

En la habitación contigua, el teléfono de la casa sonó dos veces antes de detenerse. Hayden cerró los ojos, escuchando el sonido de la voz de Jim. El sonido era muy suave y no podía oír lo que decía, sólo podía oírlo hablar. Entonces todo quedó en silencio. Un minuto después, el sonido de unas botas sobre la madera llamó su atención.

—¿Papá? —preguntó Callie justo cuando Hayden abrió los ojos y obligó a su cuerpo en protesta a incorporarse.

Jim se asomó a la puerta, con un teléfono inalámbrico en la mano.

—Era el sheriff Holt. Han analizado los neumáticos del semirremolque del accidente de anoche.

Hayden notó la cara inusualmente pálida de Jim.

—Señor Taylor, ¿qué pasa? —había más; podía percibirlo como un animal lo haría con el cambio en el aire antes de una tormenta anunciada.

—Dice que parece que alguien disparó al neumático del semirremolque.

Capítulo Quince

—¿Qué? —Fenn apareció detrás de Jim. Tenía el pelo húmedo y era evidente que se había cambiado de ropa. Tenía una pequeña toalla en una de las manos mientras se secaba la cara. Hayden no se había movido del sofá, pero él ya estaba duchado y cambiado.

Jim deslizó un pulgar por encima del teléfono inalámbrico de plástico negro.

—Holt dice que el accidente en la montaña quizá no haya sido un accidente. ¿Puedes ir a la ciudad esta noche y reunirte con él? Quiere revisar tu declaración y asegurarse de que no ha pasado nada por alto.

Fenn asintió lentamente, pero su mirada se desvió hacia Hayden. Por la forma en que sus ojos se entrecerraron y sus labios formaron una fina línea, ella casi pudo oír su pregunta tácita.

—Podría ser *él* —dijo en voz baja, sabiendo que Jim, Callie y Fenn podían oírla.

—¿Él? —Callie se removió en su silla.

—El hombre enviado para matar a Fenn —la voz de Wes hizo que todos se sobresaltaran. Había entrado al salón, frente a Fenn y Jim.

—Vosotros os habíais referido a este peligro, ¿no? —Jim cruzó los brazos sobre el pecho.

El silencio momentáneo en la sala fue casi ensordecedor.

—Sí. Él actuó mucho antes de lo que supuse. Eso es mala señal. Los hombres como Antonio y quienquiera que lo haya sustituido son asesinos a sueldo. Es como luchar contra Hydra y cortarle una cabeza. Sólo porque

derribes una, no significa que escaparás. Crecen más en el lugar de esa cabeza.

—Hidra, ¿eh? —Jim se rascó la barbilla, pensativo—. Si no recuerdo mal, la única manera de matar a Hidra no es cortándole las cabezas, sino atravesándole el corazón.

La seria sonrisa de Wes mostraba su respeto por el ranchero de mayor edad.

—Exactamente. Tenemos que averiguar quién está contratando a estos hombres, por qué los está contratando, y ponerle fin.

—¿Cómo sabes que es un hombre? —preguntó Callie.

Wes se acercó a su silla y apoyó la mano en el respaldo.

—Porque el primer secuestro ocurrió cuando Fenn y Emery eran niños. Emery confirmó que entonces había más de un hombre. Aunque el asesino está muerto, estoy seguro de que otro hombre ha ocupado su lugar. Estadísticamente, las mujeres no son tan violentas, así que dudo que estemos lidiando con una ahora.

—Tiene sentido —dijo Jim—. Entonces, ¿cuál es el plan? ¿Cómo encontramos a esta Hidra?

—Emery todavía está intentando averiguar esa parte —Wes se encontró con la mirada de Fenn—. Necesitamos que empieces a intentar recordar lo que pasó. Puede que hayas oído algo que Emery pasó por alto durante vuestro cautiverio. Piensa.

Las manos de Fenn se cerraron en puños, y Hayden notó que había mucha preocupación acumulada en sus nudillos blancos.

—Ya te lo he dicho. No recuerdo nada.

Wes le lanzó una mirada que decía claramente que no le creía.

—Puede que no recuerdes todo, pero algunas cosas sí. Aunque sean pequeñas, concéntrate en ellas. Necesitamos que recuerdes. Si no, todos estaremos en peligro. Estar contigo casi hace que maten a mi hermana anoche. Piensa en eso. Cuanto más demores y te niegues a volver a casa, más peligro correrán Callie, Jim y Hayden.

—¿Tú no? —Fenn levantó una ceja y frunció el ceño.

—Sí, pero me metí en esto sabiendo a qué me enfrentaba. Fuiste mi amigo hace mucho tiempo. Haría cualquier cosa por ese niño, incluso por su recuerdo. Quiero recuperar esa amistad y no tengo miedo de luchar por ella. He aceptado los riesgos. Ellos no —Wes inclinó la cabeza en dirección

a Hayden y Callie. Suavizó su expresión y su tono—. Ya has perdido una familia a manos de un loco. ¿De verdad quieres perder otra?

Fenn maldijo y tiró la pequeña toalla.

—Eres un cabrón, ¿lo sabías? —señaló con un dedo a Wes.

—Sí, eso me han dicho —Wes se encogió de hombros y esbozó una sonrisa seria—. Entonces, vamos a hablar con el sheriff a ver qué averiguamos. Señor Taylor, ¿le importaría vigilarlas? —tocó el hombro de Callie por reflejo, pero luego pareció detenerse. Hayden no pasó por alto el movimiento. ¿Su hermano estaba interesado en Callie?

Oh... Ahora todo tenía mucho más sentido; como ¿por qué su hermano había accedido a quedarse en el rancho en lugar de en un hotel? Pero Callie no era adecuada para él, o al menos no era el tipo de mujer con la que solía salir. Las insensibles mujeres que rondaban los treinta años eran más de su gusto. También le gustaban las sumisas. Nunca tenía citas fuera del estilo de vida D/s. Callie sólo tenía veinte años y parecía completamente inocente. Wes la devoraría como un lobo feroz. Hayden pensó que eso necesitaba llegar a su fin antes de que Callie saliera herida.

—Queremos ir a la ciudad contigo —insistió Callie, suplicando a Fenn. Hayden esperaba que él accediera; ella lo habría hecho en su lugar.

Pero no lo hizo.

—No, todos debéis quedaros aquí. No quiero arriesgarme a que haya más accidentes de coche —mientras hablaba, la miró fijamente con ojos oscuros y llenos de alguna emoción que ella temía leer. Callie y ella no ganarían esta batalla. Era testaruda, pero no estúpida.

—Callie y yo nos quedaremos aquí. Tendremos una noche de chicas —le guiñó un ojo a Callie, quien se quedó boquiabierta unos segundos antes de asentir lentamente.

—Vale. Claro. Nos quedamos.

—Bien —entonces Wes rozó la mejilla de Callie con el dorso de sus dedos, una sutil muestra de la aprobación de un dom a su sumisión ante la situación, antes de caminar hacia Fenn—. Vámonos.

Un delicado rubor floreció en las mejillas de Callie mientras veía marcharse a Wes y Fenn. Jim sacudió la cabeza y suspiró.

—Voy a meter una pizza en el horno para vosotras, chicas. No os metáis en líos —bromeó, pero había cansancio en las sutiles arrugas de las

comisuras de sus labios y ojos. En cuanto salió de la habitación, Callie brincó en su silla.

—¿Cuál es el plan? ¿Nos escabullimos a la ciudad? ¿Seguimos a los chicos? —su entusiasmo era adorable, pero Hayden negó con la cabeza.

—No. Nos quedaremos a esperar. Créeme, me encanta decidir de manera impulsiva, pero creo que tienen razón. No les seríamos útiles en la comisaría. Fenn recuerda más del accidente que yo —Hayden reprimió un pequeño escalofrío al recordar la lluvia helada, los relámpagos y el aterrador acantilado—. No quiero que nadie más pase por eso, suponiendo que tengan la suerte de sobrevivir.

Los hombros de Callie se hundieron y volvió a acomodarse en la silla. Coda le acarició una mano con la nariz hasta que Callie le rascó la parte posterior de la oreja.

—Supongo que tienes razón. Sólo quiero hacer algo. Odio esta sensación de impotencia.

Era una sensación que Hayden conocía demasiado bien, en muchas situaciones de su vida.

—¿Por qué no ves una película y yo ayudo a Jim con la cena? —Hayden se obligó a levantarse del sofá y caminó con las piernas rígidas hasta la cocina.

Jim estaba poniendo una pizza congelada en el horno cuando ella entró. Su cálida sonrisa la hizo sentirse bienvenida y feliz.

—Gracias por convencer a Callie de quedarse. Es muy joven y a veces lo olvido.

Hayden agitó una mano.

—Es fácil hacerlo. Es más madura emocionalmente que muchas chicas de su edad.

Jim soltó una risita.

—Lo es. No tener una madre en la infancia hace que, en cierto modo, una niña se convierta en su propia madre. Me alegro de que te haya conocido. Necesita amigos —abrió la nevera y sacó lechuga y otros ingredientes para una ensalada.

—Déjame a mí —Hayden cogió los alimentos y esperó mientras Jim buscaba un bol grande. Luego empezó a preparar la ensalada. Había algo liberador en cocinar. Rara vez había tenido la oportunidad de hacerlo. Sus padres tenían una cocinera que residía en casa. La idea de que alguien

hiciera su propia comida les horrorizaba. Era una de las muchas cosas en las que no estaba de acuerdo con ellos.

Mientras ella y Jim trabajaban juntos en la cena, una profunda sensación de paz se instaló en su interior. Había tenido un duro día de trabajo; se había esforzado por demostrarlo con la valla recién remendada, tenía los músculos doloridos, y ahora aquí estaba la recompensa, una comida casera. Este era el tipo de vida que su crianza le había impedido apreciar, pero era todo lo que deseaba. Lo único que le faltaba era cierto hombre con unos labios irresistibles.



LA COMISARÍA ESTABA BASTANTE VACÍA CUANDO FENN Y WES ENTRARON. La delincuencia no era un gran problema en Walnut Springs. Unos cuantos ayudantes estaban alrededor de los escritorios, cambiando de sitio el papeleo. La parte más concurrida era probablemente la zona de retención nocturna de borrachos y alborotadores de bares.

—No hay mucha delincuencia —observó Wes en voz baja.

—Nop —confirmó Fenn.

Uno de los ayudantes se irguió en su silla, con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Puedo ayudaros?

Fenn se pasó una mano por el pelo.

—Hemos venido a ver al sheriff Holt. Soy Fenn Smith.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par y se puso en pie.

—Un momento —corrió hacia la parte trasera de la comisaría y se metió en uno de los despachos que había en la pared del fondo.

Wes soltó una risita.

—Tengo la sensación de que no están acostumbrados a que pistoleros misteriosos exploten neumáticos. Podrías ser una nueva celebridad por aquí, si se corre la voz.

Fenn suspiró.

—Desearía que esa no fuera la razón.

El sheriff Holt salió de su despacho, con el ceño fruncido de preocupación. Tenía unos cuarenta años, y Fenn lo conocía desde que eran

jóvenes. Holt era diez años mayor que él, pero en sus tiempos había sido un gran jinete de toros.

—Me alegro de verte, Smith. Ven a mi despacho —les devolvió el saludo con un gesto de mano. Fenn, seguido de cerca por Wes, navegó por la disposición de los escritorios y los ayudantes mientras se dirigían a la parte trasera, donde estaba el despacho del sheriff.

Fenn se sentó en una de las sillas frente al escritorio de Holt y apoyó las palmas de las manos en los muslos, extrañamente nervioso.

Holt lo miró fijamente a los ojos.

—¿Alguien intenta matarte, Smith?

Una risa ahogada surgió de su derecha. Al parecer, Wes pensó que la pregunta directa de Holt era divertida.

—Me han dicho que alguien me persigue. Todavía estoy trabajando en ello.

—¿Quieres compartir los detalles? —la pregunta de Holt sonaba mucho más como una exigencia.

Fenn lanzó una mirada a Wes.

—¿Cuánto debemos contarle?

La diversión de Wes desapareció tan rápido que, si Fenn no hubiera visto la chispa en los ojos del otro hombre, habría dudado de que eso hubiera sucedido.

—Sheriff, estamos lidiando con una situación muy delicada. ¿Podemos contar con su discreción?

Holt apoyó los codos en el escritorio, juntó los dedos y finalmente asintió.

—Nada de lo que digáis saldrá de este despacho, pero si mi gente está en peligro, actuaré sin tener en cuenta la discreción.

—Está bien —dijo Wes—. Para ser breve, Fenn Smith es en realidad Fenn Lockwood. Supongo que habrá oído hablar del secuestro ocurrido hace veinticinco años en Weston, Long Island.

Cuando Holt asintió, Wes continuó.

—La persona que contrató al secuestrador hace tantos años quiere terminar el trabajo, no con un secuestro, sino con un asesinato.

—¿Asesinato? ¿Me estáis diciendo que alguien quería asesinar a dos niños? ¿Por qué?

—No lo sabemos —dijo Fenn—. Pero es obvio que ése sigue siendo el plan.

—Jim debió haberte contado lo que dije sobre los neumáticos del semirremolque.

—Lo hizo —los dedos de Fenn se clavaron en sus muslos mientras la rabia surgía en lo más profundo de su ser, como el núcleo fundido de un volcán. La idea de que alguien intentara matarlo mientras Hayden estuviera presente... Probablemente el tirador la había considerado un daño colateral. La mujer por la que se había encariñado, con la que estaba obsesionado en más de un sentido, habría muerto... porque alguien lo quería muerto. Eso lo cabreó.

—Bien. Me alegra que te lo dijera. ¿Recuerdas algo más de lo que pasó en el momento del accidente? Necesitamos algo para continuar.

Fenn deseaba tener respuestas, proporcionarle algo a Holt, pero no había nada que recordar. El camión, la explosión, la colisión... no había nada más.

—No recuerdo haber visto nada más. Lo lamento. ¿Alguna suposición sobre la posición del tirador?

Holt sonrió, pero era una expresión sombría que no ofrecía consuelo.

—Eso es algo que pudimos averiguar. Uno de los chicos de mi unidad es un experto tirador. Cree que se apostó en lo alto del sendero que da a la parte de la carretera donde ocurrió el accidente. Enviamos un ayudante hasta allí, pero la lluvia limpió todos los rastros de cualquier cosa que pudiéramos haber usado como evidencia.

—Entonces, ¿cuál es su plan, sheriff? —preguntó Wes con toda seriedad.

Holt se aclaró la garganta y miró a Wes con el ceño fruncido.

—Lo siento; no he retenido su nombre.

—Wes Thorne.

—¿Y cómo encaja usted exactamente en todo esto, señor Thorne?

—Es mi amigo —dijo automáticamente Fenn—. Desde hace mucho tiempo. Está aquí para ayudarme.

Podía sentir la mirada de Wes sobre él, pero no miró al otro hombre.

—Escucha Holt, mantén los ojos abiertos por cualquier cosa fuera de lo normal. Planeo viajar a Long Island pronto, y apuesto a que el tirador me

seguirá hasta allí. Todo lo que necesito es que estés atento. ¿Puedes hacerlo?

El sheriff sacudió la cabeza, sonriendo un poco.

—Por supuesto. Forma parte de mi trabajo. Lo habría hecho me lo pidieras o no.

Fenn se levantó y extendió la mano para estrechar la de Holt.

—Gracias.

—Buena suerte —Holt los acompañó hasta la puerta principal de la comisaría.

Una vez fuera, Fenn se volvió hacia Wes.

—Necesito un trago. ¿Te apuntas?

—Sí, me apunto. Guíanos.

Fenn cruzó la calle y se dirigió a un bar de ladrillos rojos llamado The Dark Coyote. No era un bar ordinario; algunos detalles especiales en su diseño lo hacían único. Estaba impaciente por ver la cara de Wes al entrar.

—¿Por qué huelo ganado? —murmuró Wes cuando empujaron la pesada puerta de madera y entraron en el bar.

Brillantes luces amarillas sujetas a una serie de vigas de madera a lo largo del techo iluminaban a los ocupantes del bar en intensos estanques de color.

—Santo cielo —dijo Wes.

A Fenn se le escapó una carcajada. La mitad del bar era un espacio abierto dedicado al baile; la otra mitad tenía un pequeño corral circular de quince por quince metros con suelo de arena donde un hombre montaba un toro.

—Apuesto a que nunca habías visto eso, ¿eh? —Fenn dio un codazo a Wes.

—Desde luego que no. ¿Es siquiera seguro?

—Probablemente no.

The Dark Coyote era uno de los pocos bares del país contruidos con una plaza de toros, aunque pequeña, dentro del propio establecimiento. A los turistas les encantaba, y los locales ganaban mucho dinero con los toros. Todos salían ganando.

Una pequeña multitud se reunió alrededor de la arena, animando al hombre sobre el toro mientras se aferraba con todas sus fuerzas. Entonces, el animal se impuso y lanzó al jinete como si no pesara nada. Chocó contra

la arena, rodó y se metió bajo la barra del corral más cercana al suelo, alejándose del peligro. Los observadores tiraron del hombre para que se pusiera en pie, y éste levantó el puño al aire.

Fenn reconoció al hombre, y le irritó ver al jinete pavoneándose como si hubiera hecho algo impresionante. Cosa que, por supuesto, no había hecho. Nunca había ganado un solo título.

—Presumido —gruñó Fenn y se acercó a la barra.

Kyle Matthers era un auténtico gilipollas. No sabía montar una mierda en ningún rodeo de verdad, pero causaba sensación en el bar cuando montaba para turistas. Las conejitas vaqueras que se acostaban con auténticos jinetes siempre terminaban entre las sábanas de Kyle.

—¡Smith! —Harper, uno de los amigos de Fenn del instituto que ahora era barman, le hizo señas para que se acercara.

Wes se quedó cerca, con los ojos muy abiertos mientras contemplaba todo. A Fenn le produjo un gran placer impresionar al sujeto de la costa este con el ambiente único del bar.

—Harper —Fenn estrechó la mano del hombre—. Este es mi amigo Wes —la palabra “amigo” le resultaba ahora mucho más fácil de pronunciar, y lo llenaba de esperanza. Había temido esa emoción durante años. Pero ahora... había razones para albergar esperanza, razones para creer.

—Encantado de conocerte —Harper asintió a Wes y luego sacó dos vasos de pinta. Los llenó de cerveza y sidra y cogió una botella de saborizante de cereza.

Wes observó al barman con desconfianza y Fenn casi se echó a reír. Con un movimiento de muñeca, Harper roció el líquido de cereza sobre el líquido dorado. La brillante capa de color carmesí penetró lentamente en la bebida ambarina como un veneno recorriendo las venas de un hombre.

—Se llama mordedura de serpiente. Ligerito, pero bueno —explicó Harper.

—Por supuesto —resopló Wes y cogió su vaso—. ¿Por qué me sorprenden las cosas que hacéis aquí?

Harper levantó las cejas y Fenn sonrió mientras daba un largo trago.

—Tranquilo, Costa Este. Te superamos en número.

Su amigo enarcó una ceja.

—Hay una expresión que dice que las personas no deben criticar a otras por un defecto que ellas mismas tienen, ¿verdad? Creo recordar que naciste en la misma ciudad que yo.

Fenn siguió sonriendo.

—Puede ser, pero me he criado aquí. Esa es mi ventaja. ¿Qué te parece?
—señaló la bebida.

—No está mal, nada mal.

Bebieron en un silencio agradable durante unos minutos, ambos observando a los clientes del bar, antes de que Wes hablara.

—Dejando a un lado nuestro primer encuentro, me alegro de haberte encontrado —las palabras apenas se oían por encima de los ruidos del bar, pero Fenn lo oyó.

Sus entrañas se contrajeron como si un par de manos invisibles las retorcieran por dentro.

—Lamento haberte dado una paliza. No sabía que Hayden era tu hermana —enterró la cara en su vaso, bebiendo y evitando la mirada del otro hombre durante un minuto.

—Exageré. No es que ella no se haya metido en problemas antes. Demonios, los atrae. No debería sorprenderme. ¿Sabes qué es lo gracioso de todo esto? —preguntó Wes.

Cuando Fenn esperó, continuó.

—Ella ni siquiera debería estar aquí. Ni siquiera debía saber que te habíamos encontrado.

—Entonces, ¿cómo se enteró?

—Aparentemente ha estado interviniendo mi teléfono durante meses. Pudo ver cada llamada, cada mensaje. Cuando supo que te habíamos encontrado, llamó al aeropuerto y reservó el avión privado de nuestra familia antes de que yo pudiera hacerlo. Me robó el avión. Tuve que volar hasta aquí en clase ejecutiva en un vuelo comercial.

La imagen de Hayden, colándose en un avión con una gabardina y gafas de sol oscuras mientras intentaba viajar de incógnito, hizo reír a Fenn.

—Eso suena como ella, hasta donde la conozco.

—Definitivamente, es una revoltoso —coincidió Wes, y luego se puso serio—. Fenn, sé que vosotros dos estáis... a falta de una palabra mejor, intimando. No estoy aquí para amenazarte o decirte que te alejes. Pero necesitas entender algo sobre ella. Es inteligente, muy inteligente, una de

las mujeres de negocios más astutas que jamás conocerás. Tiene un MBA y toda la intención de forjarse su propia vida. No es una chica mimada y sosa nacida para casarse con un hombre rico del círculo de nuestros padres. Ellos quieren ese futuro para ella, pero no es su destino. Cualquier hombre que decida estar a su lado debe saber que es mejor que no utilice el blando corazón y la pasión natural de Hayden para capturarla o cortarle las alas.

Fenn hizo girar su vaso de pinta, absorbiendo toda esta información. Las parejas de la pista de baile se rieron cuando empezó a sonar una melodía de two step. Dios, quería hacer eso con Hayden, compartir un baile con ella, verla reír y ser libre. ¿Qué podía ofrecerle? ¿Una caravana en un rancho que no era suyo? Ella merecía algo mejor, no cualquier cosa que él intentara darle.

—Nunca le haría daño. Es una de las mujeres más vibrantes y animadas que he conocido. Nunca querría hacerla infeliz —era una promesa grabada en lo más profundo de su corazón, que nunca rompería.

Wes inclinó el vaso hacia atrás y terminó su bebida.

—Bien. Eso es lo que quería oír —él y Fenn volvieron a mirar hacia la barra y le entregaron a Harper sus vasos vacíos.

—Vaya, vaya —dijo una voz sarcástica a sus espaldas.

Fenn se estremeció. Kyle Matthers. Miró por el largo espejo horizontal situado detrás de la barra y vio a Kyle, polvoriento y sudoroso, sonriendo como un chacal. El hombre tenía una cara creada para recibir puñetazos.

—No pensé que aparecerías por aquí después del rodeo. Tabasco te ha dado una paliza, ¿verdad? —Kyle golpeó a Fenn en la espalda tan fuerte que le dolió.

Realmente no debería darle un puñetazo, realmente no debería...

Capítulo Dieciséis

Por mucho que Fenn se dijera a sí mismo que no debía golpear a Kyle, no podía evitar querer hacerlo. Cerró las manos en puños y se concentró en controlar la respiración. Wes estaba tranquilo a su lado, pero sus manos también se habían crispado.

—Vete a la mierda, Matthers. Ni siquiera puedes clasificarte para la división juvenil.

Los ojos de Kyle se salieron de sus órbitas, y Fenn vislumbró el ataque del hombre utilizando el reflejo del espejo. Se agachó hacia la izquierda justo cuando el puñetazo de Kyle surcaba el aire.

Un movimiento y un fallo. La voz en su cabeza era la de un niño pequeño: La de Emery, de años atrás. Por alguna razón, el vago recuerdo, con matices dorados, lo hizo sonreír.

—Es solo otro día para ti, ¿eh? —gruñó Wes mientras lanzaba su propio puño contra Kyle y se unía a la refriega.

Amigos. Habían estado unidos una vez, y volverían a estarlo, Fenn lo sabía en lo más profundo de su ser.

—La vida no es interesante si no peleas al menos una vez al día —Fenn gruñó al recibir un golpe en el estómago de uno de los compinches de Kyle.

Harper gritó para que todo el mundo se detuviera, pero hubo vasos rotos y las parejas huyeron de la pista de baile cuando la pequeña riña se convirtió en una auténtica pelea entre varios hombres.

Alguien pateó a Wes por detrás, y Fenn vio con impotencia cómo su amigo se estrellaba contra una mesa de billar.

—¡Wes! —Fenn apartó a alguien de su camino de un puñetazo, con los nudillos doloridos mientras intentaba alcanzar la mesa de billar. De repente, Wes cogió un taco de billar y se levantó de su posición boca abajo.

¡Crack! El taco se quebró cuando Wes lo estrelló contra la espalda de un hombre, haciendo que cayera al suelo.

Fenn estaba tan distraído que no tuvo ninguna oportunidad cuando dos pares de brazos le rodearon los hombros y lo arrastraron hacia atrás.

—¡Soltadme! —ladró, pero los dos hombres que lo sujetaban sólo intensificaron su agarre. Kyle se dirigió hacia ellos.

—Sujetadlo —ordenó Kyle.

—¿Tres contra uno? ¡Éxito, cabrón! —espetó Fenn.

—Siempre pensaste que eras mejor que yo. Parece que no lo eres — Kyle se mofó y se acercó para asestar un golpe que seguramente lo dejaría inconsciente. Fenn levantó las piernas y lanzó una patada, golpeando a Kyle en el pecho. Con un gruñido, Kyle se tambaleó hacia atrás y se dobló sobre la cintura, respirando con dificultad.

Otros jinetes del circuito de rodeo reconocieron a Fenn y se lanzaron a la pelea, apartando a los dos gorilas que lo sujetaban.

—Que alguien eche a Kyle —exigió Harper. Hubo gritos de aprobación mientras arrastraban a Kyle y a sus secuaces.

Wes estaba apoyado en la mesa de billar, limpiándose la sangre de la boca y sujetándose las costillas con una mano de manera protectora. El hombre sonreía. Así que el estirado de la costa este disfrutaba de una buena pelea.

Wes y él compartieron sonrisas. No había nada como una buena pelea a puñetazos cuando tú y tu amigo estabais en el mismo bando.

Mientras servía dos pintas más de cerveza, Harper ofreció:

—¿Queréis hielo?

—Gracias —cogieron sus vasos y luego dos bolsas de plástico transparente con hielo.

Fenn y Wes bebieron en silencio durante unos minutos, antes de dar las buenas noches a Harper y a los otros jinetes que los habían ayudado en la pelea.

—¿Te sientes bien para conducir? —preguntó Fenn.

—Sí, conduciré.

Gracias a Dios. Estaba empezando a odiar conducir. Todo lo que quería era ir a casa y asegurarse de que Hayden estaba a salvo. La había hecho trabajar duro hoy, y había resistido como una verdadera guerrera amazona, con ampollas y todo. Había trabajado en los postes de la valla sin protestar durante horas. Él había tardado mucho más en acostumbrarse a esa cantidad de trabajo cuando había empezado a ayudar a Jim en el rancho. Definitivamente, Hayden se había ganado una buena cantidad de besos, y Fenn quería asegurarse de dárselos. Diablos, quería darle mucho más que eso, y lo haría, tan pronto como viera que ella estaba a salvo.



—¿ALGUIEN DEJÓ LAS LUCES DEL GRANERO ENCENDIDAS? —HAYDEN MIRÓ a través de las pequeñas cortinas rojas que enmarcaban la ventana sobre el fregadero de la cocina. Como las luces de la cocina estaban encendidas, vio su propio reflejo fantasmal que le devolvía la mirada, pero justo más allá un resplandor dorado procedente del granero brillaba a través de la oscuridad.

—Debí haber olvidado apagarlas —Callie se unió a ella en el fregadero y deslizó unos cuantos platos en el agua con jabón.

—Iré a apagarlas —Hayden se moría de ganas de echar un vistazo al establo y a los caballos, y esta era una excusa estupenda—. ¿Dónde está el interruptor? —se frotó las manos con una toalla y se apartó del fregadero para que Callie pudiera cambiar de sitio con ella.

—Gracias. El interruptor está junto a la puerta del monturero, justo dentro de la entrada principal del establo. Deberías llevarte a Coda por si te encuentras con coyotes —Callie asintió a la husky. Estaba sentada junto a las dos mujeres, pero sus ojos estaban fijos en los platos de la encimera con restos de pizza. Coda se inclinó hacia adelante, moviendo la nariz e inclinando ligeramente la cabeza.

—¿Coyotes? —a Hayden no le gustó cómo sonó eso...

—Coda es mitad lobo. Los perros solitarios suelen ser blancos fáciles para los coyotes, pero algo en la faceta lobuna de Coda parece mantenerlos alejados si la huelen —Callie sonrió de manera reconfortante—. Coda te protegerá, ¿verdad, niña? —se inclinó hacia ella y le acarició el pelaje blanco y gris.

Hayden resopló.

—Coda y yo no nos llevamos muy bien. Creo que me odia, o al menos tiene una actitud condescendiente —aunque tenía que admitir que habían congeniado al reparar la valla.

Callie soltó una risita.

—¿Los perros pueden ser condescendientes?

—Ella definitivamente lo es.

—Oh... —los ojos de Callie brillaron con comprensión—. No está acostumbrada a compartir a Fenn. La crio desde que era una cachorra de ocho semanas. Ella lo ve como su alfa.

Hayden estudió a Coda con una admiración llena de rencor.

—La salvó de que la mataran. Su madre vivía en la calle y un lobo la preñó. La mayoría de la gente teme criar cachorros de lobo porque les preocupa que los animales puedan ser violentos. Los otros cachorros de la camada de Coda fueron sacrificados por la perrera, pero Fenn estuvo allí donando unas mantas viejas y se enteró del sacrificio. Rescató a Coda y la adoptó. La llevó a casa y se la quedó. No era más que una bola de pelo blanco y ojos azules —Callie se arrodilló junto a la perra y rodeó el cuello de Coda con los brazos, abrazándola. La mezcla de husky y lobo acarició la cara de Callie con la nariz y le lamió la oreja—. ¿Ves? Solo has esto. No dejes que te excluya. Exige tu lugar en la manada de Fenn y ella tendrá que respetarte.

¿*Su manada*? La idea era un poco divertida, pero Hayden también lo consideró seriamente. ¿Hasta qué punto quería ella formar parte de su vida? Su respuesta instintiva la hizo quedarse quieta. Todo su ser quería formar parte de su vida. No había ninguna parte de ella que quisiera estar en otro lugar. Pasar sólo unos días en The Broken Spur le había dado una sensación de paz. La vida aquí era muy diferente a la de casa. Era mejor. Podía respirar y ser ella misma, sobre todo esa parte a la que le gustaba dejarse dominar por un amante en la cama.

Callie acarició la cabeza de Coda.

—Sé buena y ve con Hayden —como si la perra hubiera entendido sus instrucciones, trotó hacia Hayden, con las orejas erguidas y los ojos enfocados.

—Quizá quieras llevar esto —dijo Callie mientras le entregaba a Hayden una pequeña pistola que había sacado de un cajón—. Por si acaso.

No sé tú, pero yo no me siento del todo segura después de todo lo que ha pasado. Todavía hay alguien ahí afuera buscando a Fenn.

—Buen punto —Hayden cogió la pistola, se aseguró de que el seguro estuviera puesto y se dirigió hacia la puerta trasera. Nunca se había alegrado tanto de la insistencia de Wes en que asistiera a clases de tiro en un campo de local. Lo había considerado un paranoico, pero ahora... el arma la hacía sentirse segura.

—¿Estás segura de que no quieres que vaya papá? —sugirió Callie, un poco más seria—. Quizá él debería...

Hayden la miró por encima del hombro.

—No pasará nada. Tengo una pistola y un perro. Solo vigíleme por la ventana, ¿vale?

—Claro —Callie se frotó las manos en el paño de cocina y se posicionó en la ventana, apagando las luces de la cocina para tener una mejor vista del patio que conducía al granero.

—Volveré en unos minutos. Asegúrate de elegir una buena película para que la veamos —le guiñó un ojo a la joven y se dirigió a la puerta.

Jim había decidido asumir seriamente su papel como protector y quería ver una película con las chicas. Su decisión era tierna, pero hizo que Hayden sintiera un poco de envidia. Henry Thorne, su padre, nunca pasaría una noche en el sofá viendo una película con su hija después de un duro día de trabajo.

Bajando los escalones y con el husky pisándole los talones, Hayden se dirigió al granero. Sobre ella, el cielo despejado era un manto lleno de rocas obsidianas y de estrellas que centelleaban como miles de gemas. Era precioso. El aire estaba impregnado del perfume de las flores silvestres humedecidas por la lluvia, y los campos de hierba ondulaban lentamente bajo la suave brisa nocturna. Tan limpio, claro y abierto. Hayden inspiró profundamente, sonriendo un poco. Aún cansada y fatigada por el día, tenía la energía suficiente para dar el corto paseo hasta el granero. Abrió la puerta metálica de la pequeña valla que separaba el terreno del rancho y el granero, y la cerró tras de sí. Coda la siguió obedientemente hasta la puerta principal. Estaba abierta de par en par y las luces interiores brillaban en la noche como un rayo de oro.

Hayden presionó la puerta de madera con la palma de la mano y la abrió. En el interior del establo reinaba un silencio inquietante, más propio

de una tumba que de un espacio activo ocupado por caballos. Hayden se percató de que no oía ningún resoplido, ningún movimiento de pezuñas en el heno... ¿Qué les había pasado a los animales?

Coda gruñó y su cuerpo blanco y peludo se tensó. Sus orejas se hundieron y agachó ligeramente la cabeza, mostrando sus largos y blancos dientes caninos. Hayden también se tensó y el vello de la nuca se le erizó.

De niña había explorado las mansiones abandonadas y en ruinas de la Costa de Oro, cerca de su casa. Solía encontrarse con una habitación llena de polvo y con un ligero olor a podrido, pero a veces había algo más, la sensación de que no estaba sola. Su piel se erizaba y la sensación de incontables ojos fijos en su nuca, siempre observándola, la aterrizzaba hasta dejarla absolutamente inmóvil. Los fantasmas no podían hacerle daño; eran efímeros conjuntos de energía atrapados entre dimensiones. Una vez convencida de ello, huiría en busca de sus amigos.

Esto no se parecía en *nada* a lo que había experimentado en su infancia.

Lo que había dentro del granero con ella estaba contaminado y era real. Se esforzó por escuchar los sonidos a su alrededor, una débil respiración, el movimiento de los pies sobre el heno y la piedra. ¿Qué o quién estaba aquí? ¿Y por qué? Había una respuesta obvia, pero temía siquiera pensarla.

Coda avanzó a toda velocidad y Hayden intentó detenerla, pero la perra se lanzó hacia un establo, gruñendo. Una figura salió de un salto del establo contiguo al de Coda y cerró la puerta de un golpe, encerrando al husky que ladraba y aullaba. Un hombre con pasamontañas y vestido completamente de negro se volvió hacia Hayden justo cuando ella levantaba la pistola y le apuntaba al pecho.

—¿Dónde está Fenn Smith? —su voz era fría, suave y extrañamente carente de emoción. Sonaba antinatural, casi como si intentara ocultar su identidad—. ¿Dónde está? No me hagas preguntarlo una tercera vez.

El miedo se apoderó de ella, estrujándole el estómago y la garganta.

—No está aquí —gracias a Dios.

El hombre vestido de negro avanzó hacia ella.

—Deja de moverte —le quitó el seguro a la pistola—. Voy a disparar.

—No eres una asesina.

—Da un paso más y descúbrelo —lo dijo en serio. Le metería una bala si intentaba acercarse.

No se acercó, pero sacó lentamente una pistola de una funda lateral que llevaba en la cadera.

—Entonces nos dispararemos el uno al otro —se enfrentaba a un asesino.

Hayden tenía que tomar una decisión. Si disparaba, él también lo haría. O podía huir... Coda estaba a salvo, encerrada en el granero... Giró y corrió. Sus músculos gritaban, pero la adrenalina alimentó su carrera mientras salía del granero y se dirigía directamente a la casa. Sólo tenía que atravesar la valla, pero no había tiempo para abrir la puerta, eso la retrasaría y la convertiría en un blanco más fácil.

Por favor mírame, Callie, ¡llama a la policía! gritó con todas sus fuerzas, esperando que Callie la oyera si no podía verla.

Algo hizo *frufú* y un *pfift* al pasar junto a ella y chocar contra el poste de madera de la valla mientras trepaba.

No debo detenerme repitió su mente mientras caía de la valla y aterrizaba torpemente al otro lado. Estaba a medio camino de la casa cuando se percató de que estaba guiando al asesino hacia Callie y Jim.

Giró a la derecha, en dirección a la caravana de Fenn. Al entrar, cerró la cerradura con un golpe seco.

¡Zas! La cerradura de la puerta de la caravana cayó al suelo y el hombre abrió la puerta de un tirón. Hayden reprimió un grito, levantando la pistola hacia él pero sin poder disparar. El hombre le apuntó con su arma y ella miró el largo cañón. Un silenciador. Nadie oiría si le disparaba con él. A Hayden le escocía el brazo derecho y tenía la camisa rota y ensangrentada. De nuevo estaban frente a frente.

—Pude haberte matado. Considera ese arañazo como una advertencia.

A medida que él se acercaba, ella retrocedía más, hasta que sus rodillas chocaron contra el borde de la cama. No tenía otro sitio adónde ir. Su respiración estaba agitada y su cuerpo vibraba con la fuerza del miedo.

—Le disparaste al neumático del semirremolque.

—Sí —no dio más detalles. Una parte casi histérica de ella quiso reírse. ¿No se suponía que los villanos parloteaban sobre sus planes, dándole tiempo para planear una huida? Este hombre, con sus ojos muertos tras la máscara, no estaba haciendo eso. Se limitó a observarla y a esperar; ¿esperar qué? Hayden no tenía ni idea,

—Si Smith no está aquí, ¿dónde está?

Hayden se esforzó por pensar con rapidez. Si le revelaba el paradero de Fenn, su vulnerabilidad, podría entregarlo a la muerte. No podía hacer eso.

—Está en una reunión con el sheriff. Todo el escuadrón de agentes y la policía estatal están en camino para establecer un perímetro de protección. Saben que estás aquí y no te dejarán llegar hasta él —por lo que ella sabía, ésta se trataba de una verdad a medias; de hecho, era posible que no llegara ninguna ayuda real, pero al menos Fenn le contaría al sheriff lo que estaba ocurriendo.

El asesino entrecerró los ojos, con la pistola apuntándole al pecho. Pudo haberla matado, pero aún no lo había hecho. ¿Ella podría arriesgarse?

—¿Quién te contrató para matar a Fenn?

El hombre emitió un sonido de desaprobación que estremeció todo su ser.

—Tú y yo sabemos que no puedo decírtelo —miró su pistola, pensativo.

—Puedes irte; solo vete, y no le diré a nadie que has estado aquí. Abandona este trabajo y vete —intentó negociar, pero no esperaba que este último esfuerzo cambiara las cosas.

—Desgraciadamente, esto es personal. Me temo que tengo que enviar un mensaje a Smith, y tú vas a ayudarme —se abalanzó sobre ella, aprisionando la mano con la que sostenía el arma contra la cama. Luego le estrujó la muñeca hasta que jadeó y soltó el arma.

El grito de Hayden fue grave y gutural, un ruido surgido de sus pesadillas más profundas, mientras él le rasgaba la camisa de un tirón, desprendiendo los botones. La inmovilizó de espaldas sobre la cama y deslizó una mano enguantada sobre su brazo ensangrentado. Luego frotó el guante bañado en sangre sobre la camisa rasgada.

Hayden cerró la mano libre en un puño y lo golpeó en la mandíbula. Forcejearon durante varios segundos más, pero él no intentó hacer nada más que golpearla. Ella sintió que el corazón le latía con la fuerza suficiente para magullar sus costillas desde dentro. Se inclinó hacia atrás para luego echar la cabeza hacia delante. Sus cráneos chocaron con un estruendo espantoso, aturdiéndolos momentáneamente. Luchó por zafarse de él, pero la tiró del pelo hacia la cama, empujándola de cara contra las sábanas.

Utilizó las rodillas para inmovilizarla y luego le ató las muñecas con algo que le hirió la piel. La arrastró hasta ponerla de pie y la sacó de la caravana. Tambaleándose, tropezó y cayó al suelo en los escalones del

remolque. Sintió como si los huesos se le rompieran con el impacto y gimió. Rodó sobre su espalda cuando el hombre vestido de negro saltó el último escalón, y luego sus botas golpearon el suelo junto a su cabeza. Apenas podía moverse, con el cuerpo agotado por la lucha.

Él volvió a entrar en la caravana y, desde su posición ventajosa en el suelo, lo vio abrir un bidón de gasolina. La vertió en la parte inferior de la caravana, dejó caer la lata vacía y volvió a salir hacia donde ella seguía tendida en el suelo. Luego sacó un librito de fósforos. Se tomó su tiempo para elegir uno, encendiéndolo hasta que brotó una chispa.

—¿Qué haces? —jadeó Hayden, con los ojos fijos en la llama. Iba a prender fuego a la caravana de Fenn.

—Dejando un mensaje a tu amante —lanzó el fósforo encendido por encima del hombro hacia la caravana y luego se agachó para sujetarla por los brazos. La arrastró por la tierra hasta que estuvieron lo bastante lejos de la corriente de aire como para que ella no corriera peligro. Hayden vio cómo salía humo por la puerta de la caravana. Algo se rompió en su interior.

—¡No! Por favor, no... —gimió. La vida de Fenn se estaba convirtiendo en cenizas ante sus ojos. El asesino dirigió su atención hacia la casa del rancho y ella estiró las piernas en un intento desesperado de hacerlo tropezar—. ¡Déjalos en paz! Maldito seas, ¡déjalos en paz!

La miró, frunciendo el ceño.

—Dile a Smith que su hermano es el siguiente. Si quiere detenerme, estaré en Long Island. Preferiría acabar con los dos Lockwood a la vez —su risa macabra hizo que cada músculo dolorido de su cuerpo se tensara de terror.

Antes de que pudiera asimilar sus palabras, la golpeó con la mano que sostenía la pistola. En un instante, perdió el conocimiento y dejó de existir.

Capítulo Diecisiete

Greyson estudió a la mujer a la que acababa de dejar inconsciente. No le gustaba golpear a las mujeres; de hecho, sólo lo había hecho un puñado de veces en su vida, y nunca lo había hecho para matar, sólo para incapacitar temporalmente. Pero necesitaba dejarla inconsciente para evitar que recordara el incidente. Examinó su cuerpo, evaluando cómo quería llevar a cabo el resto de su plan, y luego le desabrochó rápidamente los jeans, los bajó hasta la mitad de sus muslos y esparció más sangre en ellos. Para él era importante dar a Smith la impresión de que había sido agredida sexualmente.

Greyson sería el primero en admitir que este no era su estilo habitual; tal vez era un poco dramático. Sin embargo, después de ver a Smith interactuar con la mujer, estaba seguro de que era necesario. Si lo que ella había dicho era cierto, Fenn Smith estaba consiguiendo protección local. Necesitaba una gran amenaza para provocar a Smith a actuar imprudentemente. Necesitaba un entorno en el que Smith no se sintiera seguro y estuviera completamente fuera de su elemento.

Greyson rodeó la caravana en llamas y atravesó el campo abierto hacia el bosque donde estaba aparcado su vehículo. Tenía planes pendientes porque sabía que Smith iría a por él. Y sería toda una masacre.



EL HUMO FORMABA UNA ESPESA NUBE EN LA CARRETERA QUE CONDUCÍA A la entrada principal, confiriendo una atmósfera inquietante a la tierra normalmente hermosa y despejada del rancho.

—¿Qué demonios? —Fenn se echó hacia adelante en el asiento del Jeep Wrangler, intentando mirar a través de la densa penumbra.

—¡Mierda! ¡Es un incendio! —Wes aceleró el Jeep hasta que dejó atrás la carretera que conducía a la casa del rancho. Un espectáculo de fuego los recibió. La caravana estaba ardiendo, y dos figuras bajaron corriendo por las escaleras del rancho hacia el infierno.

—¡Callie! ¡Hayden! —gritó Wes, con un tono de pánico y desesperación, mientras saltaba del Jeep aún en marcha—. ¿Dónde está Hayden?

—Fue al granero porque todavía había una luz encendida. Se llevó a Coda.

—¡Hayden! —Wes se llevó las manos alrededor de la boca y volvió a gritar su nombre.

Las llamas iluminaron una masa oscura cerca de la caravana. A Fenn se le heló la sangre en las venas, y durante un segundo no pudo respirar. Entonces su pánico fue ahogado por la adrenalina, y corrió hacia el cuerpo en el suelo. El calor del fuego era muy intenso, tanto que, cada vez que inhalaba, sus pulmones ardían y tosía con violencia.

—¡Ayudadme! —gritó.

Wes se unió a él, levantaron a Hayden entre los dos y la alejaron de la caravana en llamas. Tenía las muñecas atadas, y Fenn maldijo mientras sacaba la navaja del bolsillo delantero y cortaba las ataduras de plástico para liberarla.

—Cariño —susurró Fenn, con la voz ronca por el terror y el humo, mientras la tendía boca arriba y le colocaba dos dedos en la garganta. Un débil pulso palpitaba, delicado como las alas de un colibrí. El sudor y el polvo le cubrían la cara, pero no ocultaban el desagradable moratón en su sien. Alguien había golpeado a su mujer. Fenn quería aullar como una bestia salvaje hasta destruir todo a su alrededor.

—¡Jim! Llama al 911, ¡maldita sea! —espetó Wes.

Jim levantó el teléfono de la casa.

—Lo hice en cuanto Callie y yo vimos el fuego.

Wes se dejó caer, con la cabeza colgando y los hombros caídos.

—Gracias —dijo, agradecido.

Fenn apenas escuchaba. Estaba bloqueado, con recuerdos de noches horribles rondando la jaula de acero de su mente, como perros salvajes. Lo único que lo mantenía apenas bajo control era Hayden. Se obligó a concentrarse en ella, y su mirada recorrió su cuerpo tendido, observando la sangre y la camisa rasgada. Tenía los jeans desabrochados y bajados hasta la mitad de los muslos. Había más sangre allí, en salvajes patrones color escarlata. Bajo la luz tenue y poco uniforme del fuego, la sangre parecía negra y formaba franjas de un grosor parecido al alquitrán.

—¿Por qué hay tanta sangre? —gruñó Wes, pero Fenn se limitó a sacudir la cabeza mientras rasgaba un trozo de su propia camisa y lo ataba alrededor del brazo de Hayden para detener la hemorragia.

—No lo sé.

Sus miradas se cruzaron.

—No hay ninguna herida abierta aparte de su brazo. Parece que tal vez él... —ninguno de los dos pudo decirlo. ¿El bastardo la había violado?

Callie se acercó un poco más. Sus ojos inocentes parecían haber envejecido unos cuantos siglos debido al peso de su preocupación.

—Ha sido él, ¿verdad? El hombre enviado para matarte —supuso en voz alta.

Fenn no hablaba, no le salían las palabras. ¿Emery se había sentido de esta manera tras el accidente de Sophie? ¿Este sentimiento de impotencia y debilidad le había provocado un mareo por el pánico? Había jurado proteger a Hayden, pero esta era la tercera vez que ella había estado en peligro, y había sido herida por su culpa.

—Tal vez debería traer un poco de agua fría —Callie salió corriendo hacia la casa, dejando a los hombres esperando y preocupados.

Regresó rápidamente, colocando un paño frío en la frente de Hayden y un vaso en sus labios. Fenn le ayudó a abrir la boca para que el agua pudiera deslizarse por su garganta. Hayden se sacudió y tosió con fuerza antes de abrir los ojos. Volvió a tumbarse en la hierba, aturdida, con los ojos entreabiertos mientras estudiaba lentamente los rostros de cada uno de ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con las cejas fruncidas por la perplejidad.

—No lo sabemos. ¿Lo recuerdas? —Fenn la ayudó a incorporarse.

Los ojos de Hayden se abrieron de par en par, temerosos, mientras se sujetaba la camisa rota y ensangrentada y bajaba la cabeza, avergonzada.

—Había una luz encendida en el granero... —se llevó una mano trémula a la frente y se tocó el desagradable nudo rojo que le ardía allí.

—¿Qué más? —instó Wes en voz baja.

Hayden cerró los ojos, haciendo una mueca de dolor, y sus pestañas se alzaron.

—¡Coda! Está atrapada en el granero, en uno de los establos. Intentó protegerme, pero él la engañó. Entonces corrí... y me disparó —se le quebró la voz y extendió el brazo ensangrentado—. ¡Me disparó! —se lo mostró a todos con una sonrisa torpe.

—Creo que está en shock —susurró Jim—. Probablemente la pérdida de sangre, el traumatismo craneal y la adrenalina le han crispado los nervios.

Los otros dos hombres resoplaron suavemente, como sabuesos inquietos. La habían herido. Alguien pagaría por ello.

La sonora sirena de una ambulancia atravesó el aire nocturno y, poco después, se le unió el estruendoso rugido de un camión de bomberos.

Fenn no se molestó en observar los esfuerzos por rescatar su hogar; no importaba. Sólo Hayden importaba. Ayudó a los paramédicos a subirla a una camilla y meterla en una ambulancia. Nadie intentó detenerlo cuando subió al vehículo con el equipo médico. Wes empezó a acercarse a la ambulancia.

—Espera, yo también voy.

Hayden lo miró y sacudió la cabeza.

—Quédate aquí, Wes. Callie y Jim necesitan que alguien les ayude.

Su hermano negó con la cabeza.

—Necesitas que vaya. Tengo que cuidar de ti.

—Wes —Fenn llamó su atención—. Iré con ella. Estará a salvo. Lo prometo.

Wes dudó un momento, mientras su mirada se movía de Hayden a Fenn.

—¿Estás segura?

—Sí. Ayuda a Callie y a Jim. Te necesitan.

Con un movimiento de cabeza, Wes se apartó de la ambulancia.

—Fenn, llámame si necesita algo.

—Entendido —Fenn estrujó el hombro a Wes y se volvió hacia Hayden y los paramédicos.

Los dos paramédicos mantuvieron a Hayden despierta y hablando, pero ella no dijo nada más sobre lo sucedido. Cuando la ambulancia llegó al pequeño hospital, el sheriff Holt y dos de sus agentes ya estaban en la entrada. Fenn bajó de un salto y estrechó rápidamente la mano del sheriff.

—Pensé que ya no te vería más esta noche. Supongo que no. ¿Qué ha pasado?

—Todavía estamos intentando averiguarlo. Cuando Wes y yo volvimos al rancho, mi caravana estaba ardiendo y Hayden estaba inconsciente en el suelo. Pudimos despertarla y dijo que alguien le disparó y encerró a mi perro en el granero. No sabemos la causa del incendio —Fenn y Holt se apartaron del camino de los médicos mientras bajaban a Hayden y entraban con ella por las puertas correderas de cristal.

—Fenn, estoy bien. Llévame a casa —Hayden se cruzó de brazos mientras avanzaba junto a él en la camilla. Estaba haciendo un mohín. Si no hubiera estado tan furioso y preocupado, podría haberse reído. El sheriff apoyó las manos en las caderas, cerca de su pistola.

—¿Estoy en lo cierto al suponer que esto es parte del problema que te persigue?

—Todavía no estoy seguro —admitió Fenn a regañadientes. No le gustaba no tener un plan. Procuraba evitar la falta de preparación, sobre todo cuando se trataba de cosas realmente importantes.

La culpa consumía a Fenn por saber que su presencia ponía ahora al pueblo en peligro, y asintió.

—Creo que sí.

—¿Tienes alguna idea de cómo piensas manejar esto?

Siguieron a los paramédicos mientras llevaban a Hayden a una sala de examinación.

—Tendré que obtener su declaración cuando esté lista —Holt palmeó el hombro de Fenn y lo dejó entrar en la sala de examinación, donde un médico esperaba para cerrar la puerta.

Una enfermera entró en la habitación y sonrió a Hayden.

—Hola, señorita Thorne, soy Cathy. Le ayudaré a ponerse la bata. El médico esperará fuera con el señor Smith.

Hayden negó con la cabeza.

—No necesito cambiarme, y ambos pueden quedarse.

La enfermera frunció el ceño.

—Pero, los paramédicos han dicho... —miró al médico, claramente confundida.

El médico miró a Hayden.

—Señor Smith, puede quedarse siempre que a la señorita Thorne le parezca bien.

Hayden extendió la mano y se aferró a su camisa.

—Déjame sola aquí y eres hombre muerto —gruñó, pero sus ojos ligeramente vidriosos la hacían verse más cansada que amenazante. Si hubiera intentado obligarlo a marcharse, él habría luchado para quedarse. Ella estaba aquí por él, y él le debía su protección y apoyo.

Fenn dejó que lo empujara para sentarse a su lado en el borde de la cama de examinación. Un par de dedos aún sujetaban la camisa rasgada y ensangrentada.

—Supongo que la señorita quiere que me quede.

El médico de mediana edad suspiró y puso los ojos en blanco, como si le molestaran sus bromas juguetonas, pero la preocupación ensombreció su rostro. Comenzó a examinar a Hayden y le pidió que se quitara la camisa para poder ver la herida del brazo.

—La causa de la lesión es una herida de bala, ¿correcto? —preguntó el médico.

—Sí —respondieron al unísono.

—Hmm —el médico frunció los labios mientras limpiaba la herida, y luego arrugó el ceño—. Parece que va a necesitar puntos. Aunque sólo un par. El sheriff tendrá que hablar con usted en cuanto acabemos aquí.

—¿Puntos? —la voz de Hayden subió una octava, y su rostro palideció.

—Oye... —Fenn le cogió la barbilla y le besó la frente—. Unos puntos no están mal.

Ella frunció el ceño y se lamió los labios con nerviosismo.

—No me gustan las agujas. Vámonos, ¿vale? —susurró.

El médico la miró fijamente.

—Necesita puntos y, por lo que parece, puede que tengamos que realizar un análisis de violación —el médico miró a la enfermera—. Cathy, tráeme uno de esos, por favor.

—¿Qué? —Hayden casi chilló.

—Hayden, parece que fuiste... violada. Creo que el análisis es una buena idea —Fenn odió la forma en que sus ojos se ensancharon y se

llenaron de lágrimas brillantes mientras se tocaba los jeans desabrochados y la camisa rota. No quería volver a ver esa mirada. El miedo a lo desconocido en sus ojos le revolvió el estómago. Ella se quedó inmóvil durante un segundo, pero luego levantó lentamente la cara y un verdadero destello de claridad brilló en las profundidades de sus ojos.

—Él no hizo nada. Estábamos peleando y me rasgó la ropa y manchó de sangre, pero no me lastimó *realmente*.

—Pero pudo haberlo hecho después de dejarte inconsciente —argumentó Fenn.

—No. Estoy segura de que no lo hizo. Siguió diciendo que todo era un mensaje para ti. Para enfadarte lo suficiente como para actuar. Es un profesional, ¿verdad? Violarme no le habría servido de nada. Además está todo el tema del ADN; no creo que planeara que yo estuviera allí, y probablemente no correría ese riesgo. Apuesto a que montó esto para que pareciera una violación, esperando que te pusieras nervioso y actuaras precipitadamente. Incluso me dijo a dónde se dirigía, de regreso a Long Island. Quiere que vayas tras él.

—¿Por qué no intentaría matarme aquí?

Hayden sonrió, pero era más una expresión de astucia que de alegría.

—Fue obra mía. Le dije que tú y el sheriff conseguiríais refuerzos como la policía estatal. Muchos hombres, patrullas perimetrales... de todo. Quería que él pensara que el rancho estaría altamente vigilado.

—¿Le contaste todo eso? —Fenn tuvo que admitir que estaba impresionado. Ella había mantenido la calma y se había inventado algo que probablemente le había salvado la vida, haciendo que el hombre huyera en lugar de quedarse para hacer más daño.

—Sí.

El médico tosió cortésmente.

—¿Segura que no quiere realizarse el análisis?

—Estoy segura.

—Muy bien —fue a los armarios y sacó los artículos que necesitaba para coserle el brazo herido.

Hayden apartó la cara, enterrándola en el hombro de Fenn. Le sujetó la mano con tanta fuerza que él se preguntó si no terminaría por fracturarle lentamente cada uno de los dedos. Necesitaba distraerla.

—No puedo creer que unos pequeños puntos te asusten. Acabas de enfrentarte a un hombre armado que te ha disparado. Eres la mujer más rara que he conocido —le pasó los dedos por el pelo, jugando con los mechones y tranquilizándola.

—Agujas y alturas. Son mis cosas menos favoritas en el mundo —murmuró ella.

—¿Y cuáles son tus cosas favoritas?

Suspiró como si estuviera tan cansada que fuera a desmayarse. Él no la culparía después de lo que había pasado en los últimos días; en la última hora.

—Helado de chocolate y malvavisco, arena caliente bajo mis pies, luciérnagas en verano, tú...

Oyó la última palabra a pesar de que solo fue un susurro. ¿Él era una de sus cosas favoritas? Algo le estrujó el pecho y lo calentó con un calor que ardía lentamente.

Luciérnagas en verano. Hubo un tiempo en que a él también le gustaban las luciérnagas.

El zumbido... el brillo palpitante que se desvanecía, crecía, se desvanecía, crecía. El insecto negro arrastrándose por el tarro de cristal donde se encontraba.

El pensamiento parecía muy antiguo, más un sueño que un recuerdo, y enterrado bajo un intervalo de años que pesaban como piedras sobre su alma. Pero cuanto más pensaba en el pasado, menos le dolía la cabeza; como si su mente, al dejar de negar lo que una vez había sido, ya no se encontrara dividida entre dos mundos y dos vidas. Salió de sus profundos pensamientos y se centró en Hayden.

—¿Helado de chocolate y malvavisco? ¿De verdad? Ni siquiera sabía que eso existía. ¿Seguro que no lo has soñado? —bromeó Fenn.

—Una mujer nunca bromea sobre chocolate o helado, y menos cuando van juntos. Eso es cosa seria.

Hayden volvió a hacer un mohín y Fenn no pudo resistir la tentación de contemplar su labio inferior, grueso y rosado. La besó y mordisqueó ese delicioso labio inferior. Ella se abrió a él con avidez, pero no con tanta pasión. Estaba demasiado agotada, la pobre criatura. Le acarició la espalda, deseando tenerla en casa y metida en su cama para poder abrazarla mientras dormía.

—Ya casi —anunció el médico cuando sus bocas se separaron.

—¿Sientes dolor? —le preguntó Fenn.

Ella sacudió un poco la cabeza.

—Hay otros sitios que me duelen mucho más.

Él se tensó.

—¿Él te ha lastimado mucho? —cuando encontrara a ese bastardo, le arrancaría un miembro tras otro.

—No, tú lo has hecho, con toda esa construcción de vallas. Me duele la espalda —bostezó y sus ojos se cerraron durante un largo momento antes de que sus pestañas se abrieran de nuevo.

—¿Puedo llevarla a casa, doctor?

—Sí. Tendrá que rellenar unos formularios en recepción. Despiértela cada hora durante las próximas cuatro horas, ya que tiene una conmoción cerebral leve. Dele una aspirina en caso de dolor. Si hace falta, puedo recetarle algo más fuerte. Solo llámeme.

—Gracias —estrechó la mano del médico antes de ayudar a Hayden a ponerse de nuevo su camisa hecha jirones. Cuanto antes la llevaran a casa, mejor.

Holt seguía afuera. Echó un vistazo a Hayden y se volvió hacia Fenn.

—Puedo encargarme de su declaración mañana.

—Gracias. La llevaré a casa.

—Ten cuidado. Se avecina otra tormenta. Se abrió paso en el cielo mientras estabais en la habitación de examinación. Tengo un coche esperando para llevaros al rancho.

Más lluvia. Normalmente, a Fenn le habría encantado. Pero no ahora. La pobre Hayden ya había sufrido bastante. Dejó que Holt los condujera hasta la entrada del hospital, donde los esperaba un todoterreno del departamento del sheriff. La lluvia se movía en oleadas sobre el pavimento y, gracias a las grandes luces del aparcamiento, Fenn pudo ver que éste estaba inundado. La niebla surgía del pavimento como el humo de las fosas nasales de un dragón. *Cuentos de hadas*. Qué extraño que pensara en ellos cuando hacía años que no leía ninguno.

Hayden subió al vehículo e inmediatamente se recostó, se hizo un ovillo y cerró los ojos. Fenn rodeó la parte trasera del todoterreno y abrió la puerta frente a Hayden. La lluvia le salpicó la cara, pero la ignoró. Justo cuando se deslizó dentro del coche, vio una figura surgiendo entre las sombras de la

noche. La tormenta arreció y la figura, más oscuridad que un hombre mortal, se escabulló de nuevo en la noche. Un escalofrío le recorrió la columna, clavándose en su piel como las garras de cien pequeñas alimañas.

La persona que había atacado a Hayden aún no se había marchado a Long Island.

El ayudante del sheriff los llevó a casa. Fenn tuvo que despertar a Hayden una vez y se sintió como un cabrón.

—Lo siento, cariño. Órdenes del médico —murmuró. Los ojos de Hayden se llenaron de lágrimas y el cansancio se apoderó de su rostro.

—Sólo quiero dormir —suplicó. Le destrozaba por dentro verla cansada.

No podía culparla. Había pasado por un infierno dos veces en dos días. Ninguna mujer se merecía eso, y él la había obligado a construir una maldita valla porque necesitaba mantener cierta distancia entre ellos. Era un maldito tonto y un cobarde por permitir que una pequeña fiera pelirroja lo ahuyentara. Basta. Tenía que enfrentarse al miedo de enamorarse de ella. Estar con ella significaba asumir un riesgo, y él quería hacerlo.

—Joder —el ayudante del sheriff silbó al detenerse frente a la casa del rancho de los Taylor, viendo la caravana.

El hogar de Fenn no era más que un enorme esqueleto gris, un cadáver putrefacto parcialmente quemado de un antiguo dragón plateado consumido por sus propias llamas. Era algo curioso... pues rara vez pensaba en su vida de forma tan fantástica, pero a medida que su conexión mental con Emery crecía, también lo hacía esta extraña visión de su vida. Susurros de príncipes, de bestias con escamas, y feroces batallas parecían invadir su mente cada vez con más frecuencia.

—¿No lo recuerdas? —una voz preguntó en su cabeza—. *Historias que nos contábamos mientras...* —dolor y destellos de historias de cuentos de hadas sobre niños luchando contra bestias parecidas a dragones surgieron a través del vínculo compartido con Emery.

—Lo lamento —murmuró Fenn en voz alta.

—¿Qué? —preguntó el ayudante del sheriff mientras salía del vehículo.

—Estoy hablando solo —explicó mientras llevaba en brazos a una Hayden dormida hasta la casa. Dentro, Wes, Jim y Callie estaban sentados alrededor del salón, con los rostros pálidos y serios.

—Ahora vuelvo —les dijo antes de subir a Hayden. La llevó al cuarto de baño, preparó la ducha y se aseguró de que el agua estuviera caliente. Ella se apoyó, medio dormida, contra la pared mientras él la despojaba de su ropa y luego la conducía hacia la ducha. En cualquier otro momento, su desnudez lo habría distraído y excitado, pero ahora sólo veía a su mujer, herida y necesitada de sus cuidados. Fenn se llevó la mano a la nuca y sujetó la parte trasera de la camisa, tirando de ella hacia arriba y por encima de su cuerpo antes de arrojarla al suelo. Tenía que ducharse con ella. Se quitó los jeans pero se dejó puestos los calzoncillos. Sería fácil cambiárselos si se empapaban.

—¿Qué haces? —murmuró, parpadeando aturdida mientras entraba en la ducha con ella.

—Te acompañaré, cariño. Procura no mojar tu brazo. No debemos humedecer los puntos ni las vendas —luchó por ignorar su desnudez mientras ayudaba a lavar la sangre y la suciedad de su piel.

—Puedo hacerlo —la réplica infantil y petulante la hizo imposiblemente adorable.

—Sé que puedes, cariño. Sólo te estoy ayudando. Eres *mía*, y cuido lo que es mío.

—Lamento que tengas que hacer esto —se disculpó mientras él deslizaba un guante de baño sobre sus hombros.

Su comentario lo hizo detenerse.

—¿Por qué te disculpas? No es culpa tuya, sino mía. Has resultado herida por mi culpa. No logré mantenerte a salvo —la confesión le atravesó la garganta como una cuchilla mientras se tragaba su odio hacia sí mismo. En ese momento juró que encontraría al culpable y se vengaría. Si eso significaba coger el primer avión a Long Island mañana, eso haría.

—No es culpa tuya, es suya, del hombre que me hizo esto —ella lo pilló desprevenido cuando se puso de puntillas de forma temblorosa y le besó la mejilla, antes de desplomarse un poco contra él con un suspiro pesado.

Fenn luchó contra una sonrisa al ver cómo parpadeaba soñolienta, inclinándose más cerca de él y confiando en su fuerza. Eso lo hizo sentirse... maravilloso, saber que confiaba en él para cuidarla cuando se encontraba muy débil.

—¿Necesitas ayuda con el pelo? —preguntó, observando con preocupación cómo Hayden estaba teniendo problemas con el bote de

champú.

Ella parpadeó, con las lágrimas mezclándose con el agua de su piel, y se lo tendió.

—Por favor, no puedo. No puedo... me siento débil.

Su súplica lastimera lo deshizo, y su pecho se llenó de calor y tristeza. Quería protegerla, cuidarla, y había resultado herida, casi había muerto por su culpa. Vaya héroe que era. Cogió la botella y la ayudó a lavarse el pelo. Trabajaron en equipo; él satisfizo sus necesidades y ella aceptó sin oponerse.

Cuando vio que estaba limpia y la sintió cálida por el agua caliente, le preguntó si había terminado.

—Me siento mejor, pero todavía tengo sueño —admitió.

—Entonces vamos a meterte en la cama —la ayudó a salir de la ducha y la secó por completo con una mullida toalla blanca. Permaneció de pie, callada y medio despierta, mientras la ayudaba a ponerse una camiseta amplia y un par de sus calzoncillos, y luego la metió en su cama. No tardaría en despertarla, pero la dejaría descansar por ahora. Hayden se hizo un ovillo bajo las sábanas, con las pestañas apoyadas en las mejillas.

Se inclinó sobre ella y le besó la frente antes de volver a colocarse los jeans y coger una camisa nueva.

Cuando se reunió con los demás en el salón, se acomodó en una de las sillas vacías. Coda corrió hacia él y se apoyó en su rodilla, acariciándole la mano con su nariz húmeda.

—¿Cómo está? —preguntó Wes.

—Bien. Su brazo tiene unos cuantos puntos.

El hermano de Hayden hizo una mueca de dolor.

—¿Cómo conseguiste que aceptara? Odia las agujas.

La sonrisa de Fenn era seria.

—La convencí. Tuvo una conmoción cerebral leve y tendré que despertarla cada hora durante las próximas cuatro horas.

Jim se frotó los ojos.

—¿Te ha explicado el incidente?

—Al parecer, el agresor quería enviarme un mensaje. Fingió abusarla a propósito, esperando que me cabreara y bajara la guardia. Funcionó. También le dijo que él iba a volver a Long Island y que yo encontraría mi venganza allí.

—Es obvio que es una trampa —dijo Callie. Sostenía una taza azul pálido de té caliente. Sopló antes de dar un sorbo, pero sus ojos estaban cargados de seriedad.

—Sí —aceptó Wes. Apoyó los codos en las rodillas y miró a lo lejos—. El otro hombre, el que Emery mató la otra noche, hizo lo mismo. Atacó a Sophie para atraerlo.

—¿Estás sugiriendo que me quede aquí y no muerda el anzuelo? —la voz de Fenn era grave, casi un gruñido. La rabia que había mantenido a raya hasta ahora estaba saliendo lentamente a la superficie. Quería encontrar al responsable de la agresión contra Hayden y darle una paliza.

—No. Tenemos que ir —coincidió Wes—. Lo que estoy diciendo es que tenemos que anticiparnos y prepararnos para los problemas. Habrá que avisar a Emery, y él hará los preparativos necesarios para mantener a todos a salvo —parecía confiado, pero Fenn no lo estaba.

—¿Cómo sabes que eso ayudará? Tenemos que detener a este tipo en algún momento y averiguar quién está detrás de esto, o de lo contrario todos huiremos asustados el resto de nuestras vidas y nos esconderemos detrás de puertas cerradas con guardias. Yo no puedo vivir así. ¿Y tú? —Fenn volvió a ponerse en pie, comenzando a pasearse. Aún le dolía el tobillo y había renunciado a dejarlo curar. Ya se preocuparía de ese asunto cuando todo esto terminara. Coda gimoteó y se removió inquieta mientras lo miraba caminar. Se detuvo, le acarició la cabeza y las orejas.

—Ninguno de nosotros quiere vivir con miedo, Fenn, pero no podemos precipitarnos. Eso es lo que este enemigo quiere —argumentó Wes.

—Wes tiene razón —intervino Jim—. Ha estado lidiando con esta situación más tiempo que tú, hijo, y creo que deberíamos confiar en él.

Wes asintió en señal de agradecimiento.

—Gracias, señor Taylor. Esto es lo que creo que tenemos que hacer. Fenn, tienes que llamar a Emery, y yo haré los preparativos del viaje. El señor Taylor y Callie deberían quedarse aquí, ya que tienen que vigilar el rancho. Hablando de eso, señor Taylor, me gustaría hablar con usted más tarde. Una vez que Emery se entere de nuestro regreso a Long Island, Fenn, Hayden y yo volaremos a casa. Allí crearemos un plan para acabar con este bastardo y la persona que lo contrató. ¿Alguien tiene alguna objeción?

Fenn frunció el ceño.

—Sólo una. Hayden debería quedarse aquí. Ya ha corrido demasiado peligro.

El otro hombre negó con la cabeza.

—La última vez que le dije a mi hermana que se quedara en algún sitio, cogió el avión familiar y voló a Colorado. Es un error que no volveré a cometer. Puedo prometerte que una vez que volvamos a casa, nuestros padres la mantendrán ocupada y fuera de nuestro camino.

—No creo que eso le guste mucho.

Wes se encogió de hombros.

—Es eso o ponerla en peligro.

Fenn pensó que él tenía razón. Una vez que estuvieran en Long Island, necesitarían mantener a Hayden alejada de cualquier cosa que planearan hacer.

—Bien. Mientras la mantengamos fuera de peligro —Fenn extendió la mano—. ¿Me prestas tu teléfono? Quiero llamar a Emery ahora. ¿Le importará mi llamada a esta hora?

Su amigo se levantó y sacó su teléfono del bolsillo, luego se lo tendió.

—Ten. Está en mis contactos. No le importará; no si eres tú quien llama.

—Gracias —Fenn cogió el teléfono y salió del salón, pues necesitaba aire fresco.

En el exterior, los bomberos habían terminado de apagar el fuego y estaban recogiendo su equipo.

—Hemos terminado, señor Smith. Enviaremos un camión para que se lleve esto mañana temprano —dijo uno de los bomberos.

Fenn se quedó mirando la caravana durante un largo momento antes de contestar.

—Me parece bien. Gracias.

El camión se marchó y Fenn se quedó solo junto a las ruinas quemadas de su casa. Simplemente la contempló. Dentro pudo ver una foto de su pasado colgada de un imán en la nevera. La ira se agitó en su interior mientras se acercaba a la caravana y subía con cuidado los escalones, sin tocar el metal aún caliente. Quitó el imán y sostuvo la foto, limpiando la ceniza de su superficie. Era una foto suya a sus catorce años, sujetando la mano de Callie y posando para su primer día de colegio. Deslizó el pulgar sobre la foto, salió de la caravana y llamó a su hermano.

Emery contestó después de unos segundos.

—¿Wes? ¿Todo bien?

—Soy yo —dijo Fenn en voz baja—. Cogí prestado el teléfono de Wes. Tenemos un problema aquí.

Hubo una pausa, luego una respiración profunda.

—¿Todos están bien?

—Digamos que experimenté un poco de lo que viviste con Sophie. Un bastardo enmascarado le disparó a Hayden. La hirió, la dejó inconsciente de un golpe en la cabeza y quemó mi caravana.

—Joder —gruñó Emery—. ¿Hayden está bien?

—Está un poco magullada, tuvieron que suturarla. Él la usó para enviarme un mensaje. Se dirige a Long Island. Quiere despistarme al hacer que vaya tras él. Wes dijo que tenía que avisarte y decirte que nos iremos, probablemente en un día. Tan pronto como podamos. Dijo que querías hacer preparativos.

Emery se rio de forma pesimista.

—Sí, definitivamente haré eso. ¿Te encuentras bien? Ver lastimada a la mujer que te importa, por tu culpa, puede joder a un tipo. No es que esté diciendo que es tu culpa, pero es difícil no sentirse culpable. Simplemente no dejes que te afecte porque eso es lo que él quiere. Te lo garantizo.

Fenn cerró los ojos y contuvo la respiración un momento. Lo que le había sucedido a Hayden lo había enfurecido, más que eso. Estaba aterrado.

—Emery, estoy harto de tener miedo. Quiero acabar con esto y dejar de preocuparme de que vuelvan a herir a un ser querido.

—Estoy contigo, hermano. Tenemos que poner fin a esto. Tengo una boda que planear —Emery soltó una risita, con un tono mucho más ligero.

—¿Boda? —balbuceó la palabra—. Acabo de enterarme de que tengo un hermano, ¿y ahora te vas a casar?

—Es repentino, pero a veces simplemente sabes lo que necesitas cuando lo ves. Necesito a Sophie. Ella es como el aire en mis pulmones. No puedo vivir sin ella. ¿Qué sentido tiene esperar cuando sabes eso?

—Cierto. Para ser el hermano menor, eres sabio —Fenn se rio.

—Desde hace muy poco. Antes de conocer a Sophie, era un tonto.

Ambos compartieron otra carcajada.

—Tengo que ir a ver a Hayden. Wes o yo te llamaremos con los detalles sobre cuándo pensamos llegar —Fenn empezó a caminar de vuelta hacia la casa.

—Gracias. Mamá y papá estarán muy emocionados de verte.

Se le formó un nudo en la garganta.

—Estoy nervioso por conocerlos.

—No lo estés —respondió suavemente—. Hablaremos mañana, hermano.

—Mañana —asintió él, y ambos colgaron.

Capítulo Dieciocho

Las llamas consumían, derretían y destruían la caravana metálica. Hayden yacía indefensa, incapaz de moverse, de gritar. El hombre de la máscara negra estaba sobre ella, con ojos fríos pero no malvados. ¿Por qué no eran malvados? Ella no lo entendía. Un espeso humo gris se enroscó alrededor de su cuerpo tendido, cubriéndola hasta rodearla de nubes grises y asfixiantes.

—¡Socorro! —el grito salió de sus labios como alas silenciosas, para desvanecerse sin ser escuchado.

—Hayden —una voz profunda y familiar, además de una suave sacudida, la sacaron de la pesadilla que había parecido demasiado real.

—¿Fenn? —se removió entre las sábanas que estaban hechas un lío y se lanzó hacia él, buscando el consuelo que esperaba que le proporcionara. Se acomodó en la cama junto a ella, y se percató de que seguía vestido. ¿Él acababa de entrar en la habitación? ¿Sus gritos habían sido tan fuertes como para ser oídos fuera del dormitorio?

—Tranquila, cariño —le rodeó el cuerpo con los brazos, así que ella se acurrucó contra él—. ¿Qué te pasa?

Su lengua se sentía pesada y, por un momento, se sintió atrapada de nuevo en ese horrible mundo de humo y dolor. ¿Por qué siempre tenía que verla en su momento más vulnerable?

—Sólo es una pesadilla —intentó sonar despreocupada, pero no lo soltó.

Fenn le dio una palmadita en la espalda.

—¿Sólo una pesadilla? Me estás estrujando muy fuerte y no creo que se trate de un sueño tonto.

No la llamó cobarde ni se burló de ella, pero su comentario pareció animarla a hablar de lo que sentía. Hayden no quería hablar de ello. Quería que la abrazara.

—Por favor, abrázame —dijo en un susurro.

—Claro, cariño, lo que necesites —murmuró. Cada vez que la abrazaba, el mundo se reducía a él, y era todo lo que veía.

Levantó la cabeza y su mirada se clavó en él.

—¿Cualquier cosa? —su voz era grave y ronca. Definitivamente había algo que la distraería.

—Dilo —había fuego en sus ojos, del tipo que quemaba su alma hasta hacerla polvo para luego rejuvenecerla como un ave fénix de sus cenizas.

—Hazme el amor.

Cuando sus labios se separaron y Hayden vio un destello de resistencia en su rostro, presionó los dedos contra su boca.

—He recibido un disparo y me han golpeado en la cabeza con una pistola. Necesito esto. Te necesito a ti.

Hayden deslizó una mano por su pelo, amando la sensación de su piel, gruesa y sedosa, y su aspecto, como un encantador tono dorado. Desearía haberlo visto de más joven; sabía que habría sido un rompecorazones como Emery. Ahora era un hombre fortalecido por el tiempo y el dolor, en cuyas facciones sólo quedaba el fantasma de la inocencia. De alguna manera lo hacía más hermoso, el hecho de poder ver esa fuerza y el sentido de la supervivencia todavía allí.

—Uno de estos días tú y yo vamos a sentarnos a hablar sobre quién manda realmente en este dormitorio.

—Quizá necesite que me lo recuerdes —ella le guiñó un ojo y le dedicó una sonrisa pícaro.

Sus ojos se oscurecieron, esos estanques color canela se agitaron con su necesidad de dominarla, y Hayden quería que lo hiciera.

Por favor, hazme tuya, sólo tuya esta noche. Esperaba que él pudiera oír su súplica silenciosa.

—¿Cómo está tu brazo? ¿Y tu cabeza? ¿Necesitas más analgésicos? —le preguntó en voz baja—. Dime la verdad.

Hayden meditó su respuesta, evaluando interiormente sus heridas.

—Estoy un poco dolorida, pero no lo suficiente como para dejar de desearte —prometió.

—Eres incorregible. Lo sabes, ¿verdad? —los labios de Fenn esbozaron una sonrisa infantil.

—Y eso te gusta —le tocó el pecho con el dedo.

Él deslizó una mano hacia abajo para cogerle el culo por encima de las sábanas.

—Supongo que sí —se incorporó en la cama, tirando de ella. Se apresuró a quitar la sábana superior. Luego cogió su cinturón, que había colgado de un lado del cabecero. Sujetó las muñecas de Hayden y ajustó el flexible cuero alrededor de ellas. No le dolió, pero se sintió retenida, cautiva de una forma que nunca había imaginado posible con una simple atadura—. Ponte de rodillas frente al cabecero. Coloca las manos en el cabecero y no las muevas a menos que yo lo diga. Tengo otro cinturón y puedo atarte ahí si es necesario —la ayudó a ponerse en posición. Luego se arrodilló detrás de ella y le apartó el pelo del cuello. La respiración de Hayden se aceleró mientras Fenn lamía y mordisqueaba su piel sensible. Siguió besándole el cuello y acariciándole el oído con palabras susurradas mientras empezaba a apartarle la camiseta del cuerpo—. ¿Sabes cuánto te deseo? —le gruñó al oído mientras le sujetaba la camisa por el escote y la rasgaba en dos. El súbito y veloz corte de la tela la hizo jadear y Fenn le acarició el culo y luego se lo golpeó lo bastante fuerte como para provocarle un zumbido de placer. Besó cada centímetro de carne que iba desnudando mientras dejaba caer la camisa rota al suelo. Cada roce, cada beso, avivaba un fuego que ardía lentamente en lo más profundo de su ser. ¿Cómo conseguía siempre hacerla sentir deseada y protegida a la vez?

—¿Cuánto me deseas? —le susurró ella.

Fenn le acarició los pechos, amasándolos, antes de pellizcarle los pezones. El pequeño pinchazo de dolor la hizo desear más. Arqueando la espalda, se hundió más en su abrazo.

—Te deseo tanto que no puedo pasar ni unos minutos sin soñar con volver a estar dentro de ti. La forma en que me sujetaste, tan caliente y fuerte, como un puño —su tono se volvió casi gutural mientras le mordía el hombro, como un animal marcando a su pareja. Amaba la forma en que la poseía tan salvajemente. Él no parecía necesitar juguetes ni cadenas para

excitarla. Sólo un cinturón de cuero y una superficie plana. Demonios... era demasiado bueno para ser verdad.

—Recuerda, mantén las manos en el cabecero y no las muevas a menos que yo diga lo contrario —deslizó la punta de un dedo sobre el cuero y su piel, como si admirara el aspecto de la marca que había dejado en ella; su cinturón le sujetaba las muñecas, manteniéndola atada y un poco indefensa. El aliento de Fenn se volvió ligeramente áspero contra su cuello.

—Me encanta verte atrapada así. Yo solía atar terneros de niño. Quizá pronto podamos intentar esto con una cuerda, en vez de cuero —le acarició el cuello con la nariz y luego le pellizcó el punto ultrasensible justo detrás de la oreja.

Fenn aumentó lentamente la tensión entre ellos mientras le quitaba los calzoncillos y los arrojaba a un lado. Estaba completamente desnuda, de rodillas, frente al cabecero. Sus manos se aferraron a la madera y sus nudillos se tornaron blancos mientras él le acariciaba el monte y deslizaba un dedo por su clítoris.

—¿Cuánto me deseas, cariño? —su pelo le hizo cosquillas en la mejilla mientras la acariciaba con la nariz y seguía provocándola. Su vientre estaba lleno de calor y deseo, y ansiaba tenerlo dentro de ella para aliviar el dolor de ese vacío.

—Demasiado —jadeó Hayden. Fenn utilizó la punta de un dedo para acariciar el sensible interior de sus pliegues. La sensualidad de la caricia, suficiente para excitarla, pero insuficiente para darle la liberación que necesitaba, la hizo gemir.

—¿Qué quieres que haga? Quiero oír las palabras —balanceó su pelvis dentro de los jeans contra su trasero. La sensación del áspero roce de la tela contra su culo desnudo hizo que sus muslos se estremecieran. Un torrente de humedad salió al encuentro de su dedo cuando lo introdujo profundamente.

—Fóllame, por favor, Fenn —siseó, sorprendida por sus propias palabras, pero eso era lo que quería. Quería su poder, su dominación; todo, ahora mismo.

La risa de Fenn era suave y profunda, deslizándose sobre su piel. El susurro del algodón mientras se quitaba la camiseta la hizo estremecerse. Reprimió un gemido al oír la cremallera de sus jeans detrás de ella. La

sujetó por la nuca con una mano y utilizó la otra para introducirle la polla por detrás. Al entrar unos centímetros, la embistió súbitamente.

—¡Oh! —se le escapó un grito de sorpresa y jadeó mientras intentaba adaptarse a él.

Fenn no esperó. Empezó a sacudirla, con la pelvis golpeándole el culo mientras la penetraba repetidamente por detrás. Después no hubo palabras, sólo fuertes embestidas y respiraciones agitadas. Hayden se aferró al cabecero, adorando la forma en que él presionaba el pecho contra su espalda, uniéndolos mientras la follaba con fuerza y profundidad. Sus músculos internos se esforzaron por rodearlo y oprimirlo.

—Eso es, cariño, con fuerza —Fenn gimió y aumentó el ritmo hasta que sus caderas se movieron como los pistones de una máquina perfectamente engrasada.

Hayden no podía pensar más allá del creciente placer. La sensación de su polla dentro de ella, arrastrándose ásperamente por las crudas terminaciones nerviosas recién descubiertas. El agarre posesivo de sus manos en el cuello, la forma en que ella no podía moverse, sólo podía recibir lo que él quisiera darle.

Rendición.

Eso era lo que Fenn quería y ella se lo estaba dando. Ralentizó el ritmo un instante y, cuando Hayden protestó con un pequeño gemido, le azotó fuertemente la nalga derecha. Ella se sobresaltó y todo su cuerpo alcanzó un nuevo nivel de conciencia. La azotó cinco veces más y luego volvió a ese ritmo frenético de penetración, y Hayden explotó. Encendida por dentro como una supernova, abrió la boca para gritar. Él le cubrió la boca con una mano, ahogando su grito mientras maldecía, y la respiración entrecortada de Fenn era una sinfonía dulce y erótica para ella.

—Joder —gimió él y dejó que su cuerpo se hundiera contra ella desde atrás.

Con una risa entrecortada, Hayden giró la cabeza y le acarició el cuello con la nariz.

—¿Tu cabeza ha vuelto a explotar por mi culpa?

Las manos de Fenn abarcaron su cintura, con sus dedos clavándose deliciosamente en su piel mientras él mordía su garganta en respuesta, y el dolor fue malditamente bueno.

—Cariño, has logrado explotar más que eso —permaneció dentro de ella un momento más. La simple conexión superaba cualquier cosa que ella hubiera soñado. Era como si estuvieran unidos a nivel celular—. Creo que es hora de que mi descarada señorita duerma —le cogió la barbilla y la besó profundamente. Fue el tipo de beso que hacía que una mujer se olvidara de su propio nombre.

—A veces hablas como un vaquero —se rio nerviosamente.

—¿Lo hago? —soltó una risita, se separó de ella y le quitó el cinturón de las muñecas. Al instante, Hayden echó de menos la sensación de su conexión y la excitación de la restricción del cinturón.

—Sí. No todo el tiempo, sólo a veces —empezó a coger su ropa, pero él la arrojó al suelo. Considerando el estado de su camisa, ella tendría que conseguir una nueva de todos modos.

—Esta noche dormirás desnuda, nada de ropa —su poderosa mirada la hizo tragar duro y meterse de nuevo bajo las sábanas. Fenn se bajó de la cama y se desnudó, dándole la oportunidad de maravillarse con la visión de su culo desnudo y la forma en que sus músculos se flexionaban. Desapareció en el cuarto de baño y salió un minuto después completamente desnudo. Incluso flácido, el hombre seguía siendo impresionante. Cuando Hayden levantó la mirada, la estaba observando.

—Deja de mirarme así o te doblaré sobre la cama y te follaré otra vez. Tienes que descansar —caminó hasta el otro lado de la cama, apagó las luces y se unió a ella.

Esperó a que se acomodara por completo y, cuando la alcanzó, rodeándola con los brazos y adaptándose a su cuerpo, ella habló:

—No es mala idea.

—Calla, duerme o te azotaré. Los dos sabemos que necesitas descansar. En cuanto estés mejor, haré muchas cosas para mantenerte ocupada.

—¿Lo prometes? —susurró.

—Lo prometo —la rudeza de su tono se vio atenuada por el dulce beso que le depositó en la mejilla antes de que ella liberara su consciencia. La última sensación que tuvo fue la de sus brazos aferrándose a ella como si fuera preciosa... como si la amara.



EL CONTACTO PIEL CON PIEL ERA LO QUE FENN REALMENTE NECESITABA para descansar. No debería haber follado a Hayden esta noche, no cuando estaba herida y asustada, pero algo oscuro y salvaje en su interior había sido incapaz de negar su necesidad de ser reclamada y complacida. Cuanto más la atraía a su mundo, más en peligro parecía estar, pero ella no se marcharía y él no parecía dispuesto a renunciar a ella.

La estrechó con más fuerza contra el refugio protector de su cuerpo. Estaba profundamente dormida, su respiración era suave y uniforme. El sonido de su respiración hizo que algo se le oprimiera en el pecho. Estar con ella parecía una cura para su soledad. Supuso que, al ser un gemelo que había pasado veinticinco años solo, estaba obligado a buscar a alguien que llenara ese vacío. Pero Hayden no era un reemplazo para Emery. Ella era algo... más.

Oh, cómo temía el mañana. Volverían a casa... un lugar que apenas recordaba. Era como espiar un mundo a través del grueso cristal de una botella, todo en sus recuerdos estaba difuso y distorsionado. En unas horas, tendría que levantarse, empacar y volar a Long Island. Deseaba quedarse aquí, en esta casa, en esta cama, con esta mujer. Todo lo que ocurriera al otro lado de la puerta de su habitación complicaría enormemente su vida.

Las cortinas abiertas de la ventana se agitaron con la brisa nocturna y los rayos de luna avanzaron lentamente por la habitación. Contempló la evolución de la noche, incapaz de dormir o descansar durante unas horas. ¿Y si el pistolero volvía? La casa tenía alarmas, pero el instinto de permanecer alerta lo mantenía despierto. No se lo había dicho a Hayden, pero guardaba una de las pistolas de Jim debajo de la almohada. Por si acaso. Nunca había tenido una propia, nunca había visto la necesidad hasta ahora. Sin embargo, Jim era de la vieja escuela, y guardaba un montón de éstas en su armería del salón.

Se aferró a Hayden como si fuera un salvavidas en medio de una gran tormenta. Ella volvería a su propia vida y él y Wes se asegurarían de que estuviera fuera de peligro. Era por su propio bien, pero iba a odiar cada minuto que pasara sin ella.

¿Cómo diablos voy a superar esto?

Su hermano habló a través de esa débil conexión. *Conmigo a tu lado. Juntos.*

Juntos. Estuvo de acuerdo.



—NO PUEDES HABLAR EN SERIO. NO VOY A SUBIRME A ESO. CREÍA QUE íbamos a coger un avión de verdad —Fenn sujetaba la correa de Coda con una mano y el asa de su vieja bolsa de lona azul marino con la otra. Estaba en la pista de aterrizaje de un pequeño aeródromo privado a media hora de Walnut Springs, mirando un pequeño jet de lujo.

—*Es un avión de verdad* —Wes parecía ligeramente ofendido—. Y bastante caro. Es un Gulfstream G150.

Fenn lo miró de reojo.

—¿Tienes algún problema con volar en clase turista o algo así?

Wes se quedó boquiabierto.

—¿En clase turista? ¿Con esos pequeños paquetes de cacahuets y bebés gritones? —se mofó—. No, gracias. Paso —se volvió para saludar al piloto y sacó su maleta del Jeep.

—Vaya... —Callie miró con los ojos muy abiertos el elegante jet blanco.

Wes le dedicó una lenta sonrisa.

—Te llevaré alguna vez. Lo prometo —se volvió hacia Jim—. Señor Taylor, manténgame a mí y a mi hermana informados sobre el rancho. Hayden tiene algunas ideas para aumentar sus ingresos. Y tenga cuidado. Tanto usted como Callie debéis tener cuidado. Tenéis mi número de móvil. Quiero que cualquiera de los dos me llame si cree que está en peligro.

Jim se encontró con su mirada y asintió.

—Por supuesto, Wes. Gracias por toda tu ayuda. Cuida de Fenn por nosotros.

Fenn intentó que la partida no le afectara, pero no fue así. Abrazó a Callie, estrujándola y susurrándole al oído.

—Cuídate, niña, y cuida a tu padre. No te metas en líos —cuando se apartó, ella se estaba secando las lágrimas de los ojos.

—Me alegro mucho por ti, Fenn. Vas a conocer a tu familia.

Le besó la frente y la miró a los ojos.

—Jim y tú también sois mi familia. No lo olvides nunca —la soltó a regañadientes y estrechó la mano extendida de Jim.

—Cuídate, hijo. Estaremos aquí cuando estés listo para volver —los ojos del viejo ranchero se empañaron, pero no lloró.

—Gracias, Jim. No te atrevas a hacer ningún trabajo en el rancho. Si haces algo que te lastime... —Fenn se aclaró la garganta, deshaciéndose del extraño nudo allí antes de continuar—. Necesito saber que estarás bien mientras yo no esté. Ya no quiero verte en el hospital, ¿entendido?

—Te entiendo, hijo. Nada de trabajo. Thorne me ha dicho que ha hablado con algunos rancheros de la ciudad y que pueden ahorrarme trabajo durante un tiempo. Le pagaré al señor Thorne, por supuesto —Jim asintió a Wes, quien le devolvió el gesto en señal de silenciosa comprensión.

—Bien —Fenn recogió su bolso de mano y se dio la vuelta; su corazón parecía astillarse por dentro ante la idea de abandonar su hogar y la única familia que realmente conocía. Coda lo siguió cuando empezó a caminar hacia la puerta abierta del avión.

Hayden estaba de pie al final de la pequeña escalera, pues ya se había despedido. El viento agitaba su hermoso pelo rojo fresa en ondas rebeldes mientras se apoyaba contra un lado de la puerta, con una pequeña sonrisa curvándole los labios mientras lo miraba a él y a Coda subir los escalones. La perra se detuvo justo en la entrada, olisqueando la alfombra interior, asustada.

—Vamos, Coda —Hayden le dio una palmada en el muslo y el husky levantó la cabeza para observarla antes de entrar lentamente en la cabina del avión. Entonces, Hayden se centró en Fenn—. ¿Estás preparado?

Él negó con la cabeza. *¿Preparado?* Nadie podía estar realmente preparado para lo que estaba a punto de hacer.

—Venga, vamos a acomodarnos a Coda y a ti.

Subió los escalones y entró en el avión. Se quedó boquiabierto. El interior del avión estaba conformado por madera de nogal pulida y cuero blanco con matices color crema. Seis sillones de felpa llenaban la cabina. Coda avanzó y olfateó las sillas y las dos mesas de madera brillante antes de saltar a un asiento del fondo. Fenn observó a Wes y a la tripulación subir a bordo, debatiendo si debía hacer que Coda se sentara en el suelo.

Hayden soltó una risita detrás de él.

—Creo que a alguien le gusta el jet —ella le rodeó la cintura con los brazos y lo abrazó por detrás. Su sangre se calentó ante el simple pero íntimo abrazo.

—Supongo que es agradable —admitió a regañadientes. Seguía sin gustarle lo pequeño que era, pero su interior era cómodo.

Hayden le acarició el vientre y apoyó la mejilla en su hombro.

—Hablabas del perro.

Coda alzó las orejas y los miró, con la lengua asomándose por un lado de su boca. Fenn se rio, relajándose un poco.

—El piloto está listo para despegar —Wes cerró la puerta del avión y se unió a ellos mientras todos se sentaban. El cuero era suave como la mantequilla y las sillas acolchadas.

—¿Has llamado a Emery? —preguntó Fenn a Wes.

—Sí. Sabe que vamos para allá.

—Bien —la sensación de vacío en su estómago no desapareció, incluso cuando el avión despegó unos minutos más tarde. Se concentró en el suelo que se estrechaba rápidamente y en las nubes que se elevaban con rapidez. Pronto. Pronto se reuniría con su familia. Y la idea de ese encuentro lo tenía aterrado.



HAYDEN VIGILABA ATENTAMENTE A FENN. NO HABÍA DICHO UNA PALABRA en mucho tiempo. Solo miraba por la ventana, con la mirada distante. ¿En qué estaría pensando? ¿En su familia? Le gustaría saber qué decirle para que tranquilizarlo, pero no podía imaginar la situación por la que debía estar pasando. Era imposible siquiera empezar a concebir estar en su lugar, sabiendo que iba a encontrarse con su verdadera familia después de veinticinco años separado de ella.

—Mamá dice que vuelvas a casa en cuanto lleguemos —anunció Wes mientras revisaba los correos electrónicos en su teléfono.

Hayden palideció. Todo había cambiado en los últimos dos días. Había experimentado una vida diferente, una mejor; una que la satisfacía y la hacía feliz. La perspectiva de volver a casa, de ver a sus padres... todo estaba vacío. Ya no le importaba demostrar que podía llevar a Fenn a casa y ganarse algo de respeto. Ese deseo era superficial en comparación con los otros deseos que habían llenado su corazón los últimos días. Pero, ¿qué podía hacer? Estaba atrapada en una jaula dorada.

—¿Por qué no puedo quedarme contigo? —le suplicó a Wes—. Ya sabes lo que me harán cuando vuelva. Fiestas y recaudaciones de fondos y... Oh, por favor, Wes, sabes que odio esas cosas —además de eso, ella se veía y se sentía fatal. Con los puntos y los moratones, no estaría en condiciones para ninguno de los planes de su madre. Casi podía imaginar lo furiosa que se pondría cuando se enterara de la herida de bala. Si Hayden tuviera algún daño o defecto, arruinaría sus posibilidades de aceptación entre los posibles candidatos de su madre.

Tal vez debería recibir otro disparo, musitó.

—Sabes que no me gusta involucrarme, Hayden. Sólo pasa desapercibida unos días, recupérate. Luego hablaremos de cómo sacarte de ahí —la atención de Wes era parcial mientras tecleaba en su teléfono.

—Hermanos —murmuró—. Completamente inútiles.

Wes ni siquiera levantó la mirada.

—Te oí.

—Bien —se removió en su asiento y se permitió hacer un mohín. A veces era bueno ceder a eso, por infantil que fuera. Pero él no lo entendía. Tenía una vida, un trabajo, una forma de mantenerse. Sus padres lo dejaban en paz. Sin embargo, intentaban activamente impedir que ella se independizara.

Había necesitado doce entrevistas de trabajo fallidas miserablemente para percatarse de que la estaban saboteando. Lo sabía con certeza porque le había ido muy bien en una entrevista con una empresa de inversiones en Manhattan antes de que el móvil del entrevistador sonara. Él había echado un vistazo al identificador de llamadas, contestado y salido de la sala. Luego había regresado, disculpándose y diciendo que el puesto ya estaba ocupado. Él había cogido el paquete de recursos humanos que le había dado para luego acompañarla fuera de sus oficinas. Al regresar a casa esa noche, su padre había mostrado esa sonrisa de suficiencia que lo caracterizaba cuando ganaba una pelea contra alguien. Hayden supo que había sido ella,

El avión se sacudió levemente e inició un lento descenso.

—Pasajeros, preparaos para aterrizar en unos diez minutos —la voz del piloto se oyó a través del intercomunicador.

Fenn se sentó erguido, pareciendo ser consciente nueva y súbitamente de todo lo que los rodeaba.

—¿Estás emocionado? —preguntó Hayden, ofreciéndole lo que ella esperaba que fuera una sonrisa de apoyo.

Fenn frunció los labios y se pasó una mano por el pelo.

—Aterrorizado —admitió, y luego apartó la mirada como si la confesión hubiera sido demasiado para él.

Hayden se inclinó sobre la mesa y cubrió una de sus manos con la suya, estrujándola suavemente. Él no volvió a mirarla.

Resiste, lo animó en silencio.

El avión empezó a descender y las ruedas chocaron contra la pista en cuestión de minutos. Hayden contuvo la respiración.

Sintió una oleada de nervios en el vientre, a pesar de que no tenía motivos para estar asustada. Fenn Lockwood estaba en casa. Una sonrisa curvó sus labios, pero era una sonrisa melancólica.

¿Ya lo he perdido? No estaba preparada...

Capítulo Diecinueve

Fenn se sujetó el sombrero al salir del avión y bajar la escalerilla. No estaba seguro de qué esperar. Lo que vio fue un todoterreno negro y a dos hombres con gafas de sol parados junto al vehículo. Uno de ellos era joven, de unos veinticinco años y cabello rubio despeinado. Tenía una mano vendada y escayolada, al igual que una pierna. Llevaba vaqueros y una camiseta gráfica con una chica hula. Fenn intentó no quedarse mirando, pero no pudo evitar preguntarse quién era aquel hombre. Parecía tan fuera de lugar como Fenn se sentía en aquel momento. El otro hombre tenía unos cincuenta años, pero lucía increíblemente bien. Llevaba vaqueros y una camisa negra. Portaba una pistola enfundada cerca de la cadera. Fenn condujo a Coda hasta los hombres.

—¿Está Emery? —les preguntó. No se le había ocurrido preguntarle a Wes si Emery estaría en el aeropuerto o no, pero había supuesto que su hermano estaría allí para recibirlo. Una gran decepción se apoderó de él.

El hombre más joven sonrió ampliamente.

—Joder, es igual que él, ¿verdad, Hans?

El hombre mayor se quitó las gafas de sol y le tendió la mano a Fenn.

—Soy Hans, guardaespaldas de Emery. Ahora también soy el tuyo —señaló con el pulgar al hombre más joven—. Este es Cody, experto en tecnología residente.

Fenn estrechó la mano de Hans y no pasó por alto el fuerte apretón del otro hombre. ¿Su hermano tenía un guardaespaldas personal?

—Encantado de conocerte —dijo, y luego se volvió hacia Cody—. ¿Cody? —estrechó la mano del más joven.

Cody se rio, y lo miró con diversión.

—Vaya, tío. Tengo que decirte lo increíble que es conocerte por fin.

Hans le dirigió a Cody una mirada divertida antes de volver a hablar con Fenn.

—Vamos a subir tu equipaje y luego nos vamos. Cody, que uno de los ayudantes traiga su maleta.

—Claro —Cody se dirigió hacia el avión donde estaban descargando el equipaje.

—¿Y quién es éste? —Hans se arrodilló junto a la perro y lo acarició con la mano.

—Coda.

—¿Coda? —Hans soltó una risita—. No puedo esperar a decírselo a Cody.

La divertida actitud del guardaespaldas hizo que Fenn se sintiera más a gusto.

—¡Fenn! —Hayden corrió hacia él, seguido de Wes—. ¿Quieres que vayamos contigo?

—Hayden, él no... —empezó Wes, pero Fenn le interrumpió.

—Podéis venir conmigo —no había querido preguntar, y se alegró de que Hayden se hubiera ofrecido. Ella y Wes eran las dos únicas personas que conocía y quería que estuvieran allí para apoyarlo.

El evidente alivio de Hayden lo reconfortó por dentro. No quería dejarla marchar, aunque Wes y él habían acordado que debían enviarla a un lugar seguro. Estar con ella le ayudaría a afrontar la reunión con su familia. Ella era una roca y necesitaba apoyarse en ella, al igual que ella se había apoyado en él cuando se habían quedado varados en la montaña. Juntos se sostenían el uno al otro.

Una vez guardadas las maletas, todos se montaron en el todoterreno, incluida Coda en la parte trasera, callada y observadora, como si pudiera percibir la angustia de su amo y quisiera estar alerta para protegerlo. Hans condujo y Fenn contuvo la respiración durante varios segundos mientras llegaban a la carretera principal. Hans se desvió rápidamente por un camino más pequeño. Hayden se sentó entre Fenn y Wes en el asiento del medio. Cubrió la mano de Fenn con la suya y él la estrechó de vuelta.

Tenía muchas preguntas.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Emery? —le preguntó finalmente a Hans.

Hans no contestó inmediatamente.

—En realidad, trabajo para su padre. Me contrató al día siguiente de que encontraran a Emery.

Hans se quedó estupefacto.

—Pero eso fue hace veinticinco años.

Hans lo miró por el retrovisor, sus ojos cargados de tristeza.

—Sí, eso fue. Ahora soy más una sombra que un guardaespaldas. Tu hermano ha aprendido a cuidarse solo con los años. Pero después de que encontraran a Emery, temían que se lo llevaran de nuevo y estaban destrozados por haberte perdido. Necesitaban a alguien que cuidara de todos ellos.

A Fenn se le hizo un nudo en la garganta al imaginarse a sí mismo; sólo que no exactamente a él, yendo a la escuela, montando a caballo, siempre envuelto por la nube del pasado y la amenaza de que volviera, y teniendo que lidiar con alguien como Hans, quien seguía todos sus movimientos. ¿Qué clase de vida podía tener un hombre si no podía escapar de eso?

El silencio en el coche era denso, pero no había forma fácil romperlo. Fenn estaba demasiado ensimismado en sus pensamientos.

—Ya hemos llegado —dijo finalmente Cody desde el asiento del copiloto.

Fenn se inclinó un poco más hacia Hayden y le cogió las manos mientras miraba por la ventanilla delantera hacia la antigua casa de los Lockwood.

Unas puertas negras de hierro forjado se alzaban ante ellos. Dos columnas de mármol enmarcaban las puertas, y más allá, a lo lejos... la casa. De estilo colonial, con cuatro plantas y hiedra cubriendo las paredes y adornando las numerosas ventanas. El cielo nublado dio paso a una ligera niebla que ocultó parcialmente el monolito distante. Pequeños escalofríos, como diminutos dedos invisibles, subieron y bajaron por su espina dorsal a medida que se acercaban. Las puertas se abrieron y luego se cerraron tras ellos, y Fenn sintió como si hubiera atravesado un portal mágico a otro reino.

—*¿Sois mis dulces príncipes?* —dijo una voz femenina con un tono burlón. Su corazón se detuvo. Madre. Era la primera vez que recordaba su

voz y la forma en que solía burlarse de ellos.

—*No somos príncipes, mamá, somos guerreros* —la corrigió.

Tragó saliva al escuchar su aguda risa.

—*Por supuesto. Eres mi pequeño guerrero, ¿cierto, Fenn? Si eres un guerrero, siempre debes proteger a los que amas. Es lo que hacen los hombres valientes.*

¿Había sido valiente? Los recuerdos de aquellas noches que Emery y él habían pasado encerrados en la oscuridad seguían siendo borrosos y sólo los recordaba a medias. Le asustaba la idea de lo que podría revelarse si alguna vez lo recordaba todo.

—No olvides respirar, Fenn —la dulce voz de Hayden irrumpió en sus oscuras cavilaciones. Inmediatamente tomó aire y el ardor de sus pulmones disminuyó.

El todoterreno se detuvo en un camino circular ante la casa, y la puerta principal se abrió. Su gemelo salió por la entrada, vestido con unos pantalones de color carbón y un jersey de color crema. Emery tenía las manos en los bolsillos. Se detuvo en lo alto de los escalones que llevaban de la casa al coche. Una extraña sensación de déjà vu lo invadió, como si todos aquellos años de mirarse en el espejo y vislumbrar a otra persona hubieran desembocado finalmente en aquel momento.

—¿Por qué no os dejamos un minuto a solas? —sugirió Wes.

Fenn no estaba prestando mucha atención mientras abría la puerta del coche y salía. Aún sostenía su Stetson en una mano, y maldijo para sus adentros la forma en que le temblaban las manos. Pero cuando salió del coche, la expresión seria en el rostro de Emery se transformó. Había una pequeña sonrisa vacilante, un eco de la suya propia, y sintió que sus labios se curvaban e imitaban la expresión de su gemelo. No podía pensar más allá de la ráfaga de emociones que lo invadían. Emery acortó la distancia y lo estrechó entre sus brazos.

—Bienvenido a casa, hermano. Bienvenido a casa —las palabras de Emery rompieron la barrera invisible dentro de su cabeza, haciendo añicos los últimos veinticinco años de vacío.

—Emery —pronunció el nombre de su hermano mientras se aferraba con fuerza. Los recuerdos lo abrumaron. Voces, sonidos, visiones de una infancia que nunca había creído que existiera, una que creía perdida para siempre, volvieron a inundarlo todo.

—Oh, Dios —susurró con voz ronca—. Oh Dios —*los vaqueros no lloran*. Por favor, que no me vea llorar.



MIRANDA LOCKWOOD ESPERABA EN EL SALÓN AZUL, CONTENIENDO LA respiración mientras cogía la mano de Elliot. Temblaba tanto que su marido le rodeó los hombros con un brazo para que no colapsara. Emery miró su teléfono y se puso de pie, mirando a través de las altas ventanas que daban al camino de entrada. Ella estudió el lenguaje corporal de su hijo y también se puso de pie. Un todoterreno negro se dirigía a la entrada.

—Elliot —buscó frenéticamente la mano de su marido, necesitando de su fuerza. Él se levantó, cogió su mano y le dio un beso en la sien. Ella no podía hablar, sólo intentaba tragar saliva para librarse del nudo en la garganta y la repentina oleada de nervios que la recorría por completo. Sólo quería recuperar a su pequeño niño, pero en lugar de eso iba a encontrarse con un hombre adulto.

Habían esperado tanto este momento. Saber que su hijo estaba vivo y volvía a casa. Los días que había pasado llorando en su habitación vacía, las noches en las que había llorado hasta quedarse dormida... todo aquello había sido el pago por el momento en el que se reuniría con su hijo. Y, sin embargo, su corazón seguía estremeciéndose cuando se veía obligada a aceptar que nunca recuperaría los años perdidos de ver crecer a su hijo. Había vivido sin ella, su madre; había vivido sin su padre...

Elliot y ella se quedaron inmóviles junto a la ventana, viendo cómo el coche aparcaba a sólo cuatro metros de distancia. Emery le tocó el hombro.

—Quédate aquí un momento. Creo que primero debería verme a mí. Lo traeré aquí para que te vea, te lo prometo —su segundo hijo se estremeció como si lamentara haber dicho tal cosa, pero ella lo comprendió. Podía ser demasiado para Fenn verlos a ambos a la vez.

—De acuerdo —la palabra salió de sus temblorosos labios, pero no apartó los ojos de la ventanilla mientras esperaba ver a su hijo.

La puerta del todoterreno se abrió y un hombre alto y delgado salió con un Stetson color canela claro en las manos. Levantó la cabeza y su rostro mostró un intenso torbellino de emociones. Su cabello dorado estaba

despeinado por el viento y vestía unos vaqueros desteñidos, una camisa roja a cuadros y botas. *Un desconocido*. Era un total desconocido para ella, ese hermoso muchacho ya mayor. *¿Realmente fue mío alguna vez?* Se mordió el labio y se aferró a su marido, odiando no haber estado allí para ver crecer a su hijo y verlo convertirse en el hombre que era.

—Él es... él es... —las palabras no salían.

Y entonces el hombre miró a Emery, y estaban sonriendo y mientras se abrazaban. Sus ojos color avellana oscuro estaban llenos de lágrimas; ella podía verlos claramente incluso a esa distancia.

—Es nuestro hijo. Y está en *casa* —Elliot se atragantó y la apretó tan fuerte que no dejaba a su esposa respirar. Tenían que mantener la compostura, o ambos asustarían a Fenn.

Sus muchachos, sus encantadores muchachos, desaparecieron de su vista mientras entraban en la casa.

—Vamos a recibirlos —Elliot se secó una lágrima de la mejilla y la cogió de la mano mientras se dirigían a las puertas del salón. El dolor de su pecho se transformó: pasó de ser un enorme agujero negro a ser una luz blanca y pura. Una placentera calidez la inundó, calentándola en lugares que durante mucho tiempo había creído que estaban congelados. La era del dolor había terminado. Ahora era tiempo de paz y alegría.



FENN SIGUIÓ A EMERY AL INTERIOR DE LA HERMOSA CASA ANTIGUA Y SE detuvo al ver un enorme retrato de dos niños pequeños en lo alto de la escalera.

—¿Eso es...?

—¿Nosotros? —Emery se rio —Oh, sí —se detuvo y volvió a mirar a Fenn—. Vamos. Mamá y papá quieren verte.

Fenn tragó saliva y se unió a Emery en la puerta de una hermosa habitación azul. Justo al otro lado del umbral los esperaban dos personas. Un hombre alto en sus cincuentas y una hermosa mujer de aproximadamente la misma edad. El mundo giraba en espiral a su alrededor: dolor, alegría, terror... todo se mezclaba en su interior, y caminó a trompicones hasta que se detuvo. Sus pies no se movían.

¿Y si ya no me quieren como antes? Su voz interior era la de un niño, contenía el miedo de un niño, pero la preocupación seguía atormentándolo incluso ahora.

Sus recuerdos estaban llenos de sus padres, y sólo habían envejecido un poco. Líneas finas alrededor de sus ojos y boca, una profunda tristeza en sus miradas... pero en muchos aspectos no habían cambiado con respecto a los padres que había conocido.

—¿Fenn? —la voz de su madre fue apenas un susurro.

SU VOZ ERA LA QUE HABÍA RONDADO SUS SUEÑOS HACÍA TANTO TIEMPO, cuando había estado confundido, dolorido e inquieto. Una madre fantasma que intentaba contarle historias, pero él la había perdido, la había olvidado, y el dolor se había apoderado de su vida, arrastrándolo hacia la oscuridad hasta que había enterrado el pasado y a sus propios padres y gemelo con él.

Aspiró con fuerza, intentando despejar de su visión la niebla de un dolor renovado.

—Hijo mío —jadeó y extendió sus brazos.

Él se movió sin pensarlo; la necesidad de tocarla, de estar con ella, era demasiado fuerte para vencerla. Sólo que esta vez, cuando se encontró con su madre, fue él quien la abrazó y la consoló mientras lloraba. Y ella lloró. Comenzó a sollozar desconsoladamente mientras se aferraba a él. La rodeó con sus brazos, abrazándola mientras los fantasmas de años de separación se liberaban como vapores de niebla en el aire de la mañana cuando el sol los atravesaba.

—No pasa nada, mamá. Por favor, no llores —le suplicó en voz baja, besando su cabello. Aún olía a flores silvestres. Incluso su risa llorosa era tal como la recordaba. Levantó la mirada hacia su padre. El hombre mayor los observaba, y su nuez de Adán se movía de arriba a abajo mientras permanecía mudo.

—Señor —saludó a su padre con respeto.

—Señor —repitió Elliot, confundido—. ¿Señor? Será mejor que me llames papá o yo también empezaré a llorar —advirtió, pero luego rodeó a su hijo y a su esposa con los brazos, envolviéndolos mientras él también se desmoronaba y su cuerpo temblaba con cada sollozo silencioso. Fenn

contuvo la respiración y sus ojos ardían por las lágrimas, que tras varios largos segundos rodaron por sus mejillas y humedecieron el hombro de su padre. Todos temblaban, sosteniéndose mutuamente mientras dejaban salir ese dolor por los años perdidos.

Él intentó no pensar en los años perdidos, en las tardes que habría pasado jugando al tenis con su padre, o desayunando con su madre, o en las travesuras que habría hecho con su hermano.

Durante tanto tiempo se había preguntado dónde había quedado esa parte de sí mismo que le había parecido carente de esperanza, desprovista de todo excepto de un doloroso vacío. En tan solo un momento, todo había cambiado y, tal como la arena siendo alterada por un rayo, él se había convertido en algo nuevo y maravilloso.

Su padre retrocedió, tan sólo un poco, pero su mano seguía apoyada en el hombro de Fenn. Los sollozos de su madre por fin se acallaron, pero lo abrazó durante un minuto más.

—Lo siento. Tengo tanto miedo de que desaparezcas si te dejo marchar —susurró, con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas.

El esplendor y la inocencia de su pasado nunca podrían recuperarse, nunca podrían revivirse, y le entristecía saberlo, pero ahora tenían el resto de sus vidas para volver a vivir, para amar mejor, para vivir felices.

—No me iré a ninguna parte —le prometió a su madre—. Ahora que te he encontrado, no te dejaré marchar.

—¿Lo recuerdas? —la esperanza en su voz lo hirió en lo más profundo de su alma.

—Así es. Algunas cosas aún están borrosas, pero me acuerdo de ti.

Elliot se aclaró la garganta.

—Nos alegramos mucho de que hayas vuelto. Pensábamos que no... —la agonía en la voz de su padre lo hirió como si se tratara de un cuchillo.

—Yo también. Aunque tuve ayuda —sonrió—. Hayden y Wes Thorne vinieron a Colorado y me encontraron. Están esperando afuera. ¿Os importa si los dejo entrar?

Miranda se secó las lágrimas.

—Por supuesto. Hazlos pasar. Sólo necesito retocarme el maquillaje. Luzco horrible —se rio suavemente.

—Luces estupenda —le aseguró y le rodeó la cintura con un brazo, abrazándola con fuerza.

El corazón de Fenn se llenó de alegría. Ver a sus padres tan abiertos y cariñosos, especialmente entre ellos, era un regalo que no había esperado. Emery y él habían nacido de ese amor y verlo aún tan vivo y fuerte era suficiente para poner de rodillas a cualquier hombre.

—Iré a buscar a los demás —Emery salió de la habitación.

—Cariño, ¿podrías decirle a alguien que nos traiga un poco de té? —le preguntó Miranda—. Estoy segura de que todos están sedientos después de su largo vuelo —se negó a soltar la mano de Fenn mientras lo llevaba a uno de los sofás de satén azul.

Un momento después entraron Hayden y Wes. Wes estrechó la mano de Elliot y asintió en dirección a Miranda antes de acercarse a una silla vacía y sentarse. Hayden se quedó en la puerta, mordiéndose el labio inferior. Fenn sabía que era tímida e insegura de sí misma, pero no tenía motivos para serlo, no cuando había conocido a los Lockwood toda su vida.

—Hayden, mi querido hijo me ha dicho que tú y Wes sois los responsables —le indicó señas para que se acercara.

Hayden asintió y se reunió con Fenn y su madre en el largo sofá. Antes de que alguien pudiera decir una palabra, Coda entró en la habitación ladrando hasta que vio a Fenn. Entonces se calmó.

—Dios mío —jadeó su madre—. ¿Quién es él? —acarició la cabeza de Coda mientras el husky olfateaba sus rodillas y le acariciaba las palmas de sus manos con la nariz.

—SE LLAMA CODA —EXPLICÓ FENN—. ES MÍA —LA PERRA SE SENTÓ junto a su pierna mientras sus perspicaces ojos estudiaban al resto de los ocupantes de la habitación.

Su madre sonrió.

—Ya lo veo. Es adorable —acarició el hocico de la perra con la punta de un dedo y los ojos de Coda se cerraron momentáneamente mientras sacaba la lengua.

—Emery me ha dicho que montas... ¿toros? —Miranda observó a su hijo con curiosidad. Fenn odiaba que aún se mostrara indecisa, pero al menos no parecía tener problemas con su vida o su pasado.

—Sí. Vivo en un rancho y lo trabajo con el dueño y su hija, pero monto toros desde que era adolescente.

—¿Ganadería?

Su padre lo escudriñó con la mirada y Fenn levantó la barbilla con orgullo, mientras esperaba a ver la reacción de su padre.

Elliot finalmente asintió, sonriendo levemente.

—Eso es bueno. Es un trabajo bueno y honrado. De niño siempre te gustó trabajar la tierra. ¿Recuerdas haber ayudado en los jardines cuando eras pequeño?

Fenn retrocedió mentalmente en el tiempo, con la esperanza de encontrar algún recuerdo. No se sintió decepcionado, aunque fueran más sensaciones que imágenes. *Risas, pequeñas manos cavando en la tierra fresca, recogiendo bulbos y enterrándolos profundamente.*

—Lo recuerdo —le sonrió a su padre y un brillo de lágrimas empañó los ojos del hombre.

—Fenn, ¿te importa si te alejo un momento? —preguntó Emery, y Fenn percibió el pesar de su gemelo ante la intrusión.

—Coda, quédate —le ordenó. La husky plantó sus ancas entre las piernas de Miranda y Hayden. Fenn se levantó y se unió a su hermano mientras salían del gran salón.

—Lo siento. Necesitaba hablar contigo lejos de todos —la mirada de Emery lucía seria. Era de lo más curioso, mirar de frente a tu gemelo. Era como mirarse en el espejo de un universo alternativo y susurrar—. *¿Es esto en lo que podría haberme convertido?* —se le erizó el vello de la nuca y dio una pequeña sacudida.

—Wes y tú mencionasteis a un hombre, el que disparó a las ruedas del camión que os tiró por la cornisa y luego prendió fuego al remolque.

Los recuerdos de aquellos dos incidentes le hicieron apretar los puños a los lados.

—Sí, le dejó claro a Hayden que me estaba enviando un mensaje y que quería llevarme de vuelta a Long Island a propósito.

Emery les hizo un gesto para que caminaran por el pasillo y entraran en la biblioteca. El sol jugaba con las sombras de los hermosos árboles afuera de las altas ventanas y formaba ondas de luz sobre los altos estantes llenos de libros. Emery se acercó a una mesa y se apoyó en ella.

—Creo que es hora de que te ponga al corriente de todo. ¿Recuerdas Antonio?

Escuchar el nombre fue como escuchar un grito desgarrador en su interior. Asintió con la cabeza.

—Es el hombre al que disparé hace unos días. Era el hombre que intentaba matarme y casi mata a Sophie. Es quien nos secuestró y contrató a esos otros dos hombres para que le ayudaran.

Sintió un agudo dolor en la parte baja del cráneo y se concentró en respirar. No quería pensar en Antonio... ni en la forma en que les había hecho daño. Su único consuelo ahora era saber que estaba muerto.

—Después de dispararle, dijo que otro ocuparía su lugar. Sophie ha estado investigando esto y ambos estamos bastante seguros de que esto significa que fue contratado por alguien.

—¿Quién?

—Eso es lo que tenemos que averiguar —dijo Emery.

—¿Tenéis un plan? —preguntó Fenn en voz baja.

Emery se encontró con su mirada.

—Sí. Quienquiera que contratara a nuestros secuestradores realmente nos quería muertos. El secuestro fue una treta. Tenemos que provocar a este enemigo invisible para que salga a la luz. Estoy pensando en hacer público tu regreso, hacer de ello un gran acontecimiento. Diablos, podemos hacer una fiesta, invitar a mucha gente. Él vendrá. Querrá verte y terminar el trabajo.

—¿Cómo puedes estar seguro de que vendrá? Sigue enviando hombres contratados, así que no hay ninguna evidencia de que vaya a hacer algo por él mismo —dijo Fenn.

—Vamos a hacer que se enfade lo suficiente para que se deje ver. Quienquiera que esté detrás de esto lo está haciendo personal, y ha sido así desde que éramos niños. Necesitamos saber qué amenaza representábamos de niños. Eso nos llevará a quién está detrás de todo esto.

Durante un largo momento ninguno de los dos habló mientras pensaban.

—¿Quién querría matar a dos niños? ¿Quién nos odiaba tanto? —no había nada tan horripilante o impactante como la muerte de un niño, y Fenn no podía imaginar quién querría matarlos. No recordaba a nadie a quien no le hubiera agradado de niño.

—Creo que es más una cuestión de quién sale ganando si nosotros nos quitamos del medio —añadió Emery.

—Es verdad. No había pensado en eso —Fenn se pasó una mano por el cabello—. ¿Dónde está tu mujer? —había esperado que ella estuviera aquí, pero quizás sus heridas la habían mantenido en el hospital.

—Está arriba. ¿Quieres conocerla? La trasladé aquí esta mañana con una enfermera a tiempo completo. Era un riesgo mantenerla en el hospital. Cualquiera podía llegar hasta ella a menos que yo estuviera allí para vigilarla.

Fenn siguió a su hermano por la gran escalera y se detuvo para contemplar el enorme retrato. Era espeluznante ver sus dos pequeñas caritas observándolos. Rostros del pasado, de antes de los tiempos de oscuridad y desesperación.

—Te quedarás aquí, por cierto. Mamá y papá viven a un kilómetro y medio.

Fenn se detuvo en seco.

—¿Ya no viven aquí? ¿Por qué?

Emery se negó a mirarlo a los ojos.

—Después de que me encontraran, no pudieron quedarse aquí. Lo hicieron hasta que cumplí quince años, pero entonces compraron la Casa Somerset, al final de la calle. Viví allí con ellos durante tres años hasta que fui a la universidad. Nunca vendieron este lugar y yo volvía aquí en mis veranos. Cuando me gradué, me mudé permanentemente, con Hans, por supuesto, para que me cuidara las espaldas.

—¿Solo? —no podía imaginar por qué su hermano haría eso—. ¿Por qué no te quedaste con nuestros padres?

—Esperaba... —Emery sacudió la cabeza—, *rezaba* para que volvieras a casa. Sabía que tenía que estar aquí cuando lo hicieras. Mamá y papá estaban demasiado dolidos por los recuerdos, pero yo sabía que tenía que estar aquí y simplemente no me dejé vencer por el dolor. Esperaba que mi instinto estuviera equivocado, que no estuvieras muerto.

La idea de que su hermano estuviera aquí solo, viviendo de una pizca de esperanza a la que ni siquiera sus padres habían sido capaces de aferrarse, le partía el corazón. Podía sentir las emociones de su hermano, esa sensación de espera, esa expectativa de un milagro. La espera por fin había terminado.

—Ahora estoy aquí, Emery —susurró, esperando que su hermano finalmente se sintiera en paz.

—Sí —los ojos de Emery brillaban demasiado por las lágrimas que había retenido por tanto tiempo—. Estás aquí.

Hans apareció al final del pasillo. Lo saludó, agitando la mano.

—Está despierta y pregunta por ti —dijo Hans en voz baja cuando llegaron hasta él.

—Bien. Gracias, Hans —Emery abrió una puerta y él y Fenn entraron en un dormitorio.

La atención de Fenn se desvió inmediatamente hacia la mujer que yacía en la cama. Había varias máquinas y un intravenoso cerca de ella y las pantallas emitían sonidos intermitentes. Una dama con bata blanca les sonrió y salió en silencio.

—Dios mío —susurró la mujer de la cama, tapándose la boca con las manos.

—¿Qué ocurre? —Fenn miró alarmado a su alrededor, pero Emery se rio.

—Eres tú. Lleva algún tiempo esperando este momento. Sophie, él es Fenn.

El rostro de Sophie estaba pálido, pero no decaído mientras le hacía señas para que se acercara. Fenn se acercó a la gran cama y colocó su mano entre las de ella. La mujer le dedicó una agradable sonrisa.

—No sabes cuánto me alegro de verte vivo. ¿Te ha contado Emery todo lo que hemos pasado para encontrarte?

Los hermanos compartieron una mirada y Fenn se dio cuenta de que todavía había mucho que no sabía sobre Emery o sobre toda esta situación.

—No le contaste todo —Sophie dio un codazo a Emery y frunció el ceño. Él había tomado asiento junto a ella en la cama y depositó un beso en su frente.

—¿Qué es lo que no me has contado?

Sophie fue la que contestó.

—Ninguno de nosotros sabía que estabas vivo hasta que secuestraron a Cody. Conociste a Cody, ¿cierto?

—¿El surfista? —dijo, y su pregunta hizo reír a Sophie.

—Sí, es él. Se lo llevó Antonio, lo torturó durante unas horas y luego lo dejó morir en un almacén que estaba lleno de explosivos. Hans y Emery lo

encontraron y todos escaparon. A duras penas. El lugar explotó, y llegué justo a tiempo para pensar que había perdido a Emery. El momento más aterrador de mi vida —apoyó la cabeza contra el hombro de Emery mientras hablaba—. Después de llevar a Cody al hospital, me dio una unidad flash. Se las había arreglado para hackear el portátil de Antonio y me mostró un archivo que él había estado guardando sobre ti. Fue entonces cuando descubrimos que estabas vivo y dónde vivías. Walnut Springs.

—¿Por qué tenía un archivo sobre mí?

—Había reunido la información que necesitaba para matarte. Después de acabar conmigo, su plan era ir a por ti. No sabemos por qué debía matarnos —respondió Emery, con un tono tan frío que Fenn sintió un escalofrío desde donde estaba.

—Gracias a Dios que está muerto —susurró Sophie.

—Sí —Emery se inclinó y le dio un beso en la coronilla—. Pero su sustituto ya está trabajando. Fenn ha tenido dos incidentes. Por eso está aquí. Tenemos que hacer esto juntos, y necesitamos tu ayuda.

—¿Necesitamos? —Fenn no podía entender cómo Sophie podía ayudar, cuando aún se estaba recuperando de su encuentro con Antonio.

—Sophie es periodista de investigación. Resuelve misterios.

Sophie le sonrió antes de volverse hacia Fenn.

—Es mi especialidad. Me gusta llegar al fondo de las cosas, y tenemos que averiguar quién se beneficiaría más de tu muerte o desaparición. ¿Recuerdas algo extraño o importante que ocurriera el año en que te secuestraron?

—No se me ocurre nada. Pensé que podríamos preguntarle a papá a ver si tiene alguna idea.

Fenn asintió.

—Deberíamos hacerlo, porque no puedo pensar en nada. Algunas partes siguen borrosas.

—¿Os parece si cenamos esta noche y hablamos de ello? —sugirió Emery.

Fenn no puso objeciones. Observó a Sophie con su hermano y envidió la casual intimidad que había entre ellos. Era exactamente lo que deseaba tener con Hayden, pero no estaba seguro de que llegaran a tenerla. Lejos de su cama, muchas cosas parecían separarlos. Ella estaba ahora en casa, donde pertenecía, ¿pero él?

¿A dónde pertenezco? ¿Nacido en un mundo, criado en otro? Ninguno se sentía realmente suyo.

Todavía había muchas cosas que no recordaba. Piezas de rompecabezas que no parecían encajar. Hasta que no las juntara, no encajaría en ninguna parte.

—Emery, ¿puedes llevarme a...? —tuvo que callarse—. ¿El lugar donde nos retuvo? Quiero verlo.

Su hermano y Sophie intercambiaron miradas preocupadas.

Fenn apoyó las manos en las caderas.

—Necesito verla —había fantasmas que no podía ahuyentar, no hasta que pudiera enfrentarse a ellos.

—De acuerdo. Podemos irnos. Hans vendrá con nosotros. Iré a hacer los preparativos. Emery salió de la habitación y Sophie miró se quedó mirando intensamente a Fenn. Mil pensamientos parecieron cruzar su mente antes de que hablara.

—Se estaba muriendo por dentro, Fenn. Hasta que te encontré, él apenas vivía. Cuando llegué aquí, estaba encerrado en un mundo en el cual el tiempo no transcurría. Encontrarte... —se secó una lágrima—. Él está viviendo de nuevo. Espero que tú también puedas empezar a hacerlo.

Era como si Sophie pudiera ver dentro de su cabeza y leer sus miedos.

—Esto es el principio, no el final —le cogió una mano y la apretó suavemente.

—Gracias —susurró él. No podía expresar con palabras todo lo que sentía.

Ella sonrió.

—Vamos, será mejor que lo alcances.

Se quedó mirándola un momento más.

—Mi hermano eligió bien —dijo en voz baja e hizo algo que no había querido hacer. Se inclinó y le dio un beso en la frente. Su instinto de protegerla era intenso, pero de un modo distinto al que sentía con Hayden. Sophie le importaba porque a Emery le importaba. No necesitaba saber nada más sobre ella, excepto que su gemelo la amaba. Era suficiente para que él se preocupara por ella. No podía dejar de preguntarse: ¿Sentiría Emery lo mismo hacia cualquier mujer que Fenn amara? ¿Sentiría lo mismo por Hayden?

Cuando alcanzó a su hermano, estaba con Hans junto a la puerta principal.

—Mamá está preparando la cena. Papá se quedará con ella. Wes y Hayden se han ido, así que podemos ir a ver la casa.

¿Hayden se había ido? Había querido despedirse antes de que se fuera. Sintió que su estómago se revolvía y sus hombros se desplomaron. Wes y él habían hablado de que ella tenía que irse, pero no por ello estaba menos decepcionado por no haber podido verla antes de que se marchara. No sería prudente volver a verla hasta que todo esto hubiera terminado.

—¿Estás listo? —preguntó Hans mientras señalaba el todoterreno negro que seguía aparcado fuera.

Fenn y Emery lo siguieron. Hans subió al asiento delantero y condujo por una carretera de servicio que le resultaba familiar, a sólo tres kilómetros de su casa. Hans giró el volante a la derecha y abandonó la carretera para adentrarse por un camino cubierto de grava y tierra que apenas parecía lo bastante ancho para que cupiera un coche pequeño, pero no un todoterreno. A lo lejos, oculta en su mayor parte por los árboles y las primeras sombras del atardecer, se alzaba ante ellos una vieja mansión de ladrillo rojo que lucía como una gran granja. Un lugar que había pensado que nunca volvería a ver. El lugar de sus más terribles pesadillas.

Capítulo Veinte

Hans aparcó el vehículo delante de la estructura y los tres bajaron. A Fenn se le erizó la piel y una brisa le cosquilleó la nuca como invisibles dedos mientras escudriñaba el edificio en ruinas.

Veinticinco años atrás, la estructura había sido dominada por la naturaleza, prácticamente irreconocible. Él había esperado que estuviera hecha ruinas, pero la piedra y los ladrillos se habían mantenido firmes frente a las enredaderas trepadoras y los imponentes árboles que emergían a través de los suelos agrietados. El brillante destello de la cinta amarilla de la policía resultaba desconcertante e inquietante contra el fondo salvaje.

—La policía vigila el lugar porque aquí mataron a Antonio —explicó Emery.

—¿Podemos entrar? —preguntó Fenn, mirando la cinta policial.

—Sí. Hans pidió un favor a la policía local. Dado que el tiroteo ha sido catalogado como defensa propia y que ya han recogido las pruebas y hecho fotos, creo que podemos entrar. La cinta es principalmente para mantener a los niños fuera.

Fenn no esperó a que su hermano lo siguiera mientras se acercaba a la casa. Pasó por debajo de las cintas amarillas de la policía y atravesó la puerta abierta de la casa. Los olores a muerte, putrefacción y tierra enmohecida eran intensos a medida que se adentraba en el lugar. Las paredes interiores habían empezado a ablandarse y a desmoronarse. Las puertas de otras habitaciones habían sido arrancadas de sus goznes y se hallaban esparcidas por el suelo. El revoque y los fragmentos húmedos de

alfombras en descomposición estaban a la intemperie, ya que la mayor parte del tejado había colapsado.

Una gran escalera se alzaba sobre inestables vigas de madera que parecían zancos, sin un segundo piso conectado a ésta. A Fenn se le heló la sangre al ver la puerta que conducía a los estrechos confines del armario que él y Emery habían compartido bajo esas escaleras. Se acercó a la puerta del armario y cogió el picaporte de latón, sorprendido de que los vándalos aún no se lo hubieran llevado. El pomo crujió, pero cedió eventualmente a la presión y la puerta se abrió. El espacio era increíblemente pequeño; habría tenido que agacharse y doblarse casi por completo para entrar.

Algo oscuro y aterrador desplegó sus alas negras dentro de su pecho y aulló de rabia. ¿Realmente él y Emery habían sido tan pequeños como para caber dentro de este armario? ¿Cómo habían podido esos hombres obligarlos a permanecer aquí durante casi tres meses? Aquí habían dormido, se habían aferrado el uno al otro y luchado contra ratas e insectos. Un lugar de oscuridad y terror entre los breves ratos en el exterior, cuando sólo se les permitía lavarse con un balde de agua e ir al baño.

De repente, Fenn no pudo respirar. El peso de esos horribles recuerdos le oprimió fuertemente el pecho. Una mano se posó en su hombro y sus ojos se nublaron. Se secó la cara, sorprendido al ver que sus manos se humedecieron por las lágrimas. Con un movimiento violento, pateó la puerta del armario, cerrándola de golpe. Su bota crujió contra la madera podrida. Fenn volvió a golpear, con un bramido de rabia brotando de sus pulmones. Gritó y gritó hasta que sintió como si su garganta sangrara, incapaz de oír nada por encima del rugido de la sangre en sus oídos. El sonido despiadado resonó en las paredes y el cristal de una lámpara de araña caída tintineó suavemente, perturbando el velo de telarañas que la envolvía. Golpeó los restos derruidos de la puerta con los puños descubiertos y luego giró, viendo un amplio espejo colgado de un marco de oro deslustrado. Se arrodilló, cogió una piedra y la arrojó contra su reflejo, y el niño torturado que le devolvió la mirada se hizo añicos con un estruendo ensordecedor, mientras una lluvia de fragmentos brillantes caía al suelo. Jadeando, se volvió hacia el pequeño y oscuro armario, el espacio que había encerrado su inocencia hasta que se marchitó y murió.

—¿Fenn? —Emery sonaba preocupado.

—Es solo que... es muy pequeño —jadeó, intentando recuperar el aliento—. ¿Cómo puede ser tan condenadamente pequeño y aun así aterrorizarme? —exigió, encontrándose finalmente con la mirada de su hermano.

Emery estaba a su lado, todavía tocándole el hombro y con expresión seria.

—Los lugares dejan huella durante momentos muy emotivos en la vida de una persona. No importa si estás feliz, asustado o triste, un lugar deja huella. Esta casa nos marcó por lo que esos hombres nos hicieron.

Fenn aspiró por la boca mientras los destellos de esa última noche revoloteaban a través de él con alas oscuras.

—Fenn, ¿cómo escapaste? Después de todos estos años, sigo sin saberlo.

Su hermano esperó pacientemente, pero la ansiedad en sus ojos desgarró el corazón de Fenn.

—¿Recuerdas a Lewis y al otro hombre, Abrams? Se pelearon por matarnos. Lewis no quería. Recuerdo que te convencí para que te fueras, pero no querías. Tuve que empujarte para que huyeras.

Emery desvió la mirada y sus ojos recorrieron rápidamente las ruinas de su pesadilla compartida.

—No quería dejarte, pero creía que estarías justo detrás de mí. Pero no fue así. Me alejé unos cien metros cuando oí el disparo. Pensé... —no terminó.

—Fue Lewis. Disparó a Abrams y murió al pie de la escalera. Me había rodeado con los brazos e iba a acabar conmigo, pero Lewis le metió una bala. Me caí y me golpeé la cabeza —se pasó la mano por la nuca, donde la cicatriz quedaba oculta. Se estremeció ante el simple recuerdo de ese viejo dolor—. Lewis me alzó en brazos y huimos. Todo resultó muy confuso después de eso y yo era demasiado joven... simplemente no podía recordar —Fenn realmente se odió a sí mismo en ese momento. *Amaba* a su familia. ¿Por qué ese amor no había sido suficiente para ayudarlo a recordar todos estos años atrás?

—¿Lewis te crio? —Emery parecía sorprendido.

—Él no era completamente malo. Creo que realmente no sabía que el plan era matarnos. Y tal vez estaba demasiado asustado para entregarme a la policía. Habría sido arrestado por haber participado en nuestro secuestro

—no podía dejar de temblar. Sus manos se estremecían y sentía las piernas un poco débiles mientras la adrenalina recorría su cuerpo.

—Desearía que hubieras huido conmigo —dijo Emery en voz baja.

A su alrededor, la casa se hundía en las sombras y el resplandor rojo del atardecer bañaba las paredes pálidas como la sangre.

—¿De quién es este lugar? —preguntó Fenn.

—No lo sé —admitió Emery.

—Quiero que compres este lugar y lo destruyas —no quería pedirle dinero a Emery—. Te lo pagaré.

Su hermano lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Fenn, comprende que ahora que has vuelto, tienes derecho a tu parte de la empresa de papá. Ahora eres rico.

¿Rico? La palabra tenía muy poco significado para él, así que se rio de forma pesimista.

—Eso no me importa.

—Podrías salvar fácilmente el rancho Taylor. Wes me dijo que el lugar necesitaba ayuda financiera —Emery se encontró con su mirada—. Podemos empezar el papeleo mañana y ocuparnos del rancho de inmediato. Wes dijo que era una de las condiciones de tu regreso. Es bastante fácil pagar la hipoteca.

Fenn quería reírse de todo esto. Una enorme deuda en The Broken Spur era un asunto fácil de saldar aquí. No habló inmediatamente. En lugar de eso, se arrodilló y recogió un trozo del espejo hecho añicos. El cristal reflectante crujió bajo sus botas cuando se agachó. Su rostro avanzó de astilla en astilla; cien ángulos, cien reflejos. En ese momento se sintió igual de destrozado y confundido. Había creído —esperado—, que esa sensación desaparecería al volver a casa, pero no fue así. Seguía tan desorientado como cuando llegó. Sólo que esta vez no estaba solo; su hermano estaba aquí. Se levantó, sujetando aún un fragmento del espejo. Lo conservaría, como recuerdo de lo que había vivido. Era hora de que aceptara su papel en todo esto. Si tenía dinero, ¿por qué no usarlo para lo que le importaba?

—¿Puedes hacer que Wes trabaje en eso mañana a primera hora? Quiero la hipoteca totalmente pagada. Si tengo suficiente dinero para eso, entonces eso es lo que quiero hacer.

Emery le dio una palmada en la espalda.

—Tienes más que suficiente para eso. Confía en mí.

—Bien —echó un último vistazo a la estructura en ruinas y deteriorada que había acechado en los bordes de sus pesadillas durante tantos años y sacudió la cabeza—. Vámonos —se había hartado de tener miedo, de dejar que el pasado lo controlara. Ya no era un niño asustado.

No.

Era un hombre muy enfadado. Quienquiera que fuera el responsable de robarle la vida, de destruir la vida de su hermano y la paz de sus padres, lo pagaría. Era una promesa.



HAYDEN CERRÓ LOS PUÑOS MIENTRAS SU HERMANO CONDUCCIÓN SU ELEGANTE Hennessey Venom GT por la entrada de la finca de la familia Thorne. La propiedad de quinientos acres tenía dos casas: el castillo francés de sus padres y la pequeña cabaña de Hayden, a cuatrocientos metros de distancia. El camino principal estaba bordeado de cedros rojos, confiriendo a la entrada de la casa un aspecto casi de cuento de hadas, como si se estuviera atravesando el sendero olvidado de un bosque encantado. Los árboles se dividían y se estrechaban para dar paso a un enorme patio empedrado. El coche de Wes retumbó en el camino cuando se detuvo frente a la casa principal.

Con un suspiro, Hayden apartó la mirada de los tejados del castillo y contempló los jardines, deseando poder escapar a ellos. El último lugar donde quería estar era cerca de sus padres.

La puesta del sol se reflejaba en los dos grandes estanques salpicados de nenúfares. Le encantaba este lugar, pero estar aquí cuando sus padres estaban en casa era un recordatorio de su vida acomodada pero restringida. ¿Por qué no podían irse a Europa? ¿Pasar medio año en la villa italiana que habían comprado y dejarla en paz?

Wes apagó el Venom y le cubrió la mano izquierda con la suya.

—No puedes hablarle a nadie de Fenn.

—¿Por qué no?

—Emery quiere dar la noticia dentro de unos días, cuando haya tenido tiempo de planearlo todo. Si se corre la voz antes de que esté listo, podría

ponernos a todos, pero especialmente a él y a Fenn, en peligro. ¿Lo entiendes?

Hayden reprimió la irritada réplica que se formó en sus labios. Wes a veces la trataba como si fuera idiota. Podía guardar silencio fácilmente si sabía que era por una razón válida. Esa no era la parte difícil de entender. Lo que le preocupaba era tratar con sus padres.

—Sí, entiendo —suspiró y salió del coche. Su brazo se torció bruscamente e hizo una mueca de dolor, tocando el lugar herido donde sus puntos estaban ocultos por su blusa.

—Tendremos que pensar en alguna excusa para explicar tus heridas —observó Wes.

—Sabrán que cogimos el avión hacia Colorado —se inclinó hacia su hermano en la ventanilla del coche, apoyando los codos en el marco abierto.

Él frunció el ceño y guardó silencio un momento antes de salir del coche y coger su bolso del maletero.

—Diles que conociste a alguien y volaste allí para tener una aventura de fin de semana. Fuiste a escalar y te caíste. Eso explicaría los moratones y los puntos.

—¿En serio? Sabes cómo reaccionarían si les dijera eso.

La tristeza en la sonrisa de su hermano confirmó sus temores.

—Es sólo por un día o dos. Luego podremos contarles todo. ¿Quieres que te acompañe? —llevó la maleta hasta la puerta principal y esperó a que ella lo alcanzara.

—No, está bien. Puedes irte a casa. Pero llámame mañana. Dale a Fenn mi número de móvil. En realidad, dale un móvil. No creo que tenga uno. Dile que me llame.

—Realmente te gusta, ¿no?

Estuvo tentada de mentir, pero con Wes nunca lo conseguía. Los hermanos solían ser así; podían percibir cada pequeño detalle, cada mirada y gesto. Era un libro abierto para su hermano mayor.

—Lo sé. Sé que es una locura. Sé que es una mala idea... pero hay algo en él. No creo en el amor a primera vista. De verdad —hizo una breve pausa para sacudir la cabeza con incredulidad—. Pero no puedo negar que desde el primer momento, cuando me miró después de que lo salvara en la arena, fue como si algo dentro de mí cobrara vida. No sé si tiene sentido —se rio de sí misma. Parecía una locura intentar explicar algo que la había

trastocado profundamente, pero era la verdad. Fenn la había cambiado. No podía volver a ser la misma de antes, no después de conocerlo y estar con él.

La expresión de su hermano era imposible de leer.

—Creo que lo entiendo. No puedes sacártelo de la cabeza, quieres conocer cada pensamiento de su cabeza, quieres estar a su lado aunque no puedas estar con él —tiró de ella para abrazarla—. Ten cuidado con él y contigo misma. No quiero que os hagáis daño. Llámame si necesitas algo.

La dejó sola en la puerta y Hayden oprimió el timbre, esperando luchar contra la tormenta que se avecinaba: sus padres.

Contestó una de las criadas; una joven que conocida, de una edad cercana a la suya.

—Hola, Jordan —saludó en voz baja. A sus padres no les gustaba que se hiciera amiga del personal.

—¡Hayden! —Jordan sonrió. Llevaba el obligatorio vestido negro y el pelo oscuro recogido en un moño, pero aun así conseguía lucir atractiva. Hayden siempre admiró eso de ella—. Tus padres están muy enfadados —advirtió cuando Hayden entró en casa con su maleta.

—Imaginé que se enfadarían —el estómago de Hayden se revolvió un par de veces. Lidar con sus padres siempre crispaba sus nervios. Era un poco como una pesadilla recurrente, donde se veía en la escuela sin estar preparada para un examen. Sólo que esto no era un sueño.

—¿Jordan? ¿Quién es? —la voz refinada de su madre resonó desde las vigas de la entrada principal justo antes de que apareciera en lo alto de las escaleras—. Hayden. Has vuelto —la desaprobación de su madre hizo que su nombre fuera como una pesada roca en los labios de la mujer mayor.

Silvia, la madre de Hayden, era hermosa. Serena y refinada, nunca tenía un pelo fuera de lugar o un botón desabrochado. La fría e indiferente forma de observar a Hayden le hizo reprimir un escalofrío. Eran muy parecidas, pelirrojas y robustas, pero por dentro no podían ser más diferentes.

—Hola, madre —saludó.

Jordan se apresuró a retirarse, probablemente esperando una exhibición de fuegos artificiales verbales.

—Tu padre y yo estamos muy decepcionados. Cogiste el jet y no le dijiste a nadie adónde habías ido.

—Tenía mi móvil; no me llamasteis —Hayden estaba harta de acobardarse, harta de ser acosada por su madre. ¿Por qué eran difíciles de complacer? Más de una vez se había puesto de rodillas y rezado para que los Lockwood fueran sus padres. Eran tan naturales, tan amables, tan reales. Habían luchado para ganar su riqueza y valoraban todo lo que ésta les había proporcionado. Los Thorne habían sido ricos toda la vida y se habían vuelto egocéntricos.

—No deberíamos tener que llamarte y localizarte. Ya no eres una adolescente caprichosa. Este tipo de comportamiento no es aceptable.

Hayden soltó un bufido muy poco femenino.

—Si no soy una adolescente, entonces mi paradero de los últimos días no importa. no importa. Tengo veinticuatro años.

Los labios de su madre se curvaron en una mueca.

—¿Y qué has hecho con tu vida? —bajó las escaleras y pasó un dedo por la barandilla de madera brillante.

—Estudié un máster, eso hice. Y si papá revocara su orden de que sea contratada por todos sus amigos, yo podría conseguir un trabajo.

—¿Un trabajo? Hayden, ¿cuántas veces te he dicho que no necesitas un trabajo? Necesitas centrarte en tu vida aquí. Hay un montón de hombres elegibles en busca de una esposa. Podrías ser la estrella de la isla si tan solo...

—¿Vendo mi alma? —espetó Hayden—. No. Estoy harta de esto. No más citas con los amigos de golf de mi padre, no más recaudaciones de fondos, no más fiestas. Se acabó. De hecho, me mudaré —el corazón le latía con fuerza mientras su madre se quedaba inmóvil al pie de la escalera, con una expresión de sorpresa e indignación retorciéndole las facciones.

No era lo que había planeado ni lo que quería, pero estaba ocurriendo y no iba a retractarse.

—Sigue así y tu padre cancelará tu fideicomiso.

—¿Crees que eso me importa? —era la verdad. No sería divertido dejar atrás los ingresos fáciles, pero podía hacerlo si eso significaba su libertad.

—Nunca has conseguido nada en tu vida. No durarías ni cinco minutos sola —la advertencia de su madre fue casi alegre. ¿Por qué su propia madre quería hacerle daño? Nunca había entendido qué había hecho o dejado de hacer para poner a sus padres en su contra.

Hayden se enfadó.

—Me iré ahora. Debería haberme ido a los dieciocho, pero mejor ahora que nunca. Mañana enviaré a alguien a recoger mis cosas —giró sobre sus talones y atravesó la entrada principal. No miró atrás ni una sola vez cuando la puerta se cerró tras ella.

Nunca había agradecido tanto llevar puestas sus botas vaqueras, porque el largo camino empedrado la habría matado con tacones. Sacó el móvil del bolso y llamó a Sophie. Su amiga contestó después de unos segundos.

—Me preguntaba cuándo llamarías —la voz de Sophie era un poco suave, como si estuviera cansada.

—¿Te he despertado?

—No. Pensaba irme a dormir temprano esta noche. Emery y Fenn volverán pronto para la cena, y se supone que tengo que descansar después de comer.

—Siento no haber llamado justo después del ataque.

Su amiga soltó una risita.

—No te preocupes por eso. Estabas ocupada salvando a Fenn, o eso he oído.

Hayden se rio.

—Más o menos. Sí. ¿Lo has conocido?

—¡Sí! —Sophie soltó una risita—. Es guapísimo, igual que su hermano. Pero son muy diferentes. ¿No son interesantes los gemelos?

—Desde luego —aceptó—. ¿Puedo pedirte un favor?

—Por supuesto —su amiga no dudó.

—Me fui de casa de mis padres. ¿Hay alguna manera de que pueda quedarme contigo? ¿Crees que a Emery le importaría?

Sophie hizo una pausa.

—Sé que normalmente no le importaría, pero está muy preocupado por todo. Es protector conmigo, y con todos los demás en este momento. Quizá le inquiete tu presencia aquí y el peligro que puedas correr. Déjame preguntarle. Te llamaré.

—Gracias —colgó y continuó caminando por el sendero. Atravesó la entrada e inició el largo camino de vuelta a la carretera.

Dios, si Sophie no llamaba pronto...

El motor de un coche rugió mientras avanzaba a toda velocidad por la carretera detrás de ella. Se adentró en la hierba, arrastrando su maleta fuera de la carretera. Un Porsche Spyder se detuvo junto a ella.

—He recibido una llamada porque quizás necesites transporte —dijo una voz familiar.

Se detuvo y giró para mirar al conductor del Spyder.

—Royce Devereaux. Siempre apareces cuando no se te necesita —no pudo resistirse a burlarse de él.

—Nena, *siempre* hay alguien que me necesita, y siempre *vengo* —le guiñó un ojo.

Era un diablo, pero a Hayden le agradaba; cuando no la estaba cabreando. Su sonrisa despreocupada se desvaneció cuando estudió su brazo herido y luego frunció el ceño.

—Me alegro de que hayas sobrevivido a las vacaciones.

Se percató de que él debió haber hablado con Wes o Emery, enterándose de que le habían disparado. Ella se encogió de hombros y asintió.

—Excluyendo las balas y el accidente de coche, en realidad fue bastante agradable.

—Hmm —frunció los labios mientras aparcaba el coche y salía para ayudarla a meter el equipaje en el maletero. Un verdadero caballero. Era un rasgo que admiraba de él. A pesar de ser un dominante en el club The Gilded Cuff, seguía respetando y tratando a una mujer como si fuera una princesa. Su hermano era así, al igual que Emery. Fenn, también. La idea le estrujó el corazón. Era un hombre realmente bueno, de los que arriesgaban la vida para salvar el rancho de otro hombre.

—Sube —le abrió la puerta del pasajero.

—Gracias. ¿Cómo sabías que necesitaba transporte?

—Sophie me llamó. Dijo que te llevara a casa de Wes esta noche. Se supone que allí es más seguro —Royce la miró con curiosidad—. ¿Te has metido en problemas? —bromeó ligeramente, pero Hayden percibió la preocupación implícita en su pregunta.

—Algo así, supongo. Más bien daños colaterales. Me acerqué un poco a Fenn, y él fue el blanco de dos 'incidentes' —se deslizó en su asiento y se abrochó el cinturón.

Mientras Royce rodeaba el coche hasta su puerta, Hayden se tragó un nudo de decepción. Quería volver a ver a Fenn, ni siquiera había tenido la oportunidad de despedirse. Wes había dicho que Fenn necesitaba tiempo con su familia y que debían marcharse pronto. Además, Fenn y Emery habían hecho planes para visitar la casa donde habían estado cautivos, un

lugar que probablemente les despertaría horribles recuerdos. Si tan sólo la hubiera dejado ir con él, permitirle que lo cogiera de la mano, o proporcionarle cualquier consuelo a su alcance. Pero ese no era el caso.

Quizá no le importo tanto como él a mí...

Dios, Hayden había permitido que la situación fuera demasiado lejos. Enamorarse debería haber sido un experimento divertido, ya que nunca se había preocupado por un hombre, nunca había confiado en un hombre como en Fenn. Pero no era así. Era aterrador. Se preocupaba mucho por él, pero no parecía tener ningún interés en ella, excepto en el dormitorio. Era como estar de regreso en el instituto. Atractiva pero impopular, excepto con los chicos que querían salir con ella debido al nombre de padre. Y siempre acababa sola. Al enamorarse de Fenn, había cometido un grave error.

—¿Por qué estás tan triste, ciruela? —preguntó Royce con un marcado acento sureño. Hayden se mordió el labio para no sonreír. Era algo que él había hecho cuando ella era más joven. Había interpretado el papel de caballero ante su chica sureña cada vez que él y Wes se habían encargado de cuidarla mientras sus padres salían de fiesta. Esos adolescentes habían asistido a más de una fiesta del té con una niña de cinco años obsesionada con la película *Lo que el viento se llevó*, pero habían asumido la situación como unos campeones. Resucitar ese viejo acento seguía siendo la forma favorita de Royce de hacerla sonreír.

Cuando él le cogió la barbilla para girar su cara, Hayden le dio un manotazo.

—Ya no tengo cinco años.

—Sigues haciendo mohines como si los tuvieras —le dio un golpecito en la nariz y puso el coche en marcha hacia la casa de Wes—. Así que tú y el infame Fenn os habéis vuelto íntimos, muy íntimos según he oído. ¿Cómo es él?

Se inquietó, pues odiaba hablar de Fenn cuando la herida de su aparente indiferencia todavía estaba fresca.

—Él es...

¿Cómo se describía un sueño hecho realidad? Un fantasma errante de inocencia perdida.

—¿Y bien?

—Piensa en Emery pero con jeans y botas, y un poco más tranquilo.

Royce se rio con fuerza.

—¿Eso es todo? ¿Te desnudas con un hombre y eso es todo lo que puedes decir al respecto? No me extraña que las doms del club no sepan qué hacer contigo —siguió riéndose un momento antes de ponerse serio—. ¿Aún no recuerda su vida antes del secuestro? —había seriedad en sus ojos, como sombras pesadas cruzando el patio mientras la luz del día se desvanecía en la última tarde del verano. Como la pérdida de una edad dorada que no podía recuperarse, sólo recibir lágrimas. Él, como Wes, había perdido demasiado con el secuestro a Fenn. Royce rara vez estaba serio, y contemplar su expresión severa le oprimió el corazón.

—Creo que ahora recuerda más. Al parecer, cuando vio a Emery hoy por primera vez, recordó muchas cosas —Hayden dudaba si Fenn recordaba a Royce, y sabía que eso era lo que él quería saber.

—Eh, gemelos, ¿verdad? —se rio de nuevo, pero el sonido fue más suave.

Se sintió obligada a distraerlo de sus oscuros pensamientos.

—¿Cómo va el trabajo? ¿Los alumnos siguen fastidiándote? —le dio un codazo.

—Hasta hace poco eras uno de esos estudiantes.

—Cierto —asintió ella. Se había apuntado al curso de Royce de Introducción a la Paleontología, sólo para fastidiarlo, pero había acabado disfrutando mucho de la clase.

—Kenzie, mi asistente, es un todo un personaje. No consigo entenderla. Siempre está discutiendo conmigo sobre las notas de las tareas. Es muy exigente y suspendería a la mitad de la clase si yo se lo permitiera.

—Bien por ella. Me agrada esta chica —sonrió con satisfacción.

Royce puso los ojos en blanco.

—Por supuesto —contestó sarcásticamente.

Condujeron en silencio hasta la casa de Wes, pero Hayden se sintió más relajada. Royce era como un hermano para ella, con su atractivo físico y su actitud de profesor sexy, aunque sabía que muchas otras mujeres estaban locas por él.

Cuando llegaron a casa de Wes, le dio las gracias a Royce y sacó su bolso del maletero antes de que él pudiera hacerlo.

—¿Has vuelto tan pronto? —Wes salió por la puerta principal—. ¿Puedo preguntar por qué?

Hayden se encogió de hombros.

—Mamá y yo discutimos antes de que yo siquiera atravesara la entrada principal. Le dije que estoy harta. Me mudaré, Wes. Mañana tengo que enviar a alguien a recoger mis cosas de la casa de campo. Y ella va a hacer que papá suspenda los pagos de mi fideicomiso, cosa que normalmente no me importaría, pero con papá impidiéndome conseguir un trabajo en la isla o en Nueva York, estoy en una situación desesperada.

Los ojos de Wes se abrieron de par en par y siseó una sola palabra.

—¿Qué? —estaba claro que no había esperado ese resultado al momento de llevarla a casa.

—Sí, ahora soy una mujer libre, pero aparentemente sin un centavo ni hogar. ¡Hurra! —animó sarcásticamente, golpeando el aire con el puño.

Wes estaba completamente serio.

—Te quedarás conmigo todo el tiempo que necesites —cogió la maleta de su hermana y saludó con la mano a Royce, quien se marchó a toda velocidad.

Sus hombros se desplomaron y una oleada de fatiga y depresión la invadió con la fuerza de un maremoto. Sólo quería hacerse un ovillo y dormir durante la próxima década.

—¿Necesitas algo? —la voz de su hermano era suave, llena de preocupación, como si percibiera su aflicción.

Su propia madre la había repudiado en menos de diez minutos, y ni siquiera se había percatado de que había recibido un disparo. Ni siquiera había mencionado que estaba herida y que había estado a punto de morir tres veces. Su madre debería haber estado asombrada ante sus actos. Había encontrado a Fenn, había sobrevivido a un toro furioso, a un accidente de coche y a una lucha cuerpo a cuerpo con un asesino. Debería haber recibido una maldita medalla por haber soportado todo eso.

Wes le levantó la barbilla y Hayden finalmente lo miró.

—Quizá ésta sea la oportunidad que necesitas para ser tú misma. Para salir y empezar ese negocio que querías. Financiaré lo que necesites. Esta es tu oportunidad, Hayden. Aprovéchala al máximo —le dio un beso en la frente y la condujo por la casa hasta su habitación favorita; una en el primer piso con una terraza que daba a los jardines delanteros.

La habitación estaba decorada en lujosos tonos rojos y caoba, colores intensos y pecaminosos. El edredón de plumón blanco tamaño king parecía suave y acogedor.

—¿Vas a estar bien? —preguntó Wes mientras acomodaba el equipaje en un rincón junto a la cómoda alta de madera oscura.

—Sí. Lo estoy, de verdad —prometió ella. *Después de un buen llanto*, añadió en silencio. Uno creería que alguien se acostumbraría a que sus padres se decepcionaran de su persona y tuvieran expectativas poco realistas. Pero que la atacaran sólo porque se había defendido era una sorpresa desagradable que seguía dejándola aturdida. Sólo necesitaba ir a un lugar oscuro y tranquilo y curarse las heridas antes de estar preparada para enfrentarse al mundo de nuevo.

—Buenas noches —Wes cerró la puerta y se quedó sola. Otra vez.

Capítulo Veintiuno

F enn tiró de la corbata que le rodeaba el cuello. La maldita cosa lo estaba estrangulando. Miró su reflejo. Vestido con traje y chaqueta, se parecía a Emery. Exactamente como Emery. No era algo malo, pero era extraño. Gruñó en voz baja mientras estropeaba la corbata una vez más. Había comenzado a quitársela cuando su madre apareció en la puerta, con una pequeña sonrisa nerviosa rondando sus labios.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí. No consigo entender esta maldi... cosa —se corrigió, pero ella le guiñó un ojo y empujó suavemente sus manos hacia abajo, lejos de su cuello.

La contempló mientras hacía hábilmente un nudo impecable a partir del lío que él había creado. Llevaba el pelo rubio dorado recogido en un moño y parecía mayor, sabia y triste. Sus ojos tenían un tono más oscuro que el brillo y la chispa que él recordaba. El brillo que aún conservaba era tan ligero que temió que pudiera deberse más a sus recuerdos que a la realidad.

El silencio de la casa que los rodeaba era denso y suave, casi empalagoso, y le provocó un dolor interior de añoranza. La profundidad de lo que él había perdido, de lo que ella había perdido, por fin se hizo evidente. Veinticinco años. La mayor parte de su vida había transcurrido así. Estaba atrapado en la quietud de este momento, en este lugar, como si estuviera esperando que estallara una tormenta, con la esperanza de que terminara pronto.

—Listo, ya está —su madre le palmeó el pecho justo debajo del nudo perfecto, lo sostuvo de los hombros y lo giró hacia el espejo—. ¿Qué te

parece?

Por un momento quiso decirle todo lo que llevaba dentro, un millar de palabras que llevaba años esperando decir pero que no había recordado hasta ahora. Su garganta se bloqueó y cerró los ojos brevemente, recuperando su frágil control sobre sus emociones.

—¿Cómo lo has hecho? —tocó la corbata y luego colocó sus manos sobre las de ella, apoyadas en sus hombros. Su madre se recostó contra su hombro, con ojos intensos y tristes antes de volverse falsamente brillantes.

Ella movió las puntas de los dedos.

—La magia de una madre. Y años de práctica. Tu padre aún no sabe atarse la corbata.

—Claro que sé —anunció Elliot desde la puerta—. Sólo lo uso como excusa para acercarte y tener tus manos sobre mí, querida —le dedicó a su mujer una sonrisa secreta, del tipo que compartían los viejos amantes y que transmitía años de emociones y recuerdos que sólo ellos podían comprender.

¿Alguna vez sentiría eso con alguien? Fenn deseaba esa cercanía, pero también la temía. Si se atrevía a preocuparse por algo, podrían arrebatárselo. Un hombre no podía permitirse correr riesgos así. Era demasiado peligroso.

—Mandy, ¿te importa si hablo con Fenn? —preguntó Elliot.

Su madre suspiró y besó la mejilla de Fenn.

—Me alegra mucho que hayas vuelto a casa. Hay demasiado... —tragó duro y se secó las lágrimas—. Te quiero, Fenn. Siempre te he querido, incluso cuando perdimos la esperanza y pensamos...

Sabía lo que ella intentaba decir, pero no necesitaba expresarlo. Las palabras no eran necesarias. El amor de una madre... y el amor de un padre nunca necesitaban ser hablados, sólo sentidos. Y él sentía su amor, como unas llamas ardientes dentro de su pecho, un amor tan fuerte que había sobrevivido incluso a la creencia de que él se había ido para siempre. Rodeó a su madre con los brazos y la sostuvo mientras ella se derrumbaba de nuevo, temblando en silencio, sólo jadeando cada pocos segundos. Llevaría tiempo curar esta gran herida; demasiado tiempo, pero ahora lo tenían, tenían todo el tiempo que necesitaban.

Estoy en casa.

Cuando soltó a su madre, ella se rio, con los ojos llorosos mientras resoplaba.

—Tengo que arreglarme el maquillaje antes de cenar. Te veré pronto, cariño —lo besó y salió de la habitación.

Cuando se fue, Elliot se quedó mirándolo. En el exterior, un trueno lejano retumbó, seguido del susurro de las hojas al compás de la brisa. Se avecinaba una tormenta.

—Emery dijo que aún no estáis fuera de peligro, que el peligro sigue latente.

Fenn asintió.

—Estaba siendo perseguido en Colorado. Casi me matan. Casi matan a Hayden Thorne dos veces. Es algo grave.

—Lo sé —dijo Elliot.

Al otro lado de la ventana abierta, el viento cambió y todo se paralizó de forma inquietante mientras el cielo, cada vez más oscuro, se arremolinaba y cambiaba de dirección.

—Cuando descubráis quién es el responsable, quiero estar allí. Quiero acabar con la vida del hombre que te apartó de mí. Sea el monstruo que sea, merece sufrir, pero me temo que no tengo paciencia para eso.

La rabia cargada de dolor en la voz ronca de su padre podría haber asustado a Fenn de niño. Como hombre, sólo pudo afirmar sus palabras con un gesto de cabeza.

—Señ... Papá —corrigió cuando su padre frunció el ceño—. ¿Quién nos haría esto? ¿Tenías enemigos?

Elliot pareció encerrarse en sí mismo, como si recordara cada año de su vida y los examinara.

—He conseguido vivir una vida dichosa. Incluso cuando estaba construyendo mi imperio con tu tío, evitamos hacer verdaderos enemigos.

Otro callejón sin salida, pensó Fenn; otro camino sin respuestas.

Elliot palmeó una vez la espalda de Fenn.

—Bajemos a cenar. No deberíamos hacer esperar a tu madre.

Fenn siguió a su padre escaleras abajo y entró en un comedor de nogal con paneles de madera. Las lámparas de cristal brillaban sobre ellos, y las luces eléctricas de sus enchufes calentaban la estancia. Emery se sentó frente a Sophie, quien tenía mejor aspecto, aunque Emery seguía vigilándola de cerca. Probablemente debería haberse quedado en la cama,

pero Fenn pensó que tal vez no era más que una testaruda que quería estar aquí. Sophie lo saludó con un gesto de mano y le guiñó un ojo antes de hacer una mueca de dolor y llevarse una mano al costado herido. Era una sensación extraña, pero la pertenecía a un nivel consciente como importante, tal vez porque pertenecía a su gemelo. ¿Emery experimentaría la misma sensación con una mujer que le importara a Fenn? El rostro de Hayden pasó por su mente.

Una criada apareció y se inclinó para susurrar algo al oído de su madre. Miranda se animó.

—¡Brant está aquí! —les dijo a todos antes de volverse hacia la criada—. Haz que entre y prepárale un sitio.

—¿Brant? —preguntó Fenn a su hermano. Tenía vagos recuerdos de su primo, diez años mayor que ellos.

—No sabe que te hemos encontrado —susurró Emery—. Probablemente se va a sorprender. El secuestro lo afectó mucho. Mamá dijo que se negó a hablar con nadie durante casi dos semanas. Recuerdo que cuando escapé y volví a casa, me miró con rostro inexpresivo, como si le sorprendiera que estuviera vivo. Todo el mundo, incluido él, había supuesto lo peor.

Fenn asimiló esta información y deslizó un dedo por debajo del cuello de la camisa, desesperado por aflojar la corbata aunque sólo fuera un poco. ¿Cómo demonios iba a respirar un hombre con corbata?

Un hombre de unos cuarenta años entró en el comedor. Se parecía un poco a Elliot, pero más joven, sin las canas de su tío en su propio pelo castaño claro. La mirada del hombre recorrió la habitación y se congeló cuando se posó en Fenn y Emery.

—Brant —comenzó su madre, emocionada—, es perfecto que hayas venido. No vas a creer lo que ha sucedido —hizo un gesto hacia Fenn—. ¿Ves? Es mi otro hijo. Ha vuelto a casa. ¿Lo puedes creer?

—¿Fenn? —la voz de Brant era suave y ronca. El hombre seguía sin moverse hacia ellos.

Durante un largo momento, Fenn contuvo la respiración, memorizando las facciones del otro hombre y absorbiendo las reacciones de Brant... o más bien, la falta de ellas.

—Dios mío, me alegro de verte. ¿Dónde has estado todo este tiempo? —finalmente, Brant pareció recuperar el control de sí mismo mientras se

acercaba a Fenn y le estrechaba la mano. A diferencia de sus encuentros iniciales con sus padres y Emery, Fenn no sintió ningún atisbo de calidez, ninguna sensación de conexión. Sin embargo, él y Brant eran de la misma sangre.

—Yo estaba... —buscó la mirada de su hermano y Emery asintió levemente—. Estaba viviendo en Colorado. Sufrí una herida en la cabeza durante el secuestro, y uno de los hombres que me tenía prisionero me llevó allí.

—¿Recuerdas mucho de esa época? ¿Como los hombres que te retuvieron? ¿Siguen vivos? —preguntó Brant mientras soltaba la mano de Fenn.

—Muy poco. Vagos recuerdos, en realidad. Sé que los hombres que nos secuestraron están muertos —pero, mientras hablaba, algo oscuro se agitó en el fondo de su mente, una sensación de algo importante que había pasado por alto. Pero no había ninguna razón lógica para ello. Fenn intentó ignorar la sensación.

—Deberíamos comer antes de que la cena se enfríe —insistió su madre mientras se sentaba. Brant ocupó un asiento cerca de su padre, quien se sentó en la parte principal de la mesa.

El inicio de la cena estuvo lleno de conversaciones: en parte sobre negocios y en parte sobre el regreso de Fenn. No solía hablar si no se le dirigía la palabra. No estaba acostumbrado a este tipo de eventos sociales. Sus comidas solían ser cualquier cosa que pudiera coger mientras trabajaba o la comida ocasional en el sofá de la casa de Jim. Esta gran sala, la amplia mesa, y la variedad de platos y utensilios era un poco abrumadora.

—Emery, me gustaría volver a hablar contigo sobre la junta de Industrias Lockwood —dijo Brant.

Emery bebió un sorbo de su vino y se centró en su primo.

—¿Qué pasa con eso?

—Bueno, ellos están preocupados por ti. Me han preguntado hasta qué punto podrías ceder temporalmente el poder a la junta en caso de que te ocurriera algo. Por lo que me ha contado tu padre, ha habido amenazas contra tu vida. Eso es una sentencia de muerte potencial para la empresa. Si esta situación se hace pública, el precio de las acciones se hundiría y seríamos presa fácil de intentos de adquisición. Podríamos perder la

empresa —Fenn se percató de que Brant había dejado su comida prácticamente intacta.

—¿Y la junta quiere que haga qué, exactamente? —Emery se acomodó en su silla, con los brazos cruzados sobre el pecho. Fenn sintió un extraño impulso de imitarlo y se detuvo justo antes de hacerlo. Estar cerca de su gemelo estaba teniendo un efecto extraño en él.

—Nada demasiado drástico. Es simplemente la aprobación de un documento que han preparado, el cual establece una reestructuración temporal de la dirección de la empresa en caso de incapacidad o fallecimiento. Les dije que era probable que nunca ocurriera y que el documento era innecesario, pero se han puesto firmes al respecto —se disculpó Brant.

—¿Tienen algún plan en mente para mi sustituto? Preferiría que el control no abandonara nuestra familia, y sé que papá podría hacerse cargo, pero está harto de salas de juntas y reuniones de negocios.

—Me ofrecería voluntario si eso te tranquilizara más —sugirió su primo.

Emery guardó silencio durante un largo momento.

—Supongo que no es una petición irrazonable y me sentiría cómodo contigo al mando en tales circunstancias. Mañana trabajaré con la junta y firmaré lo que necesiten si eso los tranquiliza.

Brant exhaló aliviado e inmediatamente pareció más alegre.

—Ahora que Fenn está en casa, ¿vamos a celebrarlo?

Miranda y Elliot intercambiaron miradas, pero no respondieron.

Sin embargo, Brant tenía una sugerencia preparada.

—Deberías hacer algo, Emery. Celebrar una fiesta u organizar una rueda de prensa. Podríamos controlar el giro de las noticias y darle a nuestra empresa un gran impulso. Estaría encantado de hablarlo con nuestro departamento de relaciones públicas y ver qué opinan.

—No es mala idea. Una rueda de prensa estaría bien. Aunque deberíamos esperar unos días —dijo Sophie.

Fenn notó cómo la mirada de su hermano se desviaba hacia la de Sophie. Intercambiaron una mirada secreta.

Cogiendo su copa de vino, Emery miró a su madre.

—Muy bien. Madre, ¿te gustaría organizar una fiesta? Nosotros nos encargaremos de la rueda de prensa.

—Bien, bien —Brant devoró con vigor su comida, hasta entonces intacta.

Fenn escuchó el resto de la conversación con poco interés. En su mayor parte se trataba de personas, lugares y cosas con las que no estaba familiarizado. Su mente divagaba, sobre todo en Hayden. Odiaba admitirlo, pero se sentía perdido sin ella. En los últimos días lo había afectado enormemente y no podía deshacerse de ella. No quería. Pero tenía que mantenerla a salvo, así que estar con ella no era seguro.

Emery se inclinó hacia él y le susurró.

—Hans te llevará a casa de Wes. Sé que *la* echas de menos.

Se sobresaltó, sorprendido. ¿Era tan fácil de leer?

—Se te nota en la cara —respondió su hermano con una suave risita—. Después de cenar, puedes ir a verla. Quédate toda la noche si quieres —colocó un delgado teléfono negro en la mano de Fenn—. Ahora es tuyo. Llévalo siempre contigo. Mi número, el de Sophie, el de Wes, el de Royce, el de Hans, el de Cody y el de nuestros padres están todos en la lista de contactos.

Fenn estudió el teléfono. Nunca había tenido uno, pero muchas de las mujeres con las que se había acostado lo tenían, así que él había jugado con el aparato. La tecnología era algo que siempre le había gustado, y ahora, tras reencontrarse con su familia, lo comprendía. Llevaba algunas cosas en la sangre.

—¿Royce? —un destello de memoria; un chico de pelo oscuro y ojos risueños, pasó por su mente.

—¿Lo recuerdas? Era uno de nuestros mejores amigos, como Wes.

—Sí —sonrió Fenn. Sí que recordaba a Royce. Su padre lo había llamado una maldita amenaza; cariñosamente, por supuesto, Royce había convencido una vez a los cuatro para causar estragos en una fiesta en el jardín. A los invitados no les había gustado encontrar renacuajos en las jarras de agua helada.

—Gracias por el teléfono —lo guardó en su bolsillo. Nunca se había interesado por uno antes, pero si tener uno era importante para Emery, lo aceptaría con gusto.

—Sabes —continuó Emery en voz baja—, me sucedió lo mismo con Sophie. No quería perderla de vista. Todavía es así. Sus heridas fueron lo único que me impidió ir a Colorado en cuanto supe que estabas allí —la

vergüenza oscureció los rasgos de su gemelo, pero Fenn no estaba enfadado. Él entendía la razón de Emery para quedarse.

—No tienes que dar explicaciones. Estoy completamente de acuerdo con tu elección.

El alivio en los ojos de Emery era evidente, y la tensión abandonó sus hombros.

—¿Por qué no te excusas y vas a reunirte con Hans? Les diré a nuestros padres adónde has ido.

—¿No se molestarán? —lo último que quería era disgustar a sus padres. Después de tantos años sin ellos, tenía miedo de perderlos ahora que acababa de recuperarlos. Pero necesitaba ver a Hayden. Ella era lo único familiar para él en todo este caos.

—No. Ellos lo entenderán. Confía en mí.

Fenn esperó un minuto y echó la silla hacia atrás. Cuando todos se volvieron para mirarlo, se sonrojó.

—Sólo necesito ir al baño.

Su madre sonrió.

—Al final del pasillo, a la izquierda, la puerta que hay detrás de ti.

—Gracias —murmuró y se escabulló del comedor.

Hans estaba apoyado en la pared unos metros más allá de la puerta, con las llaves del coche en la mano.

—¿Listo para irnos? —preguntó en voz baja.

Fenn se le quedó mirando.

—¿Cómo has...?

El guardaespaldas levantó el móvil.

—Mensaje de Emery. Vamos.

Siguiendo a Hans, subió al lado del pasajero del todoterreno. El guardaespaldas soltó una risita y sacudió la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Fenn. No entendía qué era gracioso.

—Tú. De copiloto. Creo que tu hermano nunca iría de copiloto. Prefiere el asiento de atrás.

Fenn se encogió de hombros.

—Déjame adivinar. Ha tenido choferes toda su vida. Claro que se sentaría atrás —la idea de que Emery hiciera otra cosa era risible.

—Tienes razón —dijo Hans, y dirigió el coche lejos de la casa.

Cuanto más se alejaban, más dividido se sentía por dentro. Esa casa lo había abrumado pero también le había dado cobijo, un recordatorio conmovedor de todo lo que había perdido y una prueba de lo que había recuperado. Sin embargo, necesitaba ver a Hayden, necesitaba tocarla, para asentarse en la realidad al estar con ella. Esa mujer era lo único que tenía sentido ahora. Sólo deseaba que estar a su lado no fuera un riesgo tan grande para la vida de ella... o para su propio corazón.

Capítulo Veintidós

El susurro de la lluvia sobre las piedras de la terraza frente a la habitación de Hayden la despertó. Rodó sobre su espalda. Sólo eran las nueve de la noche, pero su cuerpo aún maltrecho sentía que era medianoche, así que se había acostado temprano. Dos largas cortinas blancas ondeaban hacia dentro mientras una brisa fresca las empujaba con delicadeza. Había dejado las puertas de la terraza abiertas a propósito para escuchar la tormenta que sabía que se avecinaba. Una silueta oscura se movió al otro lado de las cortinas, envuelta en sombras. El corazón le dio un vuelco y se quedó paralizada. Sólo ahora se percató de lo peligroso que era haber dejado las puertas abiertas. ¿El asesino la había encontrado? Quizá esta vez moriría. El pánico se apoderó de su cuerpo.

¿Qué debía hacer? ¿Gritar pidiendo ayuda? ¿Correr?

—¿Hayden? —una voz familiar, ronca e intensa, le produjo escalofríos de anhelo y deseo.

—¿Fenn? —se bajó de la cama y se acercó a la puerta abierta. El viento besó las cortinas blancas, que se abrieron hacia dentro, creando un espacio a través del cual pudo mirar.

Fenn estaba allí, empapado en un elegante traje. Tenía el pelo oscuro por la lluvia, adherido a la frente como hebras de oro bruñido.

—¿Qué haces aquí? —ella lo cogió por la corbata y lo arrastró más cerca, sacándolo de la lluvia. Él soltó una risita mientras tropezaba tras ella al abrigo de la habitación. Hayden cerró rápidamente las puertas de la terraza y las aseguró con llave, ignorando el charco de agua que se formó

alrededor de sus caros zapatos italianos. Sin duda se los había pedido prestados a Emery.

—Tenía que verte —murmuró, bajando las pestañas. Por la forma en que se lo confesó, Hayden sintió como si la hubiera dejado entrar en su corazón al admitir su necesidad de verla. Todo lo que se había enfriado dentro de ella por la lluvia se calentó al instante, como si sintiera el calor del primer día verdaderamente soleado de la primavera.

Se mordió el labio, con los dedos aún enroscados en la corbata de Fenn mientras lo mantenía prisionero. Él podría haberse apartado fácilmente o haber asumido el control. En lugar de eso, le cogió la cara y se limitó a mirarla. La expresión en sus ojos la destruyó. Fue como si la deshiciera, átomo a átomo, y volviera a nacer. Las gotas de lluvia se aferraban a las puntas de su pelo y a los bordes de sus pestañas, y ella se perdió en el estudio de su belleza masculina. A pesar de que parecía aburrido por el traje que llevaba, ella podía sentir su palpitante y salvaje energía mientras la envolvía. Uno podía ensillar un mustang y ponerle las bridas, pero eso no eliminaba la fiereza innata del caballo. Fenn era muy parecido.

Hayden deslizó la mano por su corbata, observando cómo sus ojos se dilataban mientras seguían el movimiento de la mano. Los labios de Fenn se entreabrieron y sus manos se desplazaron de su rostro a sus caderas. Jugó con el dobladillo del camión rosa y negro que le llegaba hasta los muslos. Era uno de los favoritos de Hayden, cómodo pero sexy por la forma en que se ajustaba a sus piernas.

—Esta noche me quedaré aquí —le informó.

Si cualquier otro hombre le hubiera dado órdenes y le hubiera dicho que iba a pasar la noche aquí, lo habría echado a patadas. Pero se trataba de Fenn y a Hayden le encantaba provocarlo; hacer que se abriera a ella y, lo que era más importante, dominarla de la forma adecuada.

—¿Ah, sí? —sonrió descaradamente.

Los dedos de Fenn se deslizaron desde la camisa hasta el borde de sus bragas, recorriendo el encaje de sus calzoncillos.

—No lo olvides, cariño. Soy el dom aquí. Se hace lo que diga.

—De acuerdo —arrastró la palabra de manera dramática, pero le guiñó un ojo—. ¿Por qué no has usado la puerta principal?

Sus manos moldearon su culo, estrujándolo mientras la tiraba contra él. Luego se inclinó hacia adelante y le rozó la oreja con los labios.

—No usé la puerta principal porque es imposible que tu hermano me deje entrar en su casa, porque puede adivinar lo que quiero hacerte —le lamió el lóbulo de la oreja—. Lo que voy a hacerte —le mordió el lóbulo y el deseo se disparó directamente a su clítoris, estimulándolo.

—¿Y qué harás? —preguntó ella sin aliento.

La besó desde la oreja hasta la clavícula antes de pronunciar otra palabra.

—*Todo.*

Su vientre se estremeció, y Hayden reprimió un gemido instantáneo de necesidad.

—¿Todo?

—Sí —la empujó hacia la cama, pero ella lo retuvo con las manos en el pecho. Fenn se estremeció.

—Estás helado. ¿Por qué no te das una ducha caliente?

—Sólo si me acompañas —se quitó el traje empapado.

Con dedos trémulos, Hayden le aflojó la corbata y se la quitó antes de empezar con los botones de la camisa. Ambos se rieron cuando las manos de Fenn se atoraron dentro de las mangas.

—¿Un poco ansioso? —se mofó ella.

—¿Por ti? Siempre.

Hayden se mordió el labio, intentando luchar contra la oleada de emociones que le produjeron sus palabras. Sin embargo, su emoción estaba impregnada del agri dulce conocimiento de que esto no duraría. Todo lo que ella representaba para él era un lugar de consuelo, alguien en quien podía confiar. En cuanto se estableciera en su nueva vida, la necesitaría cada vez menos. Y después de su pelea con su madre, supo que estaba frente a una decisión que había estado esperando durante mucho tiempo. No podría quedarse en Long Island para siempre, no si quería un trabajo y una vida propia. Era hora de marcharse. Se aseguraría de que Fenn estuviera a salvo y luego seguiría su propio camino.

—¿Qué ocurre? —murmuró él contra sus labios, con los ojos serios mientras dejaba caer la camisa al suelo.

—No es nada —mintió.

Fenn esperó un largo momento antes de hablar.

—Algún día tienes que aprender a confiar en alguien.

—No se trata de confianza. Confío en ti —lo tranquilizó—. Aparte de mi hermano, probablemente seas la única persona en la que confío —para Hayden, admitir eso era enorme; aunque él no lo sabía y ella nunca se lo diría. Lo último que quería era presionarlo o hacer que se sintiera responsable de ella. Hayden había sido la que había subido al avión y volado a Colorado. Todo lo que había pasado era culpa suya, no de él.

—Espero que algún día me digas qué es lo que te entristece.

Algún día. Ese era el problema. No habría un algún día para ellos. Sólo había un ahora. La desesperación impregnaba cada una de sus caricias mientras intentaba grabarlo profundamente en su memoria para jamás sentirse sola.

—Fenn, hazme el amor, *por favor* —suplicó, necesitando que la tocara, que aliviara el dolor de su cuerpo y de su corazón.

Como respuesta silenciosa, la cogió de la mano y se dirigió al amplio cuarto de baño. Sabía adónde ir, ya que ella había dejado la luz encendida y la puerta entreabierta. El espacio tenía una enorme bañera en la que cabían dos personas y una ducha con un banco de mármol. Fenn recorrió el lugar con la mirada antes de volverse hacia ella. Le dedicó una sonrisa tranquila y prolongada mientras introducía la mano en la ducha y abría el grifo.

—Ven aquí, cariño —señaló un lugar frente a él. Había una mullida alfombra de baño a sus pies. Obedeció y se detuvo ante Fenn—. Recuerda, mis reglas, mis órdenes —le quitó la camisa del pijama y la arrojó a un lado. Estaba delante de él sin nada más que sus bragas rosas con bordes de encaje. Había estado desnuda muchas veces para un dom en The Gilded Cuff, pero no se había sentido nerviosa ni cohibida porque no le había importado lo que pensarán. Estar con Fenn hacía que todo le pareciera nuevo y excitante. Un pequeño temblor la recorrió.

—¿Tienes frío? —preguntó con suavidad.

Cuando Hayden negó con la cabeza, él sonrió.

—Entonces ponte de rodillas y usa la alfombra como apoyo —esperó a ver si ella obedecía.

Aunque le gustaba desafiarlo, también sentía una emoción única al obedecerlo. Hizo lo que le ordenó y se arrodilló sobre la suave alfombra de baño frente a él.

—Buena chica —la elogió y le apartó el pelo de la cara. Si cualquier otra persona la hubiera elogiado así, Hayden habría puesto los ojos en

blanco y se habría marchado. Pero las palabras de Fenn tuvieron un efecto diferente en ella. Le encantaba complacerlo, sobre todo en lo que se refería al sexo, y sabía que esto se trataba de sexo. Fenn lo tenía escrito en la cara, y el hambre y la necesidad se reflejaban en los rígidos músculos de la parte superior de su cuerpo desnudo. Hayden fue paciente, pero sólo lo justo, mientras esperaba a que él le dijera lo que quería que hiciera.

—Ya sabes lo que quiero —su tono era grave y ronco, y le recorrió deliciosamente la piel.

—Sí, señor —respondió instintivamente, y llevó la mano a la parte delantera de sus pantalones.

—¿Señor? —soltó una risita—. Eso me gusta. Sigue llamándome así, cariño —le acarició las mejillas con los pulgares mientras ella le bajaba la cremallera. Llevaba unos calzoncillos negros debajo de los pantalones, y Hayden se los bajó hasta los tobillos. Su polla erecta sobresalía. Ella la rodeó y estrujó con los dedos, haciéndole soltar un suspiro—. Joder. Me encanta que me toques, cariño —gruñó—. Pero lo que realmente quiero es tu boca.

Hayden no necesitó ningún estímulo adicional. La idea de chupársela hizo que todo su cuerpo se encendiera y su vientre se apretara. Sí, llevaba días deseando hacerlo. Colocó una mano en su culo, clavándole los dedos en los músculos para sujetarlo mientras le sujetaba el miembro con la otra y exploraba la cabeza con una suave lamida.

—Joder —gimió—. No me provoques o te marcaré el culo —se apoyó en la puerta de la ducha, pero empujó las caderas.

Hayden ahogó una risita. Deslizó la lengua por la punta de su pene y luego se la llevó a la boca, chupando la parte más sensible, dejando que su lengua golpearla la zona inferior del miembro, añadiendo presión y placer mientras chupaba la punta. Fenn echó la cabeza hacia atrás y maldijo.

—Cuando termines, ese culo es mío.

Antes de que pudiera lanzar más amenazas sensuales, Hayden separó los labios y se lo llevó a la boca. Ahuecó sus mejillas y chupó, rozando ligeramente su carne sensible con los dientes.

—Eso es, sigue haciéndolo —la instó mientras apoyaba las palmas de las manos en la puerta transparente de la ducha, detrás de ellos, con ojos desorbitados por la intensidad con que observaba su boca mientras se movía. Había algo erótico en la forma en que Fenn mostraba su escaso

control. No solo le sujetó la cara para follarle la boca. No, estaba moviendo las caderas, dejando que ella controlara los movimientos para que no sufriera arcadas. Hayden siguió acariciando la parte inferior de su miembro con la lengua mientras lo succionaba, y las manos de Fenn se cerraron en puños en cuestión de minutos.

—Me voy a correr. No puedo contenerme... mucho más —jadeó.

Hayden estrujó la base de su pene, y las caderas de Fenn se sacudieron violentamente cuando su salada virilidad explotó en su lengua. No lo soltó hasta que lo lamió y dejó limpio. Se lamió los labios y le sonrió.

El primer asalto es para mí. Sonrió. Sus ojos caídos parecían los de un león saciado.

—Cariño —él se rio de forma suave y discreta, un sonido pecaminoso y peligroso—. Estás en problemas. No puedo esperar a meterme dentro de ti y follarte tan fuerte que no caminarás bien durante una semana.

—Suenas tentador —ella le guiñó un ojo, adorando la forma en que podían hablar así. Sin restricciones, sin bromas, sin reglas. Él la dominaba en todo lo que se refería al dormitorio. Qué equivocada había estado al buscar a alguien en el club. Todo lo que necesitaba era lo que este hombre le proporcionaba.

Cuando se puso en pie, se inclinó hacia ella, la rodeó con la mano y le dio una fuerte palmada en el culo. El escozor se convirtió en un ardor abrasador.

—Quítate eso y métete en la ducha. Ahora —él tiró de la parte inferior de sus bragas.

Con una sonrisa pícaro, Hayden se las bajó y las arrojó lejos.

—Bien. Ahora entra —señaló la ducha a sus espaldas. Ella se deslizó junto a él y su piel desnuda se rozó en todos los lugares adecuados—. Mójate para mí —gruñó, observándola mientras se adentraba en la gran ducha.

Hayden se lamió los labios, incapaz de negarse a morder el anzuelo.

—Ya lo estoy.

Fenn maldijo, bajando la mirada de su rostro a su cintura. Estaba mojada, en más de un sentido.

—De cara a la pared y apóyate contra ella —entró en la ducha y cerró la puerta de cristal con un suave chasquido.

La excitación la recorrió e intentó mantenerse tranquila y sexy, pero era difícil cuando estaba tan excitada. Estar cerca de Fenn la ablandaba, le hacía bajar la guardia y ser ella misma de una forma que llevaba mucho tiempo sin experimentar. Él la hacía sentir sensual, juguetona, burlona. El personaje de la sumisa malcriada, bocona y agresiva había sido una defensa eficaz, pero nunca había sido realmente feliz interpretando ese papel.

Este hombre... esta alma tranquila, intensa y perdida, la tocaba en lo más profundo de su ser, domaba el dolor furioso que había sufrido durante años a manos de sus crueles padres y llenaba el vacío que siempre había estado allí. Él era la llave de su vida rica pero restringida, pero dudaba que él lo supiera y estaba demasiado asustada para pedirle que la liberara. ¿Y si se negaba?

Fenn se acercó a ella, y sus manos y el agua caliente le abrasaron la piel. Deslizó suavemente los labios por su cuello, mordisqueándolo cuando llegó a la curva donde se unía con el hombro. Hayden siseó de placer y arqueó la espalda, presionando el culo contra su ingle. Su polla se deslizó entre el espacio de sus nalgas y él balanceó su cuerpo contra el de ella, manteniéndola inmovilizada contra la pared de la ducha.

—Dime cómo lo quieres —le murmuró al oído. Todo su cuerpo se estremeció al oír el estruendo de su voz tan cerca.

Siempre le había gustado duro y rápido, pero ahora, en este momento, ansiaba hacer el amor con ternura.

—Despacio —la palabra tembló en su lengua.

—Lo que sea por ti, cariño.

Las emociones la ahogaron. *Lo que sea*. Había tantas cosas que quería de Fenn y de la vida. Estos últimos días con él le habían abierto los ojos. Antes de él, había estado perdida en las sombras y atrapada en un mundo en blanco y negro. Con Fenn, el mundo estallaba en colores brillantes. Todo era mejor porque lo había conocido.

De repente, la giró para que lo mirara y la apoyó contra la pared de la ducha. Le besó los labios sorprendidos y le acarició los pechos, las caderas y el vientre. Hayden levantó una pierna para rodearle la cadera, abriéndose a él. Fenn aceptó la invitación y se colocó en posición para penetrarla.

Fenn rompió el beso, pero apoyó la frente en la suya mientras la penetraba lentamente. Centímetro a centímetro, sus cuerpos se fundieron. El color avellana de sus ojos era miel líquida teñida de ámbar bajo las tenues

luces del baño. No podía apartar la mirada de él, y el mundo se redujo a ellos dos y a su conexión.

Libérame, le suplicó en silencio. Giró las caderas dentro de ella con un ritmo seductor que la hizo suspirar y retorcerse de placer. Como si diera pequeños y lentos mordiscos a una rica tarta de chocolate, el placer llegó a su cuerpo en pequeños y dulces sabores mientras la provocaba con empujones superficiales. Fenn volvió a capturar sus labios, seduciéndola con cada movimiento de la lengua dentro de su boca, que reflejaba lo que él hacía con su cuerpo. No había sabido que podía ser así, que la infinita ternura y delicadeza podían excitarla con la misma facilidad que el sexo duro. Cuando deslizó una mano entre sus cuerpos para estimular su clítoris, Hayden jadeó mientras el placer se encendía y se transformaba en orgasmo, el cual la recorrió con prolongados y fuertes estremecimientos que parecían no tener fin.

Hayden cerró los ojos, pues la sensación de volar la mareaba. Su mente evocó el recuerdo de un estornino mientras salía de su jaula, la manera en que el pájaro había agitado las alas con sorpresa para luego elevarse por los aires, poniendo a prueba los límites de su cuerpo y su valentía. Cuando el orgasmo finalmente se desvaneció en réplicas, quedó completamente flácida. Fenn la sostuvo y continuó penetrándola un par de veces más antes de que se estrechara contra ella y sintiera el cálido estallido de su semilla en su interior. Sus cuerpos se entrelazaron y Hayden le acarició el cuello con la nariz, exhausta y saciada. Su carne se sentía hinchada y llena de amor.

—Gracias —susurró contra su boca. Un rubor en las mejillas de Fenn provocó la impresión de un sonrojo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Por encontrarme.

—¿Por encontrarte?

Él asintió.

—Estaba perdido, pero me encontraste, Hayden. Me trajiste a casa.

—¿Eso significa que te quedarás aquí? —estaba demasiado asustada para esperar que lo hiciera.

—Todavía no lo sé. Todo es muy nuevo y confuso —su voz era débil y áspera, como si admitir tales emociones lo hiciera sentirse vulnerable y no quisiera serlo. Ella lo entendía, pero él tenía que dejar de excluir a todo el mundo.

Hayden le rodeó el cuello con los brazos.

—Háblame. Puede que eso ayude.

Hubo un destello de miedo en los ojos de Fenn, pero lo disimuló rápidamente.

—Primero déjame llevarte a la cama. Te he despertado y necesitas descansar —frotó sus cuerpos mientras hablaba.

—Pero hablarás conmigo —lo dijo como una afirmación, no como una petición.

—Sí.

Cuando ambos estuvieron limpios, Fenn cerró el grifo y Hayden cogió dos toallas grandes. Él enrolló la suya alrededor de sus esbeltas caderas y deslizó juguetonamente la toalla por su cara.

—¡Eh! —ella le dio un manotazo, pero él le rodeó la cintura con los brazos y la besó para que no protestara. Él hacía que todo fuera muy fácil, muy divertido. Nunca había estado con nadie así. Claro que había salido con algunos chicos agradables, algunos apuestos, algunos ricos, pero nunca había esperado sentirse tan a gusto y a la vez tan excitada como con Fenn.

—Métete en la cama y me uniré a ti —le instó.

Hayden sonrió pícaramente y se dirigió a la cama, dejando caer la toalla mientras avanzaba. Le lanzó una mirada seductora por encima del hombro y balanceó las caderas. Él tragó duro y su toalla se tensó instantáneamente alrededor de su erección. Se estiró hacia un lado y, justo un segundo antes de que apagara las luces, ella vio el interior ardiente de sus ojos, como dos fuegos consumidos por la lujuria. Su monte se humedeció al pensar en lo que le haría cuando la alcanzara. Y le haría algo; Hayden lo supo por la forma en que sus músculos se tensaron y su respiración se aceleró.

—Uno de estos días me vengaré de ti —se rio mientras apartaba las mantas y se metía en la cama con ella—. Me haces perder la maldita cabeza.

Hayden se rio.

—Eso es bueno, ¿no?

En respuesta, la tumbó sobre su espalda debajo de él y aprisionó su cuerpo con el suyo. La insistente presión de su excitación era una clara prueba de que esto era algo bueno.

—Creía que habías dicho que debíamos descansar —Hayden se rio cuando le acarició los pechos con la nariz.

El ligero roce de su incipiente barba arañaba deliciosamente su piel sensible. Jadeó cuando Fenn se llevó un pezón a la boca y lo mordió. El atisbo de dolor despertó terminaciones nerviosas en su interior y un calor húmedo se acumuló entre sus muslos. Su lengua se enroscó alrededor del pezón, lamiéndolo, acariciándolo, antes de volver a morderlo con la suficiente presión para que su cuerpo se estremeciera. Cosquilleos de placer y dolor se dispararon directamente a su clítoris y sus paredes vaginales se estrujaron y palpitaron, dispuestas a aferrarse a su polla aunque no estuviera dentro de ella.

Estaba agotada y no había creído que su cuerpo fuera capaz de otro orgasmo, pero cuando alineó sus caderas con las de ella y la embistió sin previo aviso, Hayden explotó en otra alucinante oleada de placer. Él sabía cuándo poseerla, cuándo estaba lo bastante húmeda y hambrienta como para que su cuerpo necesitara esa invasión brusca para encenderla.

Las caderas de Hayden se elevaron y gimió, moviendo la cabeza de un lado a otro sobre la almohada, frenética por acercarse a él, por satisfacer el deseo palpitante que sentía en su interior. No era sólo físico; con Fenn siempre era algo más; una embriagadora sensación de dominación y entrega, de dos animales apareándose salvajemente en un torrente de respiraciones agitadas, suspiros suaves y gruñidos guturales. Era todo un hombre, una fuerza bruta de sexo, y aun así la hacía sentir adorada y venerada, incluso cuando la poseía total y completamente, sin dejarle espacio para escapar.

El orgasmo derritió su cuerpo desde el interior y cedió a las sensuales exigencias de Fenn, quien se tomó su tiempo, jugando con ella, explorando su cuerpo y sus respuestas. Pequeños mordiscos, besos suaves y juguetones en puntos sensibles que la hacían temblar o estremecerse. Como un director de orquesta, creó una obra maestra a partir de sus sonidos de placer. Cambiando el ritmo de sus embestidas de rápidas a lentas, y luego viceversa, la torturaba, despertando placeres sensuales al dominar su cuerpo y controlar su capacidad de llegar al clímax. No podía negar que eso la excitaba aún más.

—Por favor... necesito correrme —suplicó.

—Te gusta eso, ¿verdad, cariño? Yo follándote después de que te hayas corrido, dejándome jugar contigo —le sonrió, con expresión pícaro y

salvaje. Su vientre sufrió un espasmo y Hayden asintió desesperadamente, intentando mover las caderas contra las de él.

Eso le gustaba. Dios, le encantaba porque él lo hacía suavemente, seductoramente, deleitándose con su cuerpo flácido y saciado. Cualquiera otro hombre no sabría hacerlo así... hacerla sentir segura y, sin embargo, follarla hasta casi matarla. Sólo de pensarlo, su cuerpo volvió a sentir esa dichosa necesidad.

Los labios de Hayden se entreabrieron y Fenn se abalanzó sobre su cuerpo, aprovechando para besarla en la boca. Su respiración y sus caderas aumentaron su velocidad. Ella lo abrazó y le rodeó los hombros con las manos mientras él se deshacía en sus brazos. Se aferraron el uno al otro, y sostuvo la cabeza de Fenn contra su pecho y le acarició el pelo.

—¿Peso demasiado? —preguntó, intentando apartándose. Hayden clavó los talones en la parte posterior de sus muslos, atándolo a ella.

—Quédate. Se siente bien.

Volvió a recostarse sobre ella, pero al cabo de unos minutos rodó y la mantuvo encima de él mientras volvía a subir las mantas. Sus cuerpos seguían unidos, y la sensación compartida de estar conectados la hizo sentir cálida y confundida. Acomodó la cabeza bajo la barbilla de Fenn y suspiró con verdadera satisfacción.

Desearía que esto siempre fuera así. Sentía un dolor persistente en el pecho por saber que algún día terminaría. Pero no hoy. Por ahora sigue siendo mío.

Capítulo Veintitrés

—¿Quieres hablar?

Sostuvo con más fuerza a Hayden, adorando la forma en que ella se dejaba envolver por su cuerpo como si fuera su manta personal. Las manos de Fenn se posaron en su espalda, y las puntas de sus dedos trazaron la débil línea de su columna vertebral.

—Por favor, háblame —le instó ella.

Hayden apoyó la barbilla en su pecho y lo miró, implorándole con los ojos que se abriera. Él no quería, pero tenía que desahogarse.

—¿Seguro que quieres oír esto? No sé si puedo endulzar algo.

—Puedo manejarlo.

Fenn respiró hondo.

—Ahora recuerdo casi todo lo que sucedió. Cuando Emery y yo estuvimos retenidos durante tres meses. Ese hombre, Antonio, era un bastardo. Los otros dos hombres que contrató estaban allí por el dinero. No sabían que debían matarnos en lugar de pedir rescate. Antonio era un maltratador y le gustaban los juegos crueles.

Fenn cerró los ojos, pero hacerlo fue un error. Los recuerdos se precipitaron sobre él, reproduciéndose como una vieja película de terror.

Unas manos grandes y duras lo sujetaron por el cuello y lo elevaron en el aire. Arañó los dedos que le estrujaban la tráquea, pero no emitió ningún sonido, ni siquiera un suspiro ahogado.

—¿Crees que puedes hacerme daño? ¡Pequeño de mierda!

¡Zas! El golpe en la sien le sacudió el cerebro y estuvo a punto de vomitar. Se concentró en las paredes, en el agrietado y desconchado papel

pintado que lo rodeaba, en la forma en que la luz de la luna brillaba sobre el tenue tono dorado del viejo estampado de flor de lis. Fue lo único que evitó que se desmayara por completo.

Antonio lo soltó y cayó al suelo desde una altura de un metro. Rodó sobre su estómago, con arcadas violentas durante varios momentos, tosiendo y gimoteando.

—¡Eh! ¡Déjalo! ¡Es sólo un niño, maldita sea! —uno de los otros dos hombres se lanzó hacia adelante, colocando su cuerpo entre Antonio y Fenn.

—Él es un problema —el tono de Antonio era lo bastante frío como para helar el aire que los rodeaba—. Pero ya no tendremos que preocuparnos por él. Pronto. Nuestro plan está llegando a su fin. Recógelo, Lewis, y llévalo de vuelta con su hermano. Enciérralos. Tengo que ir al pueblo a por unas cosas.

Lewis se mantuvo firme, permaneciendo protectoramente frente a Fenn.

—Bien. ¿Esto significa que pronto recibiremos el dinero y los enviaremos a casa?

Fenn se quedó quieto, intentando recuperar el aliento, con las palmas de las manos apoyadas en el piso de madera desgastada. Estaba demasiado asustado para albergar esperanzas, demasiado asustado para creer que Emery y él podrían volver a casa. A lo lejos, se oía un viejo reloj, lo único de la casa que funcionaba porque Antonio lo había arreglado. Fenn odiaba ese sonido. Era como el que había en casa, y le recordaba que él y su hermano tal vez nunca volverían a casa. Cada campanada era un recordatorio permanente de que estaban atrapados aquí... perdiendo progresivamente sus vidas y su inocencia a manos del mal.

Antonio no contestó de inmediato.

—Sí. Pronto nos pagarán —salió de la habitación dando un portazo.

Cuando Lewis se arrodilló a su lado, Fenn se estremeció y se hizo un ovillo, esperando más dolor. Siempre había mucho dolor.

Una mano suave le tocó el pelo.

—Eh, niño, no pasa nada. Vamos. Se ha ido —la mano permaneció en su cabeza, y la caricia no fue tan amenazadora como había esperado. Fenn se arriesgó y abrió los ojos. El hombre lo miraba fijamente, con la culpa y la preocupación esculpiendo prematuras líneas de envejecimiento en su

rostro—. Te ayudaré a levantarte —lo cogió por debajo de los brazos y lo puso en pie—. ¿Estás bien para andar?

Fenn se tocó la cabeza donde Antonio lo había golpeado e hizo una mueca de dolor.

—Sí, me duele la cabeza —susurró, temeroso de admitir más que eso. El dolor de cabeza le produjo náuseas—. No me siento muy bien —se llevó una mano al estómago, inclinándose mientras vomitaba.

—Joder —maldijo Lewis—. Te golpeó lo bastante fuerte como para provocarte una conmoción cerebral —se agachó, lo levantó y atravesaron el primer piso de la mansión. Se detuvo al llegar al pequeño armario que había en medio de la casa—. Te diré una cosa, ¿por qué no os dejo salir un rato a ti y a tu hermano? —lo bajó con cuidado. Sacó un juego de viejas llaves de latón de su bolsillo y abrió la vieja puerta del armario.

—¿Emery? —susurró Fenn, preocupado por el silencio en el oscuro armario—. ¿Emery?

Su gemelo cayó flácido al suelo, sin duda inconsciente por el dolor que había experimentado a través de Fenn. Ocurría cada vez que Antonio le hacía daño.

Se arrodilló junto a su hermano y lo sacudió. Emery parpadeó y volvió en sí, sujetándose la cabeza y gimiendo.

—¿Qué demonios? —murmuró Lewis, mientras su mirada confusa iba y venía entre los dos niños—. ¿Siente... dolor porque tú estás sufriendo?

Fenn asintió, todavía concentrado en su hermano.

—Eso está jodido —murmuró Lewis—. Es como si ese cabrón estuviera pegando a dos niños, no sólo a uno. Estoy harto de esta mierda. Nunca debí meterme en esto —se alejó de ellos.

—¿Qué coño, Lewis? Mételes en el armario —el tercer secuestrador, un hombre llamado Abrams, apareció.

—Abrams, vamos. Necesitan aire fresco. Antonio los estaba golpeando.

—No me importa, tenemos órdenes. Antonio acaba de llamar —levantó una pistola—. Tenemos que encargarnos de ellos y deshacernos de los cuerpos, luego quemar este lugar hasta los cimientos.

Fenn se estremeció y abrazó a Hayden con más fuerza.

—Iban a matarnos. Después de tres meses de tortura, nos iban a matar —se le quebró la voz—. No puedes imaginar cómo es eso. Vivir sólo porque alguien pensó que era necesario hacerlo durante unos meses para

fingir un secuestro fallido. Todo el tiempo mantienes la esperanza de que te dejen volver a casa. Pero no lo hacen.

Hayden enterró la cara contra su garganta y sus lágrimas cubrieron su piel. Lloraba por él. Eso hizo que esta historia fuera mucho peor.

—Dios, Fenn —susurró, con la respiración entrecortada por la emoción—. Lamento mucho que hayas tenido que pasar por eso. Eras un niño inocente.

Él tragó duro y asintió.

—Lo sé, pero eso no cambia el pasado. Emery y yo fuimos maltratados repetidas veces. Y ni siquiera sé por qué alguien nos quería muertos —la desesperación lo ahogó y no pudo hablar. Emery había tenido veinticinco años para enfrentarse a lo que les había ocurrido, pero Fenn no. Todo era nuevo para él, como si hubiera vivido todo ayer. En cierto modo, eso era verdad. Los recuerdos eran angustiosamente vívidos.

—¿Qué pasó, Fenn? ¿La última noche que Emery y tú estuvisteis juntos? —el tono vacilante de Hayden lo llenó de arrepentimiento. No quería que ella sintiera que no podía hablar de esto con él.

—Abrams luchó con Lewis, pues éste no quería matarnos —no se atrevió a cerrar los ojos.

No dejaré que estos recuerdos me ahoguen.

—Abrams me estaba asfixiando. Emery corrió hacia la puerta, siguiendo mis indicaciones. Recuerdo haberlo visto desvanecerse en la oscuridad exterior —libre. Su hermano había escapado. Era el único consuelo que había tenido en el momento más oscuro de su vida.

—Me estaba desmayando, y recuerdo el disparo. Lewis le metió una bala a Abrams y yo caí por las escaleras cuando me soltó. Tuve una herida en la nuca —cogió una de las manos de Hayden y la llevó hasta una cicatriz oculta bajo su pelo. Las puntas de sus dedos exploraron la tenue línea elevada con una ternura desgarradora. Nadie había tocado nunca la cicatriz, y la simple caricia de Hayden lo abrió, dejando al descubierto años de intenso dolor que había enterrado. Confiaba en ella más de lo que jamás había confiado en nadie. Era difícil no amar a alguien en cuyas manos estaba tu corazón, evitando romperlo.

Me estoy enamorando de ella. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Por otra parte, había estado prácticamente enamorado de ella desde el momento en que lo había salvado de la ira de un toro furioso con su

pequeño vestido rojo. Un hombre tenía que amar a una mujer que le salvaba el pellejo. Pero esto era mucho más que eso; la profundidad de lo que sentía, los pensamientos que susurraba su corazón mientras la abrazaba, respirando su aroma y sintiendo su piel junto a la suya. Se trataba de algo infinitamente superior a la atracción. Era necesidad. Como alguien que había crecido en un rancho, las enseñanzas adquiridas te permitían sobrevivir y hacías lo que fuera para conservarlas. Sólo podía rezar para que Hayden no quisiera dejarlo porque él no quería dejarla ir.

—¿Qué pasó después de que te desmayaras? —insistió.

—Lewis me alzó en brazos y me alejó de allí. Simplemente... nos quedamos juntos. Probablemente tenía demasiado miedo de llevarme a casa, y yo no recordaba lo suficiente como para luchar e intentar escapar — admitir esto lo llenó de un profundo sentimiento de traición, pero por ambas partes. Debería haberse ido a casa como Emery, pero no lo había hecho, porque para entonces había sentido que le estaría dando la espalda a Lewis, ese hombre que le había salvado la vida y había cuidado de él lo mejor que había podido.

Hayden levantó la cabeza y apoyó la barbilla en su pecho.

—No te arrepientas de nada. Lo que pasó, pasó. No puedes cambiar el pasado, sólo el futuro.

Sus ojos eran tan hermosos, y Fenn se entregó a las emociones de su rostro. Era una mujer única y ahora estaba con él. Deslizó un dedo por sus labios y le dedicó una suave sonrisa. Las mejillas de Hayden se llenaron de lágrimas, cayendo sobre su pecho.

—No más lágrimas, cariño. Prométeme que no más lágrimas —verla llorar por él lo estaba matando, sacándole el alma del pecho. La idea de que ella sufriera algún dolor, físico o emocional, por su culpa era una auténtica tortura.

Hayden se pasó una mano descuidada por la cara y le dedicó una suave sonrisa.

—Solo no me lastimes —susurró.

Su mirada detuvo los rápidos latidos de su corazón. ¿A qué se refería? ¿Qué no la entristeciera? ¿Que no la enamorara y luego la abandonara? No quería dejarla, pero quizá no tenía elección. Podía quedarse esta noche. Hans volvería a por él por la mañana y volvería a su hogar,

Hogar. Un lugar de recuerdos felices y sueños brillantes, pero ya no era realmente su hogar, no lo había sido durante años. Sin embargo, se sentía atado allí, como si estuviera siendo guiado por una cuerda invisible.

—Confía en mí. *Nunca* te haré daño —juró—. Pero no puedo prometerte que no saldrás herida a causa del intento de asesinato contra mí y mi hermano. Las cosas no son seguras para ti, no si estás cerca de mí —quería decirle que abandonara la isla, que se fuera a algún lugar lejano, pero era demasiado egoísta y quería mantenerla cerca de él.

—Todo va a salir bien. Estás en casa —Hayden enterró la cara en su pecho, y Fenn no pudo negar la sensación de paz interior que eso le provocó. Su cuerpo encajaba a la perfección en el suyo, y podría haberse quedado allí el resto de la noche, contento de abrazarla y soñar con un posible futuro juntos. Pero los sueños eran peligrosos. Cuando había estado encerrado con Emery en ese armario durante tres meses, se había atrevido a soñar, y sus esperanzas habían sido destruidas por completo. Había sobrevivido al perder todo lo que amaba, pero la idea de perder a Hayden lo aterrorizaba.

Ni siquiera es realmente mía. Él podría ser un capricho pasajero, un simple interés para ella, y podría abandonarlo fácilmente al final de esto. La idea lo heló por dentro. Hayden no era ese tipo de mujer; al menos él no creía que lo fuera. En pocos días había trastornado su mundo. Aún no sabía mucho sobre ella, pero quería hacerlo. Esperaba que ella pensara lo mismo. Le había pedido que no la lastimara, ¿pero eso significaba que lo amaba?

Deseaba entender mejor a las mujeres. Le habría preguntado a Callie, pero sospechaba que sería una mala idea, ya que la duendecilla creía estar enamorada de él. No, tendría que esperar y ver si podía averiguar lo que Hayden sentía realmente por él.

¿Cómo podía un hombre enamorar a una mujer tan distinta a él? Su vida no se parecía en nada a la suya; no tenían nada en común, excepto el hecho de que estuvieron a punto de morir juntos y el sexo alucinante. ¿Qué podía ofrecerle que ella no pudiera conseguir por sí misma o de otro hombre que comprendiera su mundo mejor que él? La idea de que lo dejara por otro le revolvió el estómago. No podía ofrecerle nada más que a sí mismo, y temía que eso no fuera suficiente para retenerla. Si no lo era, no estaba seguro de poder soportar que su propio corazón se rompiera.



GREYSON RECORRIÓ EL PERÍMETRO DE LA FINCA LOCKWOOD HASTA QUE VIO al guardaespaldas, Hans Brummer, que se dirigía hacia el todoterreno negro. Deslizándose con la gracia y el silencio de un gato montés, llegó a la parte trasera del todoterreno justo cuando Hans abrió la puerta del conductor. Greyson se deslizó bajo el coche y ató rápidamente los ganchos de su arnés corporal al bastidor del vehículo. Contuvo la respiración mientras el motor se encendía y atravesaba la entrada circular. Cuando no chocó contra ninguna roca, supo que estaba a salvo. El trayecto no fue largo, sólo diez minutos si tenía que adivinar.

Bien. No importa adónde vaya él, estoy lo bastante cerca para hacer lo que tengo que hacer.

El guardaespaldas aparcó el coche, pero no bajó enseguida. Greyson se desenganchó y se arrojó al suelo. Metió los ganchos del arnés en unas tiras en tela de su chaleco para silenciar cualquier sonido que pudieran hacer en caso de quedar sueltos.

La puerta del coche se abrió y un par de botas negras aparecieron cuando Brummer salió. Se dirigió lentamente a la parte trasera del todoterreno y se detuvo como si estuviera esperando. Greyson salió rodando de debajo del coche y se incorporó silenciosamente, apuntó con su pistola de dardos y disparó. El dardo de punta roja se hundió en el cuello de Brummer, quien trastabilló y maldijo, y luego cayó con fuerza sobre la hierba junto a la carretera.

Greyson no mataría a un hombre como Brummer a menos que tuviera que hacerlo. Era un empleado doméstico, no un objetivo. Un buen asesino minimizaba los daños colaterales cuando era posible. Sus instrucciones esta noche eran simples. Capturar a Fenn y llevarlo a un lugar específico. Luego, cuando llegara el momento, buscar también a Emery. El cliente había dejado claro que todo debía hacerse con cuidado y en un orden concreto. Normalmente Greyson habría necesitado más detalles, pero admitió que no le importaba. Su cliente le había dicho que esos dos hombres habían matado a su padre. Eso era lo único que importaba.

Avanzó rápidamente por el extenso césped hacia la gran mansión. No era un lugar que reconociera, pero su empleador había dicho que Fenn

probablemente seguiría a la mujer, y también le había dicho que la mujer probablemente iría a casa de su hermano. Un suave resplandor entraba por las ventanas de las puertas que daban a una terraza en el primer piso. Al acercarse, Greyson pudo ver el interior de la habitación, donde un hombre y una mujer yacían juntos en la cama. El hombre se dio la vuelta, despertándose repentinamente, y a Greyson se le aceleró el ritmo cardíaco.

Era Fenn. Esto era demasiado fácil. Observó cómo Fenn salía de la cama y se vestía rápidamente. Greyson se apoyó en la pared de mármol de la casa, a escasos sesenta centímetros de las puertas de la terraza, para ocultarse mientras observaba cómo Fenn se acercaba al escritorio de la habitación y se inclinaba sobre él, aparentemente dispuesto a escribir una nota. Con la rapidez de un relámpago, Greyson se deslizó hasta situarse frente a la puerta, asegurándola.

El plan estaba oficialmente en marcha.



FENN SE DESPERTÓ BRUSCAMENTE, CON LA SANGRE MARTILLEÁNDOLE EN LOS oídos. El eco de la risa de Antonio fue un horrible susurro que se desvaneció en la luz del amanecer. Bajó la mirada y vio a Hayden profundamente dormida a su lado. Exhaló, aliviado de no haberla despertado. La noche anterior había sido un infierno: compartir esos detalles, exponer la peor parte de su vida y rezar para que ella no huyera gritando. Él tenía problemas. Demasiados problemas. Días atrás, había olvidado todo esto. ¿Era posible sentirse más destrozado que antes? Porque lo estaba. Se sentía desolado.

Se deslizó fuera de la cama y cogió su ropa, vistiéndose en la oscuridad mientras revisaba el teléfono que Emery le había dado. Había un mensaje de texto de su hermano, enviado la noche anterior:

Reúnete con Hans afuera cuando estés listo. Rueda de prensa a las diez de la mañana.

Mierda. Realmente no quería hacer esto. Millones de cámaras apuntándole, haciéndolo sentir como un insecto bajo una lupa.

Le envió un mensaje de texto a Emery, diciéndole que estaba despierto e iba a llamar a Hans. Eran las seis de la mañana, tiempo de sobra antes de la

rueda de prensa. Sin embargo, la sola idea le provocó un fuerte dolor de cabeza.

Más le valía a Emery encargarse de hablar.

Terminó de vestirse y se volvió hacia Hayden. Un destello de piel pálida apareció bajo las sábanas y suspiró. Maldita sea, *realmente* le gustaba. Era sexy, divertida, inteligente, adictiva en la cama y valiente. Tan malditamente valiente que hizo que el dolor en su pecho creciera. Echó un vistazo a la habitación y vio un escritorio de palisandro cerca de la cómoda. Se dirigió hacia él y rebuscó en los cajones hasta encontrar un bloc de notas y un bolígrafo. Estaba inclinado sobre el escritorio, garabateando una nota, y una brisa le acarició la nuca. Fue su única advertencia.

Un acero frío le oprimió la nuca. Se tensó, pero no se atrevió a moverse.

—Haz ruido y te mataré a ti y luego a ella —la amenaza fue hecha en un suave susurro.

Fenn respiró hondo, esperando a ver qué quería el hombre.

—Dile a tu novia que terminarás con ella. Hazlo malditamente creíble y no saldrá herida —la punta del silenciador se clavó en él.

—De acuerdo.

Escribió una nota para Hayden y se detuvo a reflexionar. Tenía que advertirle, pero el peso de la mirada del asesino en su espalda le aseguró que no podría salirse con la suya con nada demasiado obvio.

—Suficiente —el hombre lo cogió por el hombro desde atrás y luego tiró de él para alejarlo del escritorio y llevarlo hacia las puertas de la terraza.

Ambos treparon por la barandilla circular de la terraza que separaba las ventanas francesas del jardín y empezaron a caminar por el césped, con la punta de la pistola clavándose en la carne de Fenn por el camino. Dejó que su mirada recorriera el terreno, esperando vislumbrar a un guardia de seguridad o alguna vía de escape rápida. Querría volver a la casa y llegar hasta Hayden para protegerla. Al parecer, Wes no tenía seguridad en sus terrenos, y Fenn maldijo para sus adentros. Podría haber aprovechado la distracción de los guardias para obtener ventaja.

—Sigue caminando hacia la carretera.

¿La carretera? Hans lo había dejado allí. La esperanza se encendió en su interior, pero minutos después se apagó cuando vio el todoterreno negro de

Hans, con una puerta siniestramente abierta y el propio Hans tendido boca abajo en el suelo cerca de él.

—¡No! —el grito de Fenn fue ahogado cuando el hombre lo sujetó por el cuello.

—Está vivo. Por ahora.

—¿Por ahora? —gruñó Fenn.

—Mientras sigas haciendo lo que te digo —el aumento de la presión contra la nuca de Fenn lo hizo tambalearse de nuevo hacia adelante.

—Haré lo que me digas. Pero no lo mates —las palabras eran ácido en su boca, pero sabía que si tenía que ponerse de rodillas y rogar para salvar al guardaespaldas, lo haría. En sólo un día, el hombre mayor se había convertido en un amigo, alguien en quien confiaba plenamente. De ninguna manera permitiría que Hans saliera herido... o algo peor.

—De cara al coche. Las manos a la espalda.

Fenn obedeció, furioso y asustado por Hans. El duelo de emociones le revolvió el estómago. Un hombre no estaba diseñado para querer matar y llorar al mismo tiempo. ¡Maldita situación!

Algo fino y duro se deslizó alrededor de sus muñecas y se tensó con un chasquido: cuerdas de alambre. El cabrón le había atado las manos con eso. Simple pero efectivo. Sacudió las manos, evaluando la fuerza del agarre.

Fenn rechinó los dientes, conteniéndose con dificultad.

—¿Adónde vamos?

—A un lugar privado. El hombre que me contrató quiere hablar contigo.

—¿Quién es tu empleador? —Fenn contuvo la respiración, queriendo ver si el hombre contestaba.

—Pronto lo verás —el sicario se inclinó a su alrededor, con cuidado de no acercarse demasiado, mientras abría la puerta trasera y hacía un gesto con la pistola para que Fenn subiera.

Tuvo que inclinarse hacia adelante con cautela y apoyar el pie en el peldaño del coche. Una ráfaga de movimiento a sus espaldas le erizó la piel, y luego un fuerte pinchazo en el cuello lo obligó a soltar un grito.

—Pero, ¿qué...? —unas manchas negras se dibujaron en sus ojos y todo empezó a girar como un torbellino. El hombre lo empujó por detrás y Fenn cayó boca abajo sobre el asiento trasero. El coche vibró con el portazo. Segundos después, perdió el conocimiento.

Capítulo Veinticuatro

Emery se despertó bruscamente. Un suave gruñido retumbó al final de la cama. A través de la sedosa luz del amanecer, vio la silueta de Coda, el husky de su hermano gemelo, mirando hacia la puerta con la cabeza y las orejas elevadas. El profundo y peligroso rugido no iba dirigido a él.

—¿Qué pasa? —Sophie se removió a su lado y lo rodeó con su cuerpo.

—No lo sé —respondió con sinceridad. Estudió el cuerpo de Coda mientras su cruz se estremecía y su pelaje se erizaba.

—Emery —susurró Sophie, un poco más alerta cuando él luchó por sentarse.

Emery la devolvió a la cama, preocupado por sus heridas.

—Duerme. Seguro que está nerviosa por estar en un entorno nuevo sin Fenn —Hans se había ofrecido para llevar al perro a casa de Wes, pero Emery sabía que su hermano necesitaba tiempo en privado con Hayden—. Voy a echar un vistazo —se levantó de la cama y comprobó su teléfono. Le había dejado un mensaje a Fenn para que volviera pronto y pudieran prepararse para la conferencia de prensa de las diez de la mañana. Eran sólo las seis. Cuatro horas. Dios, estaba nervioso.

Después de veinticinco años de silencio, iba a contarle al mundo lo que había sucedido. Se vistió en silencio y acarició la cabeza de Coda, detrás de las orejas. La perra seguía mirando a la puerta, pero ya no gruñía.

Emery dejó a Sophie sola con Coda y caminó por el pasillo hasta su estudio. Tan pronto como se sentó detrás de su escritorio, su móvil sonó.

El número de Brant apareció en la pantalla.

—¿Brant? ¿Qué pasa? —preguntó mientras encendía el ordenador.

—Bien, ya estás levantado. ¿Es cierto que has programado la rueda de prensa para hoy a las diez?

—Las noticias siempre viajan rápido contigo, ¿verdad? —Emery suspiró. Brant siempre se enteraba de todo segundos después de que Emery tomara una decisión. La extraña habilidad de su primo solía ser irritante.

—Sí. Decidí actualizar el horario.

Su primo maldijo.

—Tienes que hablar conmigo antes de hacer cosas como ésta. Todavía no has firmado el documento de la junta. Te los envié por correo electrónico anoche. Tienen que estar en manos de la junta antes de tu rueda de prensa o nos meteremos en un buen lío si la historia perjudica a Industrias Lockwood.

Emery cerró las manos en puños, reprimiendo la réplica que tenía en la punta de la lengua.

—Los leí anoche y los firmé. Revisa tu correo electrónico antes de atacarme, Brant —se frotó los ojos con el pulgar y el índice.

Hubo silencio, luego el chasquido de los dedos sobre un teclado.

—Ahh, ahí están —refunfuñó su primo—. Nos vemos a las diez —Brant colgó.

Emery se recostó y miró furiosamente la pantalla oscurecida del móvil antes de guardárselo en el bolsillo. Brant solía pensar en una cosa: la empresa. Irónicamente, tras la muerte de su padre, éste no le dejó a Brant el control de la empresa, sino que se lo vendió a Elliot, lo que significaba que Brant había tenido que comprar su regreso a la empresa con su propio dinero. También era muy protector de ese dinero. Siempre quería asegurarse de que la empresa estuviera protegida, y los intereses de ésta eran primordiales. Emery lo dejaba desempeñar un papel importante en la dirección de la empresa, ya que a Brant le gustaba ser el centro de atención y a Emery, desde luego, no. El reparto de poder había funcionado para Emery antes de esto, pero ahora que Fenn estaba aquí, dependiendo de los intereses de su hermano, Brant podría tener que ceder parte del poder, más de lo que le gustaría. Algo acerca de eso molestaba a Emery, pero no podía precisar qué.

Cuando Emery se levantó de su silla, su teléfono zumbó, una vibración rápida y corta. Todo en él se detuvo y su sangre comenzó a latir con fuerza

en sus oídos. Era la alarma silenciosa de la puerta trasera que daba a la cocina.

Sólo él, Cody, Hans y Sophie sabían cómo desactivarla. Ninguno de ellos la habría activado accidentalmente, lo que significaba...

Hemos sido atacados.

Se abalanzó hacia el cajón de su escritorio y sacó su Beretta, sintiéndose aliviado de haber empezado a tenerla preparada y a su alcance.

Tengo que llegar hasta Sophie. Salió disparado hacia la puerta, con el arma en alto. Estaba metido en un buen lío. Hans había ido a recoger a Fenn, Cody estaba incapacitado por los analgésicos que el médico le había recetado tras ser secuestrado y brutalmente torturado por Antonio, y Sophie estaba herida, gravemente herida.

Abrió la puerta del estudio y salió al pasillo vacío con la pistola en alto. Las lecciones de Hans: *echa un vistazo a las esquinas, mira todos los rincones de la habitación*, estaban pensadas para salvarle la vida. Se dirigió a su dormitorio, con Sophie. En el momento en que su mano se posó en el pomo de su habitación, sintió una ligera brisa y el dolor punzante de algo en el cuello.

Coda aulló desde el otro lado de la puerta, y el sonido agudo e irritante como un picahielo se clavó en su cráneo. Se desplomó hacia adelante, colisionando contra la puerta cerrada, con los brazos frenando su caída y evitando un golpe en la cabeza. Se sintió débil. Su fortaleza emanaba en torrentes invisibles que parecían acumularse como un charco a sus pies, los cuales se habían convertido en plomo.

—Sophie —gimió mientras caía de rodillas, todavía aprisionado contra la puerta cerrada del dormitorio, incapaz de entrar y protegerla.

Unas manos ásperas lo apartaron de la puerta cerrada, y parpadeó sin comprender a través de una penumbra creciente, frente a un hombre enmascarado. Su mano trémula levantó la Beretta. La última pizca de fuerza de sus dedos vaciló cuando intentó oprimir el gatillo. El hombre se inclinó y le arrebató la pistola, colocó el seguro en su sitio y se la guardó en la cintura, a la espalda.

La inconsciencia penetró en los rincones de la mente de Emery y sus antiguos temores resurgieron mientras era consumido por la oscuridad.

Otra vez no... por favor... no...



SOPHIE TUVO DIFICULTADES PARA LEVANTARSE DE LA CAMA PORQUE CODA aullaba como un lobo. El perro arañaba la puerta y no dejaba de mirarla a ella. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando se levantó de la cama. Le dolía todo el cuerpo y las heridas de los disparos y las puñaladas aún eran recientes y peligrosas. Pero si Emery estaba en apuros, ella tenía que hacer algo. Su teléfono sonó en la mesita de noche. Lo giró para ver la pantalla. Un mensaje de Emery:

Tuve que irme. Fenn necesita tiempo para pensar y volverá a Colorado. Iré con él. Si Hayden se preocupa, dile que se quede contigo. Necesita pensar las cosas ahora mismo y quiero estar con él.

Sophie se quedó mirando el texto. ¿Emery acababa de irse? ¿No se había despedido? No quería admitir que la idea hería su orgullo y sus sentimientos, pero tal vez él no tuvo tiempo y no quiso despertarla. Después del trauma por el que había pasado, lo único que había hecho era mimarla, lo cual, aunque agradable, empezaba a volverla loca. Así que tal vez un tiempo a solas para recuperarse le vendría bien. Estaría ocupado con su hermano y ella podría recuperarse más rápido sin tenerlo allí cuidándola.

Cuando el perro siguió gruñendo, Sophie se dirigió a la puerta y la abrió, preguntándose por qué el animal seguía angustiado. El husky echó a correr por el pasillo, luego se quedó inmóvil y gimió suavemente, girando en círculos a unos tres metros de distancia como si estuviera desconcertado, con el hocico hundido en la alfombra antes de empezar a escarbar en ella. Resopló suavemente, luego inhaló y levantó la cara peluda para echar un vistazo al pasillo. Pero estaba vacío.

—¿Emery?

¿Ya se había ido? ¿O todavía estaba en la casa?

Su letargo la obligó a bostezar, y cuando el perro volvió trotando a la habitación y le acarició la mano con el hocico, Sophie suspiró.

Debí haberme vuelto a dormir y no lo vi marcharse. Aun así... se obligó a bajar hasta el estudio de Emery. Cuando abrió la puerta, la habitación estaba vacía. Llamó a Hans por teléfono mientras volvía a su dormitorio. No contestó. Estaba a punto de volver a llamarlo cuando éste le envió un mensaje de texto.

Estoy en camino al jet de Emery. Llevaremos a Fenn a Colorado. Le diré a Emery que te llame cuando pueda.

Sophie exhaló aliviada. Tal vez sólo estaba siendo paranoica. Después de todo lo que había vivido, su preocupación no parecía tan descabellada.

—¿Coda? ¿Por qué Fenn no te llevó con él? —parecía extraño que Fenn no se hubiera llevado a su perro. Tal vez significaba que iba a volver pronto, que no planeaba reflexionar sobre la situación durante mucho tiempo. Sophie esperaba que fuera eso, pero seguía sintiéndose extraña, igual que la quietud de los árboles y la hierba justo antes de que un tornado se levantara en las llanuras de Kansas. Era una sensación inquietante con la que estaba demasiado familiarizada. Dio unas palmaditas en la cama al sentarse y el husky saltó a los pies de ésta y se dejó caer, apoyando la cabeza en las patas, con las orejas inclinadas hacia atrás, como si estuviera nervioso. Mantuvo su mirada lupina en el pasillo.

Vuelve pronto a casa, Emery, suplicó en silencio, deseando que pudiera oírla. Algo no estaba bien y ella quería verlo y saber que realmente estaba bien.



FENN VOLVIÓ EN SÍ, CON UNA HERIDA EN LA CABEZA MIENTRAS GEMÍA, PERO el sonido estaba extrañamente amortiguado. Le habían metido algo grueso en la boca, asfixiándolo. Se obligó a abrir los ojos y se dio cuenta de que estaba atado a una silla, con una mordaza metida en la boca, demasiado grande para escupirla. A su lado, Emery y Hans estaban atados y amordazados a otras dos sillas. Hans estaba despierto y lo observaba, con ojos oscuros y furiosos. Emery seguía inconsciente, con la barbilla casi tocándole el pecho. Fenn miró a su alrededor, observando la ruinosa estructura que los rodeaba. No era la vieja casa en la que habían sido retenidos antes, sino otra vieja mansión en ruinas.

Nadie los encontraría...

Su miedo de la infancia surgió y le atacó el corazón con violencia, como una víbora hundiendo profundamente sus colmillos y esparciendo su veneno.

Los sonidos amortiguados de Hans lo sacaron de una espiral negra de pánico, y luego buscó el rostro del guardaespaldas. Las facciones del hombre se relajaron y miró fijamente a Fenn, como si quisiera mantenerlo tranquilo y atento. No era de extrañar que Emery confiara ciegamente en este hombre. Era condenadamente inteligente. Fenn inspiró por la nariz y se concentró en calmarse. No era algo fácil de hacer. Los minutos transcurrieron, y Fenn trabajó en las ataduras de plástico que sujetaban sus muñecas por detrás. El plástico parecía cortarle la piel.

—Sólo conseguirás hacerte daño —oyó un suave acento británico a sus espaldas. Hans y él se sobresaltaron al oír la voz del hombre.

Un hombre vestido de negro apareció tras acercarse por detrás. Su llamativo rostro hizo que la sangre de Fenn palpitara con más fuerza en sus oídos. Aunque Fenn no había visto al hombre en veinticinco años y sabía por Emery que estaba muerto, este hombre podría haber sido Antonio. Los ojos, aunque de un tono diferente al de Antonio, tenían la misma forma y estaban llenos de una penetrante contemplación y un brillo depredador.

Fenn entrecerró los ojos y su garganta vibró con un gruñido amortiguado. ¿Éste era el hombre que había herido a Hayden, que había quemado su casa y que había causado el accidente en esa maldita montaña, intentando matarlos?

El teléfono del hombre zumbó y contestó.

—Aquí Andrews —estudió a sus tres cautivos—. Dos y el guardaespaldas —pareció responder a una pregunta—. Muy bien. Los mantendré aquí para ti —colgó y luego se acercó a Emery, golpeándolo antes de que Fenn pudiera moverse para proteger a su hermano. Emery se despertó bruscamente, siseando a través de la mordaza en su boca, y su cuerpo sufrió espasmos cuando pareció darse cuenta de que estaba atado y amordazado.

—Cálmate —espetó Andrews—. Tú y tu hermano ya me habéis hecho sufrir bastante. Quería mataros inmediatamente, después de lo que le hicisteis a Antonio, pero mi empleador necesita hacer esto de cierta manera.

Antonio. Este hombre tenía que tener alguna conexión con él, pero había dicho que se llamaba Andrews. Antonio había sido un italiano americano, pero este tipo tenía acento británico. También era joven. Unos veinte años si Fenn tenía que adivinar, y británico. Entonces, ¿cuál era la conexión?

Emery tosió y se las arregló para escupir su mordaza, que cayó sobre su regazo.

—¿Quién demonios eres? —exigió.

Tanto Fenn como Hans empezaron a forcejear con sus propias mordazas, procurando no llamar la atención de su captor.

—¿Quién soy yo? —Andrews sacudió la cabeza con arrepentimiento mientras cogía un rollo de cinta adhesiva de una mesita apoyada contra la pared—. El hombre equivocado para molestar. Antonio era mi padre. Tú lo mataste; tú y tu hermano —cogió la mordaza y forcejeó con Emery mientras lo obligaba a metérsela en la boca, y luego usó cinta adhesiva para sellarla. ¿Antonio tenía un hijo? Fenn intentó asimilar esa información. ¿El hombre que había abusado de él había sido padre? La idea parecía difícil de entender. Los padres debían proteger a los niños, no hacerles daño, aunque los niños no fueran suyos.

La sensación de rabia de su gemelo se transformó en una fuerza casi tangible, fluyendo a través de Emery hacia Fenn. Emery tenía los ojos muy abiertos y desorbitados. Se agitó, sacudiendo la silla, arrastrando las patas contra el suelo de madera. Su hermano emitió un alarido ronco y amortiguado, y Fenn comprendió sus pensamientos.

Sophie. ¿Cómo había sido capturado Emery? ¿Habían herido a su prometida? ¿O el hombre había hecho lo mismo que con Fenn y había dejado a Sophie viva? Por favor, Dios, que Sophie esté bien. Él y Emery no podían perder a más seres queridos.

Andrews se carcajeó de los esfuerzos desesperados de Emery.

Cálmate. Fenn intentó alcanzar esa conexión inusual entre su gemelo y él. *Por favor.*

Sophie. El nombre fue un estallido silencioso de emociones. Miedo, anhelo, ansiedad, protección.

Fenn conocía muy bien esos sentimientos. Hayden también había estado muy cerca de la muerte.

Andrews no era precisamente una persona muy habladora. Se quedó mirando a Fenn y a su hermano durante unos largos segundos antes de acercarse a una pequeña mesa de palisandro desgastado. Allí había tres teléfonos móviles. Sus baterías habían sido removidas, y yacían amontonados sobre la superficie de la mesa. Andrews cogió uno y jugueteó con él.

—Sé que mi padre era un hombre frío, pero era mi padre. Sé que lo mataste a sangre fría.

Emery emitió un gruñido gutural y Fenn adivinó su pensamiento. A *sangre fría*. No, Antonio había muerto debido a una pelea, durante una lucha por salvar a Sophie. ¿Qué podía saber Andrews de eso?

Al otro lado de Emery, Hans hizo un pequeño movimiento, un simple desplazamiento de su cuerpo como si se sintiera incómodo, pero atrajo la atención de Fenn. Cuando sus miradas se cruzaron, los ojos de Hans se desviaron hacia un teléfono que había sobre la mesa. Un punto de luz roja brillaba en la base del teléfono, imperceptible a menos que una persona estuviera en el ángulo adecuado para verlo. ¿Qué demonios era eso? Fenn pudo ver que Andrews había quitado todas las baterías, por lo que ninguno de los teléfonos debería tener energía.

Una imagen se disparó en su mente a la velocidad del rayo, la de una araña viuda negra correteando por el suelo, con ese mortífero destello rojo sobre su espalda.

Entonces recordó parcialmente una conversación durante la cena de la noche anterior. El GPS Viuda Negra. La última creación de Industrias Lockwood era un dispositivo GPS tan pequeño que apenas se veía a simple vista. No requería ninguna conexión eléctrica a través de otro dispositivo, sino que funcionaba por sí mismo gracias a una minúscula pila interna. Tenía un alcance de ocho kilómetros, el mayor para un GPS de su tamaño. En otras palabras... mientras esa pequeña luz roja parpadeara, podrían ser rastreados. Todavía podían tener una oportunidad, pero ¿quién iba a saber que estaban secuestrados? Sólo había tenido una oportunidad de advertir a Hayden y no estaba seguro de que su intento de escribir en clave hubiera funcionado.

Andrews volvió a dejar el móvil sobre la mesa y luego se puso rígido, con los ojos entrecerrados mientras observaba algo detrás de Fenn y los demás.

—Bueno, parece que alguien ha tenido que involucrarse —miró a Fenn con el ceño fruncido.

¿Alguien había venido a ayudar? Estarían cayendo en una trampa.

—Es una maldita lástima, pero no puedo dejar cabos sueltos.

El hombre no era sarcástico, más bien tranquilo y pensativo, como si no quisiera hacer daño a quienquiera que hubiera acudido en su ayuda.

A Fenn se le revolvió el estómago y luchó contra las ataduras, provocando crujidos y chirridos en la silla, pero las cuerdas de plástico no se movieron. En todo caso, se clavaron más en su carne.

—Un movimiento y mato a tu salvadora como a un perro. Comportate y ella seguirá respirando un poco más.

¿*Ella? Oh, Dios...* ¿Quién era? ¿Hayden? ¿Sophie? Su madre... En este momento, había demasiadas mujeres en su vida, así que no podía permitirse perder esta batalla. ¿Quién era?

Fenn odiaba esto. Cada célula de su cuerpo estaba llena de rabia y miedo. Se sentía completamente impotente, incapaz de proteger a quienquiera que estuviera ahí afuera.

Andrews pasó junto a él y entró en la habitación que había justo detrás. Por un momento todo quedó en silencio, pero luego alguien gritó y Andrews gruñó. Un silencio espantoso se produjo a continuación. Sólo la respiración frenética de Fenn atravesó la terrible quietud.

Capítulo Veinticinco

Al despertarse poco después del amanecer, Hayden sintió frío debido a la cama vacía. Fenn la había abandonado. Otra vez. Un dolor en lo más profundo de su pecho le dificultó ligeramente la respiración. Todo lo que quería era estar con él, realmente con él, pero seguía abandonándola. Aun así, probablemente había sido una sabia decisión, porque el hermano de Hayden sabía que eran algo más que amigos.

Los rayos rosa pálido de la débil luz del sol se filtraban a través de las cortinas blancas que rodeaban la terraza. Hayden no quería moverse. Estaba demasiado deprimida. Entonces, un destello blanco llamó su atención sobre el escritorio. Una sola hoja de papel descansaba ante sus ojos.

¿Una nota? El patético destello de esperanza en su interior la hizo sentir como una tonta. Fenn no le parecía un tipo de notas. Sin embargo, allí estaba: un trozo de papel blanco sobre el escritorio.

Hayden se rodeó el cuerpo con la sábana a modo de toga y se acercó de puntillas al escritorio. Levantó el papel y su corazón se hizo añicos con cada palabra escrita.

Hayden,

Odio terminar con esto y huir de esta manera, pero ambos sabemos que esto no va a durar. Voy a volver a Colorado para pensar las cosas. No me busques. Necesito tiempo a solas. Pregúntale a tu hermano. Él sabe cómo me siento.

Confía en mí.

Fenn

POR UN MOMENTO, HAYDEN NO PUDO PENSAR, NO PUDO RESPIRAR. NO... ÉL no podía... Lágrimas traidoras hirieron sus ojos mientras los estrujaba con fuerza. Sus dedos se cerraron automáticamente en un puño alrededor de la nota, arrugándola.

Fenn Lockwood se había ido. Otra vez. Y esta vez le había extraído el corazón y se lo había llevado con él. Había sido rechazada por hombres. Era demasiado agresiva, demasiado bocona, todo aquello que ellos no querían. Sin embargo, con Fenn, había pensado que a él le había encantado todo de ella, incluso su descaro. Pero no fue así; jugó con ella y se fue. La había utilizado. Su corazón parecía sangrar desde el interior, y su pecho se contrajo tanto que no pudo respirar.

Dios, he sido una tonta. Había pensado que enamorarse sería divertido, sencillo, fácil, y que cuando tuviera que separarse de él, sería fácil; nada parecido a la sensación de su alma siendo extraída de su cuerpo. Pero así se sentía, exactamente así. Los últimos días habían trastocado su mundo y la habían hecho girar en una dirección y un ángulo completamente nuevos. No podía volver a su antigua vida, no después de haber experimentado la verdadera felicidad, la verdadera alegría y el verdadero placer. Hayden quería estar con Fenn y construir una vida con él, y ver el fruto de su trabajo en un rancho como The Broken Spur. No quería pasar ni un minuto más viviendo una vida que no soportaba. Sin embargo, estaba atrapada. No quería que ella fuera tras él.

Hayden se desplomó en la silla revestida en brocado que había junto al escritorio y alisó la nota arrugada. Volvió a leer las palabras, aborreciendo cómo rozaban las heridas abiertas de su pecho, pero no pudo apartar la mirada. Las lágrimas le nublaron la vista y gruesas gotas se deslizaron por sus mejillas. Detestaba llorar, pero no podía parar, no en ese instante. Sus muros se estaban derrumbando, convirtiéndose en cenizas, y era vulnerable a cualquier desamor que pudiera cruzarse en su camino.

Un golpe en su puerta irrumpió parcialmente en su conciencia.

—¿Hayden? —Wes abrió la puerta con facilidad y su rostro se ensombreció de inmediato cuando ella se giró lentamente para mirarlo. Aún llevaba un traje italiano oscuro hecho a medida, sin corbata y con los dos botones de arriba desabrochados. Sólo él podía hacer que ese pareciera cómodo, resopló Hayden. Echaba de menos a Fenn, sus jeans azules, sus

suaves camisas de algodón abotonadas y la sensación de estar rozando su piel desnuda contra él. ¡Maldito sea! ¡Era un maldito por dejarla!

—Él me ha abandonado, Wes —su voz era un susurro mientras le tendía la nota. Su necesidad de ser consolada, cuidada, amada, era tan fuerte que se ciñó con más fuerza la sábana, como si pudiera protegerla del mundo, pero sabía que no podía.

Su hermano se acercó y deslizó el papel hasta que llegó a su poder. Hayden se mordió el labio, observando su rostro mientras leía la nota.

Ella había esperado que se enfadara abiertamente o que mostrara su faceta protectora, pero no fue así. Sólo una expresión silenciosa y contemplativa creó pequeñas arrugas en su frente.

—¿Por qué subrayó las palabras “confía en mí”? —preguntó Wes mientras las señalaba.

—¿Por énfasis? —el tono de Hayden era amargo y sus ojos ardían.

La ceja ligeramente levantada de Wes le dijo que no estaba interesado en lidiar con su actitud.

—Obviamente. ¿Por qué? Fenn no es el tipo de hombre que enfatiza algo a menos que realmente quiera dejar claro algo. Recuerda, Hayden. ¿Alguna vez te ha dicho esas palabras en otra situación?

Los recuerdos, palabras susurradas de conversaciones entre ella y Fenn, se agitaban como las páginas de un libro mientras Hayden buscaba desesperadamente en sus pensamientos. Sus mejillas se tiñeron de rojo cuando fue consciente de ello. Le había pedido que confiara en él en la cama, así como en la montaña al borde de la muerte. En cada ocasión le había pedido su confianza y ella había sabido que no la lastimaría, que no la abandonaría. Esas palabras habían llegado a simbolizar algo importante cuando él las pronunciaba. Que estaba con ella, protegiéndola. Cuando dijo “confía en mí”, Hayden supo que no estaría sola. Entonces, ¿por qué había usado esas palabras en una nota que le destrozó el corazón?

—¿Qué pasa? —Wes le cogió la barbilla y levantó su rostro para poder ver sus ojos.

—Siempre que decía eso, yo no pensaba que me dejaría. Siempre era una promesa de que se quedaría y no me haría daño —era difícil explicar en voz alta lo que quería decir.

Wes volvió a leer la nota.

—Sé lo que siente por ti. Él dice que deberías preguntármelo —inclinó una cadera, apoyándose en el escritorio mientras le devolvía la nota.

—¿Cómo se siente él? —su corazón latía con nerviosismo.

—Le importas. Demasiado. Le advertí que necesitabas un hombre que no te aprisionara ni te cortara las alas. Lo supo incluso antes de que se lo dijera. Pude sentir que él no te haría eso, pero lo más importante es que tampoco te abandonaría. Le perteneces; tanto si los dos os dais cuenta como si no, es la verdad. No dejaría esta nota, a menos que... —los ojos de Wes se entrecerraron y sacó repentinamente el móvil del bolsillo del pantalón. Marcó un número y esperó. Nada.

—¿A quién llamas?

Wes intentó marcar otro número y otro, y su rostro palidecía con cada segundo transcurrido.

—Vístete ya. No tenemos tiempo.

Hayden se puso en pie de un salto, con el cuerpo lleno de adrenalina al sentir que algo iba muy mal.

—¿Qué? Dime, Wes.

—Emery no contesta al teléfono. Tampoco Cody, Sophie o Hans. Algo no va bien. Tenemos que irnos.

El pánico que la invadió hizo que sus rodillas se debilitaran, así que extendió una mano para sujetarse al poste de la cama y no desplomarse.

Su hermano no la esperó.

—Nos vemos en el garaje dentro de cinco minutos. Entonces te lo explicaré.

La orden de Wes la puso en acción y se colocó unos jeans y un jersey.

Exactamente tres minutos más tarde se encontraba dentro del Range Rover de Wes, recorriendo la carretera a una velocidad vertiginosa. Wes le tendió su móvil.

—La aplicación GPS de la Viuda Negra está funcionando. Podemos rastrear el teléfono de Fenn. Dime dónde está y nos llevaré hasta allí.

Hayden estudió la pantalla del teléfono. Un mapa de la ciudad mostraba un punto verde parpadeante. Hayden sabía dónde estaba ese punto: a sólo tres kilómetros, en otra vieja propiedad abandonada, una que había investigado a menudo de niña con sus amigos. Sólo había una razón para que él estuviera allí y no en Colorado.

—Está en la Casa Defaux —le dijo a Wes y esperó a que explicara la situación. Cuando no lo hizo, lo presionó—. Wes, ¿qué está pasando? ¿Esto tiene que ver con el asesino a sueldo? —su instinto le decía que sí, pero no quería creerlo. Podría significar que ya era demasiado tarde para salvar a Fenn.

Wes pisó el acelerador con más fuerza y sus nudillos se volvieron blancos. Los árboles del otro lado de la ventanilla se difuminaban en una cortina esmeralda a lo largo de la carretera.

—Debió haber sido secuestrado. De alguna manera, el hombre llegó a él. Nadie contesta mis llamadas. Ha ocurrido. A pesar de todos nuestros planes. Gracias a Dios, Emery hackeó el nuevo teléfono de Fenn.

—¿Hackeó? ¿El asesino no dejaría sus teléfonos en otro lugar? O quizá les quitó las baterías. Los teléfonos no se pueden rastrear sin batería, ¿verdad?

Wes negó con la cabeza.

—Eso no es del todo cierto. El nuevo GPS Viuda Negra de Emery tiene su propia fuente de energía. Puedes conectarlo a cualquier cosa y se alimentará solo. Tiene el tamaño de un micropunto, pero funciona de maravilla. Además, este hombre no dejaría sus teléfonos en algún lugar. Probablemente va a hacer que su asesinato parezca un accidente; al menos eso es lo que yo haría. Ha montado todo para que parezca que Fenn va a volver a Colorado. ¿Por qué no hacer que Emery y su guardaespaldas vayan también? Podría eliminarlos fácilmente a los tres y concertar algún tipo de accidente para matarlos sin que nadie se dé cuenta de que han sido asesinados.

Hayden miró con horror a su hermano. ¿Cómo se le había ocurrido pensar de una manera tan cruel?

Su mirada se desvió hacia el rostro de Hayden y maldijo en voz baja.

—He estado entrenando para un día como este, Hayden. Royce y yo sabíamos que sólo era cuestión de tiempo para que resurgiera aquello que había arrastrado a Emery a su estilo de vida recluido. Emery me dio toda la información necesaria para rastrear su teléfono, así como los de Hans y Fenn. Empezaremos por Fenn porque sabemos con certeza que ha sido secuestrado.

Con un giro brusco del volante, Wes salió de la carretera principal y entró en un camino de grava. Se detuvo rápidamente en la hierba de la orilla

y ocultó el todoterreno de la vista de la casa Defaux, aparcándolo detrás de un denso bosquecillo.

—¿Qué haces? —susurró.

—Estaremos más ocultos aquí. Necesitamos tanta ventaja como podamos conseguir, y si nos acercamos más alertaremos a quienquiera que esté en la casa —se apresuró a explicar.

Miró a su hermano asombrada. ¿Quién era este hombre? Parecía más James Bond que su hermano.

—¿Cómo sabes todo esto? —las suposiciones de su hermano eran lógicas, pero en el calor del momento, Hayden no era capaz de pensar tan claramente como él. Era obvio que estaba acostumbrado a pensar en este tipo de situaciones.

Wes mantuvo su atención en la carretera.

—Emery no fue el único que se benefició de Hans. Nos enseñó algunas cosas a Royce y a mí. ¿Dónde crees que aprendí a disparar? Después de sus lecciones, me aseguré de que tú también estuvieras entrenada. Por eso tienes una puntería decente —una sonrisa pequeña y triste alzó las comisuras de su boca.

La vida de su hermano empezó a encajar en mil pedazos. Las armas, el dispositivo de rastreo, el profundo conocimiento de cómo proteger, defender. Sus padres nunca habían mostrado ningún interés en protegerla ni a ella ni a su hermano, así que, al parecer, Wes había asumido esa responsabilidad. ¿Había vivido con miedo estos últimos años? Odiaba pensar que había llevado esa carga él solo.

—No quería perder a otro ser querido. Especialmente a ti, Hayden — Wes apagó el Range Rover y ambos se volvieron para mirar la casa de los DeFaux a través de los frondosos árboles. Era una estructura en ruinas, con hiedra silvestre asfixiando la madera podrida y arbolillos creciendo a través del endeble enladrillado. Parecía más un templo abandonado a un dios del bosque que una casa abandonada de sólo setenta años de antigüedad.

—Lo siento mucho, Wes —se acercó y tocó la mano de su hermano. No quería pensar que había sacrificado su juventud e inocencia sólo para protegerla.

Ella no merecía ese tipo de amor. Sus padres la habían convencido de ello años atrás. En su opinión, tanto ella como Wes habían decepcionado enormemente los sueños de sus padres. Hayden debería haber sido una

esposa obediente de algún hombre rico en la isla, y se suponía que Wes debería haberse unido a su padre en sus proyectos de Wall Street, no perseguir obras de arte por todo el mundo, dedicándose a la historia antigua.

Él se encogió de hombros.

—Es lo que hacen los hermanos —extendió la mano para abrir la guantera, donde había dos pistolas escondidas bajo el manual del conductor. Le dio una y cogió la otra para él.

—Cambia de lugar conmigo. Necesito que lleves el coche a casa de Emery y averigües qué ha pasado. La cobertura móvil es mala cerca de esta casa, tendrás que volver a la carretera principal. Llama a la policía, al FBI, a Royce. Llama a quien creas que puede ayudar. ¿Entendido? —abrió la puerta pero Hayden lo sujetó del brazo.

—No. Tú ve a casa de Emery. Yo iré tras Fenn.

—¡No! —gruñó Wes e intentó liberarse.

Ella no lo soltó.

—Este asesino a sueldo ha tenido más de una oportunidad de matarme, pero no lo ha hecho. No lo hará. Lo siento dentro de mí, Wes. Déjame entrar. Correré el riesgo.

—Ni de coña. No voy a dejar que mi hermanita entre en la guarida de un asesino.

Hayden se inclinó y le besó la mejilla.

—Sí lo harás, porque sé lo que hago.

—No me importa si sabes lo que estás haciendo. Eres mi hermana. No voy a dejarte aquí —la sujetó del brazo, manteniéndola prisionera en su asiento.

Hayden le tocó la mano.

—Si Emery todavía está en su casa, necesita ser protegido. Puedes llamar a la policía y al FBI, a quien quieras, pero alguien tiene que entrar ahí y salvar a Fenn.

—Sí, y voy a ser yo —gruñó él.

—No —espetó, con su temperamento encendido—. Te matará, Wes. Pero puede que él no me mate, y apostaría mi vida en ello. Ve a salvar a Emery y vuelve a por mí, ¿vale? ¿*Por favor?* —Hayden le apartó los dedos de su brazo y saltó del Rover antes de que pudiera detenerla.

Cuando su hermano no la derribó al suelo, supo que se había marchado, justo lo que ella necesitaba. Él sería más útil para reunir a la policía y

proteger a Sophie. Hayden, en cambio, se enfrentaría a una situación mortal y sólo confiaba en su instinto de que este asesino loco no la mataría.

Dios, ¿en qué demonios estoy pensando? Pero no tenía tiempo. Tenía que entrar allí y detener lo que él estuviera planeando. Si el destino estaba de su lado, tal vez podría detenerlo.

Empuñó la pistola de Wes y corrió agachada hacia la vieja mansión. La puerta lateral de la casa principal colgaba medio descolgada de sus goznes, con la pintura azul turquesa descascarillada y descolorida. Hayden corrió hacia ella y se arrodilló al llegar, apoyando una mano en la fresca hierba humedecida por el rocío. Con la otra mano sujetaba la pistola. Esperó, atenta a cualquier ruido. Se oyó una débil voz, el susurro de un hombre, y unas suaves pisadas mientras alguien arrastraba los pies por el suelo. Aparte de eso, los únicos sonidos eran el trino lejano de los pájaros despertándose en sus nidos. Entonces la voz se detuvo, y los grillos más cercanos a ella dejaron de emitir su rítmico canto.

El miedo se apoderó de su garganta y todos sus instintos la alertaron. Se tensó, con las piernas fuertemente contraídas, dispuesta a huir, pero todo sucedió demasiado muy rápido. Una figura vestida de negro salió de entre las sombras de la casa a través de la puerta, y Hayden disparó. La bala se incrustó en el marco de madera. El hombre la derribó y cayeron al suelo.

Hayden gritó mientras intentaba rodar para evitar el golpe. Pero el choque estremecedor de sus cuerpos, con él encima, la dejó sin aliento. Sintió dolor y fue sofocada, perdiendo poco a poco la voz, salvo por unas cuantas respiraciones entrecortadas. Los oídos le zumbaban debido al disparo, y la nuca le palpitaba.

—Maldita tonta —susurró el hombre, y Hayden conocía su voz.

Capítulo Veintiséis

Hayden parpadeó y miró al hombre de negro, sorprendida de poder verle la cara. ¿Por qué no llevaba su máscara negra? Era atractivo, quizá sólo un par de años mayor que ella. La tenía inmovilizada. Su rostro era duro y sus ojos fríos, salvo por un leve destello de... arrepentimiento. No, eso no podía ser verdad.

—No debiste haber venido —dijo, con una pequeña sacudida de cabeza—. Mi contrato no te incluía. No quiero hacer esto, pero no me has dejado otra opción.

Mientras Hayden intentaba asimilar sus palabras, el hombre actuó con rapidez y la colocó de cara al suelo. Él tiró bruscamente de sus manos por detrás, y la sensación cortante de las cuerdas de plástico le irritó la piel. Luego la levantó, guiándola hacia el interior de la casa con una mano en el hombro y la otra presionando el cañón de la pistola entre sus omóplatos.

—Camina —la empujó con el arma. Hayden avanzó dando tumbos, atravesando la puerta.

En el interior de la estructura en ruinas, el polvo y la suciedad cubrían los suelos y los muebles abandonados. La luz tenue de la mañana iluminaba lo que parecía haber sido una cocina con ligeros tonos lavanda. Había tres sillas colocadas en fila frente a Hayden. Tres hombres estaban sentados, atados y amordazados, de espaldas a ella, pero los reconoció al instante: Hans, Emery y Fenn.

—Sigue caminando. Rodéalos hasta donde puedan verte —le ordenó el hombre.

No había otra opción, así que obedeció. Tenía la garganta seca mientras rezaba para que Fenn y los demás estuvieran bien. Navegando por un suelo de madera cubierto de trozos de yeso y otros escombros, se volvió hacia los hombres atados.

Moviéndose por un suelo de madera cubierto de trozos de yeso y otros escombros, Hayden se volvió hacia los hombres atados.

La frenética mirada de Fenn la estremeció profundamente, pero le dedicó un pequeño asentimiento de cabeza. Las líneas de tensión alrededor de sus ojos se suavizaron y Hayden pudo ver alivio en su mirada. Lo contempló, reconfortada de que no pareciera herido.

—Siéntate —ordenó el hombre de negro, presionando su hombro izquierdo con tanta fuerza que Hayden cayó y emitió un grito de dolor. Sus rodillas dolían por el impacto contra el suelo, y luchó por apoyarse de nuevo contra la pared y enfrentarse al asesino.

—No has traído coche. ¿Debo suponer que tu hermano está en una misión de caballero andante destinada al fracaso? —el hombre se agachó para mirarla. Sus ojos eran fríos y distantes.

No había manera de que Hayden le dijera que Wes estaba yendo tras Emery, no cuando Emery estaba sentado aquí mismo. Al menos Wes estaría lejos. A salvo. Traería a la policía y los salvaría.

—Dime, amor, ¿qué está tramando él? —la forma en que dijo “amor” no era un cariño, sino una advertencia—. Habla o empiezo a meter balas en tus rodillas —presionó la punta de su pistola contra la rodilla de Hayden y la amartilló.

Lo miró atónita, con la lengua tiesa por el miedo mientras intentaba decidir qué decir. Antes, en Colorado, ella lo había ahuyentado. ¿Funcionaría de nuevo?

—Sí. Él ha ido a la policía. Probablemente ya tiene al FBI en esto. Mi hermano no pierde el tiempo —eso era bastante cierto.

La dura mirada del hombre se volvió letal y se puso en pie. Durante un instante que pareció una eternidad, su mirada se quedó clavada en la de Hayden antes de acercarse a una mesilla llena de teléfonos móviles y otros pequeños aparatos electrónicos. Levantó un fino aparato con un pequeño interruptor rojo y se enfrentó a ella y a los demás.

—Temo decirte que yo tampoco pierdo el tiempo —suspiró, como si estuviera resignado a actuar de cierta manera, y presionó el interruptor. Una

fracción de segundo después, la casa retumbó con una explosión.

—¿Qué ha sido eso? —exigió ella, con el corazón atascado en la garganta.

—El coche de tu hermano y, por desgracia, tu hermano —el hombre bajó el aparato.

Tardó en comprender sus palabras. Sólo cuando miró a Hans, Emery y Fenn asimiló la horrible verdad. Sus rostros pálidos, con ojos muy abiertos y brillantes. Entendieron con mayor rapidez lo que la mente de Hayden se negaba a aceptar. Los hombros de Emery se hundieron y Hans emitió un sonido ahogado. Fenn estaba tan inmóvil como una piedra.

—Pasé unos años en Irlanda. Los coches bomba son útiles, sobre todo si el objetivo sigue estando a corta distancia de mi detonante.

—No... no pudiste... —se le quebró la voz y cerró los ojos, luchando contra la explosión de angustia y dolor que amenazaba con estrangularla.

—Él fue negligente. No había guardias en los terrenos de su casa. Pude acceder a todos los coches de su garaje, los cuales pueden explotar si están al alcance de mi detonador. No estaba seguro de qué coche utilizaría, pero no importa. Ofrecería mi pésame, pero ninguno de vosotros vivirá lo suficiente para llorar por él.

Por un segundo Hayden no pudo respirar, no pudo asimilar nada de este horror.

La furia la consumía.

—¿Nos dispararás y nos dejarás aquí?

El hombre negó con la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Después de que el hombre que me contrató haya visto a los gemelos, todos vosotros seréis llevados al aeródromo Lockwood y cargados en el avión privado del señor Lockwood. Entonces, un piloto contratado despegará y hará que el avión se estrelle y escapará en paracaídas. Un plan bastante inteligente. Si te comportas, me encargaré de que quedes inconsciente antes de que el avión despegue. No tendrás que estar despierta para el impacto.

—Qué amable de tu parte —gruñó Hayden con sarcasmo. Un dolor sin precedentes la recorría como la marea sulfúrica de ceniza tras la erupción de un volcán—. Voy a detenerte —juró. No podía permitir que los matara a todos y se marchara.

El hombre la estudió y sus ojos fríos la atravesaron.

—No. No lo harás. Estos dos hombres tienen una deuda de sangre conmigo. Han matado a mi padre.

—¿Padre? —Hayden miró a Fenn, cuya boca trabajaba como si intentara deshacerse del trozo de tela que tenía allí metido. El paño cayó en el regazo de Fenn, pero éste no habló, no alertó a su captor de que podía hacerlo. Desde la posición del hombre, su cuerpo estaba en ángulo opuesto al de Fenn.

—Antonio. Era mi padre y lo mataron.

¿Este hombre era el hijo del secuestrador original? E igual de malvado, parecía.

—De tal palo tal astilla, entonces. Era un enfermo hijo de puta que torturaba niños.

El golpe le sacudió la cabeza hacia atrás y se estrelló contra la pared, con manchas blancas que nublaron temporalmente su visión. Parpadeó, aturdida.

—No mientas —el hombre gruñó y la sujetó por el pelo mientras se alzaba sobre ella.

—Andrews, no la lastimes. Ella no te ha hecho nada —advirtió Fenn en voz baja.

¿Andrews? Así que el hombre de negro por fin tenía nombre. Hayden lo miró fijamente, notando el ligero vello de su mandíbula y el tic de un músculo mientras fruncía el ceño. El dolor punzante que sentía en el cuero cabelludo no disminuía, simplemente intensificaba su ira.

—Eso es lo que él hizo. Secuestró y torturó a esos niños cuando sólo tenían ocho años. Los *lastimó*.

Una sombra de duda apareció en los ojos de Andrews. Tal vez no lo había sabido...

—¿Lo sabías? —insistió suavemente Hayden, pero su voz seguía siendo fría—. Llevó a Fenn a otra habitación más de una vez y lo golpeó. Lo *torturó*. Le divertía porque él y Emery eran gemelos y cada dolor que sufría Fenn también lo sufría Emery. Y tu padre lo disfrutaba.

—Mientes. Mi padre nunca tuvo nada que ver con esos hombres hasta que fue contratado hace unas semanas, pero ellos lo mataron —las fosas nasales de Andrew se dilataron.

—¿No has oído hablar del secuestro de los Lockwood?

Ahora, la sombra de duda era más clara en su rostro mientras ella hablaba. Había encontrado su punto débil. No tenía ni idea del monstruo que había sido su padre.

—Investígalo. Tienes teléfono, ¿verdad? Búscalo en Google. Hay muchos artículos sobre ello. Tu padre fue contratado para secuestrarlos y matarlos hace veinticinco años. Eran niños inocentes.

Andrews le soltó el pelo y se levantó, alejándose a zancadas de todos ellos, pasándose una mano por el cabello. Luego sacó su teléfono y empezó a teclear en la pantalla. Con suerte estaba mirando artículos sobre el secuestro.

Fenn sacudió un poco la cabeza, y Hayden lo notó con el rabillo del ojo. *Cierto. No lo presiones más.* Ella había provocado su curiosidad y necesitaba que Andrews encontrara la verdad por sí mismo. Aun así, esto les estaba haciendo ganar tiempo. Tiempo. Tiempo que su hermano habría usado para...

Oh Dios, Wes. Su hermano estaba muerto. No podía permitirse enfrentarse a esa verdad; la destrozaría.

Pero entonces el *bang* de las puertas de un coche al cerrarse de golpe los sacudió a todos. Fue invadida por la esperanza, la bendita esperanza. Quizá Wes había...

Dos hombres corpulentos con cortes y trajes negros entraron por la puerta abierta. Cada uno tenía una pistola, y sus ojos inexpresivos observaron al grupo de rehenes y a Andrews. Se apartaron para permitir que un tercer hombre pasara entre ellos.

Andrews dio un paso atrás cuando el tercer hombre se acercó a Fenn y le propinó un puñetazo en la cara tan fuerte que su silla cayó hacia atrás y se estrelló contra el suelo. Hayden se sobresaltó mientras el miedo le apuñalaba las entrañas y sentía terror por Fenn. Solo pudo quedarse mirando, atónita. ¿Este era el hombre que estaba detrás de todo? ¿Cómo no se había dado cuenta?

—Justo a tiempo, primo, maldita sea —siseó Brant Lockwood mientras sacaba un pañuelo blanco y se limpiaba la sangre de Fenn en los nudillos.

—Lo tenía todo preparado y tuvisteis que aparecer. Se suponía que estabais muertos. Los dos.

Tendido en el suelo, Fenn gimió y escupió sangre, todavía atado a la silla.

—Tú —susurró Hayden—. ¿Tú estabas detrás de esto?

Brant se volvió, con una ceja levantada en señal de sorpresa.

—¿Señorita Thorne? Qué desafortunada coincidencia verla aquí. Es una lástima que sepa que no se puede confiar en que permanezca callada, especialmente desde que calentó la cama de Fenn.

—¡Monstruo! —Hayden intentó levantarse, pero Brant le propinó un golpe con el dorso de la mano. De alguna manera su golpe dolió más que el de Andrews, como si deseara herirla, no simplemente advertirle que no lo sacara de quicio.

—Lockwood, necesito hablar contigo —Andrews dio un paso entre Hayden y Brant, impidiéndole seguir abusando de ella.

—Se te compensará por cada cadáver extra del que tengas que deshacerte, si eso te preocupa —le aseguró Brant con frialdad.

—No se trata de eso. Quiero saber cuándo contrataste a mi padre para hacer el trabajo del secuestro Lockwood.

—¿Cuándo? ¿Por qué quieres saberlo? —los ojos de Brant se entrecerraron. Sus dos matones a su lado movieron sus pies de manera inquieta.

—¿Es cierto que lo contrataste para secuestrar a los gemelos cuando eran niños? Tú mismo habrías sido un hombre joven en esa época.

—Tenía dieciocho años, todo un hombre para saber lo que tenía que hacer. ¿Y qué si es verdad? ¿Qué importa? Aun así mataron a tu padre. Tienes todo el derecho a acabar con sus vidas.

Andrews negó con la cabeza.

—No si mi padre los torturó y planeó matarlos de niños. Hay líneas que ni siquiera yo cruzo.

—¿Tienes algún problema, Andrews? ¿Necesito recordarte lo que está en juego aquí? —Brant dobló su pañuelo ensangrentado y lo metió en el bolsillo de uno de los trajes de sus hombres, luego se volvió hacia ellos—. Volved a colocar la silla de Fenn.

Los dos hombres se movieron para obedecer. Hayden se asomó por entre las piernas de Andrews, observando a Fenn. Tenía la boca un poco ensangrentada, pero no se comparaba con su mirada ávida de venganza mientras miraba fijamente a Brant.

—No continuaré haciendo esto. Los pecados de mi padre fueron suyos, y no terminaré ningún gran plan tuyo si incluye matar a estos dos hombres.

Andrews se llevó la mano a la espalda, un movimiento aparentemente casual, casi como si fuera a apoyar la mano en la cadera. La mirada de Hayden se desvió hacia su mano, y vio la culata de una pistola metida en la cintura de sus pantalones. Todos sus instintos le gritaron que se moviera, que se escondiera, pero estaba paralizada por el terror y la sorpresa.

Sin embargo, Brant fue rápido y no pasó por alto el sutil movimiento de Andrews. Reaccionó un segundo más rápido, sacó una pistola y disparó a Andrews. Una capa de niebla roja estalló a través de la espalda de Andrew, cubriendo a Hayden con el rocío. Sangre. La sangre de un hombre. La cabeza de Hayden dio vueltas y parpadeó mientras puntos negros manchaban su visión. Iba a vomitar...

Andrews cayó al suelo, boca abajo. Hayden retrocedió, chocando de nuevo contra la pared. Brant se quedó mirando el cuerpo un momento, aparentemente despreocupado por haber matado a un hombre a sangre fría.

—Bueno, eso elimina un cabo suelto. Ahora me voy a ocupar del resto.

—¿Por qué nos has hecho esto? —preguntó Fenn—. Antes de que nos mates, tenemos derecho a saberlo —se removió en la silla y se lamió los labios ensangrentados, mirando con el ceño fruncido a su primo.

Brant entregó su arma a uno de los dos hombres que lo flanqueaban y luego consultó su reloj de pulsera.

—Supongo que hay tiempo suficiente. Nadie os está buscando, después de todo —cogió todos los teléfonos móviles de la mesa y se los entregó a uno de sus hombres, que los metió en una bolsa de plástico y luego la deslizó en el bolsillo de su abrigo. Una vez hecho esto, Brant volvió a centrarse en los cuatro rehenes. Los estudió uno a uno, con una pequeña sonrisa cruel en los labios.

—El guardaespaldas... Una lástima, señor Brummer, pero parece que usted no ha hecho aquello para lo que fue contratado. Y señorita Thorne, usted es una desafortunada víctima, pero eso le enseñará a no abrirse de piernas por el hombre equivocado. Es una lástima que no sobreviva para aprender de sus errores.

Hayden curvó los labios en un gruñido silencioso, pero el bastardo sólo se rio.

—En cuanto a vosotros dos... —Brant se cruzó de brazos y miró a sus primos pequeños. Sonrió con satisfacción cuando Emery se sacudió contra sus ataduras, pero la cinta aislante silenció sus gruñidos—. Vosotros dos

sólo teníais ocho años cuando murió mi padre. Yo tenía dieciocho. Todo mi mundo estaba destruido. Y los dos vivíais en vuestro pequeño castillo, malcriados, mientras yo estaba solo. Mi padre ni siquiera me dejó su mitad de la empresa. Vuestro padre se la compró justo antes de que el mío muriera. Yo no tenía *nada*. Tuve que trabajar duro durante años para ganar el dinero suficiente y comprar lo que era mío por derecho. ¿Tenéis idea de lo que eso supuso? ¿La humillación, los gastos? —respondió a su propia pregunta segundos después—. No, claro que no —se le escapó una risa amarga, y Hayden se estremeció.

—Así que tuviste una vida de mierda —replicó Fenn con sarcasmo—. ¿Por qué arruinar la nuestra?

Brant se dio un golpecito en la barbilla, pensativo, con un brillo diabólico en los ojos.

—¿Por qué? Muy fácil. Vuestro secuestro y posterior asesinato en una aparente situación de rescate que salió mal. No estaríais allí para heredar la empresa ni la riqueza de vuestro padre. Entonces me abalanzaría y consolaría al querido tío Elliot. Sería natural que me viera como un sustituto de sus hijos perdidos. Lo tendría para reemplazar al padre que perdí —Brant hizo una pausa en su grandiosa narración para sonreír fríamente—. Y entonces, qué horror, descubrir que el tío Elliot y la tía Miranda murieron en un accidente de coche, o quizá en un accidente de avión. Y yo tendría el control total de *todo*, justo lo que merecía.

—No mereces nada —espetó Hayden, y luego se estremeció cuando Brant giró hacia ella, con la mano extendida en dirección a sus hombros. Uno de ellos, el que sujetaba el arma de Brant, volvió a colocarla en su mano. Giró el brazo hacia ella y le apuntó a la cabeza con el cañón.

Hayden se estremeció y cerró los ojos, esperando el inevitable disparo y luego nada.

—Cállate, zorra. Hice lo que tenía que hacer. Pero ese maldito italiano lo jodió todo muchos años atrás. Se divirtió demasiado torturando a los chicos cuando debería haberlos matado. Puede que me haya llevado veinticinco años, pero por fin conseguiré lo que quiero —giró el cuerpo y apuntó a Fenn con la pistola.

—Dispárale y encontrarán una bala durante la autopsia —advirtió Hayden, y su voz la traicionó con un pequeño temblor—. Es difícil salir impune de un asesinato si lo haces parecer demasiado obvio —rezó para

que le creyera y no disparara a ninguno de ellos. Mientras ganara tiempo, podrían sobrevivir. Podrían... más bien *esperaban*. Porque era lo único que les quedaba: esperanza. Y la de Hayden se debilitaba a cada segundo.

Brant soltó una risita y bajó la mano.

—Supongo que tienes razón. Bueno, deberíamos empezar la fiesta. Tengo que estar listo para asistir a la rueda de prensa dentro de unas horas y contarle al mundo la horrible noticia, que los gemelos Lockwood se reencontraron brevemente y luego perecieron en un accidente de avión. Una lástima ... —señaló a los gemelos—. Liberadlos de sus sillas y llevadlos al coche, sólo a ellos. Si hacen algún movimiento para luchar, tenéis mi permiso para dispararles. Dejad aquí al guardaespaldas y a la mujer.

En cuanto Fenn y Emery fueron liberados, ambos se frotaron las muñecas enrojecidas y llenas de sangre. Emery se deshizo de la cinta adhesiva y la arrojó al suelo. Su expresión llena de furia fue el único aviso que dio antes de embestir a su primo. Brant dio un paso atrás y clavó la punta de la pistola contra el cráneo de Hayden. Ella quiso cerrar los ojos, bloquearlo todo, pero no pudo.

—Un paso más y su cerebro cubrirá las paredes.

Con un gruñido bajo, Emery se apartó. Siguió a uno de los hombres al exterior. Brant cambió de posición con el segundo hombre, quien mantenía un arma apuntando a Hayden y sus ojos en Hans. Luego Brant se unió a sus primos junto a la puerta. Hans observaba al hombre que quedaba con una frialdad indiferente que la habría asustado de haber sido ella el objeto de esa mirada.

Dios, no iban a sobrevivir a esto. Ninguno de ellos.

—Fenn —lo llamó justo antes de que desapareciera bajo la luz del sol matutino. Él la miró por encima del hombro. Su mirada estaba cargada de emociones encontradas. Las mismas que invadían el cuerpo de Hayden—. Te amo —susurró las dos palabras, esperando que él supiera lo importante que era comunicarle sus sentimientos. Si este era el final... si esta era su única oportunidad, tenía que asegurarse de que él lo supiera.

Fenn no dijo nada, pero el destello de dolor en sus ojos le desgarró el corazón.

—Sacadlos de aquí, ahora —ordenó Brant.

Fenn y Emery fueron empujados hasta que desaparecieron. Hayden miró entre Hans y su guardia, preguntándose qué iba a pasar. Pudo sentir un

cambio de ambiente, casi como una descarga eléctrica. El guardia se volvió para mirarla, con una lenta y maligna sonrisa torciéndole los labios.

El hombre cometió un error.

Capítulo Veintisiete

Fenn contuvo la respiración, asimilando las palabras de Hayden mientras era sacado de la casa y llevado al patio lateral. Allí había dos todoterrenos aparcados uno al lado del otro. Estaba prestando atención hasta cierto punto, un error potencialmente fatal, pero las palabras de Hayden seguían repitiéndose en su mente.

Ella me ama. Él no era sólo un capricho para ella; la pasión entre ellos se había fortalecido hasta convertirse en algo más grande, más poderoso, como una marca de hierro moldeada en una fragua, luego enfriada en agua, volviéndose indestructible, dejando una marca permanente en la piel, en el alma.

Amor. Diablos, ahora que se había sincerado con él, nunca la dejaría marchar. Si sobrevivían a esto —lo que por el momento suponía una gran duda—, se mudaría a Long Island si eso era lo que ella quería. Incluso utilizaría trajes de diseño como Emery y asistiría a las reuniones de la junta. Haría cualquier cosa por ella, si tan sólo superaran esto. Y lo iban a hacer, por Dios. La furia lo invadió con la fuerza de una tormenta violenta, y se sintió listo para desatarla. De pronto, comprendió que él y su hermano podían coordinar un ataque fácilmente, ya que podían conectar sus pensamientos.

El hombre frente a ellos abrió la puerta del conductor y subió para encender el motor.

Disparos estallaron en el interior de la casa, y Fenn se apartó bruscamente de Brant. La adrenalina se disparó a través de él y sintió una descarga sonora debido al vínculo con su gemelo.

—¡Hayden! —pudo verla, a Hans y al guardia luchando a través de las ventanas rotas.

—¡Derribalos! —gritó Brant al guardia restante mientras se refugiaba detrás del todoterreno y abría fuego contra la casa—. Los quiero muertos antes de que nos vayamos de aquí.

Emery se lanzó sobre el hombre que ocupaba el asiento del conductor y lo sacó a la fuerza del coche antes de que pudiera coger su arma.

—¡Salva a Hans y Hayden, Fenn! Me encargo de este cabrón —Emery resopló mientras golpeaba al hombre en el suelo y lo mantenía inmovilizado. El impacto del puño contra la carne fue un sonido desagradable, y Fenn se sintió aliviado de que su hermano estuviera asestando los golpes.

El hombre retorció el brazo herido de Emery y éste aulló. Un dolor agonizante resonó en el cuerpo de Fenn, quien instintivamente se sujetó el brazo mientras corría hacia la casa.

De algún modo, Hans había derribado al otro hombre y estaba encima de él. Fenn se dirigió hacia Hayden, pero ella gritó y señaló un destello de plata, un cuchillo, un instante antes de que se hundiera en el costado de Hans.

—¡Joder! —siseó Hans. El guardia debajo de él se sacudió y rodaron hasta que Hans quedó inmovilizado—. ¡Sácala de aquí!

—Hayden, sal ahora mismo —ladró Fenn antes de lanzarse sobre el hombre que estaba encima de Hans. No podía permitirse mirar atrás y comprobar a Hayden, aunque todo en su interior se lo exigía. Chocó con el cuerpo del guardia y se estrellaron contra la pared junto a Hans. El dolor lo destrozó, empezando por el hombro y disparándose hacia el exterior desde ese punto de contacto. El otro hombre estaba en una situación peor. Estaba en el suelo, aparentemente inconsciente.

—Déjalo —gruñó Hans mientras luchaba por ponerse en pie. había sangre goteando entre sus dedos mientras se encorvaba.

—Hans —Fenn se puso en pie con piernas trémulas.

Hubo disparos que rebotaron en las paredes, pero el sonido procedía del exterior... del lugar donde se hallaba Hayden. Fenn corrió hacia la puerta y su corazón se detuvo.

Emery se sujetaba el hombro, con sangre fresca deslizándose por su manga. Uno de los dos todoterrenos había desaparecido. Emery se apoyó en

el vehículo restante.

—¿Dónde está Hayden? —preguntó Fenn, con el corazón frenético porque sabía la respuesta.

Su gemelo levantó una mano ensangrentada y señaló hacia una lejana nube de polvo en la carretera.

—Brant me disparó y luego se la llevó.

Hans apareció justo detrás de él y colocó un juego de llaves en la mano de Fenn.

—Espero que sepas conducir —murmuró Hans mientras corría hacia el todoterreno.

Los tres subieron y Fenn introdujo las llaves en su sitio. Los neumáticos del todoterreno chirriaron y chisporrotearon sobre la hierba resbaladiza al salir del edificio. Fenn aceleró hasta sentir la alfombra con el pie. Sólo entonces miró a su hermano. Emery tenía la cara pálida y los labios entreabiertos mientras respiraba. Había sangre acumulándose en su cintura, donde su brazo seguía sangrando. Con la otra mano sujetaba la pistola, y bajó la ventanilla del copiloto. El viento rugió.

—¡Mantenlo tan firme como puedas! —le gritó a Fenn por encima del ensordecedor sonido.

—¡Lo tengo!

La mancha negra frente a ellos se hizo más grande y nítida a través de la nube de polvo de la carretera a medida que se acercaban.

Pasaron junto a una montaña de restos humeantes a un lado de la carretera: El Range Rover de Wes. El humo negro se elevaba hacia el cielo como si se tratara de un rito funerario vikingo. Fenn sólo pudo preguntarse durante unos segundos por qué el vehículo estaba a un lado de la carretera, más cerca del bosque, que en la propia carretera.

—Buena suerte, Wes —el dolor en su pecho se duplicó junto con su temor por Hayden. Brant no dudaría en matarla. Sabía lo mucho que ella le importaba a Fenn.

—¿Cómo estás ahí atrás, Hans? —lo llamó Fenn por encima del hombro.

—Estoy desangrándome. ¿Cómo crees que estoy? —el ronco bufido hizo reír tanto a Fenn como a Emery. Maldito humor negro.

—En otras palabras, está bien —Emery se asomó un poco por la ventana—. Voy a pincharle las ruedas. ¿Estás listo, Fenn?

—Sí —Fenn sujetó con fuerza el volante mientras se detenían detrás de Brant.

Emery fijó la mira y disparó.

Dos disparos...

Una explosión de neumáticos y polvo...

El coche frente a ellos se desvió a la izquierda y luego a la derecha mientras Brant intentaba aparentemente controlar el todoterreno, pero entonces maniobró en exceso y el vehículo rodó hacia la izquierda. Fenn respiró hondo y el mundo pareció detenerse al ver cómo la bestia metálica giraba una y otra vez, hasta que se detuvo sobre uno de sus laterales.

Hayden estaba dentro... Volvió en sí bruscamente, pero era demasiado tarde; reaccionó con demasiada lentitud.

¡Mierda, mierda, mierda!

—¡Estamos demasiado cerca! —gritó Fenn, y presionó los frenos, pero fue inútil. Su vehículo derrapó y el metal chirrió al chocar contra el primer todoterreno. Sus músculos se tensaron y apretó los dientes justo en el momento del impacto. Una nube blanca estalló ante sus ojos y luego todo se oscureció.



EL VAPOR BLANCO Y EL HUMO NEGRO FORMABAN INQUIETANTES PATRONES ante los ojos de Fenn mientras recuperaba la consciencia. Su todoterreno estaba estrellado contra el otro como una lata aplastada. Seguían en pie, pero habían sufrido una colisión lateral contra el chasis del primer vehículo. Ni Hans ni Emery estaban conscientes. Durante unos largos segundos, se limitó a contemplar la carnicería metálica, sin comprender nada. Entonces, cuando parte del humo se disipó, vio una mano femenina que se extendía más allá de uno de los neumáticos, con los elegantes dedos ligeramente curvados hacia la palma.

Hayden... El nombre llegó lentamente a su mente, pero su cuerpo se inundó de adrenalina tan pronto como lo reconoció. Sus manos manipularon torpemente el cinturón de seguridad, pues la sangre se adhería al plástico y lo hacía resbaladizo. Jadeó y gimió de frustración hasta que el cinturón se abrió con un chasquido, y entonces salió del coche a trompicones, con el

tobillo lesionado protestando por el movimiento. Extendió la mano para apoyarse en el primer vehículo, pero el contacto le quemó la mano.

Fenn rodeó la parte trasera del coche y se detuvo al ver a Hayden. Sus piernas estaban inmovilizadas bajo el techo del coche. Debió haber salido despedida por una ventanilla antes de que el vehículo rodara por última vez sobre un lateral y cayera sobre ella. Fenn sujetó el techo, intentando levantarlo, pero no pudo. Lágrimas de frustración rodaron por su cara, mezclándose con el sudor mientras se esforzaba.

—Déjame ayudarte —intervino la voz ronca de Emery al aparecer junto a Fenn. Se colocaron uno al lado del otro y sus pies se apoyaron firmemente contra el suelo, gruñendo mientras luchaban por levantar el vehículo aunque fuera unos centímetros—. ¡Lo tengo! —jadeó—. ¡Cógela, rápido!

Fenn soltó el techo del todoterreno y sujetó los brazos de Hayden, tirando de ella con fuerza y rapidez, sacándola del vehículo. Una fracción de segundo después de liberarla, su gemelo maldijo y el todoterreno se estrelló contra el suelo, Emery con él, cayendo de culo y respirando agitadamente.

—Joder. Nunca pensé que sería capaz de decir que levanté un maldito coche —empezó a reírse, pero luego se detuvo.

Fenn apenas prestaba atención; todo en su interior estaba concentrado en Hayden. Ella no estaba consciente y eso lo asustó terriblemente.

—Vamos, cariño, por favor —suplicó—. Despierta —no podía pensar más allá del pánico. Si la perdía... si la perdía... La sensación de desesperación que le consumía el alma, tan profunda en su interior, amenazaba con ahogarlo. Las manos de Emery lo sacudieron suavemente.

—Respira, Fenn. Por el amor de Dios, respira —le espetó, y su tono áspero sacó a Fenn de su ataque de ansiedad.

—No despierta —dijo Fenn, y se encontró con la mirada preocupada de su gemelo.

—Podría ser por su golpe en la cabeza. No lo sabemos. Mantén la calma.

Una suave risita interrumpió la frenética ráfaga de pensamientos en su cabeza. Brant, con su traje de negocios ensangrentado y roto, les apuntaba con una pistola. Una mirada salvaje hacía que sus ojos brillaran de forma anormal.

—Supongo que montaré otro tipo de accidente. No permitiré que se diga que no sé improvisar.

Fenn estrechó a Hayden entre sus brazos, protegiéndola, pero sabiendo que no escaparían de Brant, no esta vez.

—No hagas esto, Brant. ¿Quieres la empresa? De acuerdo. Te la daré mañana a primera hora. Te regalaré todas mis acciones. Sólo déjanos ir —el tono de Emery era suave, suave, casi amistoso.

Brant gruñó:

—¡No! Es demasiado tarde para eso. Me entregarás a la policía en unos minutos. No soy estúpido. Pero ese siempre fue tu error. Pensaste que no podía hacer tu trabajo. Bueno, puedo, y mucho mejor que tú. Siempre tuve a la junta de mi lado. Pensaban que eras una gran decepción. Imagino que no les entristecerá tanto enterarse de tu prematura desaparición —enfaticó las palabras mientras apuntaba su arma en el aire hacia Emery.

Emery se levantó con lentitud y dio un paso a la izquierda, con las manos parcialmente levantadas en señal de rendición mientras bloqueaba a Hayden y Fenn de la línea de fuego inmediata.

—Qué noble. Quieres salvar a tu hermano y a su mujer. Pero no importa. Tengo suficientes balas para acabar con todos vosotros —Brant se rio histéricamente y amartilló su arma.

Fenn casi se sobresaltó cuando algo frío y metálico tocó su mano. Sus dedos rodearon el objeto, encontrándose con los delgados dedos de Hayden. Una pistola. Estaba despierta, entregándole un arma. ¡Qué mujer! Quiso bajar la mirada y ver si ella realmente estaba bien, pero no se atrevió. Fenn mantuvo la calma, tenía que hacerlo. Tendría una oportunidad para sacar el arma y acabar con Brant. Se concentró en Emery, en esa cuerda invisible que unía sus corazones y sus mentes.

El número tres pasó por su mente, así como una flecha apuntando a la derecha. Rezó para que su gemelo comprendiera lo que quería hacer.

Fenn volvió a sentir resolución y esperanza. Su hermano siempre confió en él. Incluso después de tantos años separados. El amor floreció en su pecho y supo que podía hacer esto, que podía salvarlos a todos.

—Estoy harto, Emery; harto de tus juegos, los juegos de poder. Se acabó. Estás acabado —Brant empezó a oprimir el gatillo, pero Emery se movió hacia la derecha. Fenn levantó la mano y disparó.

Tres disparos en rápida sucesión. Sonidos ensordecedores que hicieron que sus oídos casi sangraran.

Brant emitió un sonido ahogado de sorpresa y se desplomó en el suelo, jadeando. Su camisa blanca estaba salpicada de sangre en el lugar donde las balas habían atravesado su elegante traje. Emery se acercó con piernas trémulas y pateó el arma de Brant hasta dejarla fuera de su alcance. Fenn observaba, incapaz de hablar. Había matado a un hombre, le había quitado la vida a su propio primo. La sangre carmesí, una sangre que compartía con este hombre, se filtraba en la hierba, oscura y espesa como la melaza. Tragó duro, pero no pudo apartar la mirada. Un vacío lo llenaba, sofocándolo.

—Brant —habló Emery, suave y tranquilo mientras se arrodillaba—. Lo siento.

El moribundo soltó una carcajada, con los dientes manchados de sangre.

—Tú... nunca te quedaste solo... papá murió... yo no tenía... a nadie —una tos espantosa anuló cualquier otra palabra que hubiera podido pronunciar.

Emery sujetó la mano de su primo.

—Me dejaste solo el día que perdí a Fenn. Siempre nos tuviste a los dos, pero nos abandonaste. Intentaste destruirnos cuando lo único que queríamos era amarte.

—No... —los ojos de Brant se abrieron de par en par mientras intentaba protestar, pero el sonido terminó en un gorgoteo. Su cuerpo se sacudió y luego se quedó inmóvil. Sus ojos permanecían inmóviles sobre él, nublados por la muerte.

Fenn contempló el cadáver durante un largo momento, y los años de soledad a los que su primo lo había sometido a causa de la codicia amenazaron con aplastarlo. ¿Todo lo que Emery y él habían perdido era porque ese hombre había echado de menos a su padre y se sentía merecedor de su dinero? Qué maldito tonto había sido Brant.

Los dedos de Emery rozaron los ojos del muerto, cerrándolos.

Ya está hecho. Somos libres.

El pensamiento les llegó tanto a Fenn como a Emery al mismo tiempo, en esa vía mental secreta que compartían.

Fenn bajó la mirada, soltó la pistola y cogió la mano de Hayden. Sus dedos se entrelazaron con los de él y ella los estrujó suavemente. Tenía los ojos entrecerrados y respiraba entrecortadamente. Pero estaba viva.

Las sirenas chillaban a lo lejos, y él sólo pudo sentarse y contemplar el desarrollo de la escena mientras se aferraba a la única persona más preciada para él, aparte de su gemelo. Aturdido, vio cómo Emery sacaba a Hans del todoterreno. El hombre sangraba, pero parecía consciente y alerta. El guardaespaldas tenía nueve vidas, Fenn estaba seguro de ello. Volvió a mirar a Hayden.

—Resiste, cariño. Todo va a salir bien —le apartó el hermoso pelo de la cara.

—Mi hermano —susurró entrecortadamente—. Ha muerto —los dedos de Hayden se cerraron con más fuerza alrededor de su mano y las lágrimas rodaron por sus mejillas y empaparon sus pantalones.

Emery, quien estaba ayudando a Hans a salir del coche, se detuvo repentinamente y luego gritó.

—¡Hijo de puta con suerte! —Emery se rio y se movió, permitiendo a Fenn ver una figura que corría hacia ellos.

No. No podía ser...

—¿Wes? —pronunció el nombre.

—Lo sé —Hayden resopló y ahogó un sollozo—. Se ha ido.

—No... está aquí —Fenn la tumbó con cuidado en el suelo y lo señaló. Ella giró la cabeza en dirección a su hermano, quien corría hacia ellos.

—¿Hayden? ¿Estás bien? —Wes no esperó a que ella respondiera, simplemente la rodeó con los brazos allí en el suelo y la abrazó con cuidado.

—Estoy bien —se rio, luego hizo una mueca de dolor y dejó caer la cabeza al suelo—. Creo que un coche me ha caído encima. Aunque no tengo mucho dolor —movió las piernas y se estremeció.

Fenn sabía que Hayden intentaba bromear, pero quería que se quedara quieta hasta que los paramédicos pudieran echarle un vistazo.

—Creímos que él te había matado —explicó Emery mientras se acercaba a ellos—. Andrews colocó un coche-bomba en tu Rover. Lo oímos explotar.

Wes negó con la cabeza. Su cara y pelo estaban llenos de suciedad y ceniza. Se pasó la manga del abrigo por las mejillas.

—No me alejé mucho de la casa. Solo iba a ocultar el Rover y regresar a pie. Pero tuve que llamar a Royce para que avisara a la policía. Aparqué el coche cerca y me alejé un poco más allá del bosque, donde hay una pequeña

colina con vistas a la playa. Sabía que allí tendría mejor señal que en esta carretera. No podía conducir el coche a través de la maleza, así que simplemente caminé. Royce y yo estábamos coordinando una respuesta policial, dándoles indicaciones y lo siguiente que supe fue que mi coche voló por los aires y la fuerza de la explosión me arrojó al suelo. Estuve inconsciente unos minutos.

—Menuda suerte —dijo Fenn. Aún no podía creer que estuviera mirando a su amigo y que estuviera vivo. Todos estaban vivos.

—Wes, por Dios —Hayden se cubrió la boca y se secó nuevas lágrimas de los ojos. Wes volvió a abrazarla.

—Shh... tranquila. Todos estamos bien. ¿Verdad? —miró directamente a Fenn, quien pudo sentir que la pregunta también iba dirigida a él. Fue invadido por una oleada de nuevo calor. Volvía a ser un niño.

Las llamas de la fogata bailaban y las chispas salían disparadas de los troncos encendidos. Una carpa destartada ofrecía cobijo a él, Royce, Emery y Wes. Cada uno de ellos empuñaba una linterna y apuntaba los haces hacia arriba, creando expresiones macabras en sus rostros. Susurraban terroríficas historias de fantasmas. Junto a sus botellas de refresco de cola había bolsas de mezcla de frutos secos a medio comer. Antes lo habían llamado el botín pirata. Sus sacos de dormir estaban alineados de dos en dos y el aire veraniego era denso y húmedo. Las ranas cantaban desde estanques lejanos, con sus melodías guturales como ruido de fondo sobre la inocencia y las noches interminables llenas de sueños.

—Somos jóvenes. Vivimos para siempre —todos cantaban y chocaban sus botellas. El cántico ardió en ellos, se grabó en sus almas. En ese momento, todo en la vida era completamente perfecto.

—Somos amigos, siempre y para siempre —el susurro fue compartido y transportado por la brisa veraniega a tierras lejanas, pero era una promesa que todos cumplirían. Se apoyarían mutuamente, siempre y para siempre.

La garganta de Fenn ardió cuando se encontró con la mirada de Wes y asintió. La promesa —no, el juramento de su amistad de la infancia—, aún se mantenía firme y fuerte. Emery se unió al grupo cuando la ambulancia y tres coches de policía salieron de la carretera en dirección al lugar del accidente.

—Supongo que me encargaré de esto —Emery suspiró y se dio la vuelta para caminar hacia los policías.

Un hombre alto y moreno salió de uno de los coches de policía y estrechó con fuerza la mano de Emery antes de mirar a Fenn y a los Thorne.

—Royce —le susurró Wes a Fenn. Pero no fue necesario. Fenn habría reconocido a Royce en cualquier parte.

Sonrió al otro hombre y asintió con la cabeza. La sonrisa de respuesta en la cara de su amigo fue una recompensa inesperada.

Hayden abrazó a Fenn con fuerza, rozándole la oreja izquierda con los labios.

—Te amo.

Esas dos pequeñas palabras le robaron el aliento. Se separó de ella para poder ver su cara. Sus ojos resplandecían, azules y rebosantes de un sinfín de emociones. Apoyó la frente en la de ella y sus narices se rozaron mientras le decía lo que llevaba días queriendo expresar.

—Yo también te amo —y entonces la besó.

Suave al principio, dejándola sentir su alma a través del beso, esperando que ella lo aceptara, por completo. El hijo herido y problemático, renacido a través del fuego y la ceniza porque ella había desafiado las llamas para encontrarlo y traerlo a casa. Hayden le devolvió el beso y Fenn cedió a la creciente pasión. Envolvió su cuerpo, protegiéndola. Su pequeño suspiro contra sus labios lo hizo sonreír por dentro, y lo excitó. La desesperada necesidad de afirmar que ambos estaban vivos era tan fuerte que no podía saciarse de ella. Él iba a...

—Ejem —Wes tosió con fuerza—. Ahora no es el momento ni el lugar para eso.

Se separaron, compartiendo miradas llenas de culpa como un par de adolescentes sorprendidos besándose en la parte trasera del coche.

Hayden se inclinó hacia adelante para susurrarle al oído.

—Cuando acabemos con esto, tú y yo iremos a una isla privada que pertenece a un amigo de Wes.

Fenn soltó una risita.

—¿Isla privada? Eso —le acarició las caderas—, suena *muy* bien —y *muy* privado. Necesitaba tenerla a solas y eso sonaba perfecto.

—Bien —ella le guiñó un ojo—. Me preocupaba tener que convencerte. Él le devolvió la mirada con seriedad.

—Voy donde tú vayas. Te pertenezco en cuerpo y alma.

Cuando los ojos de Hayden se llenaron de lágrimas, se apresuró a darle un beso en los labios, preocupado por haberla disgustado con semejante declaración.

—Yo también te pertenezco —suspiró ella. La confesión fue tan suave que Fenn se preguntó si la había imaginado. Entonces, lo miró a través de sus hermosas pestañas y su mundo se derrumbó y todo lo que quedó fue ella.

—Somos el uno para el otro. Siempre.

Hayden asintió y volvió a besarlo sin decir una palabra más.

Capítulo Veintiocho

Hayden caminaba descalza por un puente de madera gris claro. Conducía a una pequeña cabaña de playa con tejado de paja que se alzaba sobre cuatro postes sobre el azul pálido del mar Caribe. El amanecer comenzaba a vislumbrarse en el horizonte tras la cabaña, y las lámparas solares del puente formaban pequeños estanques dorados de luz. Respirando hondo, Hayden sintió que cada parte de su cuerpo se relajaba. Aquí estaba a salvo. Después de todo lo que ella y Fenn habían sobrevivido, por fin estaban a salvo. Brant estaba muerto y la amenaza para los gemelos Lockwood había desaparecido.

Aunque... Greyson Andrews, el hijo de Antonio, no se había encontrado cuando la policía recogió los cadáveres. Hayden tembló un poco. El hombre podría estar todavía por ahí. Era algo inquietante, y sin embargo... intuía que, de alguna manera, él no era una amenaza. Después de descubrir la verdad sobre su padre, se había interpuesto entre ella y Brant y luego había intentado matarlo. Había recibido un disparo mortal, o eso creía ella. La policía no había encontrado ninguna pista sobre su paradero, y Hayden suponía que nunca lo haría. Era otro misterio sin resolver. Pero ya no le preocupaba. Sólo importaba este lugar, este hermoso oasis donde era libre de ser feliz.

La brisa marina le acariciaba la nariz y el chapoteo del agua —de un color tan puro que podía ver el fondo de arena blanca—, creaba un sonido arrullador contra los postes del puente. Llegó a la puerta abierta de la cabaña y miró dentro. Había una gran cama de cuatro postes, con el

cabecero apoyado contra una pared. Unas cortinas blancas ondeaban alrededor de los postes de la cama, revelando a su ocupante.

El hermoso, musculoso y bronceado cuerpo de Fenn estaba completamente desnudo y extendido. Tenía la espalda apoyada en almohadas y un brazo detrás de la cabeza. Además, una sábana suelta le cubría las caderas de forma despreocupada, ocultando escasamente sus exquisitas partes masculinas. Era muy atractivo.

Hayden permaneció en el umbral de la puerta, mordisqueándose el labio inferior mientras recordaba los últimos días que habían pasado en la isla. Habían hecho el amor durante horas y nadado en las aguas poco profundas, jugando como delfines y riendo. Demasiadas risas. Nunca había sido tan feliz en su vida.

Él la hacía feliz, tanto en la cama como fuera de ella.

—Aquí estás —levantó una pila de papeles que había estado descansando sobre su estómago, y enarcó una ceja en señal de desafío—. Los encontré en tu bolso.

Ella reconoció los papeles como su propuesta de negocio para los cambios que quería hacer en The Broken Spur. Su pulso se disparó y se lamió los labios con nerviosismo.

—Quería decírtelo. Iba a hacerlo, lo juro. Tenía todo un discurso y una propuesta de negocios para acompañar mis notas y estimaciones.

—Ven aquí —señaló la cama, y Hayden no pudo leer su expresión. Le pareció ver un destello de diversión en sus ojos color avellana, pero no lo sabía con certeza. ¿Estaba enfadado? Aún no le había contado su idea de convertir el rancho en un negocio viable porque temía su reacción—. Creo que la frase es 'preséntate al castigo' —señaló su regazo y cogió el cinturón de cuero que había colgado sobre el respaldo del cabecero. Hayden lo miró a él y a su regazo. Iba a azotarla, o tal vez a golpearla ligeramente con el cinturón... a marcarla de esa forma tan ruda que lo caracterizaba. Y sabía, por la humedad entre sus muslos, que le iba a encantar. Bueno, si él iba a hacer eso, ella haría que se lo ganara.

—Tienes que atraparme —Hayden se rio y salió corriendo por la puerta hacia el puente. Avanzó seis metros antes de que sus fuertes brazos la rodearan por la cintura y la alzarán. Chilló, fingiendo terror mientras él la llevaba de vuelta a su pequeña cabaña sobre el agua. No parecía importarle estar completamente desnudo. Eran los únicos en la isla. La casa principal

estaba a cuatrocientos metros tierra adentro y sólo iban allí para comer y ducharse. Pero esa casa también estaba vacía, excepto por el ama de llaves que venía por las mañanas a limpiar y reabastecer la nevera con comida.

Fenn la dejó caer boca abajo sobre la cama y, cuando Hayden se resistió, la azotó fuertemente en el culo. El pinchazo de dolor fue celestial, y ella jadeó contra las sábanas blancas de algodón. Unas tiras de seda blanca colgaban aún de los postes de la cama, y la inmovilizó con las piernas a ambos lados de sus caderas mientras le ataba las muñecas a cada poste.

—Vamos a tener una pequeña charla —le murmuró al oído mientras la aprisionaba con su cuerpo, atrapándola completamente bajo él. Luego utilizó las rodillas para separarle las piernas por detrás. Fenn se apoyó sobre los talones y le estrujó las nalgas. Cuando ella gimió para animarlo, él cogió el pequeño recipiente de plástico con forma de oso que había en la pequeña mesa junto a la cama—. ¿Qué tal si hablamos de compartir las cosas que importan, *miel*? —enfaticó su apodo mientras le esparcía miel por la columna vertebral. El líquido la refrescó, y suspiró. Entonces se inclinó sobre ella y le besó la espalda, lamiendo el rastro de miel. Era algo que Fenn había disfrutado los últimos días que habían estado aquí: encontrar nuevas formas de provocarla y torturarla sensualmente con esa miel. El hombre tenía una imaginación perversa.

—Fenn... —se retorció de placer, deseando, necesitando que él la poseyera. Este juego previo iba a volverla loca.

Fenn cogió el cinturón y ¡zas! Un leve pinchazo, lo justo para provocarle el más mínimo atisbo de dolor, la hizo gemir de placer. Nunca volvería a mirar un cinturón de la misma manera, no cuando Fenn lo sostuviera. Nunca la lastimaba realmente, sólo le provocaba ese delicioso escozor cuando ya estaba dolorida, húmeda y desesperada.

—No he terminado de jugar —le advirtió con esa voz grave y seductora que deshacía cualquier rebeldía en su interior. Esa voz tenía el poder de derretirla por dentro y hacer que sólo pensara en una cosa; pertenecer a él, complacerlo y recibir un placer y un amor tan exquisitos que nunca volvería a sentirse atrapada o sola.

Con manos suaves pero firmes, la giró sobre su espalda, lo que torció sus brazos por encima de su cabeza, ya que sus muñecas estaban atadas a postes opuestos. La posición no era incómoda, ya que él le había dado

suficiente elasticidad a sus ataduras para esta maniobra en particular. El hombre sabía de cuerdas... Hayden soltó una risita. Todos esos años de rodeo de becerros le estaban resultando realmente útiles.

—Adelante, riéte —le advirtió—. Dentro de unos minutos no tendrás aliento para reírte —la cogió por el culo y empujó suavemente hacia la cama, creando más tensión en sus muñecas atadas y menos capacidad de movimiento. Aparentemente satisfecho, la sujetó por las rodillas y la obligó a abrirlas. Ella luchó contra él, sólo un poco, mordiéndose el labio para no reírse ante su mirada hambrienta y el contacto áspero y calloso de sus manos sobre ella. Era imposible no provocarlo levemente, hacer que actuara con rudeza; a ella le encantaba.

Fenn cogió la miel y roció unas gotas sobre sus pezones, y Hayden exhaló al sentir el líquido. Subió por ella, acomodando el cuerpo entre sus muslos antes de lamer lenta y despreocupadamente primero un pezón, luego el siguiente, hasta que se pusieron erectos y sensibles. Ella intentó arquearse, ofrecer sus pechos a su boca, pero él se limitó a sonreír con perversa satisfacción.

Antes de que Hayden pudiera exigirle que hiciera más, Fenn volvió a bajar por su cuerpo, llevándose la miel consigo, y entonces hizo algo que ella no había esperado. Le roció el clítoris con la miel dorada y luego le untó los labios con un dedo índice.

—Mis dos tipos favoritos de miel —su ronco murmullo hizo que sus paredes internas se estrecharan ante la ávida anticipación de su lengua.

—Por favor... —suplicó.

La miró.

—Por favor, ¿qué? —ese tono de desaprobación, ese lado dominante de él, estaba esperando a que ella se dirigiera a él apropiadamente.

—¡Por favor, señor, por favor! —sacudió las caderas con movimientos circulares, intentando convencerlo de que hiciera lo que ella deseaba con tanta desesperación.

—Buena chica —su elogio la calentó.

Fenn retrocedió unos centímetros en la enorme cama y separó sus pliegues. Le besó el interior del muslo, su cálido aliento le acarició la piel sensible y Hayden jadeó. Luego inclinó la cabeza, tan despacio que ella quiso maldecirlo por sus provocaciones, y su lengua entró finalmente en

acción. Se estremeció, sintió una descarga de adrenalina, luego una caricia, y después le succionó el clítoris entre los labios.

—¡Ahh! —jadeó de excitación y casi de pánico. Su cuerpo era demasiado sensible allí, la presión era excesiva, la estimulación iba más allá de lo que ella podía soportar... Fenn liberó su clítoris y deslizó la lengua por su sexo, atacándola con breves y juguetonas lamidas antes de introducir la lengua en su entrada. Se estrechó contra él, intentando aliviar su necesidad, jadeando, gimiendo, suplicando en un torrente de palabras que ni siquiera ella misma comprendía.

Con una suave risita, él volvió a subir por su cuerpo, aprisionándola mientras la besaba en la boca. Ella saboreó la miel y a sí misma, todo mezclado con el sabor de Fenn. El beso fue pecaminoso, exquisito, lleno de posesión. La poseyó en ese momento, reclamando todo su ser, y Hayden se lo permitió. Cuando sus bocas se separaron, él se apoyó sobre sus talones y miró su cuerpo.

—Espero que estés preparada, cariño, porque no voy a esperar —le advirtió con un gruñido lobuno segundos antes de penetrarla profundamente.

Hayden enterró la cara en la cama, gimiendo. Esto era puro apareamiento animal, alimentado por la lujuria y la necesidad de conectar a un nivel salvaje. Fenn golpeó sus caderas contra su culo, casi magullándola, y a ella le encantó. Aunque él dominaba su cuerpo, ambos eran iguales. Mientras su cuerpo se precipitaba hacia el clímax, él aumentó el ritmo de sus embestidas, quedándose sin aliento cuando ambos explotaron al mismo tiempo. Por un instante, la visión de Hayden se apagó mientras luchaba por aceptar la sobrecarga de placer adictivo. Las piernas le temblaron violentamente mientras otro orgasmo alcanzaba las puntas de los dedos de sus pies y manos, éste más profundo, más suave, pero igual de intenso. Hayden sollozó levemente por el alivio de haberse corrido tan fuerte, tan brutal y tan rápido.

Las manos de Fenn seguían sujetando sus caderas, con un toque firme pero suave mientras frotaba los puntos que había magullado con su rudeza. El hecho de que él, ese dios del sexo, le hiciera el amor de esta manera, sabiendo que podía ser tan suave y tierno cuando ella lo necesitaba, la hizo estremecerse.

Flácida y saciada, permitió que Fenn abandonara su cuerpo antes de que le diera vuelta y la desatara.

—¿Sabes cuál es la mejor manera de conseguir que dejes de huir? —preguntó él, con la respiración aún agitada, y los labios torcidos en una sonrisa.

Hayden no contestó, ni siquiera podía hablar. Estaba demasiado aturdida y saciada para moverse o hablar.

—Atarte y follarte hasta que no puedas moverte —se tumbó en la cama junto a ella y la acercó.

—¿Ah, sí? —finalmente, ella encontró su aliento para responder.

—Sí. Y es divertido hacerlo. Tanto que no puedo evitar pensar que me gustaría hacerlo siempre —el tono caoba en sus ojos era suave y cálido, pero no por ello menos intenso.

—¿Siempre? —el corazón le latía contra las costillas, así que intentó calmarse. Quería estar para siempre con él, pero hasta ahora no le había parecido posible.

—Mmm —él besó sus labios ligeramente, juguetonamente—. Quiero que vengas al rancho conmigo. Sé mi compañera, en los negocios, en la cama, en la vida —la besó entre cada una de estas frases y ella se retorció de placer.

Fenn se movió para poder deslizar una mano bajo las almohadas y sacar una caja cuadrada de terciopelo negro.

—Esto es para ti. Emery mencionó collares y esposas... pero creo que esto sería mejor —le entregó la caja y Hayden la cogió, con las manos trémulas al abrirla.

En el centro de la caja había un anillo. Un precioso diamante de forma cuadrada y definida, elegante y sencillo. Pero alrededor del diamante había un collar con una fina cadena de plata, y de ésta colgaba una hermosa llave de plata con exquisitos adornos.

—¿Y bien? —insistió Fenn.

Por primera vez, a excepción de su encuentro con su hermano y su familia, parecía nervioso. Hayden cogió el anillo, se lo entregó y le ofreció la mano izquierda. Él deslizó lentamente el anillo en su dedo. Le quedaba perfecto. A continuación, Hayden cogió el collar, abrió el cierre y también se lo entregó. Ella se incorporó y, recogiendo el pelo, le ofreció la espalda. Fenn le colocó el collar y lo aseguró. La llave de plata descansó

contra su clavícula. Una ligera presión sobre su piel. No era el símbolo de la llave de su corazón. No, era un símbolo de que era libre de la jaula dorada en la que había vivido demasiado tiempo. Él la había liberado, pero la llave era un recordatorio de que ella era dueña de su libertad. Esa era una de las muchas razones por las que lo amaba. Él la comprendía.

Hayden se acurrucó en su abrazo, sin decir nada.

Fenn se rio.

—Para tener una boca muy atrevida, estás muy callada —deslizó un dedo por sus labios.

—No te preocupes —soltó una risita—. Me has sorprendido, eso es todo. Me recuperaré en unos minutos y te demostraré lo feliz que soy.

Permanecieron tumbados, escuchando el sonido de las olas y el susurro de las hojas de las palmeras contra el viento de la costa.

—¿Te gusta mi idea para el rancho? —preguntó finalmente.

—Cariño —la miró fijamente, con total sinceridad en los ojos—. Es brillante. *Eres* brillante.

Se sintió aliviada. Él creía en ella, en esa parte de sí misma en la que también había querido creer desesperadamente, pero que había tenido tanto miedo de fracasar. Pero Hayden no lo haría. Este sueño de reconstruir el rancho, de convertirlo en un refugio para ejecutivos de alto poder que vendrían a relajarse, haría una fortuna. Eliminaría el estrés de Jim Taylor y daría a Callie la posibilidad de vivir sus propios sueños.

—Hablaré con Jim a primera hora cuando volvamos —prometió Fenn—. Pero primero quiero hacer el amor con mi futura esposa.

Hayden se rio mientras la colocaba debajo de él y le mordisqueaba los pechos.

—Creo que tenemos mucha disciplina por delante. Te retuerces como un pez —le mordió uno de los pechos erectos y ella se arqueó de placer.

—¡Más! —exigió, enredando las manos en su pelo dorado, tirando de él para animarlo.

Y Fenn le dio justamente eso. Más. Y muchas cosas más.

Epílogo

Wes Thorne salió del Jeep Wrangler, y sus caros zapatos italianos recogieron inmediatamente el polvo del rancho The Broken Spur. Cerró la puerta del coche y dedicó un minuto a alisarse la corbata de seda roja y la parte delantera de la chaqueta. Luego se bajó los puños de las mangas de la chaqueta hasta llegar exactamente a la altura de las muñecas. Le gustaba que las cosas estuvieran perfectas, cuando podía conseguirlo. Y aquí estaba, en uno de los lugares menos perfectos, buscando la respuesta a algo que necesitaba. Si alguien le hubiera dicho que llegaría a un viejo y polvoriento rancho y encontraría la respuesta a sus noches en vela, se habría burlado. Pero era la verdad. Lo que tenía que tener, lo que tenía que poseer, estaba dentro de esta casa.

Subió los escalones de madera y abrió la puerta mosquitera, frunciendo el ceño cuando chirrió. Había que engrasar las bisagras. Golpeó la puerta con los nudillos y esperó. El pequeño sobre de color crema mate que llevaba en el bolsillo parecía pesar mil kilos. Era una de las razones por las que estaba aquí, para entregárselo a su destinatario. Sin embargo, la perspectiva le incomodaba porque sabía que la invitación rompería el corazón de una joven. Sin embargo, quería enseñarle a olvidar a ese otro hombre, y lo haría. Aunque tuviera que robársela y darle todo lo que ella deseara. Lo único que tenía que hacer era entregarse a él y obedecerlo.

La puerta se abrió y allí estaba ella, en jeans y camiseta, con las botas vaqueras marrones en un tono rojo oxidado, estropeadas y gastadas. Sus ojos estaban muy abiertos y sus labios rosa pálido se separaron en señal de

sorpresa. La expresión le sentaba bien. No pudo evitar imaginar qué más podría hacerle para conseguir esa expresión. Esperaba averiguarlo pronto.

—¿Señor Thorne? —preguntó Callie Taylor, con voz suave y ronca—. ¿Ha olvidado algo?

Por un segundo, no entendió su pregunta, pero luego comprendió que ella suponía que había olvidado algo en su habitación después de su estancia aquí hacía un mes.

—En realidad no. He venido a entregarte esto —sacó el sobre y se lo entregó.

—¿Para mí? ¿Ha venido hasta aquí? ¿Por qué no lo ha enviado por correo? —ella lo examinó y le hizo un gesto para que entrara. Al pasar junto a ella, no pudo resistirse a rozar sus cuerpos. Sus mejillas se sonrosaron y él luchó contra una oleada de lujuria, pero era muy difícil. Era tan inocente, tan perfecta para sus necesidades, que el deseo que sentía por ella le nublaba los pensamientos y aturdía sus sentidos.

—Wes —una voz grave y áspera lo saludó desde la puerta de la cocina. Jim, el padre de Callie, sonrió cálidamente—. Me alegro de verte de nuevo por aquí. Buenas noticias, espero.

Wes devolvió la sonrisa a Jim. El rudo ranchero le agradaba y lo respetaba, lo que hacía que sus intenciones con Callie fueran aún más peligrosas.

—Creo que son buenas noticias —señaló con la cabeza el sobre que Callie tenía en las manos—. Es de Fenn.

Los ojos de la chica se iluminaron y su alegría fue como un puñetazo en las tripas. No le gustaba verla entusiasmada con otro hombre. La posesividad siempre había sido uno de sus defectos.

—Disculpadme —ella subió corriendo las escaleras y el sonido lejano de una puerta cerrándose le informó que había llegado a su dormitorio.

—No pudiste decírselo, ¿verdad? —Jim lo miró casi con reproche—. Fenn se va a casar con tu hermana, ¿verdad? —era una afirmación, no una pregunta.

Wes tocó el anillo de plata que llevaba en el dedo mientras miraba la escalera.

—Sí. Quieren invitaros a los dos a Long Island para la fiesta de compromiso. Planean vivir aquí, por supuesto, pero Fenn necesita pasar tiempo con su familia.

Jim entró en el salón y se acomodó en su sillón reclinable de cuero marrón.

—Me alegro por él. Pero mi niña no. Adoró a ese hombre desde el momento en que creció lo suficiente como para correr detrás de él —se pasó una mano por la mandíbula. Oyeron un fuerte estruendo sobre ellos. Wes reaccionó de inmediato y corrió hacia las escaleras. Cuando llegó a la habitación de Callie, ella abrió la puerta de golpe y chocó con él.

—Lo siento —jadeó la chica y se abrió paso a empujones para bajar las escaleras. Wes la dejó escapar, escuchando el portazo. Luego se volvió hacia su habitación. En el suelo había un jarrón de flores destrozado y media docena de trozos de papel costoso. La invitación se había hecho pedazos, sin duda como su corazón. A Wes no le había gustado hacerlo de esta manera, pero no había encontrado otra forma más fácil.

Cuando volvió a bajar las escaleras, Jim se había levantado del sillón reclinable y contemplaba con ojos pesados su pequeño imperio repleto de ganado. Miró a Wes y levantó una ceja en señal de desafío.

—¿Vas a seguirla?

Wes oyó el juego de palabras en la pregunta del hombre. Sí tenía intención de seguir a Callie, de hacerla suya.

Miró seriamente al padre de Callie y asintió.

—Sí.

—Eso creí —la cabeza de Jim bajó ligeramente mientras enfocaba su mirada hacia el suelo—. Es mi niña. Recuérdalo —una advertencia. No pudo ser más clara.

—Lo recordaré —Wes pasó junto a él, cruzó el salón y salió al porche.

Una lejana figura femenina a caballo galopaba salvajemente por los campos, en dirección oeste. A la luz de la tarde, pudo ver el brillo de su pelo rubio, incluso a esta distancia. Wes ansiaba enroscar los dedos en los sedosos mechones y echar su cabeza hacia atrás para besarla.

Pronto. Se prometió a sí mismo. Pronto. Primero tenía que domarla lo suficiente como para reclamarla. Casi se rio. La única mujer que deseaba casi de forma automática representaba todo lo que él no era. Salvaje como los vientos del oeste y completamente libre.

Inquebrantable y sin ataduras.

**¡MUCHAS GRACIAS POR LEER *ENTRÉGATE A LA TENTACIÓN*! ¡PASA LA
página para leer el primer capítulo de *Entrégate al éxtasis*!**

Entrégate al éxtasis

LEGARÁ EL DÍA EN QUE DESPUÉS DE APROVECHAR EL ESPACIO, LOS VIENTOS, LA MAREA, LA GRAVEDAD; APROVECHAREMOS PARA DIOS LAS ENERGÍAS DEL AMOR. Y ESE DÍA POR SEGUNDA VEZ EN LA HISTORIA DEL MUNDO, HABREMOS DESCUBIERTO EL FUEGO.

—Teilhard de Chardin

“ESTÁ CORDIALMENTE INVITADO A LA FIESTA DE COMPROMISO DE HAYDEN Thorne y Fenn Lockwood...”

Con un jadeo lleno de dolor, Callie Taylor destrozó la costosa tarjeta color crema y parpadeó con fuerza para detener las gruesas lágrimas que empezaban a deslizarse por sus mejillas. Fenn, el hombre al que había amado toda su vida, se iba a casar con su amiga Hayden. Resultó demasiado difícil de procesar debido al repentino y estremecedor dolor en su pecho. Con la respiración entrecortada, echó un vistazo a su pequeño dormitorio, su último refugio en la amplia extensión de las tierras de su padre. El único lugar que realmente podía llamar suyo en el rancho The Broken Spur.

Su habitación estaba llena de lienzos, cuadernos de dibujo y paletas con manchas de pintura parcialmente secas. Durante años había pintado sus sueños, y esos sueños siempre habían incluido a Fenn. Pero todo su mundo en Walnut Springs, un pequeño pueblo de Colorado, había dado un giro

radical hacía un mes tras el descubrimiento de la verdadera identidad de Fenn. Era el gemelo perdido de Emery Lockwood, heredero de una gran fortuna basada en la tecnología, que vivía en Long Island. Después de que Fenn averiguara quién era en realidad, Callie había sabido que lo perdería para siempre, pero el hecho de sostener en la mano el anuncio de su compromiso era la primera prueba de ello.

En el momento en que Wes Thorne, amigo de la infancia de Fenn y hermano de Hayden, había colocado la tarjeta de compromiso en sus manos, su sueño había muerto. El hombre del que estaba enamorada iba a casarse con otra persona. Y no con cualquiera, sino con Hayden Thorne. Al conocer a Hayden, la otra mujer le había agradado al instante como amiga. Una punzada de envidia la recorrió, ensombreciendo su corazón.

Me alegro por ellos... pero...

La repulsión llegó después, oprimiéndole el pecho como piedras invisibles. No debería estar celosa de Hayden, no cuando quería mucho a su amiga. Pero, ¿la idea de verla casada con Fenn? No podía pensar en ello. Era horrible... Dejó que los trozos rotos se le cayeran de las manos y flotaran lentamente hasta el suelo de su dormitorio. Pequeñas manchas de huellas dactilares cubrían los trozos de la tarjeta, pues sus manos llenas de pintura habían rozado el costoso papel mientras lo hacía pedazos. Esos trozos de colores vibrantes yacían a sus pies en un collage irónico que sólo provocaba lágrimas frescas en las comisuras de sus ojos.

Unos pasos en la escalera llamaron su atención. ¿Su padre había subido a verla, o se trataba de Wes? Cuando Wes se había presentado en The Broken Spur hacía unos minutos con una carta de Fenn, Callie no había podido contenerse. Sin sospechar el maldito contenido de la carta, había ido directamente a su habitación a leerla. Demasiado ilusionada como para recibir una pizca de afecto de Fenn o cualquier señal de que pudiera echarla de menos durante su estancia en Long Island con su familia, había pasado de largo junto a su padre y Wes como si hubieran dejado de existir.

Dios, qué tonta soy. ¿Cómo pudo estar tan ciega como para no ver que, mientras Fenn descubría quién era en realidad, también estaba enamorándose de Hayden? Dios, hasta se veían bien juntos, ambos hermosos y perfectos: Fenn con su altura, su musculatura y su cabello dorado, Hayden con sus atrevidos mechones rojos y su cuerpo despampanante. Una oleada de náuseas invadió su estómago. No soy más

que la triste y pequeña hermana parásito de Fenn. Nunca tuve una oportunidad. Ella le había abierto su corazón, le había ofrecido todo su ser y nunca se había contenido. ¿Y qué había conseguido? Un corazón roto. Y todo por su propia culpa.

Quienquiera que hubiera subido las escaleras ahora estaba llamando a la puerta de su habitación. *Contrólate*, se dijo, y se limpió las lágrimas con el dorso de las manos.

—¿Quién es? —gritó, desesperada por ocultar su dolor.

Su padre no podía verla así. Acababa de llegar del hospital tras el infarto sufrido hacía un mes, y verla sufrir no le haría ningún bien. Se suponía que él debía estar descansando, dejando que los nuevos trabajadores del rancho y de la construcción se encargaran de todo el trabajo pesado y las obras importantes. Pero Jim Taylor nunca entendería la idea de descansar.

—Callie, soy yo, Wes —la voz de Wes Thorne era suave al otro lado de la puerta, como si intentara ser amable. No era amable. Era un lobo, un depredador. Lo había descubierto después de verlo por primera vez, cuando él y su hermana, Hayden, habían aparecido en el rancho para informarle a Fenn de su verdadera identidad y llevárselo a casa, lejos de ella. Wes era la última persona a la que quería ver ahora.

—Vete —exclamó. Cuando no oyó pisadas, se acercó sigilosamente a la puerta de su dormitorio y la abrió ligeramente. Se encontró cara a cara con una camisa costosa y una corbata de seda inmaculadamente anudada. El hombre siempre parecía salido de un anuncio de la revista *Vanity Fair*. Subiendo la mirada por su pecho, vio su garganta, luego sus labios carnosos y, por último, sus ojos azul cobalto.

Wes, el presagio de su perdición, estaba allí de pie, con las cejas fruncidas por la preocupación mientras la miraba.

—¿Estás bien? Me pareció oír... —la estudió, probablemente viendo sus ojos rojos. Lo último que ella necesitaba era su compasión.

—Disculpa —lo empujó, escapando de su habitación y de su mirada penetrante mientras corría por las escaleras, con las lágrimas casi cegando su visión. Tenía que salir de aquí, alejarse de él, de su padre. Quería encontrar un lugar tranquilo y oscuro y hacerse un ovillo para curar sus heridas, no soportar una veintena de preguntas de hombres que no tenían ni idea de la situación que estaba viviendo. *Tengo que estar sola. Lo necesito.*

Llegó al final de las escaleras y atravesó el salón en el mismo momento en que su padre apareció en la puerta de la cocina.

—Callie, cariño, ¿estás bien, cielo? Parece que has estado llorando — Jim empezó a acercársele, pero ella levantó una mano.

—Estoy bien, papá. Sólo necesito dar una vuelta a caballo, ¿vale? Volveré dentro de unas horas —y sin decirle nada más, salió corriendo al pequeño porche de su casa.

Aunque el aire fresco de las montañas de Colorado llegó a sus pulmones, no fue suficiente. Seguía sin poder respirar... Necesitaba espacio, distancia, claridad mental. Esperaba que tanto Wes como su padre la dejaran en paz. Con suerte, Wes se centraría en lo que siempre hacía. Los negocios. Si él se quedaba cerca de las nuevas cabañas que se estaban construyendo, ella podría evitarlo.

Había algo en él que la inquietaba. Muy reservado e intenso. A ella no le gustaba esa intensidad. Le aceleraba el pulso y las palmas de sus manos se llenaban de sudor. No como Fenn. Fenn era seguro, no la ponía nerviosa ni le aceleraba la respiración. Era demasiado confuso. Wes la hacía sentir como un gato de granja asustadizo.

Ahuyentó sus pensamientos y corrió hacia el establo, donde su cuarto de milla, Volt, estaba en su establo, comiendo avena alegremente. Esto era lo que necesitaba. Salir y cabalgar lejos de todo lo que la hería y confundía. Volt era rápido y la ayudaría a escapar. Desde niña, montar a caballo había sido su escape, una forma de liberarse de todo. En realidad, era culpa de su padre. Tras la muerte de su madre, cuando Callie sólo había tenido cuatro años, su padre le compró un pequeño poni para que tuviera algo a su cargo y aprendiera a montar. Desde entonces, la equitación había sido su cura para un corazón roto.

Callie le colocó la brida, la manta y la silla. Volt resopló y le rozó cariñosamente el hombro con el hocico mientras ella abrochaba la cincha y lo sacaba del establo. Ni siquiera esperó a salir del establo para montar.

Una vez a horcajadas sobre el caballo, lo pateó en los costados, chasqueando la lengua, y Volt se sacudió hacia adelante. Hizo que trotara para que entrara en calor. Él no tardó en coger el ritmo. Otra rápida patada y salió disparado a través del campo trasero, directo hacia las montañas. El viento le azotó el pelo en forma de dolorosas bofetadas, pero el dolor le

sentó bien. Era un dolor en el que prefería concentrarse en lugar de la agonía abrasadora que sentía en el pecho.

Volt pareció percibir su necesidad de huir, y corrió a la velocidad de un relámpago en una tormenta de verano. Delante de ellos, las montañas arboladas estaban cubiertas con senderos de hierba verde brillante. Callie instó a Volt a galopar en paralelo al bosquecillo de álamos que bordeaba el extremo más alejado de la propiedad de su familia. Los troncos blancos parecían esbeltos fantasmas serpenteando el camino bajo la luz del sol moteada. Las brillantes hojas doradas le recordaron el color cadmio de la pintura que había estado mezclando en su paleta esta mañana. Esta *mañana*. Muchas cosas habían cambiado desde entonces.

Hacía unas horas había estado trabajando con pinturas acrílicas, explorando en realidad, ya que no tenía ni idea de cómo utilizar esa técnica en particular. Un lienzo parcialmente pintado, que representaba la caída de las hojas del álamo, iba a ser un regalo para Fenn Lockwood, para recordarle el hogar que había tenido en The Broken Spur. Y aunque ahora tenía una nueva vida en Long Island, The Broken Spur siempre formaría parte de él. Al menos, eso había esperado mientras se perdía en la creación del cuadro. Habían pasado veinticinco años desde la llegada de Fenn a Walnut Springs. Veinticinco años desde que Jim y Maggie habían acogido a Fenn como a un hijo. Todo un cuarto de siglo en el que Fenn no había sabido de la existencia de su verdadera familia a miles de kilómetros de distancia. Unos vínculos como éstos no desaparecían porque sí, ¿verdad? Aunque ella no pudiera ser el futuro de Fenn, sí formaba parte de su pasado, y se aferraba a ese pensamiento como a un salvavidas.

Todo en Fenn había sido perfecto. Alto, musculoso, rubio y de ojos color avellana, había sido su sueño vestido con unos Wranglers y una camisa a cuadros entallada, como un dios nacido para gobernar las tierras salvajes siglos atrás, antes de que el hombre invadiera el lugar. Un hombre fuerte, reservado e intenso que se preocupaba por todos los que lo rodeaban con tal profundidad de emociones que a veces la asustaba. Pero no podía mantenerse alejada.

Lo había seguido a todas partes, a todas sus competiciones de monta de toros, e incluso había sido su acompañante en el baile de fin de curso, ya que ella había tenido dieciocho años y se le había permitido llevar a una pareja mayor. Todas sus amigas se habían puesto celosas, pero esa noche, lo

que más había deseado era que la besara. No lo había hecho, salvo un beso fraternal en la mejilla antes de mandarla a la cama. Ni una sola vez se había atrevido a decirle cuánto lo amaba, pero se lo había demostrado con cada aliento, cada mirada, cada acción posibles. Y eso ni siquiera había provocado que la mirara. ¿Habría importado si le hubiera dicho lo que sentía? *No. No habría importado. Porque él mira a Hayden de una manera que nunca me ha mirado.* Algunas verdades dolían. Terriblemente. Lo suficiente como para que, de pronto, tuviera problemas para recuperar la respiración tras un sollozo.

Y ahora se iba a casar. Con Hayden.

Su cara estaba llena de lágrimas. Ni siquiera estaba segura de si se debía al viento o a su corazón roto. Tirando de las riendas, frenó a Volt. Comenzó a trotar y luego a caminar.

—Tranquilo, chico —musitó y le acarició el cuello musculoso—. Siempre quieres esforzarte en exceso durante demasiado tiempo —era algo que ella también solía sentir en su interior. Una necesidad salvaje de sobrepasar sus propios límites hasta liberarse.

Volt sacudió la cabeza y su crin negra se agitó sobre su piel como si protestara por sus palabras, pero mantuvieron el ritmo pausado mientras avanzaban por la hilera de álamos, al tiempo que sus cascos hacían vibrar el tapiz de hojas de color amarillo intenso. Aún faltaban unos meses para que nevara, pero el lejano aroma del invierno era inconfundible. Algo en ese aroma la tranquilizaba. La nieve enterraba cosas. La nieve cubría cosas. Ocultaba cosas que debían borrarse o, al menos, olvidarse temporalmente.

¿Podía olvidarse de su corazón roto si yacía bajo una nevada prematura? Tal vez, pero eso no borraba el hecho de que tendría que ir a la fiesta de compromiso. Verlos sonreír, juntos, posando para las fotos, abrazados. Cosas que nunca podría hacer con Fenn.

El sinuoso sendero dorado por el que Volt ascendió, la condujo rápidamente a una pequeña colina donde grandes rocas grises cubrían la ladera. Callie tiró de las riendas y Volt se detuvo. Se bajó de su lomo y lo condujo hasta un bosquecillo. Después de pasarle las riendas por una rama baja y sólida de un árbol cercano, se acercó al afloramiento rocoso y trepó por una roca especialmente gruesa que alcanzaba su cintura y estaba parcialmente cubierta de musgo pálido. Su pierna colgaba por delante de la roca, mientras la otra se levantaba y apoyaba la barbilla en la rodilla.

Las nubes surcaban el cielo y sus sombras jugaban a perseguir las colinas danzantes y los valles repletos de árboles. Su padre le había mostrado este lugar tras la muerte de su madre. Los dos habían estado perdidos sin ella. La naturaleza se había convertido en la madre que ella había perdido. Su padre le había enseñado que una persona podía encontrar la paz aquí, bajo los cielos brillantes y los vientos cambiantes.

Se le escaparon algunas lágrimas, pero no las secó. Aquí no había nadie que la viera romperse en mil pedazos, sólo el viento, el cielo y las montañas, que guardarían su dolor secreto todo el tiempo que necesitara.

Sabía que era una tonta por pensar que Fenn podría corresponder a sus sentimientos, pero no había podido evitar albergar esperanzas. Pero ahora estaba segura; no habría ningún momento de cuentos de hadas para ella, ninguna gran transformación. Sólo la vida en el rancho y tal vez un empleo en la ciudad, si no necesitaba trabajar con su padre.

Lo que necesito es encontrar la manera de seguir adelante. Aprender a vivir sin él.

Un torrente de recuerdos la envolvió, la forma en que Fenn solía abrazarla y pasarle una mano por el pelo, la forma en que la había subido a la cama a sus diez años después de quedarse dormida en el sofá. Cómo su olor natural se adhería a sus abrigo y ella solía ponérselos cuando él no estaba, sólo para sentirse cerca de él.

Qué tonta... amar tanto y perder tanto.

No podía permitir que volviera a ocurrir. No volvería a enamorarse. No volvería a exponer su alma con la esperanza de que alguien la viera tal como era. No había lugar para vacilaciones; no podía soportar este tipo de dolor de nuevo.

Estoy harta de los hombres, harta del amor, harta de todas esas tonterías románticas. No merece la pena tanto dolor. Callie no iba a dejar que su corazón la engañara para enamorarse de un hombre nunca más.

¿Quieres saber qué sucede a continuación? ¡Consigue el libro [AQUÍ!](#)

Acerca del Autor

Lauren Smith es una abogada estadounidense de día y autora de noche que escribe romances osados y provocativos bajo la luz de la aplicación de la linterna de su teléfono inteligente. Supo que estaba destinada a ser escritora de novelas románticas cuando intentó reescribir toda la película *Titanic* solo para salvar a Jack de ahogarse. Su pasión es conectar con los lectores a través de la escritura de romances emotivos, realistas y sensuales, independientemente de la época. Ha ganado múltiples premios en varios subgéneros románticos.

Para conectar con Lauren, visítala en
www.laurensmithbooks.com
lauren@laurensmithbooks.com

